

ANA ÁLVAREZ

*Si un día  
me besaras...*



*Selecta*

Si algún día me besaras...

Serie Besos en Richmond 2

*Ana Álvarez*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A mi padre, para que siga sintiéndose  
orgullosa de mí, allá donde esté.*

## Nota de autora

En esta novela toco un tema delicado, el de la adopción y las posibles secuelas que un periodo anterior traumático puede dejar en una persona. Para ello me ha asesorado mi amiga Nuria Rivera, psicóloga de profesión y a la que desde aquí muestro mi más profundo agradecimiento. Sin embargo, quiero dejar claro que la personalidad de mi protagonista femenina, su TOC, su dificultad para relacionarse y encontrar amigos íntimos o su necesidad de controlar todo lo que la rodea no viene motivada exclusivamente por el hecho de que sea adoptada, sino por su personalidad y manera de ser.

## Capítulo 1

Olivia se tocó una vez más, nerviosa, el largo cabello rubio, y sintió de nuevo crecer su irritación hacia Scott. Los ojos grises, en general tan claros que parecían traslúcidos, refulgieron de rabia y se oscurecieron mientras apretaba los labios para no expresar su enfado.

El reloj de la cocina marcaba las seis y diez de la tarde y la celebración del sesenta cumpleaños de Andrew, su padre, se retrasaba en espera del invitado que aún no había hecho acto de presencia.

Si por ella hubiera sido, haría rato que habrían comenzado a tomar la merienda, preparada de antemano para agasajar el cambio de década. Pero el homenajeado quería demasiado a Scott, el hijo de su gran amigo de la infancia y al que consideraba un miembro de su familia también, para no esperarle. Y lo que la irritaba más, le disculpaba por la tardanza. Como siempre.

Su padre, conocedor de su desagrado, le hizo una caricia para que suavizara el gesto.

—No seas tan dura con él, cariño. Seguro que tiene un buen motivo para llegar tarde.

—Seguro que sí —masculló entre dientes. Se apostaba el sueldo del mes a que el retraso tenía nombre de mujer. Y ella sabía ese nombre: Stefany.

No es que le importase, pero tenía veinticuatro horas al día para estar con su vecinita, mientras que Andrew solo cumplía los sesenta años una vez en la vida. Ella había cambiado su turno para estar presente en el acontecimiento y, junto con su madre, habían elaborado una merienda en la que no faltaban los emparedados preferidos del hombre ni la tarta casera que reposaba sobre la mesa.

—Si en cinco minutos no ha llegado, comenzamos sin él —advirtió a los padres del culpable, que guardaban silencio, rogando para que su vástago llegase pronto y evitar otro enfrentamiento.

Rara era la reunión familiar en que ambos jóvenes no se lanzaran pullas y miradas asesinas. Desde pequeños era evidente que no se soportaban, y si aceptaban estar bajo el mismo techo era por el gran cariño que los dos sentían hacia Andrew.

Al fin, el timbre de la puerta les hizo a todos exhalar el aire que estaban conteniendo, y a Olivia apretar los labios con fuerza, mientras su madre abría al recién llegado. Tendría que contenerse, una vez más, para no estropear la fiesta.

Scott Howard, el hijo del mejor amigo de su padre, hizo su aparición en la estancia, llenándola con su presencia. Era un hombre corpulento, de ojos marrón oscuro y cabello negro peinado hacia atrás, lo que permitía ver unas facciones regulares y agradables. Vestía una camisa a cuadros

sobre un pantalón negro, signo de que asistía a una celebración, en lugar de sus habituales sudaderas y camisetas. Se dirigió hacia Andrew con paso decidido y le besó con cariño, tras encerrarlo en un abrazo afectuoso.

—¡Felicidades, tío!

A pesar de no ser parientes carnales, siempre le había llamado así. Hasta los siete años Scott fue el hijo que Andrew y Melissa no habían tenido en una década de matrimonio y lo consideraban un sobrino. Pero entonces llegó Olivia, adoptada a la edad de cuatro años, para cambiarlo todo. Aunque el cariño que sentían hacia Scott no mermó, este tuvo que compartirlo y no lo aceptó demasiado bien.

Tras felicitar a Andrew, continuó besando al resto de la familia. Al llegar a ella, esta se limitó a poner la mejilla sin devolver el gesto, algo que no pareció sorprenderlo en absoluto.

—Espero que tengas una buena excusa para hacernos esperar casi media hora —masculló en su oído.

—Por muy válida que sea, a ti no te convencerá.

—La puntualidad es importante para mí.

Scott se mordió la lengua para no decirle que, si no fuera el retraso ya buscaría alguna otra cosa que recriminarle. No tenía intención de entrar en la provocación, esa tarde no. De todas formas, no era a Olivia a quien debía pedir disculpas.

—Siento llegar tarde —se excusó, dirigiéndose a Andrew—, tenía que resolver un asunto que se ha alargado más de lo previsto.

La mirada de Olivia se elevó hacia el techo en un gesto de incredulidad. A continuación, se perdió en la cocina para coger la comida preparada.

—No importa, ya estás aquí y no es tan tarde —afirmó Andrew con una sonrisa.

Dudaba mucho que ella pensara lo mismo, pero decidió dejar el asunto. De todas formas, estaba seguro de que a lo largo de la tarde se las arreglaría para continuar con sus recriminaciones. Su prima no dejaba escapar una ocasión de hacerle reproches, sobre todo si había un delito y había llegado tarde, eso era indiscutible.

Una vez servida la merienda, todos se sentaron alrededor de la mesa a disfrutar de la celebración.

Como siempre, la comida estaba exquisita. Las mujeres Wood eran excelentes cocineras y él gozaba de un apetito envidiable. Mientras disfrutaba de las delicias que había sobre el mantel, trataba de ignorar la aviesa mirada que le dirigía Olivia, sentada al otro extremo de la mesa. Llevaba más de veinte años viviendo situaciones parecidas, pero nunca terminaba de acostumbrarse.

De pequeños habían tenido sus diferencias y rencillas, propias de críos que luchaban por la atención de los mayores o por un juguete. Pero aquellas peleas infantiles, en vez de cesar con el tiempo, como hubiera sido natural, dieron paso a una rivalidad que no tenía mucha lógica en la edad adulta.

Al principio, Scott se había sentido celoso de aquella niña rubia y encantadora, porque de pequeña lo fue: buena, dócil y maravillosa, la hija perfecta que cualquiera desea tener. Su llegada le robó la atención absoluta de su tío Andrew a la edad de siete años y le hizo sentirse desplazado, pero ya era lo bastante adulto para saber que este le seguía queriendo tanto como siempre.

Su resentimiento hacia Olivia se hubiera suavizado si ella no continuase tratándole con desprecio y haciéndole víctima de sus pullas y mal humor. No sabía dónde había ido a parar la niña dulce que llegó a Richmond muchos años atrás, porque ahora era una auténtica arpía, al menos siempre que él estaba presente.

Desde su puesto en la mesa, podía verla comer con frugalidad. Olivia cuidaba con férrea voluntad cada caloría que se llevaba a la boca, aunque no necesitara vigilar la línea. Poseía un cuerpo esbelto, demasiado delgado para su gusto, pero muy elegante. Ello le facilitó la entrada en las aerolíneas donde trabajaba como azafata de vuelo. Su físico se había sumado a unas calificaciones extraordinarias que la habían llevado a cumplir su sueño.

Al tipo se unía una cara bonita, de facciones regulares y agradables, pero eran sin duda los preciosos ojos, de un gris muy claro, lo que más llamaba la atención en su rostro. Ojos que se oscurecían cuando estaba enfadada, y él los había visto pocas veces en su tono natural.

Tampoco en aquellos momentos lo estaban y sabía quién era el causante de su irritación. Él, como siempre.

Tras la merienda llegó el momento de entregar el regalo que, junto con sus padres, había preparado para Andrew: un viaje al Caribe para que lo disfrutara con Melissa. Siempre fue el sueño de ambos y nunca habían logrado materializarlo.

La emoción en los ojos de Andrew logró enternecer lo suficiente a Olivia para hacer que abandonara su expresión adusta y esbozara una tenue sonrisa.

Tras los besos y abrazos de agradecimiento por el presente, llegó la hora de que la chica entregara el suyo.

Observó cómo Olivia le obsequiaba con un libro de arte, descatalogado hacía años y que su padre había buscado con ahínco. No le debía haber resultado fácil conseguirlo, ni barato, pero la expresión de felicidad de su tío y la forma en que acariciaba la cubierta le hacía saber que el esfuerzo había valido la pena. La vio abrazar al hombre que había llenado de felicidad su vida, desde el momento en que él y Melissa decidieron adoptarla, y cómo lágrimas de emoción inundaran sus ojos haciendo que parecieran transparentes. Ella parpadeó con fuerza para evitarlas al percatarse de que la miraba.

—Gracias, cariño. Me lo llevaré al viaje y le iré echando un vistazo en los ratos libres.

—¡Ni se te ocurra! —protestó su mujer—. El viaje es para disfrutarlo conmigo y no tengo intención de dejarte ningún tiempo libre. Además, no quiero pensar en lo que le habrá costado a Livvy conseguirlo, y podría deteriorarse. El libro se quedará en casa y ya lo leerás cuando volvamos.



—¿Cuándo volvamos? Esta misma noche.

La mujer alzó una ceja para evidenciar que tenía otros planes y todos sonrieron con benevolencia.

Scott observó cómo Olivia, tras separarse de su padre, se limpiaba con disimulo una lágrima que había logrado escapar de su férreo control. Al sentirse observada, se giró con rapidez para huir de su mirada y salió en dirección a la cocina musitando una excusa. La siguió con decisión dispuesto a hacerle saber que había descubierto su momento de debilidad.

Silencioso como un gato, se situó a su lado junto a la encimera y le tendió un paquete de pañuelos de papel. Olivia se volvió con expresión irritada y los ojos húmedos.

—Ten —ofreció.

La chica extrajo uno del envoltorio de plástico y se enjugó el lagrimal con una esquina.

—Se me ha metido algo en el ojo —aclaró.

—¡Seguro! —dijo sarcástico—. Estás llorando como una niña sensiblera, pero no es algo de lo que te debas avergonzar. No es malo tener sentimientos aparte del enfado y la irritación.

—¿Qué sabrás tú de mis sentimientos!

—Salvo de los que he mencionado, nada. Pero acabo de ver que eres capaz de tenerlos, de emocionarte y de llorar.

—Por mi padre, por supuesto. Y por mi madre. También aprecio mucho a Diane y a Conrad. — La alusión a sus propios progenitores le hizo sonreír

—Y ahí acaba todo. No hace falta que mientas y me incluyas en el lote, ya sé que a mí no me soportas.

—Es mutuo, ¿no?

—Lo es.

—En ese caso, vuelve al salón y déjame sola con mi mota en el ojo —exclamó adusta—. Y si se te ocurre mencionar algo de esto...

—Me sacarás las tripas con tus uñas afiladas y las servirás como colofón de la merienda.

—Se me indigestarían.

—Seguro que sí. Apenas has probado una pequeña muestra de todas las exquisiteces que hay sobre la mesa.

—No como mucho.

—No comes nada. Deberías ir a un psicólogo que trate tu anorexia.

—No soy anoréxica. Me alimento bien, a base de comida sana. Los dulces y las grasas los mantengo muy controlados.

—¿Hay algo que no mantengas muy controlado? Come, bebe, ríe, sácate el palo que tienes metido en el culo, Olivia... Ya has demostrado lo buena chica que eres, ahora sé tú misma.

—No pretendo demostrar nada.

—Si tú lo dices... —Suspiró y se apartó de ella—. Me vuelvo al salón a seguir comiendo. Sería una ofensa a la cocinera no hacer los honores a tan deliciosa merienda. Tú sigue intentando

ser perfecta, ya te darás cuenta algún día del error que cometes.

A Olivia le vino una frase malsonante a la boca, pero se contuvo a tiempo. No entraría en la provocación ni caería en la trampa que sin duda Scott le había tendido. Ella no era tan vulgar como él. No decía tacos, no perdía el control ni se comportaba de forma soez. Era una mujer correcta y educada, por mucho que le costara si él estaba presente.

Cuando salió de la cocina dejándola sola, abrió el frigorífico y se sirvió un vaso de agua fría, que no calmó la irritación que le había provocado. Después, regresó junto a su familia, que bromeaba alrededor de la mesa, y se unió a ellos. El sesenta cumpleaños de su padre y la felicidad de este por compartirlo con las personas que amaba bien merecía el esfuerzo de soportar a Scott.

## Capítulo 2

Olivia llegó a casa con la firme determinación de hablar con sus padres de un asunto que llevaba posponiendo durante un par de semanas. Era consciente de que les daría un disgusto, pero no deseaba retrasarlo más.

Había esperado a que regresaran de su viaje al Caribe y después dejó pasar unos días más, consciente de la cara de felicidad que mostraban a su vuelta. No dudaba de que habían disfrutado de una segunda luna de miel durante el tiempo que estuvieron fuera. Pero no podía, ni quería, continuar retardándolo más tiempo.

Tras una ducha rápida, se reunió con ellos en el salón, donde solían pasar las tardes y se preparó para abordar el tema que la inquietaba.

Se sentó frente a ellos en una silla, en lugar de ocupar su butacón habitual, y lo abordó sin más dilación. Siempre había sido partidaria de afrontar las situaciones difíciles cuanto antes y de forma directa.

—Me gustaría comentaros un asunto —dijo resuelta.

La pareja, que miraba la televisión, clavó la vista en ella ante la seriedad de su tono.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Melissa, preocupada.

—Si tienes algún problema, sabes que estamos aquí para lo que sea.

—No tengo ningún problema, es solo...

—¿Qué?

—Que tengo veintinueve años y aún vivo con vosotros. —Lo soltó de golpe. Había planeado decirlo con más suavidad, pero le resultó imposible. La cara de sus padres se suavizó.

—Quieres independizarte. —No fue una pregunta.

—Sí —admitió. A continuación, trató de exponer sus argumentos, de hacerles comprender que no era nada contra ellos—. No penséis que no me siento a gusto aquí, con vosotros.

—En ningún momento hemos pensado eso, pequeña. De hecho, tu madre y yo, hace tiempo que lo estamos esperando.

Sintió que el corazón se le aligeraba al oír la frase de Andrew.

—¿Lo esperabais?

—Pues claro, Livvy, es lo normal. Tienes tu trabajo, eres una mujer adulta, y quieres tener tu casa. ¿Pensabas acaso que no lo entenderíamos?

—Me preocupaba un poco, sí. No quiero que penséis que tengo algún problema con vosotros.

—Ya lo sé. Se trata del ciclo normal de la vida. También algún día nos dirás que has encontrado un hombre, que quieres formar una familia, y nos harás abuelos.

—¡Quita, quita! No hay nada de eso. No me apetece en absoluto tener un hombre en mi vida.

—Ya te llegará el momento, nadie se libra del amor.

—Pues que tarde mucho, entonces —añadió con una mueca.

—¿Tienes ya algún plan sobre lo que quieres? Me refiero a tu traslado.

—He pensado alquilar algo con una compañera en una zona cercana al aeropuerto. Eso me ahorrará mucho tiempo y kilómetros, ya sabes los horarios que tengo a veces.

—¿Algo amueblado?

—Preferiríamos que estuviera vacío, y escoger nosotras los muebles a nuestro gusto.

—Me parece una idea excelente. La mayoría de los pisos amueblados son horribles.

—Puedes pedirle a Scott que os eche una mano con la decoración. La empresa de diseño para la que trabaja hizo una labor fantástica en la casa de sus padres. Quedó preciosa.

Reconoció que tenía razón, pero no le apeteecía en absoluto tener a Scott cerca y tampoco a su odiosa vecina. No obstante, no se sentía capaz de rechazar la propuesta de su padre después de lo bien que se habían tomado su marcha. Andrew no parecía darse cuenta de que entre ella y el hijo de su amigo no fluía ningún tipo de afinidad.

—No creo que sea buena idea, papá.

—Dale una oportunidad al chico, mujer. Es hora de que enterréis el hacha de guerra.

—No hay ninguna guerra entre Scott y yo, simplemente no nos caemos bien.

—De todas formas, yo me quedaría más tranquilo si él revisara la instalación eléctrica y te colgara las cortinas.

Suspiró sin poder evitarlo. Sentía sobre ella los ojos de su madre, que no se había pronunciado, pero evitó mirarla a su vez.

—De acuerdo —admitió—. Lo hablaré con Patty, no estoy sola en esto. Tal vez ella desee decorar el apartamento por sí misma.

—Dile que yo pagaré los honorarios, así seguro que la convencerás.

—¡Como si él fuera a cobrarte!

Si algo tenía claro respecto a Scott, era que haría cualquier cosa que su padre le pidiese, y gratis. El cariño que le profesaba era incuestionable. Esperaba que en aquella ocasión rechazara el encargo, aunque no confiaba demasiado en ello. Su presencia le resultaba soportable de tarde en tarde y en pequeños lapsus de tiempo. De todas formas, era incapaz de negarle nada a sus padres, de modo que se mentalizó para soportarlo durante el periodo que durase la instalación de su nuevo hogar.

—De acuerdo. —Se rindió con un gesto teatral—. Trataré de convencer a Patty y, si Dios no lo remedia, Scott colgará las cortinas.

—Solo las colgará, cariño, no tiene porqué escogerlas por ti —aseguró Andrew.

—Por supuesto que no. Ni él ni su vecina decidirán qué pondré en mi casa. Pero le llamas tú, yo no pienso pedirle ningún favor.

—Yo lo haré no te preocupes. Pero dudo mucho que su vecina pueda escoger nada puesto que se ha ido. Por eso llegó tarde el día de mi cumpleaños, tuvo que llevarla al aeropuerto.

Alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Se ha ido? ¿Dónde?

—A España, creo, a vivir con su novio.

—¿Tiene novio? —La extrañeza era más que patente en su voz.

—Eso parece.

—¿Y cómo lleva Scott tener a su querida Stefany a un océano de distancia? Porque no podía dar ni un paso sin ella —murmuró con la voz más irritada de lo que pretendía.

—La echará de menos al principio, pero se acostumbrará —sentenció Melissa con una intensa mirada clavada en ella.

—Espero que el malhumor no lo pague conmigo.

—No lo hará, estoy seguro. Yo confío en que tampoco tú le provoques demasiado.

—Lo intentaré, papá, te lo prometo. Y ahora, cambiemos de tema por favor, ya hemos hablado suficiente de Scott por hoy.

\*\*\*

Scott había llegado a su casa y, como cada tarde, no pudo evitar que su mirada se dirigiera a través de las ventanas del salón, a las persianas bajadas y la vivienda a oscuras que se divisaba enfrente. Echaba de menos a Stefany mucho más de lo que había pensado. Su vida, desde que podía recordar, se hallaba ligada a la de su amiga y la ausencia de esta le estaba resultando difícil de sobrellevar. Lo único que le compensaba era la voz cargada de alegría y felicidad de ella cuando la llamaba. Manuel, su pareja, la hacía muy feliz y saberlo le compensaba de no tenerla cerca.

Se dio una ducha y se planteó si cocinar o salir a tomar algo, para paliar la sensación de soledad que lo embargaba cada tarde. Estaba cansado y hacía frío, hubiera sido una noche perfecta para disfrutar del sofá, una cena ligera y una película, aunque fuera de las románticas que le gustaban a su antigua vecina.

Sacudió la cabeza, resignado a cenar solo otra noche más, cuando el móvil comenzó a vibrar sobre la mesa.

—¡Hola, tío! —respondió alegre tras vislumbrar el número de Andrew en la pantalla.

—Hola, muchacho. ¿Cómo va todo?

—Bien. ¿Y por allí?

—También, aunque se avecinan cambios en nuestra vida.

—¡No me lo digas! Te jubilas y os mudáis al Caribe a vivir de las rentas.

—Nosotros no, es Olivia quien se va de casa.

—¿Al Caribe? —bromeó.

—Por fortuna, un poco más cerca. Solo dejará de vivir con nosotros, hijo, se independiza.

Pensó que ya era hora de que su «primita» viviera su vida y dejara de fingir ser la hija perfecta que cualquier padre desea. Por lo que él sabía jamás había tenido un desliz, una borrachera de adolescente o un novio indeseable. Era imposible tanta perfección salvo que estuviera fingiendo.

—¿Y cómo lleváis Melissa y tú que se os vaya la niña?

—Bien, porque ya no es una niña, es una mujer y además muy responsable. Es ley de vida y ya hace un par de años que lo esperábamos.

—Me alegra escuchar que no estáis muy afectados.

—De momento no, pero...

—Hay un pero. —Rio con ganas—. Ya decía yo.

—Quiero pedirte un favor, Scott.

—Claro, lo que quieras.

—Tiene que ver con ella.

Por un momento se hizo un tenso silencio a ambos lados del aparato. Respiró hondo consciente de que no podría negarle nada a su tío, y temeroso de la petición que estuviera por hacerle.

—Dime.

—Se muda con una compañera de trabajo a la que no conocemos y me gustaría que le echaras un vistazo al apartamento. También a la amiga con la que vivirá, y que te asegures de que esté bien instalada. Nosotros somos sus padres y, puesto que quiere independencia, no deseamos ser unos pesados ni que se sienta agobiada con nuestra presencia.

—¿Yo? Tío, Olivia jamás me permitirá cruzar el umbral de su casa. Preferirá mil veces que seáis vosotros quienes superviséis su traslado.

—Ha aceptado contratar a la empresa con la que colaboras para que decore la vivienda. Yo me quedaría más tranquilo si revisaras las instalaciones y te ocuparas de todo.

Exhaló el aire con dificultad. Su tío le estaba encomendando un auténtico marrón. Ya estaba pasándolo bastante mal con la partida de Stefany para además lidiar con Olivia y su permanente mal humor. No albergaba ninguna duda de que ella tenía tan pocas ganas de que le decorase la casa como él de hacerlo y, si había aceptado, era porque Henry no le habría dejado otra opción. Como tampoco se la estaba dejando a él.

—De acuerdo, pero me limitaré a realizar trabajos de instalación y revisión de sistemas. No voy a espiarla.

—Pero si observas algo que suponga un riesgo para ella, cualquier tipo de riesgo —recalcó—, lo solucionarás.

—De lo que tenga que ver con la vivienda, sí. En lo que se refiere a su vida privada, ni intervendré ni te lo contaré. Como bien has apuntado antes, tu hija es una mujer adulta y responsable, y estoy seguro de que sabrá gestionar su vida.

—Gracias, muchacho. Sé que puedo confiar en ti.

—Tío...

—Sí, sí, en lo referente al apartamento.

—Bien, en ese caso, cuenta conmigo. —Suspiró resignado.

—Gracias de nuevo. Te dejo ahora, Melissa me llama para cenar.

Cortó la llamada y depositó el aparato sobre la mesa con brusquedad. ¡Lo que le faltaba! Olivia le iba a cortar las pelotas apenas cruzara la puerta, porque no tenía ninguna duda de que esperaba que él rechazase la propuesta de su tío. Al menos, Andrew no estaría presente en sus encuentros y no tendría que ser razonablemente cortés con ella por respeto a su padre. Si Olivia se ponía borde, podría responderle de la misma manera. Era un pobre desquite por soportarla, pero desquite al fin y al cabo.

El mal humor se había apoderado de él, y abandonó todo intento de prepararse la cena y tomarla solo. Cogió el anorak y salió de la casa, dispuesto a buscar un lugar donde tomar un plato caliente y una cerveza para mitigar el enfado que sentía.

## Capítulo 3

Olivia se reunió con su amiga Patty en la dirección que la inmobiliaria les había indicado. Era la cuarta vez en dos días, pero ninguno de los apartamentos visitados hasta entonces les había hecho sentir el deseo de vivir en ellos. A ninguna de las dos.

El agente ya las estaba esperando y le siguieron al interior de un portal amplio y elegante. Comprobaron con alivio que el inmueble disponía de ascensor, algo necesario e imprescindible, puesto que solían moverse a menudo con maletas más o menos voluminosas.

Se detuvieron en la segunda planta, ante una puerta de madera oscura y lisa que, nada más abrirse, dejó ver un salón luminoso, aunque no demasiado grande. En él se vislumbraban cuatro puertas cerradas. Al fondo, una amplia cristalera daba acceso a una terraza a la que Patty se dirigió con premura.

—¡Tiene terraza! Será maravilloso tomar el sol en ella.

Ella hizo un gesto divertido.

—¡Como si tú necesitaras broncearte!

La piel color café con leche evidenciaba la ascendencia afroamericana de su compañera, en contraste con su blancura casi excesiva. Ambas presentaban un contraste exótico que llamaba la atención allá donde fuesen. Tampoco se parecían en el carácter, pero se complementaban y eso las hacía idóneas para convivir.

El resto del apartamento estaba formado por una cocina no demasiado grande integrada en el salón, y dos baños, uno en cada dormitorio. Todas las habitaciones eran amplias y soleadas.

Se miraron una a la otra y asintieron con la convicción de que habían encontrado el apartamento que buscaban.

Tras la visita, y sin ninguna duda, dieron la señal correspondiente para sacarlo del mercado y se sentaron, felices, en un bar a tomar una copa para celebrarlo.

Con sendos vasos delante, Patty propuso un brindis:

—¡Por una nueva etapa en nuestras vidas!

—¡Y una larga y plácida convivencia! —añadió eufórica.

—Va a quedar genial cuando lo arreglemos.

Se sentía pletórica, y no tenía el menor deseo de transmitir a su compañera la petición que le había hecho su padre unos días atrás. No obstante, decidió que era el momento de hablar de ello.



—Tengo que comentarte algo sobre el apartamento —puntualizó.

Patty alzó una ceja, bastante habituada a que su expresión seria y ceñuda no siempre implicaba un problema grave. Solo era su carácter y ya estaba habituada a él.

—¿Quieres la habitación más grande?

—No, no se trata de eso. Puedes quedártela si lo deseas. Es sobre la decoración.

—Cada una pone en su cuarto lo que le parezca oportuno. Las zonas comunes con decoración neutra, a medio camino entre tu sobriedad y mi colorido, ¿no era eso lo acordado?

—Sí. Mi padre tiene un amigo cuyo hijo trabaja para una empresa de diseño y quiere que le encargemos a ellos la decoración. Se ofrece a pagar los honorarios; si Scott revisa las instalaciones, dice que se queda más tranquilo. No he sido capaz de decirle que no.

—Ah, genial. Dale las gracias a tu padre.

—¿No te importa?

—En absoluto. ¿A ti sí? Porque no parece muy contenta. ¿No serán un desastre y nos decorarán el salón como una película de terror, con lámparas de cabezas cortadas y sangre en las paredes, verdad?

—No, no, son buenos.

—Entonces, ¿Dónde está el problema?

Suspiró antes de dar un sorbo a su vaso.

—No hay ningún problema, salvo que el instalador no me cae demasiado bien. Pero si eso tranquiliza a mi padre, y a ti no te molesta, aceptaremos su oferta y lo soportaré.

—Solo serán unos días, mujer, y ni siquiera tienes que estar en casa mientras trabaja. Yo puedo ocuparme si quieres.

—No importa, como bien dices, serán solo unos días. Scott ha estado presente en todos los acontecimientos importantes de mi vida, podré soportarlo también en este.

—¿Qué te ocurre con él? ¿Te ha hecho algo?

—En realidad, no. Pero desde pequeños nos hemos llevado mal y eso no ha cambiado con los años. Siempre ha sido un niño bruto, gordo y tragón, todo lo que me molesta en otras personas.

—¿Sigue estando gordo?

—No es que esté obeso, pero delgado tampoco.

Patty miró a su amiga con gesto condescendiente.

—Esperaré a conocerlo antes de opinar. Para ti estar delgado es pesar cuarenta kilos.

—Tampoco tanto. Y dejemos de hablar de Scott, últimamente todo el mundo se empeña en sacarlo en la conversación.

—¡Eh, que ahora lo has sacado tú!

—Ya lo sé, porque no tenía más remedio. Pero no quiero seguir hablando de él. Ya tendré suficiente cuando venga a casa.

—Muy bien. Pues si terminas tu copa es hora de irnos; mi turno empieza mañana a las cinco y debo acostarme temprano para estar en forma. Aún no vivimos cerca del aeropuerto

También ella tenía ganas de contarles a sus padres que al fin había encontrado un apartamento adecuado. Llevaba en el móvil las fotos que la inmobiliaria les había facilitado y anhelaba compartir con ellos la tremenda ilusión que le producía iniciar una nueva etapa en su vida.

\*\*\*

Dos días después firmaban el contrato y recibían las llaves, para las que ya Olivia disponía de un bonito llavero en forma de avión. En cuanto se vieron solas en la que era su casa, aunque estuviera vacía, ambas amigas se abrazaron. Patty sacó de una bolsa nevera una botella de champán y dos copas envueltas en plástico de burbujas para protegerlas y escanció el líquido dorado en ellas.

Olivia tomó una y, tras proponer un brindis, bebió a la vez que sentía en su interior que llegaría a ser muy feliz en aquel apartamento. Que conocería el amor que hasta entonces le había sido esquivo y que una etapa nueva de su vida estaba por comenzar.

—¡Por nosotras!

—¡Y por los chicos que podremos traer aquí! —añadió su compañera, llenando de nuevo las copas—. Hasta ahora las dos lo hemos tenido difícil para ligar.

—Yo no pretendo ligar, no me he ido de casa para eso. Lo que quiero es hacer mi vida, demostrarme a mí misma que puedo valerme sola. Ya sabes que soy hija única, y además adoptada, y mis padres me protegen demasiado. Mira lo que ha sucedido con la instalación, mi padre me ha pedido que se la encargue al plasta de Scott y no he sabido negarme. Les estoy tan agradecida que no soy capaz de decirles que no a nada, y eso me coarta mucho a la hora de ser yo misma. No puedo olvidar que me sacaron de un infierno y me dieron un hogar, estabilidad y sobre todo mucho amor.

—¿Sufrías maltrato antes de que te adoptasen?

—No recuerdo golpes, pero sí hambre, frío y soledad. Era una niña delicada de salud de pequeña y en la casa donde estaba debía luchar por la comida, que no era muy abundante. Mis padres me han dicho que estaba muy delgada cuando llegué a su casa.

—No es que hayas mejorado mucho —bromeó Patty, que era una mulata exuberante, con las curvas generosas en los sitios justos.

En cambio, ella era alta y delgada, con el cuerpo elegante y proporcionado de una modelo, al que intentaba sacar el mayor partido posible con la ropa adecuada.

—Ahora estoy gorda en comparación —aseguró—. He visto fotos de mis primeros días en casa de mis padres y era un auténtico saco de huesos. También tenía la mirada más triste del mundo —musitó con pesar.

—¿Con qué edad te adoptaron?

—Estaba a punto de cumplir cinco años, pero era tan menuda que aparentaba menos. Cuando me presentaron a sus amigos, los padres de Scott, me pusieron un vestido rosa precioso de una tela suave, lleno de cintas y encajes y yo pensé que era una princesa y mis nuevos padres debían

ser reyes. No me atrevía a moverme para no estropearlo no fuera a ser que me devolvieran al lugar donde vivía antes. Donde nunca estaba lo bastante caliente en la cama por la noche ni podía terminar mi plato sin que alguno de los otros niños me robara la comida. Por lo tanto, permanecí quieta y tiesa como un palo mientras duró la visita. —Había retrocedido al pasado. La escena estaba impresa en su memoria a pesar de la corta edad que tenía cuando sucedió—. Scott se burló de mí todo el tiempo haciéndome muecas cada vez que los adultos estaban distraídos. Ahí comenzó nuestra enemistad, justo en el primer encuentro.

—Pero han pasado veinticinco años desde entonces, solo era un crío. ¿En todo este tiempo no ha hecho nada para redimirse?

—Solo empeorarlo. Ha sido borde, grosero y nunca, nunca, ha dejado de mostrarme de una forma u otra lo mucho que le desagradó.

—¿Y tú?

—Lo mismo, por supuesto. Ya te dije que la animadversión es mutua.

Patty cerró las puertas de la terraza y recogió los restos de su pequeña celebración, dispuesta a marcharse, mientras comentaba:

—Me buscaré una armadura para sobrevivir a vuestra guerra. Ahora, vamos de tiendas, tenemos mucho que comprar para llenar esta casa. Quiero mudarme cuanto antes. Quizás deberías llamar ya a Scott por si nos tiene que dar algún consejo antes de empezar con las compras.

—No pienso poner mi casa a su gusto —aseguró con una convicción que Patty consideró exagerada.

—Me refería a si es mejor algún tipo determinado de cortinas o persianas, según el tipo de balcón. A ese tipo de cosas.

Apretó los labios con fuerza.

—Pondré lo que me apetezca y él tendrá que montarlo. Es su trabajo; que lo haga. Tú puedes pedirle consejo si quieres, no voy a meterte en nuestras historias.

—Me gustaría contar con la opinión de un experto, si no te molesta.

—Claro que no —dijo con una sonrisa que le salió sincera—. Puedes hacer lo que desees; mal empezáramos la convivencia si te impusiera condiciones desde el principio. Le llamo y concertamos una cita para mañana, si te parece. Yo estaré libre a partir de las siete, ¿y tú?

—Antes.

—Le telefonaré entonces.

Cogió el móvil dispuesta a realizar la desagradable tarea lo más pronto posible. Podía pedírselo a su padre, pero decidió que si quería tomar las riendas de su vida debía hacerlo también con las tareas desagradables. Marcó el número de Scott, que no se apresuró a responder. Estaba a punto de desistir cuando escuchó la voz bronca al otro lado.

—¡Dichosos los oídos, «prima»! —saludó él y estaba segura de que lo había hecho a propósito. Sabía cuánto le molestaba que la llamara así.

—¡No soy tu prima! —rebatí irritada, como siempre que escuchaba la odiosa palabra—. Te lo

he dicho mil veces.

Una risita al otro lado confirmó sus sospechas.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó.

El tono jocosos le indicó que sabía el motivo de la llamada.

—¿No te ha llamado mi padre? Pensaba que ya habíais habado.

—Sí, lo ha hecho. Me ha comentado que te mudas y me ha encargado un trabajo.

—Pues eso.

—Pero no lo aceptaré hasta estar seguro de que tú estás de acuerdo.

Apretó los labios. Scott sabía que si Andrew le había llamado era porque ella había dado su aprobación, pero estaba segura de que deseaba escucharla admitirlo. Y pedirselo.

—Estoy de acuerdo —musitó entre dientes.

Pudo imaginar su sonrisa al otro lado del aparato, mientras preguntaba:

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Lo que sea habitual. Tú eres el experto, o al menos eso dice mi padre.

—Hay varias clases de encargos. Los que requieren el trabajo de un decorador que se ocupa de todo: comprar muebles, enseres y objetos de decoración, siempre mostrándolo antes al cliente mediante fotos enviadas por WhatsApp, y con su aprobación, y los que desean solo un instalador que monte lo que ellos han adquirido con anterioridad. Ofrecemos los dos tipos de servicios. También hay quienes dan carta blanca y no quieren saber nada dejándolo todo en manos de los profesionales. Pero no creo que tú seas de esas.

—Crees bien. Yo pediría solo los servicios de un instalador, y mi padre insiste en que seas tú y no uno de tus empleados.

—No tengo dudas de que esto es idea de tu padre, y me ocuparé personalmente, puedes estar segura de ello. Entonces, instalador solo.

—Para mí, pero mi compañera quisiera algunos consejos antes de decidirse sobre la decoración de su cuarto. ¿Cuándo podrías pasar por aquí para echar un vistazo?

—Cuando tú me digas. Organizo los horarios a mi conveniencia, es la ventaja de ser el jefe.

—¿Mañana sobre las siete y media?

—Pásame la dirección y allí estaré.

—Te la mando ahora por WhatsApp. Hasta mañana.

—De nada —añadió antes de colgar.

—¡Cretino! —masculló mirando al aparato con rabia.

Escribió la dirección sin añadir ningún comentario y decidió olvidarse de Scott hasta la tarde siguiente, en que se vería obligada a soportarlo sin remedio.

Se volvió hacia Patty que la contemplaba con expresión divertida.

—¿De qué te ríes?

—Tu cara ha cambiado de expresión tres veces en menos de diez minutos que ha durado la conversación. De irritada, a enfadada y a muy enfadada.

Cerró los ojos y suspiró.

—Me cripa, no lo puedo remediar. ¡Vamos a quitarnos el mal sabor de boca dándole un buen bajón a la tarjeta de crédito! He mirado en Internet y hay unas sábanas y toallas preciosas en *Walmart Supercenter*.

—Vamos a ello.

Cerraron con cuidado el apartamento y se dispusieron a disfrutar de sus compras.

## Capítulo 4

Scott llegó con tiempo a la dirección que Olivia le había indicado dispuesto a cumplir los deseos de Andrew de comprobar la zona donde ella iba vivir. Sabía que una de las preocupaciones de este era que al encontrarse en la periferia tuviera un alto índice de delincuencia, y que las chicas, que debían cumplir horarios intempestivos, no estuvieran seguras por las calles. También le preocupaba a él, el hecho de que no se llevara bien con la hija de Andrew no quería decir que no le importara su seguridad.

Aunque eran solo las siete de la tarde, lo que vio le tranquilizó. Familias paseando de camino a casa, adolescentes solos por la calle, eran indicios de una vecindad tranquila. Recorrió varias calles, tiendas, y hasta tomó café en una cafetería cercana, quedando satisfecho de todo salvo de la calidad del brebaje que le sirvieron.

A las siete en punto, llamaba a la puerta del apartamento de Olivia. Esta le abrió, vestida aún con el uniforme de azafata, signo evidente de que no había tenido tiempo de pasar por su casa.

—Hola, Scott.

—Olivia... —saludó con un ligero movimiento de cabeza.

Ella cerró a sus espaldas y le introdujo a un salón cuadrado, donde una curiosa Patty no se perdía detalle del frío encuentro.

—Scott, ella es Patty, mi compañera de apartamento.

Se acercó y le tendió una mano grande y fuerte.

—Yo soy Scott, el primo de Olivia.

—¡Que no somos primos! —rebatió esta.

—Quizás no carnales, pero considero a su padre como mi tío. —La explicación iba dirigida a la morena, que le estrechaba la mano con firmeza, ignorando a Olivia de forma deliberada—. Pero me aborrece tanto que la sola idea de que seamos familia la pone enferma. Seguro que te ha comentado algo de nuestra «maravillosa» relación.

—Algo me ha dicho, pero estoy segura de que no es para tanto. Lo podríais solucionar con un poco de buena voluntad por ambas partes.

—Tendría que ser por ambas partes —propuso mirando a Olivia que se giró para mostrarle el espacio destinado a cocinar, en un ángulo del salón.

—Esta es la cocina.

Conteniendo una sonrisa, se situó a su lado.

—No me había dado cuenta.

Constaba de una encimera donde estaba encastrada una placa vitrocerámica, un frigorífico y algunos muebles básicos. Nada comparable a la habitación grande y acogedora que hacía las mismas funciones en su casa. Por suerte, una potente campana extractora evitaría que los olores inundasen el apartamento.

—No se puede hacer demasiado con esto. Ya viene amueblada, y como mucho se le pueden instalar unas cortinas.

Una pequeña ventana se abría justo en la esquina.

—No quiero cortinas, me gusta así.

—En ese caso, ¿para qué me la has enseñado? Sé que es una cocina, básica, pero cumplirá su función.

—Para que compruebes la seguridad de la instalación eléctrica. ¿no te lo ha dicho mi padre?

—Tu padre me ha dicho muchas cosas, pero repito, sois tú y Patty quienes viviréis aquí. Decíme qué queréis que haga. No quiero crear más motivos para que me lances pullas en las reuniones familiares.

—Yo no...

La mirada aviesa que le dirigió cortó de golpe lo que fuera a decir.

—Revisa la instalación eléctrica de toda la casa. Y un poco la fontanería, si es que entiendes también de eso.

—Entiendo de todo lo que tiene que ver con reformas. Soy un buen profesional.

—En ello confío. No me gustaría sufrir un incendio o una inundación por un mal informe tuyo.

No pudo evitar que la expresión del rostro se le volviera seria y adusta.

—Si este apartamento tiene alguna deficiencia en sus instalaciones no es culpa mía, Olivia, sino del propietario. Nunca he estado aquí antes, de modo que no puedes acusarme si sufres algún siniestro.

—Yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho.

Patty, que los había seguido a la zona de la cocina, intervino:

—Calma, chicos... Esto no es una batalla, no hace falta que os matéis.

A grandes zancadas, sin hacer caso a sus palabras, se encaminó a la puerta, agarrando la bolsa de herramientas básicas que había soltado en el suelo al entrar.

—¿Dónde vas? —preguntó la chica saliendo tras él.

—A mi casa.

—¿Te marchas? Aún no has visto mi habitación, quiero hacerte algunas consultas.

—Esto es un error, no he debido aceptar el encargo de Andrew. Ella no me quiere aquí y me hará responsable de cualquier desaguisado presente o futuro que se produzca en vuestra casa.

—No será así, ¿verdad, Olivia? —La apremió a responder con una mirada severa.

—No, no será así —admitió esta a su pesar. Por su expresión era evidente que nada le gustaría más que ver a Scott salir por aquella puerta y no volver a encontrarse con él en su vida. Sin embargo, el tono era conciliatorio cuando habló—. Sé que no has realizado estas instalaciones, y no te haré responsable de nada que pueda suceder. Nos gustaría que revisaras electricidad y fontanería por si ves algo que pueda dar problemas y solicitar al propietario que lo solucione antes de que nos mudemos.

—Solo puedo mirar lo superficial, pero lo haré. Al interior de las paredes no puedo acceder.

—Es suficiente.

—Gracias, Scott —dijo Patty.

—Gracias —añadió también Olivia.

La fulminó con la mirada, y a continuación se volvió hacia Patty.

—Enséñame tu habitación.

Ella se dirigió hacia el dormitorio que, previo sorteo, le había correspondido. No era el más grande, pero sí el que mejor aprovechaba el espacio. Se trataba de una estancia casi cuadrada con una puerta, que daba acceso a una pequeña terraza, en una de las paredes laterales y un armario empotrado de amplias dimensiones.

—Tiene muchas posibilidades. ¿Has pensado algo?

—Muebles claros y no muy grandes para tener espacio: una cama, una cajonera, una mesa para el ordenador, quizás un butacón con una lámpara de lectura. Me encanta leer —añadió con una sonrisa.

—Lo comentaré con Alice y ella te hará un diseño que se ajuste a tu idea.

—¿Alice es tu ayudante?

—Ella es la diseñadora de interiores y digamos que yo el brazo ejecutor.

—¿Y para el balcón? ¿Cortinas u otra cosa? No tengo muy claro qué prefiero.

—Te hará un par de diseños. Con el programa de recreación en tres dimensiones podrás ver exactamente cómo quedará.

—Me parece genial.

Salieron de la habitación y encontraron a Olivia de pie en el salón escribiendo algo en el teléfono móvil.

—Te lo devuelvo —bromeó Patty—. Ya hemos terminado.

—Imagino que no deseas que decore tu cuarto.

Ella levantó la cabeza del aparato.

—No es necesario, gracias. Tengo muy claro lo que quiero hacer en él.

—En ese caso, mañana vendré con algunas herramientas más específicas y realizaré un examen exhaustivo de la instalación eléctrica y la fontanería. También tomaré medidas de tu habitación, Patty, y se las pasaré a Alice. Ella se pondrá en contacto contigo si me das tu número de teléfono.

—Estupendo.

Después de intercambiar números y direcciones de correo electrónico, Scott se despidió,



dejando solas a ambas amigas. Patty se volvió hacia Olivia.

—¿Qué demonios te pasa? Es un encanto...

—No conmigo. Es un borde y un desagradable.

—¿Estás segura de no tener algo de culpa en eso?

—¿Te pones de su parte también tú?

—No tomo partido, solo hablo de lo que he visto esta tarde. Pero si no te cae bien, estás en tu derecho. Aunque, desde luego, no está gordo —afirmó con rotundidad—. No tiene un gramo de grasa.

—Es cuestión de opiniones.

—Pero no vamos a discutir por él, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Cada una puede opinar de Scott lo que quiera. Ahora vámonos, mañana tenemos trabajo. ¿Te importaría venir tú? Tengo un vuelo largo y llegaré tarde y cansada. Lo último que me apetecerá es volver a lidiar con él.

—Estaré encantada.

Ambas amigas salieron del apartamento sintiendo que su traslado estaba un poco más cerca.

\*\*\*

Scott cumplió su palabra. Regresó al día siguiente con un carro de herramientas dispuesto a cumplir su cometido en casa de Olivia y Patty.

Comprobó con agrado que la primera ni estaba ni acudiría, por lo que la tarea le resultó mucho más agradable de lo que esperaba. Mientras hurgaba en cañerías y desagües en busca de posibles fugas, la charla alegre de Patty y su ayuda cuando era necesaria le relajó lo suficiente para disfrutar de la tarea. Le gustaba trabajar con las manos, reparar, instalar y remodelar. Por eso, tras su paso por la universidad había decidido montar una empresa de reparaciones y reformas para ganarse la vida haciendo algo que le encantaba. No había resultado fácil sacarla adelante, durante más de un año tuvo que hacerlo todo él solo y limitarse a tareas sencillas a la vez que asistía a cursos nocturnos de especialización para sacar la titulación necesaria que le permitiera acometer todo tipo de instalaciones.

Stefany, su vecina y amiga, había sido una gran ayuda en todo momento. Testigo de su cansancio, de su desánimo cuando la empresa presentaba dificultades y también de sus logros. Después del primer año, el esfuerzo empezó a dar sus frutos y la situación económica de la empresa se estabilizó. Pudo comprar una furgoneta de segunda mano, contratar un ayudante y acometer trabajos de mayor envergadura y mejor pagados.

Cuando Stefany fundó una empresa de diseño y la hermana de esta añadió una sección dedicada al diseño de interiores, firmó un contrato muy ventajoso para encargarse de todas las instalaciones. En la actualidad la empresa ya contaba con varios empleados y cierta fama de profesionalidad y eficiencia.

Con gusto hubiera encargado la supervisión de la casa de Olivia a cualquiera de sus operarios, pero Andrew le había pedido que se ocupara en persona, y él nunca le negaba nada.

Durante unas horas trabajó incansablemente comprobando que todo funcionaba de forma correcta. Después, tras asearse y cambiarse de ropa, aceptó la invitación de Patty para cenar en una pizzería de la zona como pago a su trabajo.

Se acomodaron en una mesa pequeña y degustaron una copa de vino mientras les servían la comida.

—Me quedo mucho más tranquila después de que hayas revisado la fontanería y la electricidad, pero no me parece justo que no cobres tu trabajo. Llevas aquí unas cuantas horas.

—Olivia es de la familia.

—Ella dice lo contrario.

—No lo es de forma genética, pero siempre he considerado a Andrew mi tío y, por consiguiente, a ella mi prima.

—Pero no te cae bien.

Se encogió de hombros.

—Como habrás podido comprobar, es mutuo. Ninguno de los dos soporta al otro.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó la chica mientras cortaba un trozo de la pizza que acababan de llevarles.

—Pues en realidad no lo sé. Es como una de esas enemistades entre familias rivales que pasan de generación en generación y al final nadie recuerda cómo empezó.

—Lo vuestro no se remonta a tanto.

Una amplia sonrisa le curvó la boca.

—No, claro que no; solo a nuestra infancia.

—¿Algún hecho traumático que merezca la pena reseñar?

—No. Solo que era tan perfecta, tan comedida... siempre vestida de forma impecable, siempre sonriente. Nunca lloraba, ni se ensuciaba la ropa. Se comía las verduras sin protestar. Era una niña repelente.

—Ya no es ninguna niña.

—Pero sigue igual de repelente.

—Es verdad que le gusta mantener un cierto control en su vida, pero te aseguro que no es como piensas.

—¿Y cómo es? Seria, rígida y fría como el hielo.

—Creo que ambos tenéis un concepto equivocado del otro. Quizás si os dierais la oportunidad de conoceros de verdad, dejando de lado los prejuicios infantiles, podríais llevaros bien.

—Lo dudo. Olivia aprovecha cada ocasión en la que coincidimos para mostrarme su desprecio y su desdén.

—¿Y tú? ¿La desprecias también?

—¡No! Pero no la soporto.

Durante unos minutos se dedicaron a comer en silencio. Patty cogía los trozos de pizza con los dedos y se preguntó cómo encajaba la fría y comedida Olivia con aquella chica sonriente y simpática.

—¿Puedo hacerte una pregunta que me tiene intrigado?

—Claro.

—¿De qué os conocéis Olivia y tú? No os imagino viviendo juntas, ni siendo amigas. ¿O tal vez sois pareja? —Se le ocurrió de repente.

—No; por lo que sé, a ambas nos gustan los hombres. Somos compañeras de trabajo en la aerolínea y hemos coincidido en algunos vuelos.

—¿Y eso es motivo suficiente para compartir piso? ¿Sabes dónde te estás metiendo?

—En uno de los vuelos hubo problemas... pero si ella no te lo ha contado no seré yo quien lo haga. Solo te diré que no la conoces en absoluto, y sí, sé dónde me estoy metiendo.

—En ese caso...

—Se hace tarde y mañana debo madrugar. Tenemos unos horarios infernales, no sé si estás al corriente de ello.

—Trato de saber de Olivia lo menos posible. Pero, si tú lo dices, lo creeré. ¿Te acerco a algún sitio?

—He traído el coche, no te preocupes.

—Gracias por la cena.

—Gracias a ti por todo.

—En cuanto Alice te pase los diseños, me daré prisa en tenerlo todo listo para que os mudéis.

—Estupendo.

Se despidieron con un beso en la mejilla, y mientras acompañaba a la chica hasta su coche y la veía alejarse se repitió una vez más cómo encajaba con la huraña Olivia. Por mucho que Patty dijera que no conocía a su «primita», estaba equivocada. La había tratado y sufrido desde la infancia.

## Capítulo 5

Scott se dedicó en exclusiva al acondicionamiento del piso de Olivia y Patty durante las dos semanas siguientes. Revisó con profesionalidad y de forma exhaustiva las instalaciones de electricidad, fontanería y la caldera de la calefacción. Solo esta última no contó con su aprobación y se encargó de gestionar con el dueño las reparaciones necesarias.

El día en que todo estuvo listo, a falta solo de colocar unos muebles, cortinas y elementos de decoración, se presentó en el apartamento muy temprano, dispuesto a llevar a cabo las tareas finales del encargo que le hiciera Andrew. Los comercios donde las chicas habían comprado los muebles habían dejado algunos en el salón sin montar, y la estancia presentaba un batiburrillo de cosas que no dudaba tendría histórica a Olivia, una maniática del orden.

Había coincidido con ella solo de forma esporádica, fue Patty quien acudió en casi todas las ocasiones en que necesitó la presencia de una de las amigas. Pero aquel día, el último si había suerte, estarían presentes los tres, para dejar finalizada la tarea.

Cuando llamó al timbre a la hora acordada llevaba encima dos cafés y una buena dosis de paciencia, consciente de que la iba a necesitar. Aunque estaba seguro de haber realizado un buen trabajo, también lo era de que la hija de Andrew buscaría y encontraría motivos de queja.

Le abrió Patty con su amplia sonrisa y le saludó con dos sonoros besos en la mejilla. En las dos semanas anteriores habían establecido una incipiente amistad.

—¡Hola, Scott! ¿Dispuesto para el último asalto?

—¿Qué remedio! —le guiñó un ojo con expresión divertida—. ¿Le has dado de comer al dragón, o devorará mis entrañas a las primeras de cambio?

—¡Mira que eres bobo! Olivia está en su habitación llenando el armario.

—Colocándolo todo con orden y pulcritud, seguro. La ropa por colores, y además por tamaño y por fecha de adquisición, como si lo viera.

Patty sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Te equivocas con ella.

—No me equivoco. ¡Tiene un TOC como la copa de un pino!

—No es para tanto, solo es ordenada.

—Ya me dirás cuando llevéis conviviendo tres meses.

La aludida salió de la habitación al escuchar las voces. Vestía un pantalón vaquero y una camisa

rosa pálido. Alzó una ceja, sorprendido.

—¡Llevas vaqueros!

—Tú también —respondió ella molesta—. ¿Algún problema con eso?

—No, solo que jamás te había visto con uno.

—No pensarías que me iba a poner un traje de chaqueta o el uniforme de las aerolíneas para mover muebles. Me gusta vestir bien, pero de forma adecuada a cada situación.

—Por supuesto que no, aunque pensaba que los muebles me los ibas a dejar a mí. Tú no podrías levantar ni una silla, estás escuálida; como diría tu abuela, no hay por dónde cogerte.

Era una broma recurrente de Sue, la madre de Melissa, que llevaba años intentando convencer a la delgada chica de que comiera más, aduciendo que sin curvas nunca tendría pareja.

—A mi abuela le encantaría que estuviera gorda y sebosa como tú.

Lanzó una carcajada y se levantó la camiseta hasta la altura de los hombros dejando al descubierto unos músculos marcados.

—Si esto es estar gordo y seboso... Soy corpulento, pero no tengo «sebo», niña. Puedes tocar, si quieres, para comprobarlo.

Olivia desvió la mirada con cara de asco, pero Patty se recreó con gusto en la visión.

—Cúbrete, no seas grosero —gruñó incómoda—. Estás entre señoritas que no te han pedido en absoluto que enseñes tus dudosos encantos.

—Habla por ti. Yo no tengo problemas en que me alegren la vista —protestó su amiga.

Él dejó caer la tela y continuó colgando las cortinas del salón. Unos paneles japoneses en blanco y negro, decoración neutra como habían acordado ambas chicas para las zonas comunes. También el sofá era negro y algunas de las fotografías que decorarían las paredes mezclaban ambos colores. Patty había colocado en su habitación unos alegres visillos de flores verdes y amarillas, a juego con el cubrecama. Y Olivia escogió para las paredes un tono rosa suave que combinó con cortinas vaporosas y un edredón, ambos en blanco.

Él, siguiendo con su tarea, levantó los brazos para llegar al techo con comodidad y la camiseta se alzó de nuevo. La mirada de ambas mujeres se posó de inmediato en la suave piel que quedaba al descubierto por encima de la cinturilla y en el trasero prieto que ajustaba el gastado pantalón vaquero.

Patty miró de reojo a su amiga, que desvió la mirada al saberse descubierta.

—Vuelvo a mi habitación, aún tengo cosas por colocar en el armario —comentó Olivia deseando salir de la estancia.

—Cuando dejes libre el espacio de las cajas de ropa te montaré la cama —afirmó él sin volverse.

—Ya te aviso.

—Te ayudo, si quieres —se ofreció Patty, y la siguió al interior del cuarto.

—Gracias.

Olivia comenzó a sacar ropa de una caja situada en el suelo. Llevaba un día allí y estaba

deseando colocarlo todo en el sitito que había dispuesto, el desorden le molestaba sobremanera.

—Le has mirado el culo —dijo Patty bajito para que el aludido no la oyera.

—Está subido en una escalera, lo tenía a la altura de los ojos. ¿Qué querías que hiciera? A ti te ha pasado lo mismo.

—No, yo lo he mirado con premeditación y alevosía. ¿Cómo puedes decir que está gordo? Esos abdominales se merecen... un buen homenaje —asintió con rotundidad.

—Ten por seguro que se los homenajean con frecuencia —musitó, y recordó la tarde, hacía ya unos años, en que lo sorprendió besándose con Stefany en el sofá de la que aún era la casa de sus padres—. Las hay con mal gusto.

—¿Tiene pareja?

—Ahora creo que no. Había una chica, pero me parece que se ha largado con un militar al otro lado del océano. ¡Estará desolado sin su querida vecinita! Eran inseparables.

—Seguro que no tarda mucho en encontrar quien la sustituya. Por mucho que tú pienses lo contrario, está cañón. Y ahora, dime dónde pongo estos jerséis.

—En el segundo estante, al lado de las camisetas. Por colores, por favor, no los mezcles.

—Faltaría más. ¿Siguiendo la gama cromática del arcoíris?

—Perfecto.

Se dedicaron con ahínco a terminar de vaciar cajas para dejar libre la habitación. Mientras lo hacían, Patty comentó:

—¿Vas a invitar a Scott a la fiesta de inauguración del apartamento?

—No pensaba hacerlo.

—Olivia, ha trabajado mucho y estoy segura de que no va a cobrar un dólar por ello. Creo que deberíamos.

—¡Se negará a venir! No me soporta; está aquí porque mi padre se lo ha pedido. —La voz le salió cargada de resentimiento.

—Pues si no quiere asistir que ponga alguna excusa y se la aceptaremos, pero sería un detalle muy feo por nuestra parte no invitarle. Tus padres acudirán a la fiesta y es probable que se lo comenten. A ellos les gustaría verle aquí.

—¡Nunca me voy a librar de él! Está bien, invítalo —concedió de mala gana.

—Yo no; debes hacerlo tú.

—Entonces puede esperar sentado.

—Olivia...

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó con un suspiro—. Se lo diré luego... si no me toca mucho los ovarios cuando monte la cama. Aunque estoy segura de que lo hará, siempre lo hace.

Patty sonrió. Probablemente su amiga tuviera razón. Aquellos dos parecían esperar cualquier excusa para lanzarse dardos verbales uno al otro. Y no entendía por qué, puesto que ambos eran personas agradables, adultas y capaces de olvidar unas rencillas de críos.

—En ese caso le invitaré yo, y tú me secundarás.

—De acuerdo. Ahora sal, y dile que ya hemos terminado.

Con una sonrisa divertida bailándole en los labios, regresó al salón.

—Ya está listo el armario.

Scott corría una y otra vez los paneles para asegurarse de que funcionaban bien.

—Y esto. El salón está terminado: las cortinas colocadas, los muebles en su sitio y las fotografías en las paredes. Vamos a lo más difícil de la tarea.

Él bajó de la escalera con agilidad.

—¿Montar una cama es lo más difícil? —preguntó consciente de que lo único que faltaba era el lecho de su amiga.

—No una cama, sino «la cama». Seguro que la dueña encuentra mil motivos para quejarse.

—Sois tal para cual —rio divertida mientras Scott desembalaba las piezas de metal dorado y sin aparente esfuerzo cargaba con ellas hasta el dormitorio.

Olivia, con mirada atenta, observó cómo él comenzaba a atornillar la cama: el cabecero, los largueros que sujetarían el colchón y la parte inferior. Una mueca curvaba la boca del hombre mientras realizaba el trabajo, aunque no pronunció ni una palabra.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara de asco? —preguntó irritada y sin poder contenerse—. Si tanto te molesta armar la cama, puedo hacerlo yo. Soy capaz de apretar cuatro tornillos.

—A que es la cama más cursi que he montado en mi vida. Y respecto a hacerlo tú, se te romperían las uñas, bonita, y eso sería una gran tragedia.

—Solo tienes que montarla, idiota, no dormir en ella.

—Tendría pesadillas si lo hiciera. Aparte de que esta cama no soportaría ni mi peso de gordo seboso ni mi fogosidad. Es una cama de princesita y en ella no tiene cabida un hombre, solo los príncipes azules descafeinados de los cuentos. Si es que alguno te aguanta, claro.

Observó cómo Scott trataba de disimular la risa que le vino a la boca. La irritación le hizo contraer los labios

—Menos presumir.

Estuvo a punto de decir que si lo que decía fuera cierto su querida Stefany no se habría ido con otro, pero se contuvo. Él tenía razón, no por temor a que se le rompieran las uñas ni a estropear la cuidada manicura que ostentaba, pero no hubiera sabido cómo montar la cama. No se trataba solo de apretar cuatro tornillos a tenor del trabajo que le estaba dando y de las diversas piezas que salían del interior de la caja.

—Tengamos la fiesta en paz, chicos —terció Patty—. Y hablando de fiesta... —Ante la mirada significativa de su amiga, denegó con la cabeza. No lo invitaría después de lo grosero que estaba siendo. Patty comprendió el gesto y asumió la tarea—. Vamos a organizar una para inaugurar la casa, y nos gustaría que asistieras.

Scott alzó los ojos del larguero al que estaba acoplando una pieza donde encajaría el somier.

—¿Os gustaría? ¿A las dos?

—A las dos —masculló, tal como había acordado con su compañera.

Él no consiguió disimular la sonrisa que le acudió a la boca y miró a Patty.

—No es cierto, pero me basta con que lo quieras tú. Acepto.

Se mordió los labios para no responder ante la evidente descortesía.

—Será solo una pequeña reunión de familiares y amigos, unas veinte personas —continuó explicando Patty—. El apartamento no da lugar a un evento más multitudinario.

—Imagino que la mayoría serán amigos tuyos; no creo que Olivia tenga demasiados.

—Claro que tiene, ¿verdad, Olivia?

—No, no tengo —dijo desabrida—. Soy la bruja del cuento y vivo aislada en medio del bosque en espera de que aparezcan niños tiernos y apetitosos para tomarlos de cena.

A continuación, dio media vuelta y salió de la habitación.

Scott continuó con su trabajo, deseando terminar cuanto antes.

—Creo que la has ofendido.

—No creo, hemos intercambiado groserías mucho peores a lo largo de nuestra vida. La dulce y comedida Olivia pierde los papeles cuando habla conmigo. Pero si ha sido así, ella se lo ha buscado. No sé si asistiré a esa fiesta, creo que no sería bien recibido.

—Ven como amigo mío. Habrá más gente, de modo que no tendrás que tratar demasiado con Olivia.

—De acuerdo, si me lo pides tú, aquí estaré.

—Gracias.

—Ahora, será mejor que termine con esta cama de Cenicienta. Es lo último que me falta y quiero marcharme a casa. Estoy un poco cansado y, sobre todo, hastiado de soportar a tu compañera de piso. Voy a salir un rato a despejarme esta noche, creo que me lo he ganado.

—Te invitaría a cenar, pero aún nos quedan algunas cajas por vaciar y colocar en los muebles, y mañana trabajo.

—Y al ogro le daría un patatús si se queda algo desordenado. Te lo agradezco, pero ya te he dicho que necesito despejarme.

—Pensaba hacerlo fuera de aquí.

—En ese caso, me gustará cenar contigo en otra ocasión.

—De acuerdo.

Terminó su tarea y, acompañado de Patty, salió al salón.

—Ya he terminado —dijo escueto. La cara rígida de Olivia que colocaba unos adornos le impidió decir nada más. Ya estaba harto de pullas aquel día.

—Bien. Presenta la factura y te haré un ingreso mañana.

—Tú no me has contratado, así que el pago lo acordaremos tu padre y yo.

—Me sentiría mejor si cobraras, y sé que a él no le aceptarás ni un dólar.

—Eso es asunto nuestro. Me basta saber que mi trabajo ha sido satisfactorio para las clientes.

—Lo ha sido —aseguró Patty.

—Sí —admitió Olivia a regañadientes.



—En ese caso, me marcho. —Se dirigió a Patty—. Avísame el día y la hora de la fiesta.

—Lo haré, aunque casi seguro será el sábado próximo. Te lo confirmo cuando sepamos los horarios de trabajo.

—Bien.

Olivia entró de nuevo en su habitación sin siquiera despedirse y Patty lo acompañó a la puerta.

—Gracias —susurró la chica con una sonrisa.

—No me las des, ha sido un placer trabajar para ti. Hasta la fiesta.

—Hasta entonces.

Bajó las escaleras, ignorando el ascensor. Había terminado su tarea y no se sentía liberado por ello. Un regusto amargo le subía por la garganta. Olivia sacaba lo peor de él, no podía evitarlo. Le desagradaba como persona: su rigidez, su pose de chica perfecta, pero sobre todo ese afán de molestarlo, de insultarlo de todas formas posibles, le sacaba de sus casillas y le impelía a hacer lo mismo con ella. No le apetecía mucho asistir a la fiesta, aunque Patty le caía bien y le parecía una mujer simpática y agradable. Pero la idea de molestar a Olivia un poco fue más fuerte y le había hecho aceptar.

## Capítulo 6

Olivia paseó la mirada una vez más por los invitados a la fiesta. Unas veinte personas que sostenían vasos de usar y tirar en la mano y se servían la comida colocada sobre un aparador donde Patty y ella habían instalado un bufé frío. Llevaban todo el día cocinando platos salados: diversas ensaladas, pastel de carne, salchichas y otras exquisiteces de las que los invitados daban buena cuenta, mientras que su madre había contribuido con algunos dulces.

No se sentía del todo cómoda, no le gustaba mezclar amistades. Era poco sociable y prefería separar, al igual que hacía con la ropa, a los amigos por su grado de relación con ella y también por la edad. Pero en aquella ocasión no había sido posible. Sus padres y los de Scott se mezclaban con compañeros de trabajo y amigos en aquella pequeña fiesta en la que Patty y ella celebraban el comienzo de una nueva etapa de sus vidas. Su abuela había rechazado la invitación por un fuerte resfriado, aunque su madre aseguró que no era nada grave. Scott tampoco estaba entre los presentes y no sabía si ello la alegraba o la enfadaba, como todo lo que sucedía con él. Quería tener la fiesta en paz, sin pullas y sin intercambio de dardos verbales envenenados, pero sentía una vez más el pinchazo de la decepción de que ni siquiera se hubiese molestado en presentar una excusa por su ausencia.

Apoyada en la puerta de la terraza que daba al salón, sonrió al ver a su padre y al de Scott acercarse a ella, con sendas copas en la mano.

—Os ha quedado muy bonito el apartamento.

—Sí, tu hijo ha hecho un buen trabajo.

Conrad esbozó una sonrisa, muy parecida a la de su vástago.

—¿En serio has dicho eso?

—Porque no está delante, pero jamás lo admitiré ante él.

—¿No le has invitado? —preguntó Andrew a su vez.

—Sí lo he hecho, pero no se ha dignado venir; ni presentar una excusa. De todas formas, no le necesitamos para divertirnos. Lo invité porque lo considero un miembro de la familia, pero no hay problema si tiene otros planes. —«Y porque Patty se empeñó».

Dio un sorbo a su botella de cerveza sin alcohol, mientras pensaba que hubiera sido mejor no invitarlo, porque de esa manera no miraría la puerta cada vez que sonaba el timbre ni esperaría, a su pesar, a alguien que no se había presentado.

—Voy a llamarle —murmuró Conrad, sacando el teléfono móvil del bolsillo—. No es propio de él ignorar una invitación, ni siquiera tuya.

—No lo hagas. Prefiero que no venga a que lo haga porque le insistes. Lo más probable es que lo haya olvidado. No me he enfadado, estoy rodeada de amigos, y reconócelo, Conrad, tu hijo no lo es.

El hombre le rodeó los hombros con el brazo y depositó un sonoro beso en su mejilla.

—Estamos nosotros.

—Para mí es suficiente.

En aquel momento el timbre de la puerta la hizo desviar la vista hacia la misma y un nudo de impaciencia se apoderó de su estómago, a la vez que la bilis se le revolvía en él. Si era Scott, llegaba más de una hora tarde y no estaba segura de poder contenerse y no echárselo en cara.

Era él, en efecto, pudo comprobarlo cuando Patty abrió la puerta. Pero sus ganas de lanzarle un reproche desabrido se desvanecieron al contemplar un vendaje en la mano izquierda.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó haciendo que Conrad y Andrew se volvieran a su vez.

—No tengo ni idea. Anoche cenó en casa y no llevaba ese vendaje.

Incapaz de moverse de donde estaba, observó cómo su amiga acompañaba al recién llegado y, sin ninguna duda, le preguntaba por lo sucedido. También Melissa y Diane abandonaban sus asientos en el sofá para salirle al encuentro. Tras unos minutos de charla con ellas, se dirigió hacia donde ellos se encontraban. Besó a su padre y a su tío y levantó la mano herida.

—Lamento el retraso. —Las disculpas iban dirigidas a ella—. He tenido un pequeño accidente esta tarde y he debido ir a que me curasen.

—¿Algo serio? —preguntó Andrew. No era infrecuente que las manos de su hijo presentasen cortes o pequeñas quemaduras. No eran unas manos finas y cuidadas, sino las de una persona que trabaja con ellas y estaban llenas de marcas.

—Unos puntos de sutura, nada más. Un corte limpio que no ha afectado más que al músculo superficial.

—Menos mal, hijo.

Scott desvió la mirada hacia ella, que contemplaba inmóvil la blanca venda.

—Lamento estropear la reprimenda que con seguridad tenías preparada por mi tardanza. Como ves, el retraso ha sido justificado.

—No pensaba censurarte nada, puesto que no era necesaria tu presencia en la fiesta. No es como el día que llegaste tarde al cumpleaños de mi padre, que todos te esperábamos para merendar.

—En ese caso, me alegro de que mi ausencia no haya supuesto ningún problema.

—¿Por qué no has avisado? Habría ido contigo al hospital —reprochó Andrew.

—Y mi madre, y Diane... y la princesita se habría llevado un rebote al ver que todos llegabais tarde a su fiesta por mi culpa. No, puesto que no es serio, mejor cargo yo con todas las recriminaciones, que ya estoy acostumbrado.

Respiró hondo tratando de calmarse.

—Que yo sepa, no te he recriminado nada.

—Sería la primera vez, y para ello tengo que sufrir una herida.

—Dejad de discutir y ven que te sirva algo de comer y beber —terció Andrew.

—No me quedará mucho tiempo, me han administrado calmantes y no puedo tomar alcohol; tampoco tengo hambre. Estoy aquí porque me pareció una descortesía ignorar una invitación, por mucho que soy consciente de que esta fue idea de Patty y no de tu hija. Que tengas buena noche, «prima». —Se dirigió a ella directamente—. No te molestaré demasiado con mi presencia, no te preocupes.

Andrew sacudió la cabeza con pesar y acompañó a Scott hasta la cocina, situada al otro extremo del salón.

—No soy tu prima, capullo —susurró bajito y salió a la terraza, incapaz de enfrentarse en aquel momento a la fiesta ni a los invitados. Se aferró a la barandilla con fuerza y cerró los ojos. Al ver el vendaje había sentido que le temblaban las piernas por la preocupación, y ni siquiera fue capaz de preguntarle cómo estaba, si le dolía o por la gravedad de la herida. Estaba tan acostumbrada a ocultarle sus sentimientos y a protegerse detrás de palabras hirientes, que en aquella ocasión había actuado por impulso. Y de su boca solo habían salido idioteces.

Respiró hondo para relajarse, para volver a entrar en aquel salón lleno de gente a la que no le apetecía ver. Que le sobraba desde hacía un cuarto de hora.

Dejar que Scott montara su casa no había sido buena idea.

Sintió unos leves pasos a su espalda y enderezó la postura. Volvió a ser la Olivia erguida de siempre. La fuerte, la dura, la que todos conocían; la que por unos momentos había olvidado para dejar salir a la mujer que solo ella conocía y su madre quizás sospechaba. Porque en los ojos azules de Melissa observaba comprensión, aunque siempre cortó de raíz cualquier intento de confidencias.

Aunque temía que fuese su madre quien hubiera entrado en la terraza, no se alegró de comprobar que se equivocaba y que quien se dirigía hacia ella era William, un piloto con el que había volado varias veces en las últimas semanas. El hombre llevaba una sonrisa en la boca que no supo cómo interpretar. Tampoco deseaba compañía.

—Hola, Liv —saludó.

Apretó los dientes. Si había algo que odiaba más que la llamasen prima, era lo hicieran con el diminutivo de Liv. Sus padres solían decirle Livvy y solo a ellos se lo permitía, aunque prefería su nombre completo.

—Hola.

—¿Qué haces aquí tan sola, en tu propia fiesta?

Esbozó la sonrisa de trabajo, la que utilizaba con los pasajeros cuando no se encontraba bien o tenía un mal día, pero el hombre no detectó la diferencia.

—Estaba tomando un poco el aire. Hace una bonita noche y sentía calor.

—Entonces, ¿no es una invitación para que me acercase?

—Me temo que no.

Patty le había dicho en alguna ocasión que el hombre la miraba mucho en las últimas semanas, y le dedicaba sonrisas radiantes, pero ella prefirió ignorarlo.

—Pero no te molesta que lo haya hecho, ¿verdad?

—No, no me molesta —mintió. Por ella podrían irse al diablo la mayoría de las personas que ocupaban el apartamento riendo y charlando.

Cuando vio aparecer a Scott con una venda en la mano y tuvo que contenerse para no correr a su lado y preguntarle ansiosa qué le había sucedido, comprendió que todos los esfuerzos que había hecho en los últimos años para alejarlo de sus pensamientos no sirvieron para nada. Los quince días que duró el acondicionamiento de su casa, en los que, aunque ella no hubiera estado presente Patty le había contado con minuciosidad cada detalle de lo que él estaba haciendo, lo había traído de nuevo a su vida a diario. Los años de repetirse una y otra vez que no le importaba, que lo aborrecía, que se lo quedara Stefany porque ella no lo soportaba, acababan de venirse abajo de nuevo. Menos mal que las reformas estaban terminadas y podría poner distancia, como hizo en el pasado cuando comprobó que entre Scott y su vecina existía algo más que una buena amistad.

Volviendo a la realidad, sonrió al hombre que se acodaba a su lado en la barandilla y decidió que iba a demostrarle a Scott que tenía tanta vida social como cualquiera.

—Vamos dentro. La anfitriona no puede ausentarse por más tiempo. Podemos tomar una copa y charlar, si te parece.

—Encantado.

Cuando estuvieron de nuevo en el salón buscó con disimulo entre los invitados y vio a Scott sentado junto a su padre. Tenía un vaso de refresco en la mano y hablaba con él y con Andrew de forma animada. Posó de nuevo la mirada en la venda y sintió el mismo pellizco de angustia por el daño que él había sufrido.

Sin embargo, apartó la mirada con rapidez y se dirigió a la cocina para sacar unas bebidas del frigorífico para William y para sí misma. Con ellas en la mano, y en esta ocasión la suya sí llevaba un poco de alcohol, se dedicó a charlar con su acompañante mostrando una sonrisa encantadora. Su más perfecta sonrisa de azafata.

La comida y la bebida fueron desapareciendo a lo largo de la velada. Poco antes de la medianoche, Scott y sus padres, así como Andrew y Melissa, se despidieron de las anfitrionas dispuestos a marcharse.

Los besó a todos con efusividad, pero no se atrevió a hacer lo mismo con Scott. Nunca le había dedicado demostraciones físicas de afecto y no empezaría esa noche. Una herida en la mano no cambiaría su actitud hacia él. No obstante, sí le dijo con voz suave:

—Gracias por venir a pesar de tu accidente. Espero que no sea nada serio.

—Ya os he dicho que no. Unos cuantos puntos de sutura que me quitarán en una semana, y a seguir trabajando. Me lo tomaré como unas merecidas vacaciones. Los últimos trabajos han sido

duros.

—¿Te refieres a los de mi apartamento? —El tono de voz se endureció ante lo que consideró un reproche.

—He hecho otros encargos además de este, y todos han sido duros. El tuyo también. Yo realizo trabajo físico, no me limito a dirigir mi empresa sentado en un sillón.

—Eso ya lo he comprobado. Te ganas cada dólar que cobras por las reformas.

—Hago un trabajo, y por supuesto que lo cobro. Lo mismo que tú.

—No se trataba de un reproche, solo era una observación.

—En ese caso, disculpa. No estoy acostumbrado a que me hagas simples observaciones.

—Ya. Bueno, esta lo era —dijo incómoda—. Cuídate la herida.

—Gracias, lo haré. Voy a despedirme de Patty.

—Bien.

Vio al grupo de invitados acercarse a su amiga, charlar de forma distendida y cómo esta besaba a todos con su habitual efusividad y simpatía. Esa era la auténtica diferencia entre ambas: a ella le costaban mucho las relaciones sociales. No le sucedía en el trabajo, allí era amable con los pasajeros que requerían su atención sin ningún esfuerzo. Pero cuando se trataba de intimar, de regalar caricias de forma espontánea, a duras penas lo conseguía y siempre le salía forzado.

Solo sus padres y Patty conseguían que se abriera lo suficiente para ello y estaba segura de que era porque siempre daban el primer paso. Su forma de ser hacía que le costara mucho acercarse a los demás; solo los que tenían suficiente paciencia para traspasar la primera capa de frialdad lo lograban.

Scott se marchó y la presencia de William a su lado se le hizo tediosa de repente. Se disculpó lo mejor que pudo aduciendo que debía atender al resto de invitados y comenzó a rogar mentalmente para que todos se fueran cuanto antes. Deseaba disfrutar de su casa a solas, aunque aún les quedara una ardua tarea de limpieza tras la fiesta.

Tuvo que aguantar casi una hora más, pero al fin la última invitada, una amiga de Patty, se marchó por fin, después de ayudarlas a recoger en grandes bolsas de basura los platos, vasos y cubiertos desechables esparcidos por el salón. A pesar de ello, la estancia presentaba un aspecto desordenado, pero Patty, conocedora del afán de limpieza de su amiga, la cogió de brazo y la llevó hasta la puerta de su habitación.

—A la cama. Ya limpiaremos mañana lo que queda.

—Pero...

—Sin peros. No pienso llevarme hasta la madrugada fregando y limpiando. Hemos recogido lo más urgente, el resto puede esperar. Cuando vives con alguien tienes que mantener un equilibrio entre lo que tú y la otra persona quieren. Por mí lo hubiera dejado todo hasta mañana, pero te conozco y sé que te habría resultado muy difícil, así que he cedido en parte. Ahora te toca a ti hacer lo mismo.

—De acuerdo. La verdad es que estoy muy cansada.

—Hasta mañana, entonces.

## Capítulo 7

Olivia llegó a media tarde al apartamento después de un día largo y difícil. Una zona de fuertes turbulencias desató el pánico entre los pasajeros de su último vuelo de la tarde y tuvo que hacer gala de paciencia y tacto para calmarlos. De nada hubiera servido decirles que era algo habitual en aquel punto del trayecto, y que ella estaba más que acostumbrada, pero sabía que la primera vez siempre se hacía difícil no preocuparse.

El vuelo había resultado agotador y se sentía cansada y con ganas de darse una merecida ducha y tenderse en el sofá a ver alguna serie o leer un rato, según los planes de Patty.

Encontró a su compañera de piso vistiéndose para salir, lo que decidió su velada. Leería y ni siquiera pensaba cocinar, pediría comida a domicilio y se acostaría temprano.

—¿Vas a salir?

—Sí, he invitado a Scott a cenar

—¿El mismo Scott que yo conozco? —preguntó suspicaz.

—Justo ese, sí. Espero que no te importe.

Sintió de nuevo la garra de los celos, pero trató de parecer indiferente. Patty continuó con sus explicaciones.

—Después del trabajo que ha hecho en casa creo que debo agradecerse de alguna forma, puesto que no me ha cobrado nada. Tú eres parte de su familia, pero yo soy una completa desconocida, y me siento en deuda con él. No te preocupes, no lo traeré aquí. Voy a llevarlo a un restaurante, aunque si lo deseas puedes unirte; pero si no es así, no te obligaré a soportar su presencia.

—Muy considerada de tu parte, pero me quedo en casa.

—Vamos, Olivia, alegra esa cara. No a todo el mundo le cae mal el hombre. De hecho, es un encanto, y si te quitaras de la mente los prejuicios que tienes contra él, te darías cuenta. Después de todo, sois casi parientes.

—¡No lo somos! —Su negativa fue como un latigazo, afilada y contundente—. Su padre y el mío son amigos, no familiares y, por si fuera poco, yo soy adoptada. Por mis venas corre sangre eslovena, así que no hay ningún lazo consanguíneo entre nosotros.

—No te sulfures, mujer, no sería tan grave.

—Lo sería. —Se percató de que estaba sacando las cosas de quicio y suavizó el tono de voz—.



Disculpa, he tenido un vuelo muy difícil y estoy agotada. Disfruta de tu cita, yo me voy a relajar un rato.

Desde el sofá, Olivia vio cómo su compañera salía del apartamento. Atractiva y seductora. Extrovertida y simpática, todo lo que ella no era. Aunque el espejo le decía que su cara poseía una belleza exótica, no era del tipo que a los hombres les gustaba. Los ojos grises parecían siempre cargados de tormenta, el rictus de la boca era más duro de lo que debería y ella... En ella habría que ahondar mucho para descubrir a la verdadera Olivia y la mayoría de los hombres no estaban dispuestos. Por lo menos, no el que ella deseaba.

Desanimada, se dejó caer contra el sofá con un sentido de *déjà vu* muy doloroso. A Patty le gustaba Scott, de eso no tenía dudas, no lo había ocultado en ningún momento, y él tampoco le hacía ascos a la preciosa mulata o no hubiera aceptado la invitación. Se preparó de nuevo para ver al único hombre que la había enamorado en brazos de otra y fingir que no le importaba. Si por un momento había pensado que al marcharse Stefany se había librado de los celos no podía estar más equivocada. Volvería a ser testigo de miradas cómplices de las que ella se quedaría fuera, de gestos cariñosos y tiernos, y esperaba con toda su alma no ser testigo de noches de pasión bajo su propio techo.

Se cubrió la cara con las manos y ahogó un suspiro. ¿Por qué había tenido que enamorarse de un hombre que la aborrecía? ¿Por qué no conseguía olvidarse de él? Había intentado hacerlo desde la adolescencia, desde aquella fatídica tarde en que lo sorprendió besándose con su vecina de todas las formas que se le ocurrieron. Con enfado, alejándose de él e incluso en brazos de otros hombres que no significaron nada más que encuentros fugaces, que la dejaban vacía por dentro después. Y anhelando que fuera otro el que había acariciado su cuerpo, o besado su boca. Nada había funcionado; nunca mantuvo una relación con nadie, jamás les presentó un chico a sus padres hasta el punto en que Andrew le dijo en una ocasión que si le gustaban las mujeres no existía ningún problema por su parte.

Pero no le gustaban las mujeres, y tampoco le gustaban los hombres, más allá del único que no la soportaba.

Una lágrima silenciosa se deslizó por su cara y la cortó con rabia. «¿Por qué, Scott?», susurró en voz baja, como si él pudiera oírla. «¿Por qué no me quieres, ni siquiera cómo amiga? ¿Qué tengo para que me detestes, desde que era una niña asustada que solo anhelaba aceptación y cariño? ¿Por qué tengo la certeza de que nunca me besarás, que jamás sentiré tus brazos a mi alrededor ni escucharé de tus labios más que reproches y palabras duras? ¿Por qué no eres capaz de ver más allá de la fachada de fría y de borde con que me cubro para protegerme de tu indiferencia, de tu rechazo, de tu desamor? Si un día me besaras... podrías ver a la auténtica Olivia, estoy segura».

Se secó con rabia las lágrimas que habían escapado a su control y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. En el amplio espejo que había sobre el lavabo, vio su imagen con los ojos enrojecidos y solo sintió enfado. Odiaba cuando los sentimientos se le desbordaban y escapaban a

su control, cuando se derrumbaba y salían a borbotones.

—Tienes que olvidarle, ¿me oyes? —le dijo a su reflejo—. Es un capullo, un imbécil, y no se merece ni una sola de tus lágrimas.

Entró en la ducha y dejó que el agua fluyera sobre su cuerpo cansado con la máxima presión, sintiendo los alfilerazos como dardos golpeando la piel blanca, que se enrojecía por momentos.

Cuando salió, el bajón había pasado dejando lugar de nuevo al enfado que se esforzaba en mantener. Con Scott, con ella misma y con la vida que le negaba la felicidad completa. Porque, aunque Andrew y Melissa fueron unos padres maravillosos y le habían dado el hogar que no tuvo en su primera infancia, el rechazo de Scott era una herida siempre abierta.

Ni siquiera se molestó en pedir comida, había perdido el apetito por completo, y tras la ducha se metió en la cama, a seguir alimentando su enfado. Ese enfado que le permitía sobrevivir.

Escuchó llegar a Patty y aguzó el oído por si escuchaba la voz bronca del hombre, pero solo oyó los pasos menudos y ligeros de su compañera de piso. Cerró los ojos y trató de dormir, aunque el sueño se mostraba esquivo aquella noche. Cuando al fin consiguió conciliarlo, lo hizo a trompicones, y no tardó en despertar empapada en sudor frío, el mismo frío que sentía siempre en sus pesadillas. Y hambre, mucha hambre. Y miedo.

Se incorporó en la cama con el corazón latiéndole a mil por hora y una opresión en el pecho que le hacía difícil respirar. No se tranquilizó al ver que estaba en su nueva casa, caliente y abrigada. El hambre que seguía acuciándola era debido a que se había saltado la cena y llevaba muchas horas sin tomar nada, se dijo.

Temblorosa, se levantó dispuesta al menos a solucionar eso. Salió al salón y, dirigiéndose a la cocina, calentó un vaso de leche en el microondas y cogió un paquete de galletas del mueble alto donde guardaba su comida. Era la solución mágica que siempre empleaba Melissa cuando sufría las pesadillas de niña. Al principio eran muy frecuentes, luego se espaciaron, pero nunca desaparecieron del todo. Bastaba un disgusto o un problema más o menos grave, para que se presentaran de nuevo durante una temporada. La noche anterior, al saber que Patty cenaría con Scott, sintió de nuevo aflorar los celos y también los sentimientos que él le provocaba, con más fuerza que nunca, y estaba casi segura de que eso había sacado a relucir sus temores y su angustia.

La puerta de su compañera de piso se abrió en el momento en que colocaba todo en una bandeja y se dirigía al sofá para tomarlo.

—¿Olivia? ¿Te encuentras bien? Estás temblando.

—He tenido una pesadilla.

—¿Has soñado que se desplomaba tu avión? A veces me pasa.

—No, no es nada de eso. No son escenas concretas, es más bien una sensación de frío, de hambre y de terror. Pero me alteran mucho.

—¿No es una pesadilla aislada?

—Es recurrente. Son reminiscencias y recuerdos de antes de la adopción, dijo el psicólogo al que mis padres me llevaron de niña. Vuelven de vez en cuando.

—Vaya, lo siento.

—Mi madre siempre me daba leche y galletas después de una, y eso me calmaba. Estoy siguiendo su terapia —dijo sumergiendo uno de los discos redondos y dulces en el líquido caliente.

—Te acompaño.

Patty se levantó y se preparó también un vaso de leche, al que añadió una generosa cucharada de cacao. Después se sentó junto a Olivia.

—¿Qué tal con Scott? —No pudo evitar preguntar, aunque se había prohibido a sí misma hacerlo.

—Bien. Le he llevado a un restaurante argentino, y hemos dado cuenta de unos succulentos trozos de carne. Mañana saldré a correr para compensarlo, puesto que no trabajo.

—Yo también tengo el día libre.

—¿Vemos una serie o una película hasta que te calmes? —propuso Patty observando la palidez y la respiración aún agitada de su amiga.

—No es necesario que te quedes levantada por mí, debes estar cansada. Poco a poco irá pasando.

—Ya te he dicho que mañana no trabajo. Vamos a trasnochar y nos levantaremos cuando nos lo pida el cuerpo. Desactiva la alarma del móvil.

—Siempre me levanto temprano. Me despierto, aunque no suene.

—Mañana no; nos lo vamos a tomar de vacaciones.

Patty cogió el mando de la televisión y buscó entre los canales.

—¿Romántica, de acción, de humor...?

—De humor, a ser posible. No soy demasiado romántica.

—Bien.

—Patty... ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —Había tratado de no indagar, pero las palabras habían salido solas, sin que lo pudiera evitar.

—Claro.

—¿Te gusta Scott?

—Es un hombre muy simpático y agradable, aunque tú pienses lo contrario.

—¿Vas a volver a verlo?

—Probablemente. Yo he pagado la cena, y después él ha querido invitarme a una copa, pero estaba cansada y he rehusado. Me ha dicho que me la debía y que me llamaría en otra ocasión, así que es probable que volvamos a vernos. ¿Algún problema con eso?

—Ninguno. Como bien dijiste antes, que me caiga mal a mí no significa que tú sientas hacia él la misma animadversión.

—Estupendo. Vamos a ver esta serie, me han dicho que es muy divertida.

Ambas se recostaron en el sofá y centraron su atención en la pantalla. Apartó de su mente la idea de una relación entre Patty y Scott y se dispuso a permitir que el sueño regresara a ella. Sin

pesadillas a ser posible.

## Capítulo 8

Scott abrió la mano varias veces comprobando que la herida había cicatrizado bien, que los puntos que le acababan de quitar no se abrirían de nuevo ni la cicatriz le tiraba más allá de lo razonable. Pronto podría trabajar con normalidad, porque limitarse a dirigir tareas no era lo suyo. Le gustaba unirse a sus empleados en la faena, además de coordinar, repartir y supervisar. Los ocho días que había estado sin mancharse las manos se había aburrido muchísimo y estaba deseando comenzar de nuevo.

Aún se tomaría un par de días, como le habían recomendado en el centro sanitario, y se planteaba cómo pasarlos. Recordó que le debía una invitación a Patty y la llamó para concertar una cita. Le caía muy bien la compañera de piso de Olivia, y si de paso podía fastidiar a esta, mataba dos pájaros de un tiro. Intuía que no le agradaría mucho una amistad entre ambos, pero se sentía un poco dolido de que ni siquiera le hubiese llamado para preguntarle por la lesión. Él lo hubiera hecho de saber que ella estaba herida, aunque siempre anduvieran a la gresca cuando se encontraban. Que Patty y él salieran juntos de vez en cuando seguro que fastidiaría a su encorsetada primita.

Patty tenía el móvil apagado, por lo que intuyó que estaría trabajando y se resignó a dejarlo para otro momento. Según le había comentado Andrew en alguna ocasión, los horarios de las chicas eran terroríficos, puesto que los aviones circulaban las veinticuatro horas del día.

Estaba almorzando cuando ella le telefoneó.

—Hola, Scott. He visto tu llamada.

—Solo quería preguntarte si te apetecería tomar esta noche esa copa que te debo.

—Por supuesto. —Aceptó encantada—. Pero no estoy en Richmond. Llegaré sobre las nueve más o menos. Si no es muy tarde para ti, por mí fenomenal.

—Ningún problema. Ceno temprano y te recojo cuando llegues. Salvo que estés muy cansada.

—El cansancio es para los viejos. ¿Cómo sigue tu herida?

—Bastante bien. Hoy me han quitado los puntos y muestro una preciosa cicatriz. Otra más; mis manos parecen un mapa de carreteras.

Ella lanzó una carcajada.

—Curiosa forma de verlo.

—Con humor; no hay otra. Cuando trabajas en lo mío son frecuentes los golpes, cortes y

quemaduras, y no siempre las marcas se van con el tiempo.

—¿Has probado con Bio Oil? Es un aceite que reduce las cicatrices. Tengo un frasco en casa, si te pasas a recogerme, te echo un poco.

—De acuerdo. ¿Sobre las nueve y media?

—Perfecto.

—¿Estará el dragón?

—¡No la llames así! No sé el turno de Olivia hoy, pero si está no te va a comer.

—Seguro que no. Tengo demasiada carne y grasa para ella.

—No seas malo. Te tengo que dejar, se acabó el descanso. Embarcamos en breve.

—Nos vemos luego en tu casa.

—Hasta entonces.

Cortó la comunicación y se preparó para un nuevo enfrentamiento verbal con Olivia aquella noche. Y no estaba seguro de si eso le molestaba o le agradaba.

\*\*\*

Llegó un poco antes de las nueve, no tenía otra cosa que hacer y se aburría. Si ninguna de las chicas estaba en casa se quedaría tomando un café en algún lugar cercano o esperaría en el coche. Sin embargo, la voz de Olivia respondió a través del portero electrónico.

—¿Sí?

—Soy Scott.

Esperaba un gruñido o al menos que le preguntase el motivo de la visita, pero en cambio la puerta se abrió y le franqueó la entrada. Las consabidas preguntas llegaron cuando entró en el apartamento.

—¿A qué debo el honor?

—He quedado con Patty. ¿No te ha dicho nada? —Sabía que no lo había hecho, pero no lo dijo.

—No ha llegado aún; está trabajando.

—¿Te importa si la espero aquí?

Ella se encogió de hombros, aunque era evidente que la idea no le agradaba demasiado.

—En absoluto, si a ti no te molesta mi presencia.

—Podré soportarla.

Olivia se sentó muy derecha en el sillón que había junto al sofá evitando así que él pudiera hacerlo a su lado, marcando distancias. Lo hizo lo más lejos posible, y la contempló con curiosidad. Vestía un pantalón corto azul y una camiseta rosa, color que le sentaba muy bien. Se había recogido el largo cabello en una coleta que le caía sobre el hombro y no estaba maquillada. Jamás la había visto así desde que dejó de ser una niña.

—¿Qué miras? —preguntó desabrida.

—Que no estás maquillada.

—Estoy en mi casa, y no esperaba visitas.

—¿De haber sabido que vendría te hubieras maquillado? —preguntó divertido.

—Por supuesto que no. Al menos, no para ti.

—Lo imaginaba. Te sienta bien la cara lavada, te hace la expresión menos dura. —afirmó.

—¿Me estás haciendo un cumplido?

Lo había dicho tal como lo pensaba, pero el tono mordaz de su anfitriona le hizo replicar.

—¡Jamás se me ocurriría! Solo constato un hecho.

—No era necesario, tengo espejos en casa y sé que aspecto presenta mi rostro con y sin maquillaje.

—Olivia... ¿Vamos a estar así hasta que llegue Patty? Si te molesta mi presencia, dímelo y me bajo al coche.

—No me molesta tu presencia; solo que no estoy acostumbrada a mantener contigo una conversación. No me sale, ¿entiendes?

—Tampoco tenemos que hablar. Puedes poner la televisión y ambos nos dedicamos a fingir que nos interesa lo que sale en la pantalla.

—De acuerdo.

Olivia cogió el mando a distancia y activó la pantalla. Él clavó la mirada en el rectángulo recién encendido y trató de concentrarse en las imágenes, pero no lo consiguió. La incomodidad flotaba en el ambiente. La chica se removía en el asiento muy tiesa, evitando mirarle, y en cambio él a duras penas podía apartar la vista de ella. Por lo que podía recordar nunca habían estado sentados los dos solos en una habitación. Siempre estaban presentes los padres de alguno, y cuando de forma ocasional se quedaban a solas, uno de ellos salía de la habitación con cualquier excusa.

Cuando la incomodidad se hizo insoportable, se levantó dispuesto a marcharse y esperar en el coche.

—¿Te vas?

—Me quedaré abajo hasta que llegue Patty. No me encuentro cómodo con esta tensión, parece que te vayas a partir la espalda. No he debido entrar.

—No te vayas —dijo ella en un tono conciliador que no recordaba haberle escuchado jamás. Alzó la mirada y vio en los ojos grises algo nuevo y desconocido. ¿Suavidad?

—No quiero molestarte, Olivia, de verdad.

—Sé que no estoy siendo muy buena anfitriona —dijo con un evidente esfuerzo por que la voz no sonara brusca—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Agua? ¿Té helado? En este momento no tengo otra cosa. Puedo mirar si en el armario de Patty hay algo que ofrecerte; a ella no le importará.

—No es necesario, me basta con que me hables en un tono normal, y que no te sientes como si estuvieras sobre un avispero. No hace falta que seas super simpática, ni que te desvivas en atenciones. Solo te pido un poco de cortesía y que no te comportes como si me odiaras.

Ella respiró hondo, antes de responder. Scott pudo ver cuánto le costaba pronunciar la frase.

—Yo no te odio.

—Pues lo disimulas muy bien.

—Yo tengo la misma sensación contigo.

—Solo me defiendo de tus pullas, Olivia. Si me atacan, respondo. Pero te aseguro que no tengo nada personal contra ti. Es más, me gustaría que nuestros encuentros no estuvieran llenos de dardos envenenados, porque sé que eso les duele a nuestros padres. Ellos están en medio.

—Trataré de ser educada, si tú haces lo mismo.

La miró con la incredulidad pintada en el rostro. No terminaba de creérselo, imaginaba alguna trampa que no era capaz de ver.

—Trato hecho —aceptó reticente—. Pero que conste que, a la menor provocación, responderé.

—Me parece justo. Podemos empezar ahora, si te parece. —Inspiró de nuevo—. Veo que ya no llevas la venda. ¿La herida ha cicatrizado bien?

Él alargó la mano y mostró la palma, donde una línea rojiza se deslizaba desde el comienzo del pulgar hasta casi la muñeca. El gesto de repugnancia de la chica le hizo cerrar el puño.

—Lo siento, no he debido mostrártela.

—No, no pasa nada. Es solo que pensaba que no había sido tan aparatosa. Ver heridas me impresiona un poco.

Se mordió los labios para no decirle que era una niña mimada que jamás se había tenido que enfrentar siquiera a un rasguño. Nunca le había visto una rodilla despellejada y mucho menos un esguince o un hueso roto, algo de lo que tanto Stefany como él sabían bastante. Ni siquiera la había visto jugar con otros niños.

En aquel momento la puerta del apartamento se abrió dando paso a una Patty sonriente que avanzó rápida hacia el sofá y se inclinó hacia él para darle un sonoro beso en la mejilla.

Olivia desvió la vista, incómoda.

—Lamento el retraso —se disculpó la recién llegada—. El tráfico aéreo estaba saturado y hemos tardado un siglo en aterrizar.

—No te preocupes. Olivia se ha encargado de hacer de anfitriona.

La chica lo miró sin saber si hablaba en serio o acababa de lanzar un sarcasmo.

—Dame cinco minutos para una ducha rápida y en seguida estoy contigo. Si no ha llegado la sangre al río, espero que sigas entreteniéndolo un poco más. ¿Te importa? —preguntó dirigiéndose a su amiga.

—No hay problema.

—Genial.

Patty desapareció en el interior de su habitación para regresar poco después cambiada de ropa y con un frasco en la mano. Desde su marcha no habían transcurrido más de quince minutos en los que Olivia parecía retraída de nuevo. Ambos ocupantes del salón habían clavado la mirada en la televisión dando la charla por concluida.

—A ver esa cicatriz —dijo agarrando con naturalidad la mano de Scott y mostrando un frasco



en la otra mano—. Ufff, debió doler cuando te la hiciste.

—Soy un tipo duro —bromeó él.

Extendió con cuidado una capa de líquido sobre la línea rojiza acariciando la piel con la yema del dedo.

—Ahora duele menos.

—El aceite no hace milagros, pero ayuda con cicatrices recientes.

—Lo compraré. Seguro que no será la última herida que tenga.

—¿Nos marchamos? —preguntó guardando el frasco en el bolso con la intención de llevarlo a su sitio cuando volviera. A la ordenada Olivia no le gustaría que lo dejase en el salón.

—Cuando quieras —respondió Scott levantándose del sofá.

—¿Quieres venir con nosotros? —invitó a su compañera que les observaba en silencio desde el sillón.

—No, gracias. Me apetece leer un rato.

—Hasta luego, entonces.

Salieron del apartamento con paso rápido.

Olivia permaneció en el sofá con la abrumadora sensación de quedarse fuera una vez más. Mirando desde la ventana cómo otros se comían el pastel y disfrutaban de la fiesta.

Envidiaba la naturalidad con que Patty había llegado y besado a Scott. Ella, que lo conocía desde hacía veinticinco años, no era capaz de hacerlo. De hecho, le había costado muchísimo tratar de mantener con él una conversación trivial y cortés; se había sentido vulnerable por el simple hecho de ofrecerle una bebida. La cara de él mostró incredulidad y asombro, como si viera a un ser de otro planeta cuando le propuso enterrar el hacha de guerra mientras estuvieran sus familias presentes. Pero lo verdaderamente difícil fue ver su mano llena de cicatrices y laceraciones y controlar el deseo de besarla, de aliviar con el roce de sus labios el dolor de la herida reciente, tal como hacía su madre cuando de pequeña sufría algún rasguño.

«Contrólate, Olivia», pensó sintiendo una opresión en el pecho. «Acabará enrollado con Patty, y tú volverás a sufrir la agonía de verle con otra mujer en tus narices. Scott y tú nunca estaréis juntos. Vuelve a ponerte el disfraz de borde, cierra esa grieta que habéis abierto esta noche y no sueñes con que seáis ni siquiera amigos. No es amistad lo que sientes por él, no lo olvides».

Suspirando, se levantó del sofá y, cogiendo un jersey grueso, salió a la terraza de su cuarto y se sentó en el sillón a contemplar la noche y a respirar un poco de aire fresco, que siempre la calmaba.

\*\*\*

Patty y Scott se dirigieron hacia un local del centro, bastante concurrido, y se sentaron en una de las mesas.

—¿Hablabas en serio cuando has dicho que Olivia había ejercido de anfitriona o era ironía? —

preguntó la chica en cuanto les sirvieron las bebidas.

—No lo ha hecho demasiado bien, pero lo ha intentado. Ya es algo.

—Espero que tú hayas puesto de tu parte.

—También lo he intentado —admitió.

—Acabaréis por llevaros bien.

—Lo dudo mucho. No creo en la buena relación entre dos personas que tienen que esforzarse tanto como nosotros para entablar una simple conversación. Me conformo con que no nos tiremos los trastos a la cabeza cada vez que coincidamos, ya sea en casa de nuestros padres o en la vuestra. Si es que volvéis a invitarme, claro.

La sonrisa de Patty se hizo pícaro.

—¿Quieres que te invite?

—A tu compañera de piso le dará un patatús si me ve con frecuencia por vuestro apartamento, pero me gusta tu compañía. Me siento bien contigo, puedo hablar casi de cualquier cosa. Si tú me lo permites, me gustaría que fuéramos amigos.

—¿Amigos? —preguntó suspicaz—. Pocos hombres quieren ser solo mis amigos.

—No siento otro tipo de atracción hacia ti, al menos de momento. No sé si eso cambiará con el tiempo. Pero si lo que buscas es una relación...

La sonrisa de la chica se hizo radiante.

—En absoluto —se apresuró a rebatir—. Me preocupaba que tú sí quisieras otra cosa. Para mí, y no te ofendas, eres como un gran osito de peluche muy achuchable. Y estás buenísimo, no pienso para nada que estés gordo, como Olivia, pero no me despiertas deseos incontrolados de arrancarte la ropa y arrastrarte a la cama.

—No me ofendo. Yo creo encarecidamente en la amistad entre hombres y mujeres. De hecho, mi amiga del alma ha sido una chica, que se ha ido a España y me ha dejado un poco perdido. La echo mucho de menos, Stefany era mi vecina y pasábamos mucho tiempo juntos: desayunos, cenas, películas hasta altas horas de la noche...

—¿Amistad pura y dura?

—Nos acostamos varias veces cuando éramos muy jóvenes, pero pronto nos dimos cuenta de que aquello no iba a ninguna parte. Que la fantástica amistad que teníamos se podía ir al garete, así que sí. Amistad pura y dura. La que va más allá del sexo, del amor y de las relaciones. Después de eso cada uno se buscó sus rolletes sexuales por su cuenta.

—Intuyo por tus palabras que no tienes una relación en este momento.

—Nunca he tenido una relación. Sexo sí, pero soy muy exigente a la hora de ir más allá. Ninguna chica ha tocado mi corazón de osito achuchable. —Hizo un gesto teatral colocándose la mano sobre el pecho, lo que provocó una carcajada en la chica—. ¿Y tú? ¿Hay alguien que quiera partirme la cara si me ve contigo?

—En este momento, no. Tuve una relación durante cuatro años, acabó pidiéndome matrimonio y acepté muy ilusionada. Cuando me presentó a su familia, no les gustó el color de mi piel y no supo

o no quiso enfrentarse a ellos por mí. Se retractó de su petición y me dijo que mejor seguíamos como estábamos un tiempo más. Por lo visto yo era lo bastante buena para follarme, pero no para llevar su apellido. Lo mandé al diablo, a él y a sus queridos parientes. Desde entonces soy libre como el viento.

—¡Menudo gilipollas!

—Él se lo pierde; yo soy mucha mujer para que me tenga escondida por llevar sangre negra.

—La sangre es roja para todo el mundo, salvo las princesitas de sangre azul como mi prima.

—Odía que la llames así.

—Lo sé. Por eso lo hago. —Rio.

—¡Menudo par estáis hechos los dos! Si no fuera porque os conozco pensaría que lo que estáis es locos el uno por el otro.

—¡Quita, quita! —Se horrorizó—. A mí me gustan las mujeres muy mujeres. Con sangre, roja, en las venas, buenas tetas y mimosas después del sexo. Y ella es fría como un témpano. Además, tengo la sospecha de que es lesbiana.

—No, que yo sepa. De hecho, hay un piloto que se le está insinuando, y ella no lo rechaza abiertamente como debería. El día de la fiesta de inauguración estuvo hablando mucho rato con él.

—Uno rubio y delgado, lo recuerdo. ¿Y por qué dices que debería rechazarlo?

—No goza de muy buena fama en la aerolínea. Es un playboy que usa a las mujeres y luego las deja tiradas y hechas mierda, sin el menor escrúpulo. Le da igual si se han enamorado, no tiene la mínima consideración ni respeto por ellas.

—Pues menudo ejemplar se ha buscado mi primita. Aunque quizás le vendría bien un batacazo amoroso y que sepa de primera mano lo que es la vida real; siempre ha estado entre algodones. Pero no creo que se quedara hecha mierda, más bien compadezco al pobre tipo.

—No lo dices en serio.

—No. Ha hablado mi manía de fastidiarla en todo. A pesar de que me cae fatal, no deseo que nadie le haga daño.

—Trataré de hablar con ella, aunque no creo que acepte mi consejo.

—Seguro que no lo hace. Ahora dejemos a Olivia en paz; no sé cómo nos las arreglamos que siempre terminamos hablando de ella.

—Es cierto. Cambiemos de tema.

Ambos sonrieron, dispuestos a pasar un rato agradable en mutua compañía. Cuando acompañó a Patty a casa, mucho rato después, ambos consideraban que habían dado un gran paso en la amistad que pretendían mantener.

## Capítulo 9

La sonrisa de Olivia se evaporó cuando el último pasajero salió del avión y se perdió en el *finger*. Tenía cinco horas libres hasta el vuelo de regreso, y en aquella ocasión no le apetecía pasarlas deambulando por la ciudad. Estaba cansada, la pesadilla había cortado su sueño de madrugada y no fue capaz de dormirse de nuevo antes de que sonara el despertador.

Había necesitado una buena ducha apenas templada y doble dosis de cafeína para afrontar el día.

Decidió que se quedaría en el aeropuerto, comería algo y trataría de descansar antes de emprender el regreso.

Se dirigía a la zona de restauración, eludiendo los establecimientos de comida rápida, cuando observó una figura que se había emparejado a su lado.

—Hola, Olivia —saludó William Baker, el comandante que había pilotado el avión y con el que había conversado en la fiesta de inauguración de su apartamento. Habían coincidido en varios vuelos y al invitar al equipo él se había dado por incluido, aunque no fuese muy amigo ni de Patty ni suyo.

—Hola.

—¿Buscando un sitio donde comer?

—Sí. Algo sano a ser posible. No soy de hamburguesas ni pizzas.

—Hay algunos restaurantes por esta zona que ofrecen una comida decente. ¿Me permites invitarte?

—No es necesario...

—Ya lo sé, pero me encantaría comer contigo.

Lo pensó solo un momento. No tenía demasiadas ganas de pasar cinco horas sola, así que aceptó.

—De acuerdo, con la condición de que cada cual pague lo suyo.

El hombre se encogió de hombros. Rondaba la cuarentena, y físicamente era uno de los pilotos más atractivos de la aerolínea. Rubio, atlético y, por lo que había escuchado, muy perseguido por las mujeres. Que quisiera comer con ella era una distinción a la que no estaba habituada. Aun así, no tenía por norma aceptar invitaciones de hombres que probablemente luego querrían cobrarse el favor.

—Si es una condición para disfrutar de tu compañía, acepto.

Escogieron un restaurante pequeño especializado en comida griega y se sentaron a una mesa.

—¿Por qué eres reacia a que te invite?

—Es una norma que tengo, cuando conozco poco a la persona que quiere hacerlo. Me ahorro disgustos después —aclaró siendo sincera, pero sin aludir de forma clara a lo que él pudiera esperar tras una invitación.

—Mujer precavida.

—Lo intento. Ahora pregunto yo. ¿Por qué quieres almorzar conmigo?

—Podría decirte que no me gusta comer solo y hemos coincidido aquí buscando un restaurante, pero no sería cierto. La verdad es que te he seguido.

—¿Por qué?

—Porque me interesas. Me intrigas, tienes un aire sofisticado y misterioso que me atrae.

Olivia sintió una extraña sensación en el estómago. No eran mariposas, desde luego; eso solo se las producía un hombre grande y moreno que la ignoraba como mujer, pero sí una mezcla de extrañeza y halago.

—Has sido directa en tus preguntas, por lo tanto, yo lo soy en mis respuestas.

—Te lo agradezco. Pero si buscas misterio en mí, te vas a llevar una decepción. Soy una chica normal y corriente.

—Con unos preciosos ojos de lo más inquietantes.

—Reconozco que tienen un color poco común, pero te aseguro que no hay nada extraño en ellos.

—Eso deja que lo decida yo.

Encargaron la comida y una botella de agua para compartir.

—¿Por qué te hiciste azafata? No creo que seas de las que adoran servir cafés.

—Pero me encanta viajar. Cuando tengo tiempo suficiente me desplazo hasta la ciudad donde aterrizamos y me doy un paseo por ella. En otras ocasiones anoto lugares para visitarlos en el futuro, con más detenimiento. Además, las aerolíneas ofrecen buenos descuentos a los empleados.

—Hoy tenemos cinco horas hasta el vuelo de regreso.

—Hoy estoy cansada. Y hace mal tiempo.

—Lo que me alegra, porque eso nos ha dado la oportunidad de comer juntos.

Observó la cara del hombre y trató de escudriñar en sus ojos. William le ofrecía una sonrisa radiante y se sintió halagada. Estaba harta de ver la animadversión y el rechazo en los ojos de Scott.

—Yo también me alegro. Me está resultando muy grata la compañía.

La comida transcurrió en medio de halagos sutiles por parte del hombre y charla amena, y se dijo que había sido una decisión acertada permitir que el piloto se acercara a ella, más allá de la relación profesional. Prolongaron la sobremesa hasta el momento de emprender el regreso. Su malestar a consecuencia de la pesadilla sufrida la noche anterior quedó relegado al olvido.

En el momento de embarcar, William le preguntó con interés:

—¿Puedo llamarte para salir alguna vez?

Por su mente pasó la relación de Patty con Scott y se preguntó qué cara pondría él si la viera salir con un hombre tan atractivo.

—Sí —aceptó complacida.

—Pásame tu teléfono a la salida.

—De acuerdo.

\*\*\*

Tras un vuelo tranquilo, Olivia llegó a Richmond con sensación de euforia. William y ella intercambiaron los teléfonos antes de abandonar el aeropuerto y se despidieron con la promesa de llamarse para salir cuando los turnos de ambos coincidieran. No le atraía el hombre de forma especial, del mismo modo que sabía que para él ella era una más, pero necesitaba en su vida a alguien que le sacara de la cabeza a un maldito testarudo que se negaba a salir. Y no tenía una cola de hombres llamando a su puerta para escoger.

Recogió el coche del aparcamiento donde lo había dejado al amanecer. Llevaba doce horas de vuelo. Les había tocado cambiar de avión y eso había supuesto la larga espera. Aunque esta había sido agradable, el cansancio se hacía notar a aquellas horas de la noche. Por suerte, tendría dos días libres para disfrutar de relax.

Ignoró el móvil hasta que llegó al apartamento. Encontró a Patty viendo una película, pero en realidad chateando con el teléfono.

—¡Hola! ¿Aún levantada?

—Ya ves... Debería haberme acostado hace rato, pero Scott está aburrido, nos hemos puesto a charlar y se nos ha ido el santo al cielo. De todas formas, estoy de tarde esta semana y no tengo que madrugar. Tú sí parece agotada.

—No solo lo parezco, lo estoy. Nos ha tocado cambiar de avión con un intervalo de cinco horas.

—¡Odio cuando sucede eso! ¿Te has ido a la ciudad?

—No, he estado comiendo y charlando con William Baker. Nos hemos pasado los teléfonos para quedar alguna vez.

—¿Vas a salir con ese tío? —preguntó Patty con el ceño fruncido.

—Sí.

—Olivia, ten cuidado con él. ¿Acaso no escuchas los rumores sobre su persona?

—No suelo escuchar rumores, ya lo sabes.

—Tiene mala fama con las mujeres.

Estaba cansada, había sido un día largo y al regresar a casa había encontrado a su amiga enfrascada en una charla con el amor de su vida. No deseaba que le desmontasen lo único

agradable que había tenido ese día.

—No voy a casarme con él, solo saldremos a comer o a tomar una copa.

—Es un encantador de serpientes, las mujeres se enamoran de él y las deja hechas polvo cuando las abandona.

—No me voy a enamorar de él, te lo aseguro. —«Ojalá. Aunque así fuera, nunca me hará sufrir tanto como Scott».

—Si lo único que deseas es alguien con quien salir, hay muchos hombres encantadores en el mundo.

—Ninguno de ellos está llamando a mi puerta, y William parece interesado.

—Podemos salir alguna noche y seguro que conoces a alguien.

—Tengo veintinueve años y he salido muchas noches, y tardes, y mañanas; no vivo recluida en un monasterio. He tenido aventuras y también rollos de una noche, y no me he dejado el corazón en ninguno de ellos.

—No voy a hacerte cambiar de opinión, ¿verdad?

—No.

—En ese caso, espero que no lo lamentes, y si llega el momento, aquí está mi hombro.

—No necesitaré tu hombro para curarme de un mal de amores por William, pero gracias. Buenas noches, te dejo que sigas con tu charla.

Se dirigió a su habitación, se dio una ducha rápida y se metió en la cama. Esperaba que el cansancio alejara las pesadillas aquella noche. Esperaba que Patty mantuviera lo suyo con Scott lo más lejos posible del apartamento, aunque sabía que en algún momento debería enfrentarse a una situación dolorosa. Esperaba también que William consiguiera apaciguar los sentimientos que habían vuelto a brotar con fuerza desde que Scott se ocupara de las tareas de reforma de su casa. No se iba enamorar del piloto, de eso estaba segura, ni sufriría cuando se acabara. Solo esperaba que la ayudase a sobrellevar lo que a todas luces Patty acabaría teniendo con el hombre de sus sueños.

Ya en la cama, recordó que no había encendido el teléfono después de aterrizar, y antes de ponerlo en carga le echó un vistazo por si tenía algún mensaje importante. Sonrió al ver varios audios de su abuela. En ellos le recordaba su promesa de enseñarle su casa y decidió invitarla a comer al día siguiente. Sue se había negado a asistir a la fiesta de inauguración aduciendo un fuerte resfriado y el peligro que esto suponía a su avanzada edad. Pero, aunque tenía más de setenta y seis años, conservaba una vitalidad envidiable. También una lengua temible, pues la anciana había decidido que sus canas, imaginarias pues mantenía su color natural de pelo, le daban el derecho a decir sin miramientos lo que pensaba, sin importarle a quien ofendiera.

Ella adoraba a su abuela, pero también la temía. La había puesto en más de un aprieto con sus observaciones y también con sus ojos sagaces. De todas formas, le debía una visita a su casa, y procuraría que ni Patty ni Scott estuvieran en el apartamento cuando se produjera.

Apagó el teléfono con la intención de llamarla al día siguiente y se echó a dormir, rogando por

que las pesadillas le dieran una tregua y pudiera descansar.



## Capítulo 10

Olivia recogió a su abuela a media mañana para llevarla a su apartamento, donde había preparado un almuerzo a gusto de la anciana.

Sue era una mujer menuda, fuerte y vital, con una cabellera que a sus setenta y seis años no presentaba ni una sola cana y recogía de forma elegante en un moño clásico. Transmitía energía a su alrededor, vestía con colores alegres y aún conservaba la agilidad y la fortaleza suficientes para moverse con libertad por el mundo. Siempre le decía que de mayor querría ser como ella, y Sue le respondía que era una cuestión de actitud, no de genes.

La primera impresión de la anciana al entrar en el apartamento fue de sorpresa.

—Los muebles no tienen dorados. Son... simples.

Reprimió una sonrisa, consciente de cuánto le gustaba a su abuela una decoración recargada y llena de adornos. Su casa estaba plagada de recuerdos de cada una de las etapas de su vida, objetos comprados en viajes, fotografías familiares y otras muchas cosas.

—No, abuela. A Patty y a mí nos gustan los muebles lisos.

—Tampoco hay fotografías.

—No, esas las guardo en el móvil y en el ordenador, no a la vista de los visitantes.

—A veces tener a la vista a las personas queridas reconforta.

—Yo os llevo a mis padres y a ti en el corazón, no necesito fotos para recordarlos.

La anciana se dirigió al frigorífico y lo abrió.

—Eres mi nieta, supongo que no necesito permiso para mirar aquí dentro.

—No lo necesitas, pero te recuerdo que no vivo sola. El contenido del frigorífico no es solo mío.

—Tonterías. Tengo que asegurarme de que te alimentas bien. Sigues estando demasiado delgada.

—Soy de constitución delgada. Tú también lo eres.

—A mis años debo cuidar la alimentación. Colesterol, diabetes e hipertensión me obligan a contralorar lo que como. Además, ya no necesito curvas para seducir a un hombre.

—Yo tampoco las necesito. Hay hombres que buscan algo más que curvas en una mujer.

—Eso viene después. Lo primero que ven es la fachada. Hazme caso, sé lo que me digo. Así — señaló la delgada figura vestida con una falda negra y una camisa gris claro—, te vas a quedar

solterona. Ningún hombre se te va a acercar.

Olivia decidió darle un poco de carnaza para evitar la ya habitual retahíla sobre su soltería a una edad en que debería tener una familia, o al menos una pareja.

—Quizás hay alguien que ya se ha acercado.

Los ojos de la anciana brillaron con interés.

—¿Tienes novio?

—Es pronto para hablar de noviazgo, nos estamos conociendo.

—¿Conociendo? —La extrañeza se hizo patente en las palabras de Sue—. ¿De quién se trata?

—Se llama William Baker y es piloto en las aerolíneas.

—¿Qué pasa con el chico de Conrad?

—¿Te refieres a Scott? Pues nada... ¿Qué habría de pasar?

—Que es el hombre que te está destinado.

Dominó con esfuerzo el temblor que la recorrió de pies a cabeza.

—No puedes hablar en serio, abuela. No nos soportamos.

—Eso cambiará.

Ahogó un suspiro y cogió una botella de vino. A Sue le gustaba tomar una copa antes de las comidas y esperaba con eso hacerla olvidar sus palabras anteriores.

—Vamos a beber y brindar por mi nueva vida.

La anciana aceptó, pero en cuanto se sentaron a la mesa que había en un extremo del salón, volvió a sacar el tema.

—Es posible que tú no creas en estas cosas, pero hace años fui a una vidente para preguntarle por el futuro de toda la familia y me dijo de forma categórica que te casarías con Scott y que tendríais dos hijas. Así que haz el favor de no ponerlo más difícil tonteando con pilotos.

—¡Abuela, por favor! ¿En serio crees en eso?

—Pues sí, porque además corrobora mi intuición. Estáis hechos el uno para el otro.

Nerviosa, se levantó para añadir unas patatas chip con que acompañar el vino. La mirada escrutadora de Sue la estaba inquietando mucho.

—Pues deberías pedirle a esa señora que te devuelva el dinero. Por si no bastase la animadversión que sentimos uno por el otro, Scott está empezando a salir con mi compañera de piso.

—¡Estupendo!

—¿Estupendo?

—Es la oportunidad perfecta para que os conozcáis mejor.

—Vamos a dejar el tema, si no quieres que acabe diciéndote que estás senil. —Se levantó de nuevo dispuesta a servir el almuerzo.

—Me gustaría que a una de las niñas le pusierais mi nombre.

—Si alguna vez tuviera una hija, cosa que dudo porque no tengo instinto maternal, le pondré tu nombre, te lo prometo. Pero quítate de la cabeza que Scott sea el padre.

—Tiempo al tiempo. Ahora, dame esa comida que has preparado, porque espero que hayas cocinado tú y no me sirvas una de esas pizzas tan de moda ahora.

—No, abuela, he hecho tu asado preferido, y una ensalada.

—Deberías añadir unas patatas.

—También hay patatas —concedió risueña sabedora de la debilidad de Sue por los hidratos de carbono.

—Bien, niña, bien.

Adoraba a su abuela, pero con frecuencia la sacaba de quicio, sobre todo con su insistencia en que se emparejase. Aunque hasta ese momento no le había puesto nombre a su pareja, y mucho menos un nombre que la inquietase tanto.

Mientras terminaba de preparar las patatas en el horno, de espaldas a la anciana, se permitió recrear en su mente una imagen imposible: Scott llevando en sus anchos hombros a una niña rubia y ella a su lado con otra de la mano. Jamás sucedería, pero la idea le calentó el corazón.

Tras un almuerzo más copioso de lo que sería aconsejable para una mujer de la edad de Sue, y al que ella también hizo los honores, la anciana le pidió que la llevara a casa para dormir su habitual siesta de media tarde.

Al despedirse su abuela le dio un cariñoso beso y le palmeó la mejilla.

—No pienses que chocheo, cariño; sé lo que digo. Prométeme que no irás demasiado lejos con ese piloto, no es tu hombre.

—No iré demasiado lejos con él —prometió segura de que así sería.

De camino a su casa no pudo evitar preguntarse si su abuela estaba empezando a sufrir algún tipo de demencia. ¡Una vidente!

Al llegar al apartamento encendió el ordenador y abrió una carpeta protegida por contraseña en la que guardaba fotos, muchas fotos, recopiladas a lo largo de años. En su mayoría de eventos familiares, y en casi todas Scott estaba presente. De niño, alto y corpulento; de adolescente, desgarrado; con los brazos y las piernas demasiado largos después, y adulto en toda su plenitud. En algunas también estaba ella presente, pero en ninguna aparecían juntos. En veinticinco años jamás habían posado para una foto. Nunca habían hecho nada más que discutir y zaherirse el uno al otro. Y Sue aseguraba que estaban predestinados a casarse y a tener dos hijas, nada menos.

Maximizó una de sus fotos favoritas en las que él ofrecía su mejor sonrisa, esa que dedicaba a su familia o a Stefany y lo miró con detenimiento. Como no se atrevía a mirarlo en persona. Se perdió en los ojos oscuros y en los labios gruesos y rodeados de una sombra de barba que aparecía siempre al final del día por mucho que se afeitara.

Se sobresaltó al escuchar el timbre de la puerta y se apresuró a cerrar la carpeta con las fotos. Patty trabajaba de tarde, no llegaría al menos hasta la medianoche. Se acercó a preguntar por el portero electrónico.

—¿Quién es?

—Scott.

Respiró hondo. ¿Lo habría estado conjurando con la mente? Y lo que era peor, ¿Tendría que hacer de anfitriona otra vez? No estaba preparada en aquel momento, después de la conversación mantenida con su abuela.

—¿Qué quieres? Patty no está. Si habéis quedado no llegará hasta medianoche, como muy pronto. —La voz volvió a salirle brusca, más de lo que deseaba.

—Lo sé. Tu abuela me ha pedido que venga.

Olivia comenzó a temblar. ¿Habría decidido Sue tomar cartas en el asunto y le habría contado lo mismo que a ella? ¿Lo de las dos niñas?

—Olivia... ¿Me abres o no? Solo quiero recoger el móvil que Sue se ha dejado esta mañana.

—¿El móvil? —preguntó extrañada.

—Si no quieres verme lo dejas junto a la puerta y me largo en dos segundos.

Al fin pulsó el interruptor para permitirle el acceso al edificio y dejó abierta la puerta del apartamento. Se dio la vuelta y observó la superficie de los muebles buscando el aparato. No lo vio. ¿Habría mentido? ¿Se trataría de una burda estratagema para llevar a Scott hasta su casa? No era la primera vez que su abuela ponía en aprietos a alguien.

Scott entró en el apartamento, pero se quedó junto a la cocina, situada al lado de la puerta.

—Pasa —lo invitó a entrar ante su reticencia—. No lo veo, no sé dónde ha podido dejarlo.

—Disculpa si soy inoportuno, pero me ha llamado a casa para preguntarme si tenía que salir y pedirme el favor. Al parecer está esperando una llamada importante de una amiga enferma.

—No lo eres, solo me ha sorprendido tu visita. Estaba... mirando el plan de trabajo en el ordenador. Nos lo suelen mandar una vez al mes, pero a veces hay algún cambio. La llamaré a ver si por el sonido averiguamos dónde lo ha dejado.

Él cerró la puerta a su espalda.

Olivia pulsó el icono del teléfono de Sue, pero no escuchó nada.

—Ha debido quitarle el sonido. Pero no puede estar muy lejos.

Ambos comenzaron a buscar con detenimiento en el salón; levantaron los cojines del sofá, miraron debajo de este, sin ningún resultado. Olivia incluso abrió el frigorífico pensando que podría habersele caído dentro pero no lo encontró. Después pasaron al baño con idéntico resultado.

—¿Dónde ha podido dejarlo? ¿No te ha dicho nada al respecto? —preguntó.

—No, no ha especificado.

—Miraré en mi habitación, pero en ella solo ha estado un momento.

Scott permaneció en el salón, lo que agradeció sobremanera. Estaba casi segura de haber cerrado la carpeta de las fotos, pero no podría jurarlo, y lo último que deseaba era que él viera su cara en la pantalla.

—Tampoco está —exclamó apesadumbrada—. Ya no sé dónde buscar.

—Salvo en la habitación de Patty, no queda un resquicio del apartamento por registrar.

—No ha estado ahí, no obstante, miraré también.

Desapareció en el dormitorio de su amiga. Justo cuando la desesperación estaba a punto de hacer presa en ella, sonó su móvil, situado sobre la encimera de la cocina.

—Es tu abuela —dijo Scott en voz lo bastante alta para que lo oyera.

Ella salió de la estancia a tiempo de ver el nombre de Sue iluminando la pantalla.

—Dime, abuela...

—Hija, lamento mucho las molestias... me he equivocado. Creí que lo había dejado en tu casa, pero lo tenía en del bolso. No me he dado cuenta, no he debido mirar bien.

Dejó escapar el aire con calma. Llevaban más de una hora buscando el teléfono y removiendo de arriba abajo el apartamento. Y, conociendo a su abuela, estaba segura de que no había habido confusión alguna. Sue sabía perfectamente dónde había estado el aparato en todo momento. La voz le salió un poco enfadada al decir:

—Bien, si ya ha aparecido, me alegro. De todas formas, no me debes la disculpa a mí, sino a Scott. Ha tenido que desplazarse hasta aquí para nada.

—Dile que le compensaré con un postre en la próxima reunión familiar. Aunque... ¿Sería mucho pedir que le compenses tú en mi nombre? Podías invitarle a cenar o algo así.

—Seguro que tiene mejores cosas que hacer. Adiós, abuela.

Pudo escuchar una leve risita antes de cortar la comunicación. Sue no tenía remedio, y ella se moría de vergüenza pensando en que Scott se hubiera percatado de la treta.

—Ha encontrado el móvil en el bolso. Dice que no ha mirado bien y te envía sus disculpas. Yo también lo siento mucho, Scott.

—No te preocupes, supongo que la edad nos acabará pasando factura a todos.

«Mi abuela no está senil, ha sido una burda treta para hacerte venir a mi casa», pensó.

—Supongo. Espero que no te haya supuesto mucho trastorno desplazarte hasta aquí.

—La verdad es que estaba ocupado elaborando un presupuesto, pero no quería que Sue estuviera incomunicada mucho rato. Lo terminaré más tarde; es lo bueno de ser tu propio jefe.

—Gracias por dejarlo todo para ayudar a mi abuela.

Él se encogió de hombros con evidentes signos de incomodidad. No estaba acostumbrado ni a las disculpas ni a los agradecimientos de Olivia y en un momento había escuchado ambas cosas. Tal vez Patty tuviera razón y ella no fuese como pensaba.

—No tienes que agradecerme nada. También la considero mi abuela. Ya sabes que no conocí a los míos. —Miró a la chica que permanecía seria y callada, pero sin signos de enfado—. Acabo de darme cuenta de que llevamos más de una hora haciendo algo juntos y no hemos discutido. No recuerdo que eso haya sucedido jamás.

—Yo tampoco. Quizás... sea el comienzo del pacto de «no agresión» del que hablamos el otro día.

—Debo confesar que es un alivio estar cerca de ti sin tener que rebatir continuamente tus pullas.

—Ni yo las tuyas. Ejem... —dudó un momento antes de seguir—. La abuela me ha pedido que

te compense por hacerte venir hasta aquí para nada... Esta mañana abrí una botella de vino para ella, tal vez te apetezca tomar una copa antes de irte.

—Si tú me acompañas.

—No suelo beber y ya he tomado alcohol esta mañana, pero de acuerdo.

—¡Vamos a batir récords hoy! Tú bebes vino dos veces y no hemos discutido en toda la tarde.

—Aún no ha terminado, no cantes victoria.

Pero una leve sonrisa acompañó las palabras de la chica, y él solo pudo pensar en que tenía una boca muy bonita cuando no la deformaba su habitual rictus irritado.

Olivia sirvió dos copas y unas patatas en una bandeja y las llevó a la mesa de comedor. Esto le hizo pensar que quizás ella estaba un poco a la defensiva.

Alargó la mano para coger una patata del cuenco de cristal y se sentó en una de las sillas.

—Si le contamos esto a nuestros padres no se lo creerán. Deberíamos hacernos un *selfie* inmortalizando el momento.

Ella lo miró con extrañeza ante la petición. Había inquietud en los ojos grises.

—Solo es un *selfie*, mujer. La gente se los hace continuamente.

—No es eso, es que nunca nos hemos hecho una foto juntos.

—¿No? Pues ya es hora, ¿no crees? Nos lo hacemos y se lo enviamos ¿Qué dices?

—Bueno —aceptó ella aunque le pareció que con cierta reticencia—. Aunque me gustaría ver la cara que ponen al recibirlo.

Sacó su teléfono del bolsillo y se acercó hasta que los hombros de ambos se tocaron. Por un momento estuvo a punto de rodear los de Olivia con el brazo, lo hubiera hecho de tratarse de cualquier otra, pero no se atrevió. No quería estropear el buen rollo reinante.

—Coge la copa —dijo—, que se vea que estamos bebiendo juntos. Y por favor, sonrío, no vayan a creer que te apunto con una pistola para tomar la foto.

Olivia no fue capaz de sonreír, la notaba nerviosa quizás por su cercanía. Quizás por lo que hacerse una foto con él pudiera significar en su relación. Temía que le saliera una mueca. Pero en cambio consiguió que sus ojos brillaran y su rostro resplandeciera para conseguir una foto en la que salía muy favorecida, sin asomo de dureza en su expresión.

Miró el resultado y muy satisfecho la envió al grupo familiar.

—Ahora a la abuela.

—A la abuela no, no le des ideas...

—¿Ideas sobre qué? —preguntó extrañado.

—Lo mismo piensa que nos hemos hecho amigos y tampoco es para tanto... Una copa de vino y unas patatas no implican amistad.

—Por supuesto, pero no te ha importado que la mandase a nuestros padres.

—Ellos son diferentes. Déjalo estar con la abuela.

—Como quieras.

Degustaron el vino con calma y después se despidió.

—Debo irme; aún me queda un presupuesto por terminar.

—Lamento si te he entretenido. Quizás no debería haberte invitado a esa copa.

—¿Te arrepientes?

—No. —La respuesta le pareció directa y sincera—. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero ahora me marcho, no sea que nos hagamos amigos de verdad y tiremos por la borda nuestros desencuentros de años. —Bromeó—. Continúa con tus horarios.

—Adiós, Scott.

Se marchó con una sensación extraña en el cuerpo. No sabía qué había ocurrido aquella tarde, pero intuía que las cosas serían diferentes con Olivia a partir de entonces. Y no le desagradaba.

## Capítulo 11

Olivia y William se vieron de forma esporádica durante unas semanas, cuando lo permitían los turnos de ambos. Seguía pareciéndole un hombre agradable con el que pasar un buen rato, y hasta el momento él no le había pedido nada más, pero era consciente de que no podía alargar esa situación de forma indefinida. Más temprano que tarde, el piloto haría algún avance y ella aún no había decidido si aceptarlo. Le gustaría hacerlo, calmar con él la necesidad que tenía de caricias, de besos, pero la sola idea de que la tocara de forma íntima le producía rechazo.

No era la primera vez que se enrollaba con un hombre para olvidar, para evadirse por unas horas del amor no correspondido, pero con William le estaba costando. No estaba segura si se debía a las dudas que Patty le había inculcado o a la tarde pasada con Scott cuando buscaron el móvil de Sue. Lo cierto era que la idea de irse con él a la cama le resultaba difícil.

Había pensado en más de una ocasión en dejar de verle, pero luego llegaba a casa y se encontraba a su compañera de piso chateando entusiasmada con Scott y se decía que debía darle una oportunidad al piloto, aunque solo fuera para distraer la mente. William no iba a ser el hombre de su vida, como tampoco ella sería la mujer de él, pero al menos tendría sexo. Porque hacía ya bastantes meses que no se acostaba con un hombre.

\*\*\*

También Scott y Patty pasaban mucho rato juntos. Ambos, como si de un acuerdo tácito se tratara, procuraban que fuera lejos del apartamento, sabedores de que a Olivia no le agradaba demasiado la presencia del hombre. Salían a comer o cenar y a veces hacían alguna excursión por los alrededores.

Aquella tarde caía una lluvia persistente, algo habitual en esa época del año, y Patty aceptó encantada la invitación de Scott de pasar la tarde en su casa, viendo la televisión. Olivia tenía el día libre y pensaba quedarse en el apartamento, por lo que ni siquiera se planteó la posibilidad de que se reunieran en él.

Salió sintiendo la mirada escrutadora de su amiga.

—Hace una tarde de mil demonios —advirtió su amiga.

—Lo sé. Voy a casa de Scott a ver series.



—Ya.

—¿Te apetece venir? —se sintió en la obligación de preguntar.

—En absoluto. Estoy de maravilla en casa, resguardada de la lluvia y de las pullas de tu anfitrión. Además, estoy segura de que no me ha incluido en la invitación.

—En ese caso, hasta luego.

—Que te diviertas.

Condujo bajo la lluvia hasta la casa de su amigo. Este le abrió en cuanto escuchó el coche estacionarse delante de la puerta, y la saludó con un beso invitándola a pasar al interior.

Miró a su alrededor y se asombró de ver una estancia limpia y ordenada.

—¿En serio vives aquí solo?

Él sonrió.

—¿Lo dices por el espacio? Era la casa de mi familia, donde viví de niño. Cuando mi padre comenzó a tener problemas en las rodillas y le costaba afrontar las escaleras, decidieron venderla y buscar algo más pequeño y de una sola planta. A mí se me hizo muy difícil marcharme y puesto que pensaba en emanciparme, se la compré. Instalé las oficinas de mi empresa en la parte trasera y convertí el garaje en taller y almacén.

—No lo decía por eso, sino por lo ordenado y limpio que está todo.

—¿Olivia te ha hecho pensar lo contrario? ¿Que soy un guarro?

—No, en absoluto. De hecho, hace bastante que no hablamos de ti. Está bastante ocupada con William.

—¿El piloto? ¿Sale con él?

—Se ven de vez en cuando. No he podido convencerla de lo contrario.

—Ya es hora de que se comporte como una mujer normal.

—Es una mujer normal.

—Bien, me alegro por ella. Unos cuantos revolcones seguro que le alegran el carácter. Debe ser por eso que estaba tan amable la otra tarde.

—Que yo sepa, nunca han pasado la noche juntos; al menos no en casa. Y no sé a qué tarde te refieres.

Scott mostró extrañeza.

—¿No te ha dicho que estuve en vuestra casa buscando el móvil de su abuela?

—No me ha dicho nada, pero la verdad es que no nos contamos todo. Es muy reservada respecto a su vida íntima. Y tampoco creo que el hecho de que vinieras a casa sea un acontecimiento digno de mencionar.

—Lo es si se muestra amable, me invita a una opa de vino y acepta que nos hagamos un *selfie*. Mira....

Scott cogió su teléfono y buscó entre las fotos hasta encontrar la que buscaba. Luego le tendió el aparato.

—Se os ve animados —admitió risueña.

—Yo solo sé que estuvimos juntos casi dos horas y no discutimos. Sin duda el piloto la tiene contenta. Siempre pensé que lo que Olivia necesitaba eran unos cuantos polvos, y ahí está la prueba. Tiene la cara amable en la foto.

—Esa es la cara de Olivia siempre, salvo cuando tú estás presente.

—Pues parece que eso va a cambiar, de lo que me alegro. Porque las reuniones familiares han sido bastante desagradables hasta ahora. No pido que nos hagamos amigos del alma, que ya me dejó claro que una copa de vino no incluía la amistad, pero me basta con no desear marcharme de una comida para no soportarla.

—Si William va a servir para que os llevéis mejor, bienvenido sea; aunque no me guste.

—Olivia es mayorcita, deja que ella elija a sus parejas.

Prepararon un bol de palomitas y se sentaron a ver una serie. Los capítulos se iban enlazando uno con otro sin que se dieran cuenta. Fuera, la tormenta arreciaba y no daba indicios de terminar. La lluvia caía torrencial tras los cristales invitando a permanecer a cubierto.

Al finalizar un capítulo, Patty miró el reloj de pared.

—Debería irme, se hace tarde y la lluvia no cesa.

—No me gusta la idea de que conduzcas con este temporal. ¿Por qué no te quedas a dormir?

Lo miró con recelo y Scott pareció comprender su reticencia.

—A dormir; no te estoy haciendo una proposición solapada. Te estoy ofreciendo el cuarto de invitados. Preparo algo de cena y seguimos viendo la serie.

—En ese caso, acepto. Pero antes voy a mandarle un mensaje a Olivia para que no se preocupe y piense que he tenido un accidente con este temporal.

Cogió el móvil y tecleó:

«No iré esta noche a dormir, me quedo en casa de Scott».

—Listo. Ahora te ayudo con la cena.

Se dirigieron a la cocina dispuestos a seguir disfrutando de la velada.

\*\*\*

Olivia vio el mensaje y sintió que el dolor y los celos se apoderaban de ella. Un dolor más agudo de lo habitual porque había bajado la guardia y permitido que Scott socavara sus defensas. El momento que tanto temía había llegado al fin; Patty y el amor de su vida habían dado un paso más allá de la amistad. Hasta ese momento había tratado de engañarse respecto al tipo de relación que mantenían, pero ya no podía seguir mintiéndose a sí misma.

Se dijo que Scott debía volver a convertirse en el objeto de su enfado, y de sus pullas, que los breves momentos de camaradería compartidos se quedarían en meras anécdotas y que era el momento de que su relación con William avanzara. Si él le proponía ir más allá de una simple cena aceptaría, porque era la única forma de hacer frente al dolor. Lo había hecho antes, conseguiría volver a poner a Scott donde había estado siempre, y de donde nunca más saldría.

Por un instante en su mente se formó la imagen que su abuela había conjurado, la de él con una niña, hija de ambos, sobre los hombros y ella con otra de la mano. Nunca había pensado que se hiciera realidad, pero en aquel momento, tras el mensaje de Patty, aquella posibilidad estaba más lejos que nunca. Sintió una angustia terrible oprimirle el pecho, la sensación que experimentaba en sus pesadillas de frío, hambre y soledad hicieron su aparición incluso estando despierta. Se dejó ir, aflojó el férreo control que siempre mantenía sobre sus emociones y lloró con desconuelo, como nunca lo había hecho antes. Estaba sola en la casa y nadie sería testigo de su dolor, podría dar rienda suelta a sus sentimientos, dejar de fingir que era una mujer dura y mostrarse tan vulnerable como se sentía. Llorar por ese hombre que en aquel momento estaría abrazando a otra como nunca la abrazaría a ella, a pesar de que llevaba deseándolo toda su vida.

Sentada en el sofá, se rodeó las rodillas con los brazos, hundió la cara entre ellas y no trató de ahogar los sollozos, sino que dejó que estos estallaran fuertes y liberadores de su garganta.

Estuvo así mucho rato, dejando aflorar sus emociones hasta que la debió vencer el sueño. La voz de Patty a su lado la hizo despertar de un sueño agitado y nervioso que no le había procurado ningún descanso.

—¿Olivia? ¿Qué haces en el sofá? ¿Has dormido en él? ¿No estarías preocupada? Te mandé un mensaje.

—No estaba preocupada, lo recibí. Tuve una pesadilla —improvisó—. Las tormentas me impresionan.

—Lamento no haber estado aquí.

—No pasa nada, Patty. Soy adulta, puedo lidiar con una pesadilla y también con una tormenta. He vivido más de una en el aire. Lo peor, la espalda...

Se levantó con trabajo del sofá y se masajeó la zona lumbar. Trató de no mirar a su amiga buscando indicios de su noche con Scott, pero no pudo evitar que sus ojos se fijaran en el cuello. Que por fortuna no presentaba ninguna marca.

—Me voy a la ducha, entro a trabajar en un par de horas —comentó dirigiéndose hacia su dormitorio.

—Yo también, aunque no trabajo en breve, estoy de guardia, y ya sabes que me pueden llamar en cualquier momento —admitió Patty—. Necesito despejarme, no hemos dormido mucho y estoy embotada.

Cerró la puerta de su habitación y se recostó contra ella, con los ojos cerrados, como si así pudiera borrar las imágenes que se empeñaban en aparecer en su mente de Patty y Scott juntos.

Tras una larga ducha, se marchó al aeropuerto. Con su máscara de chica dura de nuevo fijada en el rostro. Como si no estuviera rota por dentro, destrozada por unos celos que no debería sentir. Y más decidida que nunca a meter a William Baker, si no en su vida, al menos en su cama. Ni Scott ni Patty debían saber cómo se sentía. Conseguiría superarlo, lo había hecho antes.

Se preparó para afrontar un vuelo largo con su mejor sonrisa y una dosis de café bien cargado. Como la profesional que era.

## Capítulo 12

Olivia solía almorzar con sus padres todos los domingos que tenía libres. Puesto que los turnos eran rotatorios, no podía hacerlo con la frecuencia que deseaba, pero reunirse con ellos en la casa familiar era siempre motivo de júbilo para ella. En esta ocasión, mientras se arreglaba sabía que debería hacer frente a comentarios sobre el *selfie* que se había hecho con Scott y que habían cometido el error de enviarles. En su momento le pareció divertida la idea, pero ahora se arrepentía, sobre todo después de que Patty y él pasaran la noche juntos y ella hubiera vuelto a arrinconar al hombre al estatus de *persona non grata*. No le había costado mucho, solo tenía que imaginarlo abrazando a su compañera de piso, susurrándole palabras de amor, y su rabia se disparaba.

No estaba enfadada con Patty, esta solo había sucumbido al atractivo del hombre, lo mismo que ella, y no podía reprochárselo. Su irritación y su rabia, que trataba de alimentar siempre que podía, se dirigían hacia él. Por no verla como mujer, por no adivinar sus sentimientos. Por no corresponderla.

Cuando estacionó en la entrada vio el coche de Scott ocupando un espacio en la zona destinada a aparcamiento y se tomó unos minutos para controlar el alocado latir de su corazón. No lo había visto desde la tarde que buscaron juntos el móvil de Sue, pero muchas cosas habían sucedido desde entonces. Recompuso el rostro en su habitual mueca desdeñosa, respiró hondo y salió del coche para reunirse en el salón con el resto de invitados.

Sus padres la abrazaron con efusividad, y su sorpresa fue grande al ver allí a Sue, sentada junto a Scott en el sofá. Se acercó y la besó con cariño no exento de aprensión, porque detectó una chispita divertida en los ojos de la anciana.

—Hola, abuela.

—Hola, nenita —dijo aceptando la caricia—. ¿A él no le besas? —preguntó la anciana con un brillo socarrón en la mirada y señalando a Scott con la cabeza.

Lanzó un bufido.

—Nunca nos hemos besado, no sé por qué deberíamos hacerlo ahora.

El aludido sonrió sospechando que el «pacto de no agresión» solo había sido una tregua, y esta había finalizado.

Sue insistió, tenaz.

—Porque hace más de veinte años que os conocéis, y ya es hora, demonios.

—Déjala, Sue... —bromeó Scott, con picardía y dispuesto a hacerle pagar por el desprecio—. Olivia tiene todos los besos reservados para su novio, no es cuestión de desperdiciarlos con un gordo seboso como yo.

Sintió sobre ella la mirada de su madre, tratando de adivinar cuánto había de cierto en las palabras de Scott.

—Tú no estás gordo —afirmó la anciana.

—Tu nieta piensa lo contrario. Claro que, al lado de su chico, que es tan canijo como ella...

—Entonces, ¿hay alguien? —preguntó Andrew.

Puesto que él había creado la duda, decidió hablar de William. Aunque no lo consideraba en absoluto su novio, le demostraría que era tan capaz de tener pareja como cualquiera.

—Sí. He comenzado a salir con un hombre. No es un chico ni tampoco es canijo. Se llama William, es piloto en las aerolíneas y, de momento, nos estamos conociendo.

—Nena, hay un dicho muy sabio que deberías tener en cuenta: donde tengas la olla, no metas la polla.

—¡Yo no tengo polla, abuela! No seas grosera.

Ver que Scott apretaba los labios para contener la risa la enfureció aún más. Le lanzó una mirada incendiaria que nada tenía que envidiarle a las que intercambiaban en el pasado. No obstante, él parecía divertido.

—Quiere decir... —trató de explicar la anciana.

—Sé lo que quiere decir —añadió cortante.

—Cuando todo acabe, te resultará muy incómodo verle a menudo.

—William me gusta mucho y me da igual que trabaje en mi empresa. No estés tan segura de que lo nuestro vaya a terminar, pero si sucediera, ya me las apañaré.

—Nena...

—¡YA BASTA, ABUELA! Olvida tus paranoias de vieja chocha. Si sigues con eso, me marcharé ahora mismo.

Sintió la mirada de Scott clavada en ella con estupor. Nunca había perdido el control delante de él, y sobre todo jamás le había gritado a Sue. Se apresuró a disculparse.

—Lo siento, abuela; no he debido hablarte así.

En la mirada divertida de la anciana vio que era eso lo que esperaba, que había estado provocándola desde el principio para hacerla estallar.

—No pasa nada, cariño, todos perdemos los modales de vez en cuando. Incluida tú.

Melissa decidió intervenir y agarró a su hija por el brazo para que la acompañase a la cocina.

—Voy a preparar la comida y necesito tu ayuda, Livvy.

Esta se dejó conducir sin resistencia. Una vez a salvo de miradas indiscretas respiró hondo. En los ojos de su madre encontró comprensión y no reproche.

—Tiene muchos años, no se lo tengas en cuenta.

—No he debido dejarme llevar...

—Eres humana, no te empeñes en lo contrario. Respecto a ese hombre... ¿Vais en serio?

—No lo sé; ya he dicho que nos estamos conociendo.

—No estarás con él por despecho, ¿verdad?

Todas las alarmas saltaron en su interior.

—¿Despecho?

Melissa movió la cabeza en dirección al salón donde se encontraba Scott y ella tuvo la certeza de que su madre conocía su secreto.

—¿Desde cuándo lo sabes?

La mujer abrió el frigorífico, sacó una botella de vino y llenó dos copas mientras respondía.

—Desde que tenías catorce años.

—¿Papá también?

—Nunca hemos hablado de ello, así que pienso que no. Para mí siempre ha sido muy evidente tu cambio cuando Scott estaba cerca, pero los hombres no son tan observadores. Y ahora responde a mi pregunta... ¿Te gusta de verdad ese hombre o solo te dejas llevar?

—Estoy bien a su lado, y me gustaría darle una oportunidad. Porque, a pesar de lo que la abuela piensa, Scott y yo no vamos a casarnos ni a tener dos hijas.

—Quizás a quien deberías darle una oportunidad es a Scott. Cuando nos mandó el *selfie* que os hicisteis pensé que las cosas habían cambiado entre vosotros.

—Está saliendo con mi compañera de piso, mamá. Nunca me ha visto como una mujer y nunca lo hará. Debo hacer todo lo que esté en mi mano para olvidarle. Llevo quince años colgada de él; ya es hora de que eso cambie.

Melissa abrió los brazos y se refugió en ellos, como cuando era una niña y la acosaban las pesadillas.

—Es un buen hombre, Livvy. No deberías estar siempre provocándolo.

—Es la única forma que tengo de mantener la situación bajo control, hacer que me enfade. Jamás permitiré que sepa lo que siento por él. No me mostraré vulnerable ni seré la pobre Olivia a la que no puede corresponder. Si para eso debo ser la arpía de siempre, no importa.

Su madre suspiró mientras le acariciaba la tensa espalda

—La tarde que nos hicimos el *selfie* fue estupenda, estuvimos buscando el móvil que la abuela fingió haber olvidado en mi casa. Está empeñada en que estamos hechos el uno para el otro, que nos casaremos y tendremos dos hijas. Temo que ha empezado una cruzada para juntarnos y me va a dejar en evidencia más tarde o más temprano.

—Hablaré con ella, aunque no sé si servirá de algo. Ya la conoces, hace siempre su santa voluntad.

—Gracias, mamá.

—Ahora, apura el vino y terminemos de preparar la comida.

Durante todo el almuerzo, sintió sobre ella la mirada de Scott, pero no enfadada ni siquiera

burlona, sino sorprendida. Como si hubiera descubierto a una Olivia diferente a la que estaba acostumbrado a ver. Ella evitó en todo momento dirigirse a él, lo ignoró en un intento de mantener a raya los comentarios de Sue.

Después de ayudar a su madre a recoger la cocina, se despidió sintiéndose incapaz de mantener por más tiempo la pose de la antigua Olivia. No tenía ganas de discutir con Scott, ni de capear los comentarios mordaces de Sue. Inventó una cita con William y se marchó, despidiéndose de todos con un beso. A excepción del hombre al que más deseaba besar y que la retaba con la mirada a que lo hiciera.

Salió a la calle sintiéndose liberada de los sentimientos encontrados con los que llevaba lidiando desde que llegara a casa de sus padres. Decidió probar suerte y llamó al piloto para pasar la tarde con él. El hombre, con su charla fácil y su grata compañía, siempre conseguía animarla, pero el móvil apagado le hizo sospechar que estaba en pleno vuelo. Y que debería irse a casa, sola, a ver una serie o leer hasta que llegara Patty. Si esta no había quedado con Scott; por lo que sabía llevaban días sin verse y su amiga no trabajaba al día siguiente.

\*\*\*

Poco después de la partida de Olivia, Scott decidió marcharse a su vez. Estaba desconcertado por el comportamiento de la chica, y también un poco decepcionado. Había esperado que las cosas cambiaran entre ellos después de la tarde del *selfie*, pero la actitud belicosa con que había rechazado darle un simple beso en la mejilla le indicaba que todo seguía igual. Si lo pensaba con frialdad, ella tenía razón. Jamás, que recordara, se habían dado un simple beso ni siquiera para saludarse a pesar de conocerse de toda la vida.

Se levantó para despedirse, rehusando el café que Melissa le ofrecía. Al verle dispuesto a marcharse, Sue le preguntó:

—¿Tienes mucha prisa? Quizás podrías llevarme a casa.

—No te preocupes, ya la llevo yo —se ofreció Andrew.

—Es que tengo una ventana que no cierra bien y me gustaría que le echara un vistazo.

—Yo la llevo, tío. No tengo gran cosa que hacer hasta la noche, puedo mirar esa ventana.

—Gracias, hijo —sonrió la anciana—. A mi edad las corrientes de aire son peligrosas.

Sue se levantó y se despidió de su hija y su yerno. Melissa le susurró al oído mientras la besaba:

—¡No hagas ninguna estupidez! Deja a los chicos en paz.

—¡Por supuesto! ¿Por quién me tomas? —preguntó con aire inocente.

Siguió a Scott hasta su coche y, una vez estuvo instalada en el asiento del copiloto, le preguntó:

—¿Has quedado esta noche con la compañera de piso de Olivia? Me dijo que salís juntos.

Él desvió por un instante la vista de la carretera para fijarla en la anciana.

—¿Preocupada por mi vida amorosa, Sue?

—Por la tuya no, por la de mi nieta. En realidad, no tengo ninguna ventana rota, solo quería hablarte a solas para pedirte algo.

—No intentes liarme.

—En absoluto, hijo. Pero ya sabes que Olivia es mi única nieta, y la quiero muchísimo. Imagino que tú también.

—Por supuesto —admitió Scott, tratando de imaginar qué pretendía Sue con aquella pregunta—. Que siempre estemos molestándonos uno al otro no quiere decir que no le tenga cariño.

—Pues si es cierto que sales con su amiga, debes conocer a ese piloto con el que está.

—Lo vi en una ocasión en la fiesta que dieron para inaugurar su apartamento, pero de lejos. Nunca hemos hablado.

—¿Y qué opinas de él?

—Es un tipo normal, no me suscitó ninguna opinión ni a favor ni en contra. Aunque a Patty no le agrada demasiado.

—Quiero pedirte que le eches un vistazo a ese hombre. Si estás enrollado con esa chica tienes la excusa perfecta para ir con frecuencia a su apartamento y conocer al piloto ese, que a mí tampoco me da buenas vibraciones —afirmó esperando sembrar la semilla de la duda.

—¿Sue! ¿Me estás pidiendo que espíe a tu nieta? No pienso hacerlo.

—No se trata de espiarla, solo echarle un vistazo a ese hombre y formarte una opinión sobre él. Confío en tu criterio, y si tú le das el visto bueno, me quedará tranquila.

—Olivia es mayorcita para saber lo que hace. Además, me arrancará las pelotas si cree que me estoy involucrando en su relación. No, Sue... habla con ella, dile que te lo presente si eso te tranquiliza, pero déjame al margen.

—No bastará, porque el hombre se presentará con su mejor cara ante mí. Lo que quiero es que lo veas con ella... y te asegures de que la trata bien, de que es el hombre adecuado para mi nieta. Ella es una mujer sensible.

—Sí, en la suela del zapato...

—Lo es... lo que sucede es que se esconde bajo una coraza para que no le hagan daño.

—Sue, si hay alguien que ha crecido protegida y entre algodones es Olivia. No tiene que temer que le hagan daño. Sé que es tu nieta y la quieres mucho, pero te aseguro que no es la mujercita frágil que piensas.

—Quizás sea todo imaginaciones mías, pero estoy preocupada. Cuando pienso en ese hombre mi estómago se encoge de angustia. No te costaría mucho calmar mi intranquilidad, solo tienes que ir por allí con cierta frecuencia y observar. Acabas de decirme que le tienes cariño... ¿Te podrías perdonar si le sucediera algo? —Siempre había sido un poco manipuladora y en esa ocasión la felicidad de Olivia estaba en juego. No tendría escrúpulos.

—¿Algo como qué? ¿Crees que tu nieta sale con un asesino en serie o algo por el estilo?

—Hay mucho lobo con piel de cordero por el mundo. ¿No podrías hacer ese pequeño esfuerzo para calmar la ansiedad de esta pobre vieja?



—Tú no eres una pobre vieja, Sue. Menuda estás hecha... De acuerdo, pasaré de vez en cuando por el apartamento, aunque maldita la gracia que me hace ver al puerco espín de tu nieta con frecuencia, y me aseguraré de que el piloto es un buen tipo.

—Gracias, hijo. Te compensaré con un buen dulce para merendar.

—Ya me debes unos cuantos.

—Te los pagaré todos, lo prometo —afirmó complacida.

Scott sacudió la cabeza con pesar. Sus pelotas corrían un grave riesgo si Olivia siquiera sospechaba lo que iba a hacer. Pero según su promesa, las rutinas de sus encuentros con Patty tendrían que cambiar.

Al llegar al portal de Sue, esta bajó del coche con una agilidad que desmentía sus setenta y seis años de vida. Mientras la veía entrar en el portal, se dijo que entre Patty y esa anciana habían conseguido que el piloto de Olivia le empezara a caer bastante mal. Debería tener cuidado y ser imparcial en su juicio, sin dejarse llevar por prejuicios ajenos. No le gustaba lo que iba a hacer, y estaba seguro de que Sue lo había manipulado a su antojo, pero le había hecho una promesa y la cumpliría.

## Capítulo 13

Scott comenzó a frecuentar el apartamento de Patty y Olivia, tratando de cumplir la promesa hecha a Sue. Debía reconocer que la anciana había conseguido transmitirle su preocupación y estaba dispuesto a averiguar algo más sobre William Baker. Había preguntado a Patty sobre el hombre tratando de averiguar más sobre él, pero lo único que esta pudo decirle era lo que circulaba por las aerolíneas sobre la forma en que pasaban por su cama una mujer tras otra. Y cómo las abandonaba después de que se cansara de ellas. No veía nada malo en esto porque en la actualidad el hecho de compartir sexo no implicaba de forma necesaria una relación, pero si eso le daba mala fama, debía haber algo más. Pocas veces el estómago de Sue se equivocaba. Y él, a pesar de que su relación con Olivia nunca hubiera sido cordial, no permitiría que nadie le hiciera daño.

Olivia, por su parte, continuaba saliendo con el piloto cuando los turnos de ambos lo permitían. La frecuencia con que encontraba a Scott y a Patty juntos en la vivienda la hacía sufrir, pero nunca les había visto compartir el dormitorio, algo que debía agradecerles.

William se volvía cada vez más insistente en llevarla a la cama. Habían compartido algunos besos que la habían dejado más bien fría y estaba segura de que si se acostaba con él sería igual. Pero cuando aquella noche vio de nuevo el coche de Scott aparcado en las inmediaciones del apartamento, y William, tras acompañarla a casa, le pidió abiertamente que le permitiera subir a su habitación, le dijo que sí. Sabía que ese momento tenía que llegar, y deseaba que Scott fuera testigo de ello.

Cuando entraron en la vivienda, Scott estaba en la cocina preparando algo que olía de maravilla. Patty le había comunicado por un mensaje que estaba de guardia y que había recibido aviso de que se incorporase en tres horas para suplir a una compañera enferma. Por eso no esperaba encontrar a Scott en el apartamento, y menos cocinando.

—Hola —saludó algo tensa—. ¿Patty se ha marchado ya? Me dijo que tenía que incorporarse en breve.

—Hola —respondió Scott girándose hacia ellos—. Se está dando una ducha mientras yo preparo la cena. Luego me marcharé, no te preocupes —añadió mirando a William con atención—. Yo soy Scott —se presentó tendiéndole la mano.

—William —saludó el otro de forma fría.

—Es el chico de Patty —aclaró ella, notando cierta tensión entre los dos hombres.

Scott alzó una ceja ante la frase. ¿Acaso creía que ella ignoraba la relación que tenía con su compañera de piso?

—Estoy preparando espaguetis, hay suficientes por si os apetece cenar con nosotros.

La invitación la sorprendió, pero puesto que comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la proposición de su acompañante, decidió aceptar. Necesitaba algo de tiempo, o al menos esperar a que Scott se marchase

—Hemos tomado algo, pero esos espaguetis huelen de maravilla. ¿Te apetece probarlos, William?

—Si tú quieres, de acuerdo. La noche es larga y no tenemos prisa —dijo el aludido dejando claras sus intenciones.

Esbozó una sonrisa desvaída que hizo fruncir el ceño a Scott. Por mucho que lo intentaba no lograba demostrar entusiasmo ante los planes de la noche. Y temía que no engañaba a Scott al respecto, que se estaba dando cuenta de su reticencia.

Patty se reunió con ellos y se sorprendió de verla acompañada, y más aún de saber que cenarían los cuatro juntos.

Se sentaron a la mesa. Scott, locuaz, entabló una conversación con el piloto, mientras las mujeres se limitaban a dejar caer algún comentario aislado. Hablaron de geografía, de países que habían visitado o les gustaría visitar, de gastronomía y de arte. Olivia descubrió la amplia cultura de Scott, siempre había pensado que dejó los estudios muy pronto para abrir su empresa. Supo también que compartían el deseo jamás expresado de visitar Venecia, y cuando él comentó que en unos meses iría a España a la boda de una amiga, deseó con toda su alma acompañarlo.

Mientras comía sus espaguetis miraba a ambos y no podía evitar compararlos. La voz grave y la sonrisa franca de Scott ganaban por goleada al hombre con el que pensaba compartir cama y sexo aquella noche. Y supo que no podría hacerlo, que no podría acostarse con él, ni permitir que aquellas manos pálidas y finas la tocaran. Que se moría más que nunca por sentir otros dedos fuertes, llenos de callos y cicatrices sobre su cuerpo. Los mismos que con toda seguridad habrían acariciado a Patty antes de que ella llegara. Se le hizo un nudo en la garganta y soltó del tenedor.

—¿Te concentras bien? —le preguntó Patty al ver la palidez que se había apoderado de su rostro.

—No, no demasiado.

Notó la mirada de los dos hombres clavadas en ella. Preocupada la de Scott. Irritada la otra.

—Estoy un poco mareada.

—Siéntate en el sofá, o sal un rato a la terraza —propuso Patty.

—Iré a la terraza, el aire fresco me sentará bien. William, lo siento, creo que es mejor que te marches cuando acabes de cenar. Continuaremos con nuestros planes en otra ocasión.

La cara del hombre se contrajo en un rictus de enfado y notó que Scott se ponía en guardia.

—Te acompaño a la terraza —dijo el piloto en tono seco.

La siguió y, cuando estuvieron a solas, su acompañante mostró su desagrado.

—¿Qué demonios pretendes? ¿Estás jugando conmigo?

—No me encuentro bien, estoy un poco mareada.

—¿Lo estás o tratas de darme largas una vez más?

—Piensa lo que quieras.

De repente se sentía muy cansada, incapaz de tratar de convencer a William de su malestar, porque lo sentía realmente. Pero comprendió que, aunque no lo sintiera, sería incapaz de irse a la cama con aquel hombre, de ahogar en otros brazos su frustración por las caricias que no podía tener, como había hecho otras veces. Que las cosas con Scott habían cambiado en las últimas semanas y no podría entregarse a otro.

William la agarró del brazo con brusquedad, apretándole la muñeca con fuerza.

—Estoy harto de pasear, y cenar, y hablar. Me has prometido que esta noche la pasaríamos juntos.

—Eso fue antes de que me sintiera mal.

—Vas a tomar el aire y luego nos iremos a tu habitación. Llevo mucho tiempo esperando esto y no me vas a mandar al diablo, así como así. ¿Sabes la cantidad de mujeres que están deseando una atención por mi parte? Jamás nadie me ha dejado plantado, y no vas a ser la primera, zorra.

Apretó con más fuerza la mano que la sujetaba.

—Suéltame, me estás haciendo daño —protestó alzando un poco la voz y tirando del brazo sin conseguir soltarse.

—Eres muy blandita para ser tan calientapollas. Se ve que nunca nadie te ha puesto en tu sitio.

De repente, Scott irrumpió en la terraza, cuya puerta había quedado abierta, y agarró con fuerza el brazo de William haciéndole dar un alarido.

—Te ha dicho que la sueltas —masculló.

En su cara ella veía los esfuerzos que estaba haciendo para no estamparle el puño en plena nariz.

—Esto no va contigo, es entre Olivia y yo. Ocúpate de tu chica.

Ignorando la advertencia, le retorció el brazo obligándole a soltarle la muñeca. Nunca lo había visto tan enfadado. Los ojos lanzaban chispas, la boca apretada en un rictus feroz.

—Por si no te lo ha dicho Olivia, es mi prima y, por lo tanto, sí es asunto mío. Como también lo es cualquier mujer víctima de violencia por parte de un cabrón como tú.

—Solo es un malentendido, vamos a pasar la noche juntos.

La miró con una muda pregunta en los ojos castaños. Olivia negó con la cabeza.

—Ni lo sueñes, William —dijo rotunda—. Ni ahora ni nunca. Vete de mi casa y no vuelvas a dirigirme la palabra.

—¿Serás zorra! ¿Llevas semanas saliendo conmigo y acaso pensabas que yo lo hacía por amor al arte?

—No, pero esperaba que el sexo llegara en el momento oportuno.

—Hoy es el momento oportuno.

—No lo es.

—Nunca es el momento oportuno para las estrechas como tú. Vas de tía dura y que está de vuelta de todo, pero no eres más que...

Sentía crecer la rabia de Scott más y más.

—Te ha dicho que te largues —dijo este.

Vio cómo lo agarraba por la camisa y lo zarandeaba con fuerza. Parecía dispuesto a arrastrarlo fuera del apartamento o a tirarlo por la terraza.

—Deja que yo lo solucione, Scott —pidió con voz suave, colocando la mano sobre el antebrazo masculino. Por nada del mundo permitiría que se buscara un problema por defenderla. Después se enfrentó al piloto—. Vete, William, de mi casa y de mi vida. O te denunciaré por maltrato. Se me hará un moretón en el brazo y tengo testigos de que me lo has hecho tú para intentar acostarte conmigo.

Patty hizo también su aparición en la terraza.

—Y yo me encargaré de destruir tu reputación en la aerolínea, porque también he sido testigo de todo. No es lo mismo ser un donjuán que destroza el corazón de las mujeres a su paso, que un maltratador. Largo.

William se sacudió del agarre de Scott y se dirigió a la puerta, seguido de este hasta asegurarse de que se marchaba.

Pálida, se agarró con fuerza a la barandilla de la terraza y respiró hondo.

—Tranquila, ya se ha ido —susurró Patty.

Scott regresó junto a ellas.

—Has debido dejarme que le diera un buen puñetazo. Me he quedado con las ganas.

—Si me veo en la necesidad de denunciarlo sería contraproducente para ti. Gracias, Scott, jamás olvidaré esto.

—No me las des... somos primos. Bueno —admitió—, ya sé que no lo somos, pero como si lo fuéramos.

—Olivia, tengo que irme —anunció Patty—; me han convocado y voy justa de tiempo, pero no me agrada dejarte así. ¿Y si ese imbécil vuelve?

—Estoy bien, no te preocupes. No creo que vuelva, pero si lo hace llamaré a la policía.

—Yo me quedaré —afirmó Scott rotundo—, y no me importa que digas que no es necesario, Olivia. No vas a convencerme.

Ella miró los ojos oscuros y se dijo que nada deseaba más en aquel momento que su compañía. Asintió.

—Gracias de nuevo.

—Me marchó entonces —dijo Patty cogiendo el bolso y saliendo de forma precipitada del apartamento.

También Scott y Olivia salieron de la terraza. Bajo la luz potente del salón le agarró con suavidad el brazo en el que ya se apreciaban las señales de los dedos en la piel blanca.

—Te pondré algo. ¿Tienes alguna crema para los golpes?

—Hay un botiquín en el baño. Voy por él.

—Siéntate, yo lo traeré. —Después de pronunciar la frase, dudó por un momento—. Si me das permiso para entrar en tu baño.

—Te lo doy —dijo en voz baja. Y a continuación se dejó caer, exhausta, en el sofá.

Scott entró en el baño de Olivia por la puerta que daba al salón. Había otra, que comunicaba directamente con el dormitorio de esta, y que estaba abierta. No pudo evitar echar un vistazo rápido al recinto más privado de la chica, en el que nunca había entrado después de que le instalara la cama. Era un fiel reflejo de la personalidad de su ocupante: bello, elegante y sobrio. Estaba pulcro y ordenado, sin nada fuera de lugar ni ropa a la vista. Solo un libro sobre la mesilla de noche hacía sospechar que la estancia estaba habitada. Se sorprendió porque no imaginaba siquiera que a Olivia le gustara leer, y sintió curiosidad por el género y el título que la acompañaba cada noche.

Regresó al salón con el pequeño botiquín y se sentó al lado de Olivia, muy cerca. Le agarró la mano y dejó salir una pequeña cantidad de crema sobre la magulladura de la muñeca. La extendió con naturalidad sin que ella pusiera ningún inconveniente. Tenía la piel blanca y suave, y notó un leve estremecimiento cuando sus dedos la rozaron.

—¿Te estoy haciendo daño? Lo siento, a veces no controlo la fuerza de mis manos.

—No, la crema está un poco fría, eso es todo.

Se demoró un poco con la cura. Notaba a Olivia muy tensa y esperaba que el lento deslizar de los dedos la relajara. Stefany solía decirle que tenía manos mágicas, que su simple roce conseguía calmar cualquier tensión. Esperaba que esa noche funcionara también.

—Me gustaría hacerte una pregunta, aunque quizás la consideres demasiado personal.

La chica se encogió un poco sobre sí misma.

—Dime.

—¿Esto... ha sido la primera vez? ¿O William ya te ha hecho daño con anterioridad?

—No, nunca. Siempre ha sido amable y correcto, hasta hoy. Supongo que estaba contrariado porque se había creado expectativas de pasar la noche conmigo y no ha sabido aceptar una negativa.

—¿Tú le has hecho concebir esperanzas?

—Debo reconocer que sí. Pero... cuando estaba terminando de cenar...

Se interrumpió por un momento, y Scott tuvo la certeza de que dudaba si decirle la verdad o no.

—¿Te sentiste indispuesta? —preguntó ofreciéndole una salida.

—Sí, me entraron nauseas, pero...

—No es necesario que lo digas.

—Mereces saber el motivo de mi rechazo, puesto que has salido en mi defensa. Sentí nauseas ante la idea de acostarme con él. Fue repentino, pero no pude evitarlo.

—¿No te gusta? —preguntó indagando en los tormentosos ojos grises. Por primera vez no veía

en ellos enfado, pero tampoco placidez. Sí agitación y sentimientos que no supo identificar. Sospechó que Olivia tenía un mundo interior desconocido para él, que no era la arpía que pensaba. Sentía que se estaba abriendo como jamás lo había hecho antes, y temió presionarla y que se cerrara de nuevo.

—Pensaba que sí, pero no siento atracción física por él. Sabía que esperaba sexo, y confiaba en desear lo mismo con el tiempo. Pero no ha tenido la paciencia suficiente.

—La atracción surge pronto. Si no se hace patente al principio, es difícil que aparezca más tarde.

—Lo dices por experiencia. —No era una pregunta, pero sí la había en su mirada.

Sonrió divertido. Le costaba creer que estuvieran manteniendo aquella conversación después de lo sucedido la última vez que coincidieron en el almuerzo familiar.

—No tengo mucha experiencia en relaciones, pero sí en encuentros esporádicos, y te puedo asegurar que la atracción física aparece pronto.

—¿La sentías por Stefany cuando estabais juntos?

—¿Stefany? —El asombro se hizo patente en la voz—. Ella y yo no teníamos una relación, éramos los mejores amigos, y es la mujer que más he querido, pero no de forma romántica. ¿Pensabas otra cosa?

—Os vi besaros una vez, en tu casa, y no de forma amistosa.

—¿Cuánto hace de eso? —rio.

—Mucho tiempo. Años.

—Hicimos un intento cuando éramos unos críos, confundimos sentimientos, pero aquello no llegó a nada. Por suerte nos dimos cuenta a tiempo de que no estropeará nuestra amistad.

—Siempre pensé que erais pareja.

—Pues siempre has estado equivocada.

Seguía acariciándole la muñeca. Ninguno de los dos era consciente de ello, parecía algo natural, hasta que la mirada gris se posó en la mano que casi cubría la suya. Él la retiró al instante, temeroso de provocar su enfado. Se sentía muy a gusto conversando con ella y no deseaba romper el momento, que probablemente no se repetiría. Estaba seguro de que la próxima vez que se vieran, Olivia se replegaría en sí misma y se comportaría como de costumbre, pero aquel acercamiento lo estaba disfrutando mucho. Y quería seguir ahondando en aquella mujer a la que conocía desde hacía veinticinco años, y en realidad era una perfecta desconocida.

Ella pareció leerle el pensamiento, porque hizo referencia a un comentario de Sue.

—Lamento si el otro día fui muy brusca al negarme a saludarte con un beso cuando mi abuela lo sugirió. No es nada contra ti. Solo que con ella nunca sé por dónde va a salir.

—Tiene razón en que nunca nos hemos saludado con un beso, cuando todo el mundo lo hace, incluso con personas que acaban de conocer. Un beso no tiene mayor importancia, pero nunca había reparado en que nosotros no habíamos intercambiado ninguno. Pensé que tu negativa se debía a que sentías repulsión por mí.

—No siento repulsión hacia ti y no pretendía ofenderte. Es solo... que tampoco había caído en la cuenta. Cuando mi abuela lo sugirió no estaba segura de que te apeteciera, sé que no soy tu persona favorita. Preferí ser borde a ponerte en una situación incómoda.

—Bien, aclarado este punto espero que la próxima vez que nos veamos me saludes como corresponde a un viejo amigo... o enemigo.

—Cuenta con ello.

—Quizás deberíamos practicar un poco ahora que estamos solos, para no sentirnos incómodos cuando llegue el momento.

—¿Quieres decir... ahora?

En vez de responder a la pregunta, se inclinó y depositó un beso sobre la mejilla de Olivia. La piel era en extremo suave y aterciopelada, más cálida de lo que pensaba.

—Ya está. Ahora tú. —Giró el rostro y le ofreció la mejilla, en la que asomaba una sombra de barba oscura a esa hora de la noche.

Olivia se acercó despacio, con el corazón desbocado, y le rozó con los labios la cara áspera. Fue una caricia suave que la agitó tanto como si hubieran intercambiado un beso con lengua. O eso pensó.

Cuando se separó, encontró los ojos castaños clavados en los suyos con expresión satisfecha y divertida.

—Ya está. No ha sido tan terrible, ¿verdad?

—No —admitió—. No se ha hundido el mundo ni han explotado los planetas.

—¿Sabes una cosa? Voy a tener que agradecerle al capullo de William su comportamiento de esta noche, porque eso me ha permitido conocerte un poco mejor. Patty tiene razón, la Olivia que yo conocía no es la real. Esta lo es, ¿verdad?

Ella agachó la cabeza y no respondió.

—También tiene razón con respecto a ti. No eres el capullo que yo me empeñaba en ver.

—Hemos desperdiciado un montón de años de amistad aborreciéndonos el uno al otro. Pero estamos a tiempo de enmendarlo. ¿No es cierto?

—Sí.

Se sentía agotada tanto física como emocionalmente. Llevaba despierta más de veinticuatro horas y los acontecimientos de la noche la estaban sobrepasando. La presencia de Scott y el beso compartido, no por casto menos intenso e importante para ella, la tenían exhausta. Sin embargo, no quería interrumpir aquel momento tan especial, aunque sabía que estaba en un punto de no retorno y que se deslizaba por una pendiente peligrosa, cuesta abajo y sin frenos.

Él pareció darse cuenta de su cansancio.

—Estás agotada...

—Un poco cansada, sí.

—Lo siento, me encontraba tan a gusto hablando contigo que no he tenido en cuenta la hora que es. Pasan las tres de la madrugada. Vete a la cama, yo me acomodo en el sofá.



—No hace falta, Scott. Estoy bien y William no va a venir. Márchate a casa y descansa también tú, porque mañana trabajas.

—Sí, pero no importa.

—A mí me importa. Yo estaré de guardia y, salvo que me llamen, tengo el día libre.

—Prométeme que, si vuelve a molestarte, me llamarás y me daré el gustazo de destrozarle esa cara tan atractiva que tiene.

—Si vuelve a molestarte acudiré a la policía y le denunciaré por acoso. Te lo prometo.

—En ese caso, buenas noches.

Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta, seguido por la chica. Antes de salir, volvió a inclinarse para darle un beso, al que ella correspondió.

—Que descanses.

—También tú.

Scott salió del apartamento y ella permaneció apoyada contra la puerta que él acababa de cruzar. Se acarició la mejilla con la yema de los dedos, como una adolescente a la que acababan de dar el primer beso. Suspiró y se fue a la cama con una mezcla de sentimientos encontrados: feliz por el rato compartido y aterrada porque estaba perdiendo el control de la situación. Y si había algo que le daba pánico era perder el control.

## Capítulo 14

A pesar de encontrarse muy cansada, Oliva apenas pudo dormir aquella noche. Las emociones vividas, el mal trago con William, y sobre todo el acercamiento con Scott habían conseguido robarle el sueño. Después de aquello no podía volver atrás, ni esforzarse por verle como enemigo y mucho menos tratarle con descortesía. Debería continuar el camino que habían emprendido aquella noche, aunque terminara enamorándose aún más, algo de lo que no tenía dudas. Recordaba la sensación de los labios de él en su mejilla y el roce de la barba áspera bajo sus propios labios y se dijo de nuevo que parecía una adolescente enamorada. Enamorada estaba, mucho, pero ya no era una adolescente sino una mujer hecha y derecha que anhelaba mucho más que un casto beso en la mejilla.

En medio de la madrugada dejó volar la imaginación como nunca se había permitido hacer.

«Si un día me besaras, pensó, con un beso de verdad, cargado de pasión, sería la mujer más feliz del mundo».

Luego se acordó de Patty, que había pasado de compañera de piso a amiga y sintió que la estaba traicionando por desear a su hombre. No importaba que ella llevase mucho más tiempo enamorada de él, eso no le otorgaba ningún derecho. Tenía que olvidarle, ahora más que nunca. Sin embargo, y pese a que estaba firmemente decidida a hacerlo, su mente se empeñaba en forjar imágenes prohibidas y su corazón se caldeaba tratando de imaginar el abrazo apasionado de Scott.

Escuchó llegar a Patty al filo del amanecer y se encontró incapaz de seguir forjando imágenes tórridas con ella en el apartamento. Se levantó dispuesta a afrontar el día sin haber dormido apenas, y salió a enfrentarse a su amiga.

—Buenos días —la saludó esta, mientras clavaba en ella unos ojos sagaces—. ¿Pesadillas de nuevo?

—No, solo una noche de insomnio. Me ha costado dormir y ya estoy harta de dar vueltas en la cama. Voy a preparar el desayuno ¿Te apetece compartirlo o estás muy cansada?

—No, me tomaré un café contigo. O un té, lo que prepares.

—Necesito un café bien cargado.

—Y hablar, supongo.

—No —dijo rotunda.

—Olivia, si has pasado la noche en blanco, es obvio que necesitas desahogarte. No es bueno

guardarlo todo dentro, acaba por hacer daño. Te aseguro que lo que hablemos no saldrá de esta habitación.

Suspiró y guardó silencio hasta que hubo servido dos tazas de café y unas tostadas. Integral para ella y normal para su compañera. Una vez acomodadas las dos en la mesa, Patty preguntó:

—¿Se trata de William? ¿Es el causante de tu insomnio? ¿Te preocupa que vuelva a molestarte?

—No —dijo tras dudar unos instantes. No quería mentir a su amiga también en eso, aunque le hubiera servido de excusa válida—. Si lo hace le denunciaré, pero no creo que sea necesario. Se limitará a ignorarme cuando nos crucemos en el aeropuerto, estoy segura.

—Entonces es que te duele haber cortado con él. ¿Te importa mucho? ¿Estás muy pillada?

Negó con la cabeza mientras mordisqueaba desganada su pan. No tenía hambre, había preparado un desayuno completo más por costumbre que por otra cosa.

—No me he enamorado de William Baker. Pero mi cabeza estaba inquieta.

—¿Por Scott, entonces? ¿Habéis vuelto a discutir? ¿Por eso se ha marchado?

—Se ha marchado porque yo le vi cansado y le aseguré que estaba bien. Quiso acostarse en el sofá y no me atreví a ofrecerle tu cama. Como nunca he visto que se quede a dormir aquí no estaba segura de que te pareciera bien... Le convencí para que se marchara a casa

La voz le tembló un poco y se apresuró a disimular tomando un sorbo de café. Sintió sobre ella la mirada escrutadora de Patty.

—¿Es Scott quien te ha quitado el sueño?

—No hemos discutido —afirmó—. De hecho, hemos charlado como amigos hasta muy tarde. Empezamos a llevarnos mejor, así que no hay problema en que duerma aquí cuando te parezca oportuno. Si lo mantienes alejado de casa por mí, no es necesario.

Patty exhaló un profundo suspiro y la miró a los ojos indagando en ellos. Se sintió como si hubiera hurgado hasta lo más profundo de su alma. Desvió la mirada en cuanto pudo.

—Olivia —dijo con calma—, acabo de comprender cuál es tu problema con Scott.

—No tengo ya ningún problema; te lo acabo de decir.

—Estás enamorada de él, por eso lo tratas así.

—Claro que no, menuda estupidez...

—No lo es. Estás colada hasta la médula. Y no es de ahora.

No tenía sentido seguir negándolo, de modo que se limitó a desviar la mirada, nerviosa.

—Pero vosotros...

—Solo somos amigos, no tenemos una relación. Si es eso lo que te quita el sueño, puedes estar tranquila.

—¿Seguro? Pasaste una noche en su casa. —Quiso confirmarlo antes de admitir sus sentimientos.

—En el cuarto de invitados y porque había una tormenta horrible. No soy un impedimento para lo vuestro.

—¡Lo nuestro! Estás de broma, ¿verdad?

—En absoluto. Acabas de decir que habéis empezado a llevaros mejor...

—Eso no significa nada. Jamás me ha visto como mujer, y nunca lo hará. No, Patty, ese es un sueño imposible y es mejor que no me haga ilusiones. Aunque dejemos de lanzarnos pullas uno al otro, siempre me verá como a la hija de Andrew, seré su «prima» por siempre jamás.

—Trata de que te vea como mujer.

—Es difícil eso. No puedo cambiar mi forma de ser, y hace demasiado tiempo que me considera parte de su familia, aunque no lo sea; ya he tirado la toalla. Me conformo con que no discutamos cada vez que estemos en la misma habitación y con soñar con él por las noches sin sentir que te traiciono.

—¿Es eso lo que te ha impedido dormir hoy?

—En parte.

—Pues quédate tranquila, porque no es Scott quien ocupa mi corazón.

Olivia miró a su amiga.

—¿Está ocupado? No tenía ni idea.

—Para mi desgracia. Y no es algo que me guste recordar. Ni admitir.

—¿Le conozco?

—No. Se trata de mi ex, Robert.

—Nunca me has dicho que tuviste una relación.

—Fue hace unos años. Estuvimos a punto de casarnos, pero... la boda se anuló. Me presentó a su familia y parece ser que el color de mi piel nos les gustó demasiado. Lo convencieron de que si había hijos estos podrían salir negros, y lo que hasta ese momento no le había importado, comenzó a hacerlo. Me dijo que olvidáramos la boda y que siguiéramos como antes, pero, aunque nunca hasta que me lo pidió había pensado en el matrimonio, me dolió mucho que se echara atrás y rompí con él. Fue una gran decepción, y no quiero volver a verle, pero la relación era muy buena, dentro y fuera del dormitorio. Sigo queriéndole, a pesar de lo mucho que me enfada hacerlo; pero en el corazón no se manda.

—¡A mí me lo vas a decir! Llevo quince años colgada de un hombre que ni siquiera me ha dedicado una sonrisa en todo ese tiempo.

—Estoy segura de que eso va a cambiar.

—Ojalá, porque tiene una sonrisa preciosa.

—Sí que la tiene. Y ahora que nos hemos hecho confianzas, me voy a la cama. Estoy agotada, y tú deberías hacer lo mismo. Las ojeras no le sientan bien a tu piel pálida.

—No. Hoy soy yo quien está de guardia, así que aprovecharé para hacer la compra. Que descanses.

Patty se dirigió a su habitación mientras Olivia recogía los restos del desayuno con el corazón ligero. En pocas horas había descubierto que Scott no mantenía ninguna de las dos relaciones que había imaginado. Desde luego no era una gran detective, pues su intuición era nula.

Tras salir del supermercado, en cuya compra incluyó unas botellas de la cerveza preferida de

Scott, solo por si acaso volvían a compartir una velada, recibió una llamada de este.

—¡Hola! —saludó sin disimular su estado de ánimo mientras colocaba la compra en el maletero.

—Hola, Olivia. Por tu tono de voz me da la impresión de que está todo bien.

—Sí.

—Por un momento he temido que me contestaras desabrida, que te arrepintieras de nuestra camaradería de anoche.

—No me arrepiento de nada.

—¡Estupendo! Solo quería preguntarte si has tenido noticias de William.

—No, y tampoco espero tenerlas.

—Mejor así. ¿Crees que olvidará el asunto?

—Lo más probable es que no, se limitará a echar por tierra mi imagen en las aerolíneas diciendo lo mismo que ayer: que soy una estrecha, una calienta braguetas, y cosas por el estilo, pero me importa un comino. En realidad, no es nada que no piensen ya.

—¿Eres una estrecha?

—Si serlo consiste en que no me acuesto con alguien que no me atrae, lo soy.

—En ese caso, ya somos dos.

—De modo que tenemos algo en común. ¿Quién lo iba a decir?

La leve carcajada de Scott al otro lado del teléfono le arrancó una sonrisa.

—Olivia... —Detectó cierta cautela en su voz—. ¿Puedo decirle a tu abuela que has cortado con él? Estaba preocupada, por algún motivo intuía que no te traería más que problemas. Será un alivio para ella saber que ya no estáis juntos.

—Yo se lo diré. La llamaré cuando llegue a casa.

—De acuerdo. Que tengas un buen día.

—También tú.

Cortó la llamada y se dirigió a su apartamento con una euforia que hacía tiempo no sentía. No importaba que Scott no la viera como una mujer, en aquel momento lo único que le importaba era que acababa de desearle un buen día.

Tras colocar la compra y guardar las cervezas en el frigorífico, se apresuró a llamar a Sue. Prefería hacerlo ella, no se fiaba de lo que la anciana le pudiera contar a Scott sobre la predicción de la vidente y le hiciera correr despavorido cuando empezaban a ser amigos. Una cosa era tener buen rollo y otra que su abuela intentara emparejarlos.

Sue respondió al instante.

—Hola, nenita.

—Hola, abuela, ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú?

—También. Te llamo para decirte una cosa que te alegrará.

—¿Ya habéis empezado a encargar Scott y tú la primera niña?

—¡¡¡Abuela!!!

La risa de la anciana le hizo comprender que bromeaba.

—No, pero William y yo lo hemos dejado.

—¿Por algún motivo en especial? —preguntó suspicaz.

—He comprendido que no estábamos hechos el uno para el otro.

—Eso ya te lo dije yo. Pero de todas formas me alegro. Ahora es el momento de descubrir que Scott y tú sí lo estáis.

—Abuela, te ruego que no le digas a él nada de tus sospechas ni tus intuiciones.

—¿Por qué no? Tendré que abrirle los ojos como he hecho contigo.

—Déjalo estar, por favor. No hagas que me muera de vergüenza cada vez que lo vea.

—Lo haré si tú me prometes que cambiarás tu actitud hacia el muchacho.

—Lo intentaré.

—En ese caso os invito a los dos a comer el domingo. Le debo al chico algún que otro postre, y a ti no necesito ninguna excusa para invitarte, eres mi nieta. Vendrás, ¿verdad?

—Sí, pero deberá ser el sábado porque trabajo el domingo.

—Perfecto.

—Espero que te comportes, porque a la menor insinuación sobre nosotros como pareja o futuros padres, me iré y no volveré a aceptar ninguna invitación tuya.

—Palabra de abuela. A cambio quiero que tú lo saludes como debe ser.

—¿Te refieres a que le dé el beso de rigor en la mejilla?

—Justo a eso.

—Haré un esfuerzo.

—Bien. Hasta el sábado entonces.

—Adiós.

Cortó la llamada y sacudió la cabeza. Sue era tozuda, tenía que reconocerlo. Y a ella no le desagradaba la idea de volver a intercambiar un beso con Scott, aunque fuera de amigo.

## Capítulo 15

El sábado Olivia se levantó temprano. Por primera vez en su vida la idea de asistir a una comida con Scott no le generaba rechazo, sino todo lo contrario. Apenas desayunó, abrió al armario para decidir qué ponerse. Quería que él la viera diferente, y lo único que se le ocurrió que contrastara con su habitual forma de vestir fue unos vaqueros gastados por el uso y un jersey rojo que le habían regalado, y nunca pensó usar. Solía vestir con tonos pastel, siempre comedida, siempre discreta, pero aquella mañana no le apetecía. Quería que él la mirase, descubrir asombro en sus ojos.

Sufrió un ligero sobresalto cuando recibió una llamada de Scott, y su corazón se paralizó pensando en que quizás rehusaría la invitación y sus expectativas quedarían en nada.

—Hola, Olivia.

—Hola.

—Sue me ha invitado a almorzar.

—Sí, lo sé. También a mí.

—Entonces supongo que no te importa que asista. No estaba seguro de que lo supieras y no quería que te llevaras una sorpresa desagradable. Estoy cansado de malos rollos en comidas familiares.

—No los habrá por mi parte.

—Tampoco por la mía. En ese caso descargaré la furgoneta, la tengo llena de maderas para una reforma que debo empezar el lunes y no quiero pasearla por ahí. Es muy cara y difícil de conseguir.

—¿Quieres que pase a buscarte? —Lo dijo sin pensarlo siquiera, de forma natural.

—¿Lo harías? —Había incredulidad en la voz del hombre.

—Claro. No suelo ofrecer cosas que no estoy dispuesta a cumplir.

—Pues me ahorrarías un montón de trabajo.

—No se hable más, te recojo sobre las doce.

—Genial. Gracias.

—Hasta luego.

A la hora prevista, Olivia detenía el coche en la puerta de Scott. Llevaba puestos los vaqueros que usaba en casa y el jersey rojo y se había dejado suelta sobre los hombros la espectacular

melena rubia que solía llevar recogida. También había resaltado los labios con un carmín más intenso del que solía usar, y estos destacaban sobre su cara cubierta con un maquillaje discreto.

No pudo evitar sonreír al ver que también Scott había cambiado ligeramente su forma de vestir y en lugar de sus pantalones vaqueros y camisas de leñador llevaba unos chinos en tono gris y una camisa azul.

—Hola —saludó él acomodándose en el coche a su lado. Antes de abrocharse el cinturón de seguridad se inclinó sobre ella y la obsequió con un beso en la mejilla, que fue correspondido.

—Hola, Scott.

—Parece que vamos cogiendo práctica en esto de besarnos. Sue estará contenta.

—Seguro que sí, pero mejor no le decimos demasiado sobre nosotros.

—¿Por? ¿No crees que se alegraría de que nos empecemos a llevar bien?

—Es posible, pero mi abuela es bastante entrometida y mientras menos sepa de nuestras vidas, en común o por separado, mejor. Hace años que lo pongo en práctica y me va fenomenal.

—De acuerdo.

Arrancó y condujo con pericia por el intenso tráfico de las calles de Richmond. Sue vivía en el centro mientras que ellos tenían sus respectivas viviendas en las afueras. Sintió sobre ella la mirada del hombre y no pudo evitar preguntarle:

—¿Ocurre algo? ¿No te gusta mi forma de conducir?

—No es eso, es que estás... diferente.

Ella sabía las sutiles diferencias, pero quiso saber si Scott se había dado cuenta.

—¿En qué sentido?

—No sé... como más luminosa.

—Debe de ser por el jersey, no visto de rojo muy a menudo —afirmó.

—Es cierto, siempre vas de rosa o gris, o colores pálidos que no hacen resaltar tu piel. Pero te sienta muy bien el rojo. Realza tu pelo rubio, que tampoco sueles dejar suelto.

—En el trabajo me obligan a llevarlo recogido, y en casa también lo llevo así por comodidad.

—Pues es una pena, porque tienes un cabello precioso. —Alargó la mano con la intención de tocarlo, pero se detuvo a medio camino—. ¿Puedo?

Asintió. Scott cogió un mechón y lo deslizó entre los dedos. Ella notó la caricia a pesar de saber que el cabello estaba formado por células muertas y sin sensibilidad. Se esforzó por conducir y aparentar una calma que no sentía.

—También tú vistes hoy diferente.

—No se me ocurre ir a una comida de Sue con la ropa de trabajo. Ya sabes que no tiene pelos en la lengua y me hubiera tirado de las orejas. En cambio, tú sí llevas vaqueros hoy. ¿Por qué? ¿No temes a tu abuela?

«Porque dice Patty que me hacen un culo monísimo».

—No he tenido tiempo de hacer la colada, llevo una semana con muchas horas de trabajo —mintió.



—¿En serio? Jamás hubiera imaginado que no lo tengas todo al día.

—Ya ves. Soy humana, y a veces estoy tan cansada que no puedo tenerlo todo controlado.

No quiso decirle que dormía mal, que a veces su cabeza era un hervidero de ideas y sentimientos que la dejaban agotada. Que las antiguas pesadillas volvían recurrentes desde hacía un par de meses. Tampoco podía decirle que cuando se despertaba en medio de la noche anhelaba unos brazos, los de él, en los que refugiarse. Que no era tan fuerte ni tan dura como se mostraba al mundo.

Llegaron al portal de Sue y, tras dejar el coche en la plaza de aparcamiento que la anciana no utilizaba y reservaba para las visitas, subieron en el ascensor. Uno junto al otro en el reducido espacio. Clavó una mirada rápida en el espejo para comprobar la extraña pareja que hacían, ella tan rubia y delgada, él tan fuerte.

La anciana les recibió con una sonrisa y les franqueó la entrada.

—¿Os habéis encontrado en el portal o venís juntos? —preguntó con una sonrisa de complicidad.

—Venimos juntos —aclaró Scott tras besarla con cariño—. Tenía la furgoneta cargada de maderas y Olivia se ha ofrecido a traerme para evitarme descargarla.

—Me alegría oír eso —dijo mirando a su nieta con una amplia sonrisa, que ella fingió no ver. Luego se dirigió de nuevo al hombre—. Creo que tienes un poco de carmín en la mejilla... de Olivia, si no me equivoco.

—No te equivocas —replicó sonriente—; hemos decidido seguir tu consejo y hoy nos hemos saludado con un par de besos.

—También me alegra saberlo. Esa enemistad vuestra no tiene sentido; sea lo que sea lo que la provocó, con el paso de los años ha caducado. Servíos un poco de vino mientras termino en la cocina.

—Ni hablar; te ayudamos.

Los tres entraron en la amplia cocina y se esmeraron en los preparativos de un almuerzo que se adivinaba succulento. Como todos los de Sue. Se preparó una vez más para escuchar lo delgada que estaba y que debía comer más, sobre todo carbohidratos, para ofrecer al hombre de su vida las curvas necesarias para seducirlo. Solo esperaba que Scott no la secundara, hasta el momento siempre había ignorado las sugerencias. No pensaba engordar ni siquiera por él.

Terminada la preparación de un exquisito guiso de carne acompañado del correspondiente puré de patatas y guarnición de verduras se sentaron en la amplia mesa dispuestos a degustarlo. Antes de ocupar su silla, Sue salió un momento del comedor dejándolos solos.

—Va a cebarnos, como siempre —murmuró señalando las fuentes de comida—. Como a cerdos antes de la matanza. Ni en sueños puedo comer todo eso, y además habrá postre, estoy segura.

—Me lo ha prometido. Bastará con que pruebes un poco de todo.

—Y con eso ya tendré indigestión una semana. Espero que tú hagas los honores en mi lugar.

—Lo intentaré, aunque después me tachen de gordo sebo.

Enrojeció levemente. Su piel blanca mostraba de esa forma cualquier tipo de azoramiento.

—Lo siento si te ofendí. Prometo no volver a llamarte así.

—Yo también prometo no burlarme de tu delgadez. Cada uno es como es y tenemos que aceptarnos.

—¿Qué os estáis prometiendo? —La voz alegre de la anciana interrumpió la conversación.

—Nada, abuela.

Si temía que continuara insistiendo se equivocaba. La mujer tenía otra idea en mente.

—Mira lo que encontré el otro día haciendo limpieza en el armario...

Alargó una mano en la que llevaba un deteriorado oso de peluche marrón con una oreja desgarrada.

—¿Qué haces tú con... —se detuvo a tiempo antes de pronunciar el nombre que le vino a los labios— mi oso de peluche?

—Lo encontré tirado en la basura un día que fui a visitaros y lo rescaté. Pensé que quizás querriás recuperarlo en el futuro.

Olivia respiró hondo. Había sido su juguete favorito durante años. Lo llevaba a todas partes, dormía con él, le hacía confidencias. Recordaba el día en que lo tiró, después de intentar mutilarlo arrancándole las orejas. Fue la tarde en que sorprendió a Scott y a Stefany besándose. La rabia y los celos la cegaron y los trasladó al peluche como si una figura de vudú se tratara.

—Lo tiré, y no tenías ningún derecho a cogerlo —dijo—. Tuve mis motivos para hacerlo.

—¿Cuáles? —preguntó Scott—. Recuerdo que de niña ibas con él a todas partes, no lo dejabas ni a sol ni a sombra. Stefany y yo solíamos decir que probablemente hasta durmieras con él.

—Tenía quince años y era ya muy mayor para los peluches. —La alusión a su vecina la molestó, a pesar de que nunca hubieran tenido la relación que pensaba. Siempre había estado, y estaría, más cerca de Scott que ella, por mucha distancia que los separase—. Y sí, dormía con él hasta que fui lo bastante adulta para dejar de hacerlo. Era mi amigo, no tenía otros.

—Y lo tiraste.

—Sí.

—A pesar de ser tu amigo.

—Sí. Ya he dicho que crecí y me hice mayor para dormir con un peluche. Además, estaba estropeado.

—Y supongo que tendría nombre... ¿Cómo lo llamabas, Teddy? Todos los osos de peluche se suelen llamar así.

—El mío no.

—¿Cómo entonces? Tengo curiosidad...

—No lo recuerdo. Era un nombre esloveno, creo.

—Bueno, nenita... ¿Quieres recuperarlo? —sugirió Sue mirándola con una sonrisa cómplice.

—Sigo siendo mayor para un oso.

—Pero quizás quieras guardarlo para cuando tengas una hija...

Se volvió hacia la anciana con un tinte de alarma. Sue continuó hablando.

—Si no lo quieres, lo conservaré yo. Le repararé la oreja y lo guardaré hasta el momento adecuado.

—No pienso tener hijos, ya te lo he dicho en más de una ocasión. No tengo instinto maternal, ni me apetece pasar las noches cambiando pañales ni acunando bebés llorones.

—Eso cambiará cuando estés con el hombre adecuado.

—¡Abuela!

—¿Qué pasa? Solo te estoy hablando de lo que me ocurrió a mí. Siempre fui un espíritu libre, quería recorrer el mundo, y fue lo que hice hasta que en uno de mis viajes conocí a tu abuelo. Y todo cambió. A ti te ocurrirá lo mismo. Además, ahora los hombres también cambian pañales y dan biberones. ¿Tú qué opinas al respecto, Scott? ¿Serías de esos padres, o de los que dejan la crianza de los hijos a la mujer?

—No me molestaría cambiar pañales, pero la verdad es que tampoco yo me he planteado tener hijos. Para eso tendría que encontrar a una mujer muy especial, y aún no he conocido a ninguna.

—Todo llegará, estoy segura.

—¿Cambiamos de tema? —propuso incómoda y dedicando toda su atención al plato—. Hablar de críos me da indigestión, más aún que esta salsa tan pesada.

—Pues aún queda el postre. Se lo prometí a Scott y sé que lo está esperando con ganas; es un goloso.

Con aire inocente, Sue guardó silencio permitiendo que la conversación girase hacia temas culinarios. Sabía que Scott las observaba con atención, que era consciente de su incomodidad, aunque ignorase el motivo. Pero guardó silencio y ella se lo agradeció.

Tras la comida, regada con buen vino, se despidieron para permitir a la anciana dormir su habitual siesta, una costumbre adquirida durante una estancia en España y a la que se había aferrado hacía años.

Scott la observaba en silencio durante el trayecto hasta su casa. Nunca se había percatado de la fina línea de las cejas ni de la ligera tristeza que empañaba su mirada, quizás porque siempre la había visto ofuscada y rabiosa. Aquella tarde, los iris grises eran más claros de lo habitual, casi transparentes, y se le antojaron un poco melancólicos.

—Quizás pienses que me entrometo en tu vida —dijo—, pero te aseguro que lo hago sin ánimo de molestarte. Te noto un poco triste. ¿Es por haber cortado con William?

—Lo que teníamos no era tan especial como para ocasionarme tristeza. No es por eso.

—¿Entonces?

—Ver a... el oso me ha hecho recordar mi infancia.

Sabía que estuvo a punto de decir el nombre del peluche, pero se había contenido a tiempo.

—Sí te acuerdas de cómo lo llamabas, pero no me lo quieres decir.

—Es muy cursi; no, no te lo voy a decir por mucho que insistas.

—De acuerdo.

Cuando Olivia giró el volante para entrar en la urbanización donde él tenía su casa, le propuso, sin ganas de separarse de ella:

—¿Tienes prisa?

—No.

—¿Te apetece entrar un rato? Puedo ofrecerte un café, un té o una copa. Y un rato de charla.

Olivia aferró el volante con fuerza como si dudase.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

—¿Por qué qué?

—Por qué me invitas.

—Porque hace mucho tiempo que nos conocemos, y nunca has estado en mi casa.

—Sí he estado, cuando era pequeña.

—Entonces era la casa de mis padres, no la mía. He hecho cambios y pensé que tal vez te apetecía verlos. Pero si te pones susceptible y piensas que lo hago con segundas intenciones, retiro la invitación.

—Acepto. No quería ofenderte, es solo que me has sorprendido. Me encantará ver tu casa.

Bajó del vehículo, del mismo tono de gris que los ojos de su propietaria, y abrió la puerta del garaje para que aparcara en él. Después la acompañó hasta la vivienda.

Olivia recordaba el amplio porche cubierto y un salón con grandes ventanas, aunque decorado de forma diferente. El resto era nuevo para ella. La enorme cocina equipada con todos los adelantos modernos era indicio de que se usaba a diario. La habitación contigua que los padres de Scott habían utilizado como comedor estaba convertida en despacho. Una mesa con un potente ordenador, archivadores, estanterías repletas de libros ocupaban la habitación. También un par de sillones con aspecto cómodo.

Se acercó a la ventana, con las cortinas descorridas, desde la que se veía la casa de Stefany cerrada a cal y canto, y con las persianas bajadas. Sintió la presencia de Scott a su lado, contemplando la vivienda con aire pensativo.

—Imagino que la echas mucho de menos. Siempre estabais juntos.

—Muchísimo. Pero ella es feliz, y eso es lo importante.

—No ha puesto la casa en venta.

—No; tiene previsto venir de vez en cuando para supervisar su empresa. Aunque siempre tendrá una habitación en mi casa, Stefany es muy independiente. Y yo iré a España pronto. Me ha metido en una movida de campeonato.

—¿En serio?

—Sí. Te lo cuento mientras tomamos algo. ¿Qué te apetece?

—Una infusión, de cualquier tipo.

Mientras la preparaba y una copa para él, guardaron silencio. Luego se acomodaron en el amplio sofá de piel situado en el salón. Se hundió en los mullidos y cómodos cojines mientras él se sentaba muy cerca, y se volvió hacia ella, con el vaso en la mano.

—Stefany se va a casar y, puesto que no tiene padre, quiere que yo la lleve al altar. Me obligará a ponerme un odioso traje que me hará sudar de lo lindo. La ceremonia será en Sevilla, de donde es oriundo el novio y, si Internet no se equivoca, la temperatura media en el mes de julio es de cuarenta grados o más.

—¿Tanto?

—Manuel, su chico, me dijo en una ocasión que a veces más, que llegan a los cincuenta; pero pensé que bromeaba. Ya se podían casar en invierno, digo yo, bien abrigaditos.

—También puedes negarte.

—No, esa no es una opción.

Sintió la antigua punzada de celos, pero se recompuso.

—Imagino que no. De modo que te pondrás un traje y sudarás a mares. Espero ver una foto.

—Me temo que habrá más de una para inmortalizar el día en que me convertí en un charco. Se me derretirá la nariz, la boca... y ni te cuento otras partes que estarán más abrigadas.

Lanzó una carcajada.

—¡Te has reído!

—No te molestes, es que has tenido gracia.

—No me molestes, solo estoy sorprendido. Creo que nunca te he visto reír.

—¿Nunca?

Él negó con la cabeza.

—Y deberías hacerlo más a menudo, porque te sienta muy bien. Igual que el color rojo o el pelo suelto.

Scott alargó la mano y rozó otra vez un mechón de cabello que le caía sobre el hombro.

—Lamento no haber sabido ver antes a la mujer que se escondía bajo esa coraza de irritación y enfado.

Parpadeó para disipar la emoción que le habían producido sus palabras.

—También siento que tuvieras como único amigo a un oso de peluche. Espero que eso cambie, y quiero que sepas que estoy aquí, dispuesto a ofrecerte mi amistad, si la aceptas.

Se sentía muy incómoda, no sabía cómo responder a las palabras masculinas.

—La acepto. Gracias —se limitó a decir.

—Además, Patty dice que no se siente atraída por mí, porque le parezco un enorme oso de peluche, muy achuchable. Así que, si en algún momento deseas achuchar a alguno y no tienes a mano al que guarda Sue, puedes hacerlo conmigo. Pero por favor, no me arranques las orejas.

—Prometo respetar tus orejas. Pero... no soy mucho de achuchar... soy más bien fría y me cuesta demostrar mis sentimientos de forma espontánea. No te lo tomes a mal, no es nada personal.

Scott alargó la mano y le rozó la línea de la mejilla. Un ligero estremecimiento la recorrió y supo que él había malinterpretado su gesto cuando se retiró y se puso serio.

—De acuerdo, nada de achuchones.

—No te ofendas, es que... no tengo mucha costumbre de recibir caricias masculinas.

—¿Y William? ¿No te acariciaba?

—No... él no. Nunca llegamos a ese grado de intimidad.

—Menudo capullo. Solo quería follar, ¿no?

—Así es.

Por un momento se hizo un tenso silencio entre ambos.

—¿Quieres que haga palomitas y veamos alguna película? —propuso él.

Estuvo tentada de aceptar, mucho. Deseaba con todas sus fuerzas recostarse en aquel sofá, dejarse caer sobre el cuerpo masculino y encontrar el valor de achucharle. De pedirle que siguiera rozando su cara con sus dedos ásperos que a ella le parecieron los más suaves del mundo. Pero aquella tarde habían pasado muchos límites y estaba aterrada. Porque Scott le había ofrecido amistad y solo eso, pero ella se sentía cada vez más enamorada, como nunca lo había estado antes. Y él no había vivido una relación con Stefany, y tampoco la tenía con Patty, pero tarde o temprano llegaría una mujer a su vida y debería enfrentarse a ello. Pero ya no había forma de volver atrás y tratarle con frialdad, ya el hombre que le sonreía desde muy cerca había derribado todas sus barreras haciendo imposible que las levantara de nuevo.

—Me encantaría, pero debo irme, por muy a gusto que esté aquí. Otro día veremos esa película.

Le tembló la voz al decirlo, esforzándose por no aceptar el ofrecimiento, y también por no resultar brusca. Él aceptó su despedida con una sonrisa, todavía inseguro sobre cómo comportarse con ella para no traer de nuevo los malos rollos del pasado. Sin embargo, algo le impelía a tocarla, a ofrecerle esa amistad incondicional que quizás debió brindarle en el pasado. La frase de que el maltrecho oso había sido su único amigo le pesaba en el alma, porque él había estado muy cerca desde niños y no había sabido ver lo sola que estaba.

—Te tomo la palabra.

Se levantaron del sofá y él la acompañó hasta el coche. Antes de que se sentara se despidieron con un beso, que ella devolvió de forma más fugaz que por la mañana.

—Hasta la próxima. Conduce con cuidado.

—Lo haré. Gracias por todo.

—Ha sido un placer, que espero se repita.

Scott la vio alejarse calle abajo preguntándose si alguna vez llegaría a conocerla bien. En su cabeza resonaba el sonido agradable de su risa cristalina, que estaba seguro jamás había escuchado antes. Por un momento creyó que aceptaría su invitación, el brillo de sus ojos grises le había hecho pensar que deseaba quedarse tanto como él que lo hiciera. Quizás la había asustado al tocarla, pero no pudo evitarlo. Algo le hizo alargar la mano hacia ella y rozar su cara, y solo el temor a que se enfadase con él había logrado que la apartara. Intuía que no era tan fría como aseguraba, que quizás tuviera razón y se tratase solo de falta de práctica. Si era eso, estaba dispuesto a convertirlo en algo habitual, como los besos que intercambiaban sin incomodidad cuando se saludaban o se despedían.

## Capítulo 16

Scott se convirtió en asiduo visitante del apartamento de Olivia y Patty. Daba igual cuál de las chicas estuviera en él, cada tres o cuatro días se presentaba en la puerta cargado con pizzas, ensaladas, helado o cualquier cosa que se le ocurriese para compartir unas horas que en su casa se le hacían largas y tediosas. Acostumbrado como estaba a disfrutar con Stefany su vida y su ocio, le resultaba muy dura la soledad y había encontrado en las dos amigas la amistad y la compañía que necesitaba.

Todavía mantenía con Olivia una cautela prudente, temeroso de que los malentendidos del pasado regresaran estropeando lo que se estaba convirtiendo en una buena relación de camaradería. Cada día lamentaba no haber visto con anterioridad más que la faceta hosca que ella mostraba al mundo, y descubría a una mujer seria y controlada, pero también amable y generosa. En las ocasiones en que Patty no estaba en casa, le hacía preguntas sobre sí misma que ella respondía a medias, estaba seguro de que no se sinceraba del todo. Aunque tenía la esperanza de que algún día se abriera y rompiera las barreras que contenían sus emociones para permitirle llegar al fondo de lo que a veces ensombrecía su mirada. Se había propuesto redimirse a sus ojos y ofrecerle la amistad incondicional que nunca le diera.

Cuando era Patty quien estaba en el apartamento, Olivia salía a menudo en la conversación y la chica le animaba a intimar con su amiga, incluso a que la invitase a salir, pero no se atrevía. Los tres se habían instalado en una cómoda rutina de amistad y no quería romperla.

Olivia también estaba contenta con la relación que mantenían con Scott. No se hacía ilusiones sobre el hecho de que él se presentara en su casa cuando no estaba Patty, sabía que no iba de forma expresa buscándola a ella, sino solo compañía, pero eso le permitía mantener un poco el control de la situación. Su amiga le repetía a menudo que no se reprimiese, que le insinuara al menos la verdad sobre sus sentimientos, que quizás se llevara una sorpresa, pero la sola idea de que él se alejase e interrumpiera sus frecuentes visitas la aterraba. No se arriesgaría, aparte de que se encontraba incapaz de expresar con naturalidad cualquier tipo de sentimientos. Le había llevado mucho tiempo hacerlo con sus padres, besarlos, abrazarlos le supuso durante un tiempo una prueba de superación que ellos habían alentado con paciencia. Besar a Scott en la mejilla cuando se encontraban o se despedían se había convertido en una rutina, pero se sentía incapaz de ir más allá, de hacerlo de forma espontánea sin que mediara un saludo. O de alargar la mano y

acariciarlo, como hizo él en su casa.

Aquella tarde llegó al apartamento con la agradable sensación de libertad que le proporcionaba tener tres días libres, dos de ellos en fin de semana. Para que la euforia fuera completa solo faltaba que Scott fuese a cenar con ellas. Si no estaba le pediría a Patty que lo llamara y lo invitase.

—Hola... —saludó al entrar.

Una ojeada al salón le hizo ver que su amiga estaba sola en el sofá.

—Hola, Olivia. ¿Libre por fin?

—Sí. ¡Qué ganas tenía hoy de llegar a casa!

Contra su costumbre, pues siempre iba directa a su habitación a cambiarse de ropa, se dejó caer junto a su amiga.

—Yo también. Es la primera vez en los seis meses que llevamos viviendo juntas que coincidimos en un fin de semana de descanso.

—Es cierto.

—Podríamos hacer algo.

—¿Te refieres a un maratón de series? —preguntó conociendo la debilidad de la chica por la televisión.

—No, a algo más especial. Una escapada, un viajecito...

—No estaría mal; pero que no implique coger un vuelo. No tengo ganas de ver aviones y aeropuertos en varios días.

—Miraré a ver qué encuentro.

Patty fue a su habitación y regresó con el ordenador portátil, que colocó sobre sus rodillas.

—¿Campo, ciudad, mar?

—Me da lo mismo. Quiero descansar, y hacer algo diferente.

—Podríamos invitar a Scott a acompañarnos.

—¿Tú crees que vendría? —preguntó esperanzada.

—No perdemos nada por probar. Llámalo.

—No, hazlo tú. No quiero que piense que tengo un interés especial.

—Es que lo tienes.

—Prefiero que no lo sepa. ¡Vamos, pregúntale!

Había apremio en su voz y Patty cogió el teléfono y se apresuró a pulsar la tecla de llamada.

—Hola, Patty.

—Scott... ¿Te pilla en mal momento? —Era consciente de que había tardado en responder.

—Estoy trabajando, pero puedo dedicarte un minuto.

—En realidad quería hacerte una proposición indecente.

Le había salido sin pensar, y solo cuando fue consciente del titubeo al otro lado de la línea se percató de las connotaciones de la frase.

—¿Cómo de indecente?



—No tanto como te gustaría, seguro —bromeó—. ¿O acaso sueñas con montártelo con una rubia y una morena?

—Nooo. Estaría aterrado.

—Se trata de algo mucho más sencillo. Olivia y yo coincidimos, por fin, en un fin de semana libre. En realidad, también el lunes, y hemos pensado irnos a algún sitio fuera de Richmond. Por supuesto, nos hemos acordado de ti, y quería preguntarte si te apetece acompañarnos. Sin ningún tipo de implicación indecente, por supuesto.

Se hizo un breve silencio, pero al fin la voz jovial del hombre se dejó oír.

—Estoy bastante ocupado estos días, pero ¿de qué sirve ser tu propio jefe si no puedes tomarte unos días libres de vez en cuando? ¿Dónde vamos?

Miró a su expectante amiga y afirmó con la cabeza. Olivia esbozó una luminosa sonrisa.

—Aún no lo hemos decidido. ¿Alguna sugerencia?

—Depende de lo que queráis. Marcha, turismo urbano, tranquilidad...

—Creo que tranquilidad.

—En ese caso no hace mucho que nos encargaron la reforma de una cabaña en un sitio precioso. A hora y media en coche de Richmond. Tiene un pequeño lago en el que se puede nadar. Eso sí, está bastante aislada.

—¿Se alquila?

—Sí.

—Pásanos el link y le echamos un vistazo.

—De acuerdo.

—Nos alegra mucho que vengas. A las dos.

—También a mí que hayáis contado conmigo. Gracias.

—Lo vamos a pasar genial, ya verás.

—Perdona, me necesitan. Ya concretamos.

—De acuerdo.

Cortó la llamada para enfrentar la mirada llena de ilusión de su amiga.

—Ni se lo ha pensado, y eso que parece tener mucho trabajo. Nos ha propuesto una cabaña que ha reformado su empresa en un paraje paradisíaco y alejada de la civilización. ¿Te atrae?

—¿Tres días con él? Me atraería el mismísimo infierno.

—Puedo inventar un malestar de última hora y dejaros solos.

La mirada de Olivia se llenó de inquietud.

—¡Ni se te ocurra! Necesito el respaldo que me dará tu presencia para sentirme cómoda. Además, ¿qué haríamos los dos solos en medio de la nada?

—Se me ocurren un montón de cosas.

—Te estás pareciendo a mi abuela, que nos quiere emparejar a toda costa. No me amargues el fin de semana con insinuaciones, por favor.

—De acuerdo. Pero a cambio tienes que dejarme aconsejarte qué ropa llevar. Porque lo que

usas de forma habitual no te servirá.

—Tengo el pantalón vaquero de estar por casa.

—Si aceptamos la propuesta de Scott necesitarás algunas cosas que no tienes en tu guardarropa. Yo te las prestaría, pero cabrían dos Olivias en ellas.

—Si hay que ir de compras, se va.

—Pues deja que haga una lista. Mañana nos levantamos temprano y te conseguimos prendas adecuadas para un fin de semana en el campo.

\*\*\*

El día amaneció luminoso para tratarse del mes de marzo. La primavera tardaba en llegar a aquella zona, pero el fin de semana se presentaba prometedor. Scott recogió a las chicas en su coche a media mañana del sábado. El vehículo, con tracción a las cuatro ruedas, era más idóneo que el de Olivia para el terreno al que se dirigían, además de poseer un maletero más amplio.

Tras cargar en este las maletas y también provisiones para el fin de semana, Patty se instaló en el asiento trasero, obligando a Olivia a sentarse junto al conductor. No le importó y lo hizo con naturalidad.

—He mirado las predicciones meteorológicas y parece que nos hará buen tiempo, aunque nunca se sabe —comentó poniendo el vehículo en marcha—. Espero que vengáis preparadas para algún chubasco ocasional.

—Hemos pensado en todo, ¿verdad, Olivia?

—Eso creo —corroboró la chica—. Calzado de montaña, pantalones cómodos, sudaderas gruesas, un chubasquero...

—Muy bien. Aunque de día el tiempo sea bueno, hará frío por las noches. Pero como la cabaña tiene chimenea, será muy agradable. He encargado una partida de leña.

—¿Tú sabes encender una chimenea? —preguntó Patty—. Porque yo soy una chica de ciudad y creo que Olivia también. Acabaríamos incendiando la cabaña, seguro.

—No es fácil que el fuego de una chimenea se propague, pero sí que la estancia se llene de humo. No te preocupes, sé hacerlo —afirmó.

—Él y su vecina Stefany iban los veranos a campamentos de los Boys Scout y hacían cursos de supervivencia en medio del campo —afirmó Olivia recordando la infancia.

—¿Tú nunca fuiste con ellos?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo con poca convicción—. Mis padres nunca me inscribieron en ninguno; tal vez pensaban que no me gustaría ir o quizás temían que me hiciera daño. Siempre fui una niña tranquila y poco dada a juegos violentos.

—¿Te hubiera gustado?

—Sí que hubiera querido ir alguna vez.

—¿Por qué no lo dijiste? —intervino, asombrado por la declaración de la chica—. Estoy seguro de que tus padres no te lo hubieran negado.

—Porque a ti y a Stefany no os habría gustado cargar conmigo durante quince días. ¿O me equivoco?

—Quizás no al principio, pero nos hubiera dado la oportunidad de conocerte mejor.

—Ya no tiene remedio.

Él esbozó una sonrisa traviesa y la miró apartando por un momento los ojos de la carretera, que comenzaba a serpentear por cerradas curvas.

—Por supuesto que lo tiene. Este fin de semana comenzaré tus clases de «supervivencia en el bosque».

—Soy muy mayor para eso.

—Nunca se es demasiado mayor para divertirse, y te aseguro que lo que voy a enseñarte, lo es.

—De modo que además de cocinar, arreglar todo tipo de averías y desperfectos de una casa, también entiendes de supervivencia en el bosque. —alabó Patty—. ¿Hay algo que no sepas hacer? Eres un buen partido, no hay duda, y un día alguna mujer será muy afortunada de tenerte en su vida.

Por el rabillo del ojo observó que Olivia se encogía levemente y desviaba la mirada por la ventanilla hacia el paisaje que se volvía agreste por momentos.

—Esa mujer está tardando en llegar —dijo resignado—. Al parecer las chicas solo veis en mí ese osito de peluche que dices, y no al hombre que puede hacerlas felices. Al menos, no más allá de un polvo ocasional.

—Estoy segura de que también eso lo harás bien, como todo lo demás.

El sonrojo que las palabras de su amiga estaban ocasionando en Olivia pasó desapercibido a sus ojos.

—Ninguna se me ha quejado, pero pocas han querido repetir. Estoy destinado a ser el eterno amigo.

—¿Tú has querido repetir con alguna?

—No con demasiado interés, si he de ser sincero. Al menos he dejado de ser el eterno enemigo. —Volvió a mirar a Olivia que continuaba contemplando el paisaje en silencio, como si no estuviera escuchando la conversación— Porque ya no me consideras tu enemigo, ¿verdad?

Al fin, ella giró la cabeza y le sonrió.

—No suelo pasar fines de semana en lugares apartados con mis enemigos, no soy tan temeraria. Eso pertenece al pasado.

—Y el futuro está por descubrir —añadió Patty resuelta.

—Dejemos el pasado y el futuro en paz, y vivamos el presente. Hace mucho que no disfruto de un fin de semana en buena compañía.

La carretera se hizo más estrecha y empinada, lo que obligó a Scott a dedicar toda su atención a la tarea de conducir. Se hizo el silencio durante el resto del trayecto y la atención de las chicas se

centró en la música suave que salía del reproductor.

Al fin llegaron a la cabaña. Una construcción de madera clara, situada en un entorno paradisíaco en un pequeño claro, rodeado de gruesos árboles que la protegían del viento. Contraventanas de madera pintada de verde le daban una nota de color y a la vez la hacían fundir con el paisaje. Un porche cubierto cubría un banco, también de madera adosado a la pared, en el que sentarse a contemplar la belleza del paisaje.

—Ese camino conduce al lago —aclaró señalando un sendero apenas marcado entre los árboles—. Está a unos cien metros, aunque no se divisa desde aquí, los árboles lo tapan. Cuando nos instalemos os llevaré por si os queréis dar un baño.

—¡No, gracias! —rehusaron ambas casi al unísono. La temperatura reinante, a pesar de que lucía el sol, no invitaba a meterse en aguas que deberían estar gélidas.

—Soy más de ducha caliente que de baños fríos.

—Nadar en agua fría tonifica el cuerpo y activa la circulación.

—Yo prefiero activarla con un buen masaje —rehusó Patty, Y ante su expresión risueña, añadió—: Deja que adivine... ¿también sabes dar majases?

—No soy un experto, pero, si hay que hacerlo...

—Lo dicho, Olivia. ¿En qué estamos pensando que no nos lanzamos las dos a conquistar a este maravilloso elemento del sexo masculino? A lo mejor alguna tiene suerte...

—Yo estoy segura de que si le pedimos un masaje nos lo dará sin necesidad de seducirlo.

—Podéis apostar a que sí —dijo abriendo la puerta y cediéndoles el paso.

El interior no era menos acogedor que la parte de fuera. Sencillo pero cómodo, se notaba el cuidado y el mimo con que había sido decorado. Vieron un amplio salón con una chimenea situada en el centro de una de las paredes. Frente a esta se situaba un sofá con forma de u que permitía a varias personas sentarse con comodidad.

—¡Cuantos polvos se habrán echado en ese sofá con el fuego de testigo! —exclamó Patty.

—No creo que muchos, porque la cabaña lleva poco tiempo en alquiler.

—Yo prefiero una alfombra en el suelo —comentó Olivia—. Es más romántico.

Se volvió hacia ella con las cejas alzadas.

—¿Eres una romántica?

—Para el amor, sí. No soy de mirar la luna ni de esperar que alguien me la baje. Pero hacer el amor frente al fuego es una de las cosas que siempre he soñado.

—Espero que algún día puedas cumplirlo; no es tan difícil encontrar una chimenea y eres una mujer muy atractiva, seguro que más de un hombre estaría dispuesto a realizar tu fantasía.

—Quizás algún día encuentre a ese hombre.

Abrió una puerta situada al fondo y mostró un dormitorio con tres camas.

—Este es vuestro cuarto, podéis instalaros en él.

—¿Y tú?

—El sofá también se convierte en una cama doble. Estaré muy cómodo.

Soltaron las maletas y se sentaron en el porche a almorzar. Cada uno llevaba una serie de víveres que compartirían a lo largo del fin de semana, pues la cabaña estaba tan aislada que no les sería posible abastecerse mientras permanecieran allí. Almorzaron rodeados de naturaleza, felices y dispuestos a disfrutar de la excursión, y después las chicas se dejaron guiar hasta el lago. El sendero era apenas un espacio donde la hierba estaba aplastada por los pasos de quienes lo habían recorrido con anterioridad, estrecho e irregular.

—No habrá bichos, ¿verdad? —preguntó Patty mirando con cautela a su alrededor.

—Depende de lo que entiendas por bichos... —rio Scott.

—Pues todo lo que no camine sobre dos piernas, ya corra, vuele o se arrastre.

—Nunca vimos animales grandes ni peligrosos durante el tiempo que estuvimos remodelando la cabaña, pero estamos en el campo... bichos hay.

—Espero que nos defiendan si nos atacan.

—Seré vuestro caballero andante si es necesario. Tengo espadas antimosquitos, cañones para las ardillas y misiles contra culebras.

—¡No me digas que hay todo eso por aquí! —dijo con auténtico terror.

—Si no te gusta el campo, deberías haber propuesto otro destino para estas minivacaciones.

—Quería hacer algo diferente, aunque debo reconocer que esperaba algo menos agreste. Algo así como un parque con un poco de césped —respondió apartando una rama—. Soy una chica de ciudad.

—¿También tú preferirías estar en otro sitio? —preguntó mirando a Olivia.

—No; me encanta esto. Y no me asustan los animales.

El sendero terminó en un claro en el cual vislumbraron un lago no muy grande de aguas de un verde intenso.

—El paisaje es precioso, hay que reconocerlo —admitió Patty recorriendo con la mirada todo el entorno—. ¿Y dices que se puede uno bañar?

—Sí. Yo lo hice varias veces —dijo desplegando una manta que llevaba enrollada en la mochila—. El sofá está servido, señoras.

Patty se sentó en el centro después de mirar con atención que ningún insecto estuviera rondando por los alrededores. Olivia, en cambio, lo hizo con naturalidad a su lado.

—Ya tenemos el sofá, ahora falta la película —bromeó Patty.

—Me temo que no hay cobertura ni internet.

—En ese caso te toca a ti distraernos. Haz un striptease o algo.

—Lo siento, soy un chico tímido y solo me desnudo cuando estoy en situación. Pero miraré encantado si lo hacéis vosotras.

—Me temo que soy friolera.

—Y yo demasiado delgada. No tengo mucho que mostrar —admitió Olivia.

—No puedes opinar al respecto, no eres un tío —rebató sentándose a su vez entre ellas.

—Es cierto, hay hombres a los que les gustan las mujeres delgadas. ¿Cómo te gustan a ti?

Olivia miró a su amiga que mostraba el aire más inocente del mundo después de lanzar la pregunta.

—Inteligentes. Y apasionadas en la cama. El resto, me da lo mismo.

—Ya. Todas tenemos dos pechos y una vagina, ¿no?

—Yo no he dicho eso, sino que le doy menos importancia al físico que a la inteligencia. Y ya puestos, ¿cómo os gustan los hombres a vosotras?

—Muy hombres.

—Me lo has aclarado.

—Quiero decir, más bien rudos. Nada de esos que se depilan el pecho y las piernas y van todo el día atildados e impecables. Me gusta acariciar vello cuando los toco y desabrochar una buena camisa de leñador.

—¿Y a ti, Olivia? —preguntó desviando la mirada hacia la chica.

«A mí me gustas tú».

—Tiernos y cariñosos. Que pueda confiar en ellos.

—Y delgados.

—Como te sucede a ti, el físico no es importante.

—¿En serio? Te has pasado años recriminándome que estaba gordo.

—Y tú mi delgadez. Pero por fortuna nosotros no nos gustamos, y con los amigos no importa el aspecto.

—Así es. Pero yo creo que si un día me enamorase me daría lo mismo el cuerpo, la estatura o el color del pelo. Una mujer me tiene que enamorar el alma.

—Tarea ardua y difícil.

—Así es. Ninguna lo ha conseguido todavía. Pero no importa porque no podría estar mejor acompañado que en este momento.

—¡Halagador!

—Y puesto que me reclamáis entretenimiento, voy a hacer gala de mis conocimientos de supervivencia en la naturaleza.

Introdujo la mano en la mochila y extrajo una baraja de naipes.

—La televisión de los lugares sin tecnología.

—Yo no sé jugar a nada.

—Pero yo soy un buen maestro. —Guiñó un ojo y se dispuso a ofrecerles una agradable tarde al aire libre.

\*\*\*

Después de varias horas de juego entretenido a orillas del lago, Scott, Olivia y Patty regresaron a la cabaña. Empezaba a anochecer y la temperatura caía a medida que los rayos de sol se iban debilitando. El recorrido de vuelta lo hicieron a la luz de una linterna que el previsor

excursionista extrajo de la mochila.

Patty se colgó de su brazo durante todo el trayecto, temerosa de lo que la creciente oscuridad pudiera traer. Olivia, en cambio, caminaba resuelta delante de ambos como si toda su vida se hubiera movido por senderos rurales. Cuando llegaron al alojamiento y Scott abrió la puerta y activó el generador que les proveería de energía eléctrica, lanzó una mirada hacia las sombras que dejaban a sus espaldas.

Mientras Scott se dedicaba a encender la chimenea, las chicas prepararon la mesa para cenar. Pronto un alegre fuego caldeó el recinto y se desprendieron de las gruesas sudaderas que llevaban quedándose con unas sencillas camisetas de algodón. La de Olivia era de un intenso color rojo; aconsejada por su amiga la había comprado para la ocasión. Scott colocó una parrilla sobre el fuego para asar unos jugosos filetes que extrajo de una nevera portátil y sirvió unas copas de vino.

Se sentaron alrededor de la rústica mesa de madera a cenar con un saludable apetito, incluida Olivia, que solía ser muy frugal en sus comidas. Pero aquella noche se sentía hambrienta y sobre todo decidida a disfrutar de lo que el fin de semana le deparase, ya fuera en comida, bebida o cualquier otra experiencia.

Tras la cena, dejaron los platos en el fregadero para lavarlos por la mañana. Patty miró a su amiga sin creer que no hubiera protestado, pues era una maniática del orden y jamás se acostaba sin dejar la cocina limpia y recogida.

—¿Eres la Olivia que yo conozco? ¿Has dicho que sí a fregar los platos mañana?

Esta sonrió. No había perdido la sonrisa desde que habían llegado y sus ojos presentaban una luminosidad poco frecuente.

—Sí, eso he dicho. No me apetece en absoluto hacerlo ahora.

Scott le colocó la mano sobre la frente con un exagerado gesto de preocupación.

—No tiene fiebre —aseguró.

—¿Por qué os burláis de mí? ¡No soy tan inflexible!

Ante las miradas socarronas de sus acompañantes, admitió:

—Bueno, un poco... pero no cuando estoy de vacaciones. Lo hago en casa porque me gusta levantarme para ir al trabajo y prepararme el desayuno en una cocina limpia.

—No te preocupes, mañana cuando te levantes la tendrás impoluta —prometió Scott—. Me levantaré antes y la dejaré como una patena.

—Te tomo la palabra. Fregar los platos es una de las cosas que más odio en el mundo.

—No habléis de limpieza, ahora vamos a disfrutar de este fuego tan acogedor —propuso Patty deseando acomodarse en el mullido sofá después de toda una tarde sobre una manta en el duro suelo.

—A mí lo que de verdad me apetece es sentarme fuera, en el banco del porche.

—¿Fuera? ¿Estás loca? —se escandalizó su amiga—. ¿Y si te ataca alguien? Es noche cerrada.

—Estamos en medio del campo, no hay un alma viviente en muchas millas a la redonda. ¿Cuántas posibilidades hay de que el asesino de la motosierra me encuentre precisamente a mí?

Además, de algo hay que morir, y si es haciendo lo que te apetece mucho, mejor.

—Esta es una zona muy tranquila, Patty. Si desea sentarse fuera, puede hacerlo sin peligro.

—¿Y los bichos?

—La luz que sale por la ventana los mantendrá alejados. Eso sí, coge una manta o pasarás frío.

Levantó los cojines del sofá para sacar una manta del compartimento oculto y se la tendió.

—Gracias. —Olivia la cogió y salió de la cabaña.

—¡Grita si necesitas ayuda! Aquí está Scott que es fuerte y valiente.

—Pienso que los cobardes vivimos más. Pero si es contra una ardilla, seré valiente —rio.

Olivia salió y se sentó en el banco de madera. Se cubrió con la manta y deslizó la mirada por la oscuridad reinante, apenas mitigada por la luz que se filtraba a través de la ventana del salón. Se recostó contra la pared y disfrutó de una paz que raramente sentía en su vida diaria, plagada de idas y venidas y del estrés provocado por los continuos vuelos y cambios de turno. Su trabajo le encantaba, viajar siempre había sido su pasión y, cuando tenía vacaciones, casi siempre lo hacía para conocer sitios y darse una paliza de recorridos y visitas. Sin embargo, ese fin de semana estaba descubriendo algo diferente, una forma de salir de la rutina relajante y maravillosa. La presencia de Scott contribuía a aumentar el placer que experimentaba, pero no era solo él. Todo el entorno, la calma, el silencio estaban haciendo de esos días algo especial e inolvidable.

Llevaba allí un buen rato cuando escuchó abrirse la puerta. Supo que era Scott antes de que hablase. Su forma de caminar y el olor de su loción de afeitar eran inconfundibles.

—Patty se ha quedado dormida en el sofá viendo una película en el ordenador y la he mandado a la cama. Pensé que a ti podría haberte pasado lo mismo.

—Estoy despierta —respondió girando la cabeza para mirarlo.

Él pareció titubear sin saber qué hacer.

—En ese caso no te molesto...

—No me molestas. Pero si quieres acostarte también tú y te preocupa que esté aquí sola, me sentaré dentro. No quiero dormir aún.

—Tampoco yo tengo sueño. ¿Puedo acompañarte o prefieres estar sola? No me ofenderé si es esto último.

—Siéntate —pidió con voz suave para no quebrar el silencio de la noche. Levantó un extremo de la manta y lo invitó a meterse debajo. Él no se hizo rogar y se acomodó a su lado. Su cuerpo, aunque no la rozaba siquiera, desprendía un calor muy agradable.

—No pensaba que te gustase el campo, pero te veo relajada y no tensa como Patty.

—Acabo de descubrirlo. Hasta ahora mis viajes siempre han sido a ciudades o lugares poblados más o menos grandes, pero esto es maravilloso. —Extendió la mano mostrando el pequeño espacio iluminado por la ventana y la espesa oscuridad al fondo—. Creo que acabo de enamorarme del silencio.

—A mí me encanta el campo, perderme en medio de la nada y acampar bajo las estrellas. —Alzó la mirada hacia el firmamento, y añadió—: Hoy no hay muchas, pero en otras ocasiones el



panorama es espectacular.

—¿Haces acampada libre?

—Sí; ya te dije que sé sobrevivir en la naturaleza. Lo de hoy —dijo señalando la cabaña—, es civilizado para mí. Y aun así la pobre Patty no está tranquila.

—¿Podría acompañarte alguna vez? Prometo no ser un incordio.

—Claro. Desde que Stefany se marchó nunca he vuelto a hacerlo.

Se hizo un breve silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Me quema en los labios desde esta mañana, pero no quiero incomodarte. Me ha parecido que la mención de Stefany te ha molestado.

—No me ha molestado, puedes preguntar lo que quieras.

— ¿De verdad querías venir a los campamentos con nosotros?

—Sí.

—Jamás me imaginé que te gustara pasar dos semanas haciendo el cafre por los montes, dormir en sacos o ducharte con agua fría. Ni dar largas caminatas bajo el sol o la lluvia. Es lo que hacíamos en los campamentos. Siempre ibas con esos vestidos tan incómodos, llenos de lazos y cintas... tan bien peinada... Nunca te arrugabas la ropa ni te manchabas. Eras tan perfecta...

—Tenía que serlo.

—¿Por qué? Nadie lo es.

—Para que mis padres me quisieran y no me devolvieran al sitio de donde me sacaron al adoptarme. Yo quería jugar como cualquier niño... como vosotros, pero no me atrevía a mancharme, ni a protestar. Desde el primer momento me esforcé en ser la niña perfecta que todos los padres quieren tener. Luego se convirtió en una costumbre.

Olivia tenía la mirada fija en la oscuridad y Scott solo veía su perfil a la tenue luz de la ventana. Supo que le estaba contando algo que no le había confesado a nadie y quiso saber mucho más de ella. De lo que sentía, de lo que dejaba ver y también de lo que ocultaba.

—¿Tan terrible era ese lugar?

—Sí.

Deseó que continuara hablando, que exorcizara los fantasmas, pero la respuesta fue tan escueta, tan rotunda, que supo que no añadiría nada más. Estaba seguro de que en aquellos años antes de que él la conociera radicaba la forma de ser de la mujer en que se había convertido. Sería, controlada, perfecta. Una que jamás dejaba los platos sin fregar, que siempre vestía de forma adecuada, que daba la imagen que todos esperaban ver.

—Debe ser terrible para un crío hacer eso. Los niños corren, se ensucian, rompen cosas, rechazan la comida que no les gusta.

—Yo no. Me comía las judías verdes a pesar de que me daban nauseas. Mi madre jamás ha sabido que no las soportaba, que incluso me sentaban mal y vomitaba. Y jamás he roto nada.

—¿Ni un mísero vaso?

—No. Siempre he puesto un extremo cuidado en todo lo que he hecho.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

—Me he perdido muchas cosas, lo sé.

—Aún estás a tiempo de recuperar algunas. Por lo pronto iremos alguna vez a acampar al aire libre. Si hubiera traído el saco de dormir, esta misma noche podríamos hacerlo detrás de la cabaña.

—Algún día...

La voz sonó soñadora, extraña. Cargada de emoción.

—Te lo prometo.

Se hizo un silencio espeso, cargado de electricidad. Scott deseó con toda su alma compensarla por todas las carencias que había tenido en su niñez. Y también conocer a la niña real que se escondía dentro de los vestidos bonitos y cursis que en realidad no habían sido más que una armadura que comprimía su libertad.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? Aunque si no quieres responderla, lo entenderé. Pero si lo haces me gustaría que me dijeras la verdad desnuda y sin paliativos.

—Me dan más miedo tus palabras que los animales del bosque, pero hazla.

—¿Qué pensaste de mí la primera vez que me viste?

Olivia recordó el vestido rosa lleno de encajes, el salón de Conrad y Diane y la ilusión que su madre, Melissa, había inculcado en ella de que iba a conocer a un niño que sería su amigo. Pero el presunto amigo apareció acompañado, y la miró con burla y enfado. Después comenzó a cuchichear con la niña que lo acompañaba y ella supo que no serían amigos.

—Deja que adivine. Que era gordo, bruto y estaba sucio. Stefany y yo habíamos estado jugando en el jardín y no habíamos podido evitar llenarnos de barro los bajos de los pantalones.

—No. No me fije en eso, sino que...

—¿Sino qué...? Ahora que has empezado no puedes parar y dejarme con la intriga.

—Comprendí que no íbamos a ser amigos como mi madre me había asegurado.

—¿Por qué estabas tan segura? Solo tenías cuatro años.

—Porque me miraste con odio. Supe que no te había gustado, que tú ya tenías una amiga y que yo jamás podría parecerme a ella ni formar parte de vuestros juegos. Porque vi las manchas en vuestros pantalones y yo no podía ensuciarle el vestido. Cuando os fuisteis a jugar de nuevo rechacé la invitación de tu madre para que fuera con vosotros porque no hubo una por vuestra parte, y me quedé en el salón con los mayores.

—No era odio... era miedo. ¿Quieres saber qué vi yo? Una niña rubia, preciosa, perfecta... que robaría el corazón de mi tío Andrew y que él ya no me querría a mí. Me sentí el príncipe destronado y tú eras una auténtica princesa. La princesita, te llamábamos Stefany y yo.

—Yo comencé a llamarte mentalmente el gordo, el bruto y otros calificativos similares. Me cubrí con una coraza de indiferencia para defenderme de vuestro desprecio.

Se hizo el silencio de nuevo. Scott no podía negar que había despreciado a aquella niña que consideraba cursi y repipi.

—Es curioso como una primera impresión equivocada puede llevar a una vida de enemistad. Menos mal que al fin nos hemos dado cuenta de cómo somos en realidad y le hemos puesto remedio.

—Sí.

Él alzó el brazo y le rodeó los hombros con él. Después, se inclinó y la besó en la mejilla.

—Lo siento.

—Yo también.

Permanecieron un rato en silencio. Olivia deseaba fervientemente recostar la cabeza en el hombro masculino, girar la cabeza y besarlo a su vez. Pero no se atrevía. El maldito afán por controlarlo todo le impedía dejarse llevar y hacer lo que deseaba desde hacía mucho tiempo. Temía que él se diera cuenta de sus sentimientos. Temía que se alejara de ella. Temía romper la ya débil coraza con que se protegía del rechazo. El maldito temor siempre había marcado su vida y aquella noche no era una excepción.

—¿Qué te pasa? —preguntó él notando la tensión en su cuerpo, minutos antes relajado.

—Nada. Que no sé qué tenía el vino que hemos tomado que me ha hecho tan locuaz. Jamás había hablado tanto de mí misma.

—De lo que yo me alegro, porque, ¿sabes una cosa? Esta Olivia me gusta muchísimo.

Los ojos grises brillaban en la oscuridad cuando Scott la giró para que lo mirase. En la semipenumbra pudo ver que los labios le temblaban y por un instante sintió deseos de besarlos. Luego recordó quién era y se limitó a apoyar la frente contra la de ella.

—Creo que es mejor que entremos; hace frío y la manta ya no nos calienta lo suficiente —susurró deseando poner fin a aquel deseo extraño que se había apoderado de él.

—Sí —admitió Olivia—. Es hora de dormir.

Como si el cuerpo le pesara una tonelada, se apartó. Entraron en la cabaña y sin pronunciar palabra se desearon buenas noches y se acostaron. Ella en la habitación y él en el sofá. Ya habían hablado suficiente.

Ninguno de los dos pudo conciliar el sueño en seguida, analizando las confidencias que habían intercambiado. Olivia, lamentando haberse dejado llevar y exponer sus sentimientos con tanta franqueza, y Scott, planeando cómo resarcirla por su indiferencia y su desdén en el pasado. Y recobrando la imagen de la amiga que durante unos segundos se había visto reemplazada por la de la mujer.

\*\*\*

El día amaneció menos luminoso que el anterior. Unas nubes cubrían el cielo amenazando lluvia. Cuando Olivia se despertó, los sonidos provenientes de la cocina le hicieron saber que Scott había cumplido su promesa y encontraría fregados los platos de la noche anterior. Además, un apetitoso olor se filtraba a través de la puerta.

Miró hacia la cama que ocupaba Patty, aún inmersa en un profundo sueño, y con la esperanza de volver a pasar un rato a solas con Scott, se levantó.

—Buenos días.

—Hola, Olivia. ¿Has dormido bien?

—Sí. —Era cierto. Aunque le costó conciliar el sueño, este había sido tranquilo y reparador. Se sentía descansada y feliz—. Veo que has cumplido tu promesa de recoger la cocina.

—Siempre cumplo lo que prometo, si depende de mí. ¿Café?

—Sí, por favor.

—Y después un desayuno completo a base de huevos, beicon, tostadas y fruta.

—Me basta con unas tostadas.

—No. He estado pensando en lo que me contaste anoche y he decidido que este fin de semana es el momento de hacer algunas de las cosas que nunca realizaste. La primera, tomar un desayuno completo.

—¿Piensas como mi abuela que estoy escuálida y necesito unos kilos de más?

—No, pienso que estás estupenda; se trata solo de hacer cosas diferentes. Para eso están las vacaciones. Y después de desayunar te tengo preparado algo que espero disfrutes muchísimo, porque es un verdadero gustazo.

Sintió mariposas correr por todo su cuerpo. Estaba segura de que no se trataría de nada sexual, pero la expectación se había apoderado de ella, fuera lo que fuese lo que Scott tenía planeado. Lo secundaría en todo, aunque su corazón se viera cada vez más pillado. Más enamorado.

Disfrutó del plato que le puso delante lleno hasta rebosar de cosas insanas, de esas que ella nunca comía; pero como bien había dicho él, estaba de vacaciones.

Después, él se levantó y, cogiendo un cuenco que había sobre la encimera lleno de frutos secos, lo vació en un plato y se lo tendió.

—Este cuenco es mío, no de la cabaña. Es lo único que he traído de cristal. Cógelo.

Aceptó la pieza y la miró con extrañeza. Se trataba de un bol transparente liso y sencillo, sin ningún adorno. Tras mirarlo con detenimiento, elevó los ojos hacia Scott, que la observaba con aire risueño.

—Ahora rómpelo.

—¿Que lo rompa? ¿Por qué?

—Porque es algo que nunca has hecho, y es hora de que empieces. Arrójalo al suelo con todas tus fuerzas. Siente que no te gusta, que aborreces ese cuenco. Que es mío, del niño que no se convirtió en tu amigo...

—No puedo.

—Por supuesto que puedes... ¡Vamos! Es divertido.

—No lo es. No tengo nada contra él, es solo un recipiente.

—Que se puede romper... ¡Venga, Olivia, me encantará ver cómo lo haces! Es mío... ¡Tíralo!

De pronto se sintió poseída por la necesidad de obedecerlo. Levantó los brazos y arrojó el bol

al suelo con todas sus fuerzas. El recipiente se hizo añicos a sus pies. Respiró hondo mientras observaba los diminutos trozos de cristal esparcidos por el suelo. Y no se sintió culpable como siempre había pensado.

—¿Cómo te sientes?

—Extrañamente bien.

—¿Ves? Las cosas se pueden romper, y no pasa nada. Se reponen. Cuando vuelva a casa compraré otro, más bonito, más nuevo.

Tenía la mirada brillante y sentía la respiración agitada. Scott se quitó la camiseta azul que llevaba puesta y se la tendió también.

—Ahora sigue con esto.

—¿Quieres que rompa tu camiseta?

—Sí. Es horrorosa, me la regaló un cliente y no me gusta. Rásgala. Hazla pedazos.

Olivia tiró y no tuvo fuerzas suficientes para romper la tela. Scott le agarró la mano y la ayudó a tirar. El algodón cedió y la prenda se rasgó por la mitad, bajo la fuerza de las manos unidas. Tiraron una y otra vez hasta que de la camiseta original solo quedaron varios trozos desiguales y amorfos. Después se miraron y tuvo que reconocer que se había divertido. Que rasgar la tela había sido liberador, y más con la ayuda de las manos fuertes de Scott sujetando las suyas.

—Hemos roto tu camiseta.

—No —dijo él con un guiño—, hemos hecho unos estupendos trapos para quitar el polvo. Unos para ti y otros para mí. Cuando los empleemos nos recordará este momento.

—De eso puedes estar seguro.

—Y luego... —Él miró las nubes que probablemente descargarían lluvia en unas horas—, tengo más planes para hacer cosas divertidas. Ahora vamos a recoger esto antes de que alguno pueda cortarse.

Estaban barriendo los trozos cuando Patty entró en la cocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la chica mirando los pedazos de cristal en el recogedor.

—Olivia ha roto un cuenco —explicó Scott con naturalidad.

—¡Oh, vaya!

—No hay problema, era mío.

A la chica no le pasó desapercibido que él vestía solo los pantalones, ni la mirada brillante de su amiga y se preguntó qué había sucedido mientras ella dormía.

—Te compraré otro —Ofreció Olivia.

—No es necesario, tengo varios más.

—Pero quiero hacerlo. De ese modo yo tendré unos trapos tuyos y tú un cuenco mío.

—En ese caso, perfecto. Ahora voy a ponerme algo, no quiero pillar un resfriado.

Salió de la cocina y regresó minutos después con una camisa de leñador de cuadros rojos y negros, mientras las dos mujeres se recreaban en el torso desnudo a hurtadillas.

Dedicaron la mañana a dar un paseo por los alrededores, Scott no quiso alejarse mucho por las

nubes que se acercaban y que estaba seguro les dejaría un chubasco de los que tan frecuentes eran en aquella época del año.

Este llegó después del almuerzo, mientras veían una película en el ordenador de Patty. La chica era una entusiasta del cine y de las series y había llevado el portátil lleno de películas para ver durante las vacaciones.

Las primeras gotas de lluvia golpearon el tejado con un sonido fuerte y sistemático.

—Ya está lloviendo —comentó Olivia—. No te has equivocado.

—Es una de las cosas que nos enseñaban en los cursos de supervivencia, a diferenciar las nubes que descargarían de las que no.

—Me encanta escuchar la lluvia cuando estoy en casa calentita —afirmó Patty.

Scott se levantó para mirar a través de la ventana. A continuación, se dirigió a la chimenea y procedió a encender el fuego. Cuando este crepitaba alegre se acercó hasta el sofá y cogió a Olivia de la mano.

—Ven... —le dijo en un tono de voz que no permitía una negativa.

Ella se levantó, y preguntó:

—¿Dónde?

—Fuera. A mojarnos.

—¿A mojaros? ¿Estáis locos? Está cayendo el diluvio universal.

—Solo es agua, Patty. No duele, ni hace daño... solo moja. Es divertido mojarse.

—Te puede ocasionar un resfriado.

—Por eso he encendido la chimenea. —Se volvió hacia Olivia y la invitó con la mirada—. ¿Vienes? Hoy es el día de hacer cosas nuevas.

—Sí —respondió ella con una luminosa sonrisa—. Claro que voy.

—Conmigo no contéis para esa locura.

Salieron al claro que había más allá del porche. De inmediato se empaparon con la fuerte tromba de agua, el pelo se les pegó a la cara del mismo modo que la ropa al cuerpo. Abrió los brazos y dejó que las gruesas gotas le resbalaran por el rostro mientras observaba a Olivia hacer lo mismo. Al principio con timidez, pero en seguida comenzó a girar sobre sí misma. Cogió sus manos y giró con ella entre grandes risotadas.

—Ahora, al suelo —propuso tirando de su compañera de travesura hacia abajo—. Hay barro, y hoy te puedes manchar. No tienes un vestido de princesa, sino unos vaqueros que se pueden lavar y no quedará ni rastro. Disfruta, el barro es divertido.

Cayeron primero de rodillas y después, Olivia, sintiéndose traviesa por primera vez en su vida, se tendió y comenzó a dar vueltas manchándose la ropa, el pelo y la cara entre grandes carcajadas, mientras observaba a Scott hacer lo mismo. No recordaba haber reído nunca con tantas ganas. Al final, exhausta, se tendió boca arriba permitiendo que la lluvia le limpiase el rostro. Lo vio incorporarse y tenderle la mano para ayudarla a levantarse. La agarró, pero con el impulso resbaló y lo hizo caer de nuevo a su lado. Él hundió la mano en el barro y le puso un pegote sobre

la nariz. Ella hizo lo mismo y acabaron ambos con las caras enfangadas. Entre risas, se pusieron de pie y entraron en el porche. Dejaron en él los zapatos mojados y se enfrentaron a una Patty que los había observado por la ventana. Y a la cámara del móvil con que inmortalizó la escena.

—Estáis como putas cabras... pero esto —señaló la foto—, os lo recordará toda la vida.

—Pocas veces me había divertido tanto —aseguró a su amiga.

—A la ducha —ordenó Scott colocándose delante de la chimenea para no enfriarse.

—No tardo.

Apenas diez minutos después regresó con el pelo húmedo y limpio cayendo sobre la espalda, los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Se sentó frente al fuego mientras Scott se dirigía a su vez hacia el cuarto de baño.

Patty la observó y susurró:

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad?

—Ni te imaginas cuánto.

—¿Qué pasó anoche? Me dormí para dejaros un poco de intimidad.

—Charlamos.

—¿Solo? Esta mañana él estaba con el pecho desnudo...

—Porque se empeñó en que le rompiera la camiseta.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque le dije que nunca había roto nada. Que de niña me había perdido muchas cosas por ser una buena chica. Y se ha propuesto que hoy lleve a cabo algunas de las cosas que no tuve ocasión de hacer en su momento.

—¿Y no hubo nada de intimidad? Ni un beso, ni un instante cargado de tensión sexual...

—No —dijo con pesar—. Hubo un momento en que me entraron ganas de recostar la cabeza en su hombro, pero no me atreví.

—Así nunca se va a enterar de lo que sientes por él, o de si él siente algo por ti.

—No siente nada por mí, nuestra relación ha cambiado y se muestra amable; eso es todo.

—Ya veremos.

Callaron cuando Scott regresó, limpio y vistiendo una de sus habituales camisas de leñador. Patty le hizo hueco entre ambas y propuso ver una película de miedo.

—¿Estás segura? —preguntó él—. Estamos en medio del campo, aislados y fuera sigue lloviendo. Es el escenario más idóneo para las películas donde un asesino mata a todo bicho viviente.

—Me acurrucaré contigo, eso me dará seguridad. Y Olivia también, aunque se haga la valiente, a ella también le asustan ese tipo de películas.

Se recostó con naturalidad contra el costado del hombre y apoyó la cabeza en el hombro. Él, con una sonrisa, levantó el otro brazo invitando a Olivia a hacer lo mismo. Y así pasaron el resto de la tarde. Viendo una película tras otra, delante del fuego y con la lluvia cayendo con fuerza tras la ventana. Los brazos de Scott rodeando los hombros de sus dos acompañantes.

\*\*\*

El día siguiente amaneció también cubierto de nubes, aunque la lluvia había cesado. No obstante, Scott oteó el cielo y predijo que esta continuaría cayendo a lo largo de la jornada, por lo que decidieron adelantar la vuelta en vez de esperar a la tarde para hacerlo. De camino, y para aprovechar el día libre, pararon en un pueblo para almorzar y dar un paseo por una zona habitada y urbana. Algo a lo que Patty mostró su entusiasmo.

Llegaron a Richmond al anochecer, con la sensación de haber pasado un fin de semana inolvidable. Se despidió de ambas mujeres con un beso en la mejilla, y cuando lo hizo de Olivia, le prometió:

—Buscaré un fin de semana para escaparnos de acampada.

—Cuando quieras.

—A mí no me invitéis. Ni loca pienso acampar en medio del campo en una tienda ni dormir en un saco.

—Nosotros, entonces.

—Esperaré con impaciencia. Si es tan divertido como rebozarme en barro, sé que lo disfrutaré.

—Mucho más.

—Gracias por este fin de semana tan especial.

—También lo ha sido para mí. Buenas noches, chicas.

—Adiós.



## Capítulo 17

Scott salió de la ducha dispuesto a relajarse jugando una partida en el ordenador hasta el momento de preparar la cena. Desde el cuarto de baño escuchó el teléfono y lo primero que hizo al salir fue mirar el aparato. Tenía una llamada perdida de Patty que se apresuró a devolver. Quizás no pasara solo la velada. Aceptaría cualquier invitación de las chicas, cada vez lo pasaba mejor en su compañía.

—¡Scott! —Había apremio en la voz de la chica cuando respondió—. Menos mal que te he localizado.

Todas sus alarmas se pusieron alerta.

—¿Qué te ocurre?

—¿Estás en casa?

—Sí, he llegado hace un rato, ¿por qué?

—Espero que no tengas planes porque voy a pedirte un favor. Estoy muy preocupada por Olivia, ha habido un problema en su vuelo y yo tengo un recorrido largo y debo hacer noche en Albany; no puedo ir a casa.

—¿Qué le pasa?

—Al aterrizar nos han comentado que su avión ha sufrido un intento de secuestro.

Todo el cuerpo del hombre se envaró al instante y un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda, mientras Patty continuaba hablando.

—Un loco quería desviar el rumbo hacia Canadá y para ello no se le ha ocurrido más que coger a una de las azafatas, Olivia en concreto, por el cuello y, amenazando con rompérselo, obligar a los pilotos a cambiar la dirección. La tuvo de rehén quince minutos, hasta que un pasajero logró reducirlo.

—¿Ella está bien? —preguntó con el corazón latiéndole desbocado por la preocupación.

—La he llamado y me ha dicho que sí, que aparte de un par de moretones en el cuello, no tiene nada. Pero estaba muy nerviosa, ha sufrido un shock tremendo. Ya se encuentra en casa, y no quiere llamar a sus padres para no preocuparlos.

—Están de viaje con los míos; es lógico que no quiera alarmarlos. Pero no te preocupes, voy para allá.

—Gracias. Siento si te he estropeado algún plan, pero estoy preocupada.

—No tenía planes, pero, aunque así hubiera sido, Olivia es lo más importante.

—Tengo que dejarte, embarcamos en breve.

—Tranquila, que yo me ocupo.

Tras cortar la conversación se dirigió al dormitorio y se cambió de ropa lo más rápido que pudo. A pesar de que Patty le hubiera dicho que Olivia se encontraba bien no quería perder un minuto. No estaría tranquilo hasta que la viera con sus propios ojos.

Condujo lo más rápido que se lo permitió el tráfico saltándose incluso los límites de velocidad. Llegó al apartamento en un tiempo récord y antes de subir hizo un esfuerzo para serenarse. No serviría de mucha ayuda si estaba tan nervioso como ella. Respiró hondo y pulsó el botón de llamada.

Pasó una eternidad sin recibir respuesta, y ya empezaba a desesperarse. Llamó de nuevo con más insistencia, pulsando repetidas veces el timbre y pensando en recurrir a algún vecino cuando, al fin, escuchó la voz apagada de Olivia a través del altavoz.

—¿Quién es?

—Scott. Abre, por favor.

El temor de que lo echase con cajas destempladas no se materializó y la puerta se abrió de inmediato. Subió y encontró la del apartamento entornada, que abrió con un leve empujón. Una Olivia pálida, más aún de lo habitual, y con los ojos enrojecidos le recibió al otro lado. Entró en dos zancadas, cerró la puerta y sin pronunciar una sola palabra la rodeó con los brazos. Sintió el cuerpo temblar contra el suyo, la angustia y la tensión saliendo a borbotones por todos los poros del delgado cuerpo.

La besó en el pelo una y otra vez, dejando los labios cálidos posados sobre la cabeza. Olivia se abrazó a él con naturalidad y enterró la cara en el pecho cubierto por una sudadera, lo primero que había encontrado.

—Tranquila... tranquila, cariño; ya pasó todo, estás a salvo. Estás conmigo y yo no voy a hacerte daño.

Las palabras suaves susurradas sobre el pelo la hicieron derrumbarse y llorar de nuevo. Los sollozos la convulsionaron y él deslizó las manos por la espalda que temblaba bajo ellas, transmitiendo calor y consuelo.

Estuvieron así mucho rato, hasta que comprendió que las palabras y el abrazo habían hecho su labor y el cuerpo de Olivia se recostaba relajado contra el suyo. Solo entonces se separó y ahondó en los ojos grises que lo miraban, húmedos aún. Parecían transparentes y reflejaban una vulnerabilidad que nunca había visto antes. Se daba cuenta de que los ojos de Olivia eran la única parte de su cuerpo que lograba transmitir las emociones sin disimulo. No importaban las palabras ni los gestos, aquellos espectaculares ojos grises lo decían todo, y él nunca había sabido verlo. Nunca los había mirado, a pesar de tenerlos siempre delante.

Olivia habló al fin.

—¿Te lo ha dicho Patty?

—Sí. Pero deberías haberlo hecho tú. Si me necesitabas, ¿por qué no me has llamado? — preguntó en un tono suave. No había reproche en las palabras, solo una invitación.

Ella se encogió de hombros y desvió la mirada.

—No quería molestarle. Puedo con ello.

Alzó la mano y le acarició la cara con la palma.

—Lo sé, pero no tienes por qué hacerlo sola. Ahora me tienes a mí. Para abrazarte, para escucharte, para prepararte una tila o una copa. Lo que necesites.

Mientras hablaba, deslizaba los dedos por las mejillas húmedas; Olivia se estremeció bajo su mano y él intensificó la caricia. Intuía que ella necesitaba que siguiera tocándola porque no había hecho intención de separarse. Sostuvo la cara entre las palmas mientras deslizaba los pulgares por la barbilla.

—Estoy bien —afirmó Olivia en un tono tan bajo que apenas resultó audible.

—No lo estás. Y es normal; has sufrido un trauma esta tarde y es lógico que te sientas mal. No lo reprimas, suéltalo. Deja salir las emociones, expulsa todo lo que te corroe por dentro.

—No puedo. No puedo expresar mis emociones... nunca.

—Ahora vas a hacerlo.

Apartó una de las manos de la cara y le rodeó la cintura con ella para llevarla hasta el sofá. Bajo la luz de la lámpara pudo ver las marcas en el cuello y, a pesar de ser un hombre pacífico, sintió un deseo irracional de golpear al mal nacido que se las había causado. También quiso besarlas para calmar el dolor que pudiera sentir. Una a una y despacio. Sin embargo, sabía que eso le causaría un nerviosismo que no necesitaba en aquel momento, y se contuvo.

—Habla —la instó con voz suave pero firme.

—No puedo...

—Cuéntame que pasó. No hace falta que me digas lo que sentías, solo relátame los hechos. Como si fuera un policía que te interroga...

Olivia comprendió que no la dejaría en paz hasta que lo contara todo, que no le permitiría enterrarlo en su interior como solía hacer, y empezó a hablar, tratando de recordar cada detalle.

—Cuando despegamos, mi compañera me dijo que notaba un ambiente extraño en el avión. Ella lleva más años que yo en las aerolíneas y ha vivido situaciones difíciles, por lo que ha desarrollado un sexto sentido para detectar pasajeros más nerviosos de la cuenta. Casi siempre se suele deber a que sienten miedo a volar o padecen claustrofobia, es frecuente y estamos habituados a lidiar con ello. —Hizo una pausa y Scott apresó su mano, instándola a seguir—. El tipo tenía la intención de desviar el rumbo del avión hacia Toronto. Ya le habíamos tenido que llamar la atención porque estaba utilizando el teléfono móvil para hacer una llamada. Le advertimos que solo se podía usar en modo avión, y le pedimos que acatará las normas. Obedeció, pero se levantó del asiento para dirigirse al baño, y yo, temiendo que volviera a infringir la normativa, lo seguí.

Se quedó callada de repente, la mirada perdida, reviviendo la terrible escena que se había

quedado grabada a fuego en su mente. Scott le apretó la mano con suavidad.

—¿Qué pasó entonces?

—Se volvió hacia mí, y no sé cómo lo hizo porque todo fue muy rápido, pero de repente me retorció el brazo inmovilizándolo contra la espalda y rodeó mi cuello impidiéndome respirar con normalidad. Dijo que era cinturón negro de hapkido y que me rompería el cuello si no desviaban el avión hacia Toronto. Que su madre estaba moribunda y no encontraba plaza en ninguno de los vuelos que partían hacia allí. Creo que fue eso lo que dijo, la verdad es que lo tengo todo muy confuso, lo único que recuerdo con nitidez es la presión de su brazo sobre mi tráquea impidiéndome respirar. La voz en mi oído sonaba tan desesperada que en ningún momento dudé que cumpliera su amenaza.

Contaba su experiencia con voz entrecortada, sin asomo de la habitual serenidad que la caracterizaba, reviviendo de nuevo aquel terrible momento.

—Duró una eternidad —prosiguió—, aunque los compañeros me aseguran que fueron solo quince minutos. Los quince minutos más largos de mi existencia. Llegué a estar convencida de que no saldría viva del avión.

La mano de Scott, cálida y reconfortante, seguía apretando la suya y los ojos la miraban animándola a seguir con las confidencias. Y ella descubrió que podía contárselo todo, explicarle todo el horror que había vivido aquella tarde, desnudar su alma.

—Caí en estado de shock, era incapaz de hablar o de moverme y me mantuve rígida esperando la muerte hasta que de pronto sentí que la garra que apretaba mi cuello se aflojaba y el aire empezaba a entrar sin dificultad en mis pulmones. Un pasajero también versado en defensa personal se le acercó por detrás y lo redujo aprovechando una distracción que le hizo aflojar la presión sobre mi garganta. Y eso es todo.

—¿Todo?

Los ojos castaños indagaron en su cara, instándola a seguir. Ella prosiguió con un suspiro.

—Me llevaron al servicio médico del aeropuerto y allí me dieron un tranquilizante que me relajó un poco. Me ofrecieron también llevarme al hospital, pero puesto que no tenía ninguna lesión más allá de un par de moretones en el cuello, preferí venirme a casa. Patty me llamó en cuanto se enteró, al parecer la noticia ha corrido por la aerolínea como un reguero de pólvora. Espero que mis padres no lo vean en ningún noticiario y se alarmen.

—Esperemos que no, que se enteren cuando vuelvan y puedan ver que estás bien.

De nuevo los dedos de Scott se deslizaron por su cuello, recorriendo con suavidad las magulladuras, y Olivia no pudo evitar tensarse ante la caricia. Scott nunca la había tocado de esa forma y todo su cuerpo respondía. Pensó que solo por ese contacto había merecido la pena lo sucedido.

—¿Te duele? Quizás debería llevarte al hospital.

—No, no me duele. Solo está un poco sensible.

—Ojalá ese mal nacido pague por lo que te ha hecho. Lo castigaría yo con mis propias manos.

—Déjalo a la policía, aunque creo que se trata de alguien con un problema mental. La gente normal no va secuestrando aviones porque no encuentra plaza en otros, por muy urgente que sea la situación. Los moretones curarán y tu presencia me está resultando muy tranquilizadora. No sé cómo darte las gracias.

—Dándome de comer... aún no he cenado y me muero de hambre.

—El contenido del frigorífico es todo tuyo. Dime que quieres y te lo prepararé.

—De eso ni hablar. Tú relájate que yo me encargo de la cena. ¿Qué te apetece?

—No tengo hambre.

—Pero tienes que tomar algo. A ver qué encuentro...

Se levantó del sofá y se dirigió hacia la zona del salón donde se encontraba instalada la cocina. Y ella se permitió contemplarlo a sus anchas, mientras se movía con soltura partiendo verduras. Los amplios hombros, esa espalda que se moría por acariciar, los brazos fuertes que la habían rodeado un rato antes transmitiéndole la seguridad y la calma que necesitaba. Se preguntó cómo sería pasar una noche en esos brazos, sentir el roce de sus dedos curtidos por el trabajo en otras partes de su cuerpo además del cuello. No tenía dudas de que él conseguiría hacerle sentir cosas que jamás había experimentado en sus encuentros sexuales, que lograría que se entregara como nunca lo había hecho con ningún hombre. No quería pensar en eso, porque no era más que un sueño que nunca se cumpliría, pero la coraza con que se cubría para protegerse de él se estaba resquebrajando y haciéndola soñar con cosas imposibles. No podía evitarlo y tampoco deseaba hacerlo.

Poco después Scott puso sobre la mesa dos platos con un sabroso revuelto de verduras y se sentaron a comerlo uno frente al otro.

—Me ha sorprendido mucho tu faceta de cocinero —comentó iniciando una conversación intrascendente para borrar la tensión de un rato antes—. Siempre pensé que cuando tus padres se fueron te alimentabas a base de comida precocinada o de lo que cocinaba Stefany,

—¿Stefany? Era yo quien solía preparar las comidas de los dos. Ella es una cocinera aceptable, pero no le gusta hacerlo.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Ha sido siempre mi mejor amiga, juntos pasamos por las diferentes etapas del crecimiento, de niños a adultos, y eso genera recuerdos únicos que jamás compartiré con otra persona. Pero Patty y tú habéis conseguido llenar el hueco que dejó con su marcha. Aunque hace bastante que no hablamos y aún no he tenido la oportunidad de decirle que ahora nos llevamos bien. ¡Pensaré que le tomo el pelo!

—¿Tan increíble resulta que podamos hacerlo?

Él hizo una mueca.

—Si antes de independizarte te lo hubieran dicho, ¿lo habrías creído posible?

—No —admitió—. Tienes razón, le resultará muy extraño.

—Tampoco ella te cae bien, ¿verdad? Desde que éramos niños.

Se encogió de hombros con ligereza.

—Nunca se esforzó en hacerlo. Tampoco yo, es cierto. Quizás si la conociera mejor... aunque eso resultará un poco difícil ahora que se ha ido.

—Vendrá en unos meses para revisar la marcha de la empresa, al menos eso me dijo. Aunque Manuel la tiene bastante ocupada y además está organizando su boda.

No dijo nada. No le apetecía demasiado tener a la antigua vecina de Scott rondando de nuevo por allí, aunque las cosas hubieran cambiado entre ellos. Tampoco tenía interés en conocerla mejor. Stefany estaba bien en España, muy lejos. Por mucho que lo intentase, dudaba que la chica que había provocado sus celos durante años llegara a caerle bien.

Terminaron de cenar y después él la mandó a la cama, a pesar de que ella deseaba prolongar la velada.

—Vete a dormir, necesitas descansar. Yo velaré tu sueño.

—¿Vas a quedarte?

—Por supuesto. Y no vas a conseguir que me marche por mucho que me digas que estás bien; dormiré en el sofá. ¿Trabajas mañana?

Ella negó, contenta de saber que lo vería al amanecer.

—No, me han dado el día libre por lo de esta tarde.

—En ese caso, buenas noches. Si necesitas algo solo tienes que llamarme.

—Gracias.

Tras proporcionarle una manta, se metió en la cama, dejando abierta la puerta de la habitación. Le gustaba sentir que él estaba a pocos metros, escucharle moverse inquieto en la improvisada cama, sentir su presencia casi como si estuviera en la misma estancia.

Trató de dormir, pero el sueño se mostraba esquivo. Las emociones vividas durante el vuelo la seguían afectando, pero también el hombre que se acomodaba en su sofá. Aunque no era la primera vez que dormían bajo el mismo techo, sentía que aquella noche era diferente, que otra barrera se había derrumbado entre ellos y los había acercado aún más que la excursión a la cabaña del lago.

Scott se tumbó en el sofá tratando de acomodar su cuerpo en él y se cubrió con la manta. Se removió inquieto sin poder sacar de su mente la sensación que le había producido el cuerpo tembloroso de Olivia contra el suyo. La vulnerabilidad de la mujer que siempre había creído dura y fría como el hielo. En aquel momento, mientras ella sollozaba convulsa, se sentía impotente y muy alterado. Creía en la policía, creía en la ley y en que debía ser esta quien castigara los delitos. Pero que no se le pusiera delante el tipo que había pretendido acabar con la vida de Olivia. En el silencio de la noche sintió pánico de que lo hubiera conseguido, de que en aquellos momentos ella se hubiera ido para siempre de su existencia. Un terror frío se apoderó de él ante la idea de perderla. Había tardado años en descubrir a la verdadera Olivia, y en pocos meses ella había pasado de ser un incordio en su vida a alguien muy importante. No se había dado cuenta hasta ese momento de cómo había ido calando en él a medida que la conocía.

Dio vueltas y más vueltas en el estrecho sofá, desasosegado y nervioso. No lograba calmarse por mucho que se repetía que ella estaba a salvo, acostada en su cama a escasos pasos de él. Pero no era eso lo que le impedía dormir, sino la forma en que se había arrojado a sus brazos unas horas antes, confiada y segura. Y cómo él la había estrechado contra su pecho como si fuera el lugar al que pertenecía. Como si fuera Stefany. Después sacudió la cabeza reconociendo que no la había abrazado como a su vecina, que había sido diferente. Quizás porque Stefany era una mujer fuerte e independiente. Pero Olivia también lo era... no entendía qué le había pasado ni ese afán tan desmesurado por protegerla.

Un leve gemido proveniente de la habitación contigua le hizo incorporarse con brusquedad. Aguzó el oído y se acercó cauteloso hasta la puerta de la habitación. Olivia se agitaba en la cama, en medio de sábanas revueltas, y se cubría la cara con las manos.

—¡No... no... déjame... vete! —susurraba entre gemidos— Me haces daño... déjame... No diré nada... coge lo que quieras...

Se acercó cauteloso hasta el lecho y se sentó en el borde, tratando de que sus movimientos fueran pausados y no la alterasen más. Le agarró las manos con las suyas y las separó de la cara, para que comprobase que se trataba de él, y que no le haría daño. Ella lanzó un grito desgarrador y se encogió sobre sí misma con la mirada vidriosa por el sueño.

—Olivia, cariño, soy yo... Scott. Nadie te va a lastimar. Es solo una pesadilla.

—¡No! ¡No!

Lo miraba con el terror reflejado en los ojos grises, el rostro desencajado y tenso. La sujetó por los hombros tratando de despertarla. El grito desgarrador que lanzó lo hizo abrazarla de nuevo para calmar su angustia.

—Tranquila... tranquila... —susurraba con la voz suave y relajada, para transmitirle calma.

Supo el momento en que se había despertado porque su cuerpo, en vez de relajarse, se tensó más. O por lo menos de una forma diferente.

—¿Scott?

—Sí, cariño, soy yo. Tienes una pesadilla, estás en casa. A salvo. Nadie te va a hacer daño, te lo prometo.

El cuerpo le temblaba cuando se aferró a él con todas sus fuerzas. Cuando le rodeó la espalda con los brazos y le enterró la cabeza en el pecho. Y supo que ese temblor ya no era de miedo. El dormitorio se cargó de una tensión diferente a la de minutos antes.

—Scott... —susurró contra su cuerpo.

—Sí.

Deslizó las manos por el cuerpo menudo desde los hombros hasta la cintura y la respiración de Olivia se volvió agitada. Separó la cabeza de su torso y alzó los ojos hasta él, y en la mirada gris vio una súplica que se negó a analizar. Se abandonó a los agitados sentimientos que llevaba experimentando toda la tarde, bajó la cabeza y la besó. Posó los labios sobre los de ella con la intención de dejarlos quietos, para calmar su angustia, pero no fue capaz. Cuando Olivia los

entreabrió aceptando el beso, perdió el control y se hundió en aquella boca suave que se le ofrecía. Con la mente nublada se olvidó de quién era ella y solo pensó en besarla una y otra vez, y no con intención de tranquilizarla. La sintió aferrarse con fuerza a sus costados y un deseo salvaje estalló dentro del hombre controlado que siempre había sido. La besó con ardor y ella respondió de la misma forma. Se tendió en la cama a su lado y dejó de pensar para empezar a sentir.

Deslizó las manos por debajo del pijama y buscó los pechos, redondos y firmes. Los leves jadeos de Olivia aumentaban su excitación. Aún tuvo un instante de cordura y se detuvo para mirarla a los ojos que brillaban de intensidad y con el mismo deseo que sentía él.

—Si quieres que pare dímelo ahora —susurró—, porque luego no podré... ni querré.

Como respuesta ella le rodeó en cuello con los brazos y buscó su boca una vez más. Le mordisqueó el labio y ya no hubo retorno. Le quitó el pijama con torpeza, como si nunca hubiera desnudado a una mujer, y se despojó a continuación de su ropa con impaciencia. Se quedaron desnudos, piel con piel. Acarició con devoción el cuerpo delgado mientras las palmas de Olivia se deslizaban por su amplia espalda, delineando los músculos como si quisiera aprenderlos de memoria. Los dedos exploraban mientras las bocas se devoraban sin control.

Después, posó los labios sobre los moretones del cuello, algo que llevaba deseando hacer toda la noche, con dulzura, como si el ligero roce pudiera aliviar el dolor y el padecimiento sufrido, pero ella se elevó sobre las caderas con impaciencia, pidiéndole algo más que besos suaves.

—Te deseo... —susurró.

Y él no se hizo rogar.

Su cuerpo grande se acopló a la perfección en el menudo de Olivia, se hundió hasta el fondo con un solo movimiento, como si un potente imán lo hubiera atraído. Los ojos de ella brillaban con intensidad animándolo a seguir y juntos comenzaron a moverse en un ritmo lento y acompasado como si fueran uno solo. Como si lo hubieran hecho muchas veces antes.

Las caderas femeninas se alzaban para salirle al encuentro con una pasión arrolladora, los leves jadeos que salían de su boca eran música en sus oídos. Tenía la mente nublada por el deseo abrumador que lo estaba dominando y se sentía incapaz de pensar. Solo podía adentrarse una y otra vez en su calidez, mientras las palmas de Olivia le recorrían la espalda y sus piernas se enroscaban en sus caderas. Duró una eternidad y a la vez se le hizo muy corto. Al fin, estallaron juntos entre respiraciones agitadas. En medio del clímax los dientes de Olivia se hundieron en su hombro, como si no pudiera contenerse, y eso lo llenó de euforia. A pesar del agotamiento que lo dominaba continuó moviéndose, tratando de darle más, de que lo que estaban viviendo se convirtiera en algo especial. Los ojos grises volvieron a enturbiarse y el cuerpo que comenzaba a relajarse se tensó de nuevo ante sus envites. Se sintió poderoso, mientras la llevaba de nuevo hacia el orgasmo, con cada embestida lenta y profunda. Notaba cómo la excitación aumentaba acercándola al final y tensó los brazos en un esfuerzo titánico por no desfallecer. Cuando la sintió contraerse a su alrededor, ahogó con su boca el grito que ella no pudo contener.

Cuando pudo recuperar el ritmo de la respiración la miró la cara, recostada contra la almohada,



los ojos cerrados, el leve temblor de los labios entreabiertos y el aire que se escapaba trémulo entre ellos. Se inclinó y los rozó con los suyos en una caricia tan tierna que la hizo estremecerse de pies a cabeza. ¿Cómo había pensado que era una mujer fría? Jamás ninguna se le había entregado de esa forma, y él nunca se había esforzado tanto en hacer disfrutar a nadie.

El cuerpo menudo temblaba aún bajo el suyo, y se dijo que debía apartarse, que con toda seguridad la estaba aplastando a pesar de apoyarse sobre los codos. Con un esfuerzo supremo se obligó a salir de aquel cuerpo cálido y suave que lo retenía como un canto de sirena.

—Olivia... —susurró.

—Calla.

Y él calló. Se dejó caer a su lado y la atrajo contra su cuerpo acunándola en sus brazos. Ella le rodeó la cintura con el suyo y apoyó la cabeza en el hombro. El largo pelo rubio le acarició el pecho y Scott depositó un beso suave en la coronilla. Sabía que debía hablar, tratar de explicar lo sucedido, pero no era capaz de pronunciar palabra. Solo deseaba disfrutar de la calidez del cuerpo femenino acurrucado contra el suyo. Se negó a pensar. Se limitó a sentir. Cosas que no había sentido jamás después de estar con una mujer. Poco a poco el sueño se apoderó de los dos y se durmieron abrazados el uno al otro.

Les despertó la alarma del móvil de Scott sonando con intensidad en el salón, donde lo había dejado la noche anterior. Saltó desnudo de la cama y, tras rescatar los calzoncillos del suelo y cubrirse con ellos, salió para apagarlo.

Olivia permaneció en la cama, mirándolo y sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo laso y relajado. Tras cortar el sonido, él regresó a la habitación que acababa de abandonar de forma precipitada, sin saber qué iba a encontrar en los ojos de Olivia.

Se había cubierto con la sábana, como hiciera él momentos antes con la ropa interior. Como si sintieran vergüenza de mostrar sus cuerpos a la fría luz del amanecer. Scott no se atrevía a enfrentar la mirada gris. Tampoco sabía qué decir ni qué hacer. Las sombras de la noche se habían disipado y la mañana lo cambiaba todo.

—Olivia... —La palabra encerraba muchas cosas. Ella lo miraba con fijeza, y en sus ojos no había enfado, sino cautela.

—¿Vas a disculparte? —preguntó tranquila.

—¿Quieres que lo haga?

—No.

—En ese caso, no lo haré. Porque no me arrepiento de nada, pero... tampoco sé qué ha pasado esta noche.

—Creo que nos hemos acostado juntos —respondió ella sosteniendo la sábana contra los pechos, el pelo rubio cayendo sobre los hombros y los ojos más claros de lo habitual sin asomo de enfado en ellos. Ni miedo. Ni angustia.

Y Scott sintió unos inmensos deseos de besarla de nuevo, de volver a disfrutar de las caricias compartidas la noche anterior, de estar de nuevo dentro de ese cuerpo cálido y suave, pero se

contuvo. Era Olivia. Era la hija de Andrew, al que consideraba su tío, y no podía dejarse llevar. Lo ocurrido la noche anterior tenía una explicación, si se la querían buscar. Debía tenerla, porque él no se sentía atraído por Olivia. Quizá había intuido que ella necesitaba consuelo y se había dejado llevar. Podía entender eso, pero debía quedarse ahí.

—¿No estás enfadada? —preguntó con cautela.

—No —respondió ella con calma.

—No quisiera que esto cambiase nada entre nosotros. Por nada del mundo desearía que volvieras a estar enfadada conmigo. No creo que pudiera soportar volver al mal rollo que teníamos antes.

La sonrisa femenina lo tranquilizó.

—Eso no sucederá. No volveré a estar enfadada contigo, al menos no como antes. Ahora sé que no eres el hombre que yo pensaba.

—No sé qué ha pasado esta noche —repitió de nuevo, más para convencerse a sí mismo que para justificar lo sucedido.

—Yo tampoco, pero no importa. Estaba mal y necesitaba consuelo, caricias, un hombro sobre el que apoyarme; no lo sé con exactitud, solo que tú me has dado todo eso. No trato de encontrarle una explicación, y tú tampoco debes hacerlo. Ayer fue un día raro y nos dejamos llevar, no le des más vueltas; pero sobre todo no me digas que te arrepientes, por favor, aunque sea así. Porque yo no me arrepiento en absoluto. Considéralo una de las cosas que nunca he hecho antes y tú me has enseñado.

—¿Nunca te has acostado con un hombre?

—Nunca había encontrado consuelo y paz en ello.

Scott se inclinó hacia ella, que seguía aferrando la sábana, le cogió la mano haciendo que la soltara y la basó en la palma.

—No me arrepiento. —Era verdad. Debería sentirse mal por lo que había sucedido, pero no era así. De hecho, deseaba repetirlo. Y tenía que hacer un soberano esfuerzo para desviar la mirada de los pechos que la sábana había dejado de nuevo al descubierto, y que la noche anterior en medio de la pasión no había podido ver en toda su belleza—. Me gustaría quedarme y desayunar contigo, pero debo irme. ¿Estás lo bastante bien para quedarte sola?

—Lo estoy, no te preocupes. Además, Patty está a punto de llegar.

—¿Se lo vas a contar?

—No creo que sea necesario. No es algo que tenga importancia si ninguno de los dos se la damos. Mejor lo dejamos entre nosotros.

—Bien. —Lanzó un profundo suspiro y le soltó la mano—. En ese caso, me marchó. Pero si te sientes mal...

—No te preocupes. Gracias por estar ahí y por darme lo que necesitaba.

Scott sacudió la cabeza, molesto.

—Si yo no debo arrepentirme, tú no debes dar las gracias.

—De acuerdo.

Se inclinó y la besó en el pelo, en un gesto fraternal y amistoso, aunque estaba muy lejos de sentirse así, porque de nuevo el olor del cuerpo femenino le despertó un deseo que no entendía, y que debía controlar. Por el bien de los dos y de la amistad que habían iniciado.

Se incorporó y se apresuró a vestirse ante la mirada atenta de los ojos grises, y se marchó lo más rápido que pudo sin resultar grosero. Pero no quería irse.

Cuando escuchó la puerta cerrarse tras él, Olivia se recostó en la cama y se tocó los labios con aire soñador. Jamás había pensado que pudiera suceder lo que había vivido aquella noche, pero la realidad había superado todos los sueños que tuvo a lo largo de su vida. Sabía que no volvería a repetirse, que si había pasado se debía a un cúmulo de circunstancias extraordinarias que no se darían de nuevo. Debía atesorarlo como un recuerdo y nada más. Después de los labios se tocó los pechos que él también había besado. Se acarició el vientre en cuyo interior había estado y se permitió revivir minuto a minuto la maravillosa sensación de haber hecho el amor con Scott.

Escuchó llegar a Patty un rato después y se levantó consciente de que su amiga querría saber cómo se encontraba. Radiante y feliz, pero no podía decírselo. Quería guardarlo para ella sola.

## Capítulo 18

La noche pasada con Olivia sumió a Scott en un estado de nerviosismo poco propio de su carácter apacible. Se sentía desasosegado porque no podía apartar de su mente ni de su cuerpo las sensaciones vividas. Se sentía como un adolescente que había tenido su primera relación sexual, alterado y en perpetuo estado de excitación. De noche se despertaba en medio de la madrugada soñando que volvía a tener a Olivia entre sus brazos, anhelando repetir lo que habían vivido. Aunque su mente le repetía una y otra vez que fue debido a una reacción a las circunstancias y al estado de shock de ella, su cuerpo le decía otra cosa.

Se levantaba en medio de la noche a darse una ducha fría para no seguir deseando lo que no podía tener. Porque una relación con Olivia estaba fuera de toda cuestión; era la hija de Andrew, siempre la había considerado una prima, aunque no lo fuera. Odiosa, retorcida y repelente, pero parte de su familia. Ahora había descubierto que no lo era, que era amable, divertida, y también vulnerable y humana. Y apasionada. Pero sobre todo era una mujer y no la especie de prima que siempre había visto en ella. Una mujer con la que había hecho el amor, y con la que había sentido emociones desconocidas y muy intensas. A la que deseaba volver a ver y a la vez temía hacerlo, porque no sabía cómo enfrentarse a ella, ni a lo que estaba sintiendo esos días.

Cada tarde, al llegar a casa tenía que contenerse para no hacer lo que más anhelaba y que solía hacer con frecuencia antes de aquella noche en que, por primera vez en su vida, había perdido el control de sus actos y empezaba a pensar que también de sus sentimientos. Porque no había dudas de que sentía algo por Olivia, algo que no debería sentir. No sabía cuándo todo se le había ido de las manos, pero había sucedido. Se contenía para no acudir a casa de las chicas a pasar la velada, a cenar con ellas, y aunque la primavera estaba en su apogeo, la promesa que le hiciera de ir de acampada, juntos y solos, era impensable. Porque no estaba seguro de poder contenerse, y porque ella no le había dado la menor importancia a lo sucedido. Para ella no había significado más que un acto en el que había recibido el consuelo que necesitaba y no el terremoto emocional que había supuesto para él.

Habían pasado más de quince días y no se había atrevido a volver a verla. Se decía que debía poner distancia para aclarar sus sentimientos, pero cada día que pasaba los tenía más claros. Se estaba enamorando de esa mujer metódica y cuadrículada que rompía todas sus barreras cuando estaba con él. Que había sufrido en el pasado algún tipo de trauma que la había marcado hasta el

punto de hacerla estricta y controlada, y que él deseaba conocer. Pero no debía hacerlo, no debía implicarse más con ella hasta que lograra detener lo que empezaba a sentir. Porque no quería alejarse cuando empezaban a ser amigos, pero tampoco podía tratarla como antes de que se acostaran juntos. No era un hombre que supiera fingir, ni ocultar sus sentimientos, y los que empezaba a experimentar por Olivia iban más allá de la amistad.

Rehusó una llamada de Patty invitándole a cenar, aduciendo mucho trabajo, cuando en el pasado eso no había sido un impedimento para pasar un rato por el apartamento. Imaginaba que ambas mujeres se preguntarían el porqué de su prolongada ausencia, aunque quizás Olivia se lo imaginara. Ella no le había llamado, ni dado señales de vida en aquellas dos semanas, quizás sentía que la abandonaba de nuevo, que lo ocurrido aquella noche había abierto de nuevo la brecha entre ambos. No era así, solo necesitaba un poco de tiempo para calmar los sentimientos que lo embargaban. Solo eso.

Aquella tarde, tras llegar a casa y prometerse como cada día que al siguiente las llamaría y pasaría por su casa un rato, escuchó el pitido de un mensaje entrante en el móvil. Con el corazón latiendo más fuerte de lo normal lo miró, con el temor y la esperanza de una invitación que no pudiera rechazar, pero se trataba de un whatsapp de Stefany, a la que también había tenido abandonada durante semanas. Le proponía una videoconferencia que aceptó encantado. Si había alguien a quien deseara ver casi tanto como a Olivia, era a ella. Su amiga del alma le ayudaría a sobrellevar los días tormentosos que estaba viviendo.

Conectó el ordenador y abrió la aplicación. La cara feliz y sonriente de la chica lo saludó al otro lado de la pantalla. Aunque la echaba de menos, verla tan radiante lo compensaba por haberla perdido.

—¡Hola, cariño! —saludó emocionado. Siempre que la veía, aunque fuera en la distancia, sentía la alegría de reencontrarse con ella—. ¿Cómo estás? Dime que ese maldito español te trata bien o me veré obligado a ir a veros y tirarle de las orejas.

—Me trata genial, como siempre.

—Más le vale.

—¿Y tú? ¿Qué te cuentas?

—Nada nuevo... —dijo, pero no sonó nada convincente.

—¡Uy, uy, uy! ¿Qué me ocultas?

—Ya veo que nada.

—Que estemos a muchos kilómetros no significa que haya dejado de conocerte mejor que tu madre. A ver, cuenta... ¿Tienes problemas con la empresa?

—No.

—Entonces es una mujer...

La breve risa que no pudo contener confirmó las sospechas de Stefany.

—¡Dime que tú también has caído en las garras del amor! ¡Dímelo!

—Podría ser... aún no estoy seguro.

—¿Qué significa que no estás seguro? Eso se siente en las venas, en la piel y en el corazón.

Cerró los ojos. Sí, así lo sentía él.

—De momento solo siento cosas que nunca había experimentado antes. No puedo lanzarme de cabeza en esto, porque es algo delicado.

—¿Cómo de delicado?

—Bastante.

—¿Es un hombre? ¿Estás diciéndome que para mantener esa relación tienes que salir del armario?

—No; es una mujer. Pero no una mujer cualquiera...

—¿Casada?

—No.

—¿Entonces? ¡No me irás a decir que después de treinta y dos años te has ido a enamorar de un imposible!

—¡No sé qué decirte, la verdad! En caso de que yo no me esté equivocando y sienta por ella más que amistad, podría decirse que sí es un imposible.

—Cuéntame de una vez quién demonios es.

Decidió jugar un poco más con la incertidumbre de su amiga. Siempre le había gustado hacerla rabiar cuando deseaba saber algo.

—No te lo vas a creer cuando te lo diga.

—¿Por qué? ¿Es mayor? ¿Una vieja?

—¿Y qué si así fuera? Yo he aceptado que tú te enamores de un militar y te fueras a vivir al otro lado del planeta.

—Por Dios, Scott, no es lo mismo...

La carcajada de él hizo que se tranquilizara.

—¿Una niña? ¿Tullida? ¿Con problemas mentales? ¿Extraterrestre? Por favor, no me preocupes más...

—Es Olivia —admitió al fin.

—¿La arpía de tu prima? —La cara de estupefacción de Stefany sobrepasó con creces las expectativas del hombre

—Sí.

—Preferiría que fuera extraterrestre.

—No es una arpía.

—¡Y un cuerno! ¿Ya no te acuerdas de cómo te ha tratado durante años? ¿Los malos ratos que te ha hecho pasar, el bochorno, los desprecios? ¿Cómo llegaste a temer los almuerzos familiares en casa de tu tío Andrew?

—Todo eso pertenece al pasado. Y Andrew no es mi tío, ni ella mi prima. Es una mujer preciosa, y aunque te cueste creerlo, encantadora. Un poco cuadrada y rígida, pero está aprendiendo a controlarlo.

—Ay, que esto es mucho peor de lo que imaginaba. Vamos a ver, aclaremos las cosas... Quizás todavía estés a tiempo de no meterte en un avispero con la reina de las avispas. ¿Ha habido tema? ¿Intercambio de fluidos?

—De todo tipo.

—¿Todo? ¿Hasta el final?

—Ajá. Y es desde entontes que creo que me estoy enamorando. He mantenido las distancias, tratando de aclarar mis sentimientos, pero...

—En ese caso no está todo perdido. No hagas nada... quizás solo se trate de un buen polvo. A veces confunde. Tómate un tiempo, y yo... ¡Qué leches, yo voy a ir a averiguar qué te está pasando! Pensaba viajar a Richmond en un par de meses para revisar las cuentas y documentos de la empresa en persona, pero veo que se impone una visita urgente. Adelantaré el viaje aprovechando que Manuel se va de maniobras con sus alumnos la semana que viene.

Sonrió entusiasmado ante la posibilidad de abrazar a su amiga en breve.

—Me encantará verte, cariño. Pero si vienes con intención de intervenir, recuerda que yo prefería que te casaras con Henry.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo sé, pero...

—De acuerdo, me limitaré a observar y a ayudarte a aclarar tus sentimientos; como hiciste tú. Y del mismo modo que amenazaste a Manuel con patearle sus partes nobles si me hacía sufrir, yo agarraré a la rubia por esa bonita melena que tiene y la arrastraré por el suelo si te hace daño.

—Esa es mi chica.

—Ahora te dejo. Mi media naranja acaba de llegar y necesito una copa para digerir esto que me has contado. Nos vemos en breve, y por favor, no hagas nada hasta que nos veamos.

La pantalla se volvió negra cuando la conexión se cortó. Mantuvo la mirada fija en ella y llegó a la conclusión de que su charla solo había servido para que tuviera aún más claro lo que sentía por Olivia. No obstante, haría caso a su amiga y mantendría las distancias unos días más. Sobre todo, porque no sabía cómo afrontar los ojos grises sin delatarse. Y temía más que a nada en el mundo encontrar indiferencia en su mirada. Se estaba comportando como un cobarde, era consciente, pero, aunque se moría por verla, no sabía cómo enfrentarse a aquello.

\*\*\*

Olivia dejaba pasar los días con la esperanza de tener noticias de Scott, pero ni siquiera había recibido una simple llamada. Al principio lo encontró normal, sabía que a él le costaría asimilar lo ocurrido, pero a medida que pasaba el tiempo se mentalizaba para aceptar que había salido de su vida, que se sentía abrumado o arrepentido por lo que ocurrió y que había decidido poner distancia.

También a Patty le extrañó la ausencia del hombre que durante los últimos meses había formado

parte de su vida. De la vida de ambas.

Aquella noche, después de la cena y mientras veían una película de las que a él le gustaban, abordó el tema.

—Scott hubiera disfrutado con esta peli. Hace tiempo que no viene por aquí. ¿Sabes algo de él?

—Nada desde la noche del secuestro del avión.

—¿Ha pasado algo entre vosotros? Porque es raro que ni siquiera haya llamado y cuando lo hice yo me soltó una excusa de lo más tonta.

Olivia suspiró.

—Pasar, sí que pasó. Nos acostamos —admitió con calma.

Patty dio un salto en el sofá y enfrentó la mirada que su amiga le rehuía.

—¿Os acostasteis y no me has dicho nada?

—No le di demasiada importancia, pero al parecer, él sí.

—¿Te llevaste a la cama al tío con el que llevas soñando toda la vida y no le das importancia?

—Porque fue algo circunstancial. Yo estaba fatal, tuve una de mis pesadillas y se acercó a la cama para consolarme. Me abrazó y yo me aferré a él... Nos dejamos llevar, eso fue todo. Por la mañana vi su necesidad de disculparse, pero le pedí que no lo hiciera. Sin embargo, parecía que llevaba el peso del mundo sobre los hombros, como si hubiera cometido el más horrible de los crímenes. No me extrañaría que no le volvámos a ver por aquí —dijo Olivia con pesar.

—¡Hombres! ¿Quieres que hable con él?

—No, déjalo. Si necesita espacio, se lo daré. Me apena que se interrumpa la amistad que estábamos forjando, porque yo nunca pensé que aquello significara nada ni cambiase la relación que teníamos.

—Lo siento, Olivia. Lo siento mucho.

—No importa; estoy acostumbrada a que las cosas entre nosotros sean tensas y difíciles. Lo que me preocupa es el almuerzo del domingo próximo en casa de sus padres. Quizás debería excusarme y no acudir.

—¡Ni se te ocurra! Si quieres demostrarle que no le das importancia a lo ocurrido, no hagas nada fuera de lo habitual. Ve a la comida, y si lo encuentras allí trátalo como siempre. Bueno, como estos últimos meses. Quizá eso le haga comprender la tontería que comete alejándose de nosotras.

—¿Y si no va? Si es él quien pone una excusa...

—En ese caso sabrás que está muy afectado por lo sucedido y eso no es malo necesariamente.

—Si no estuviera afectado, es muy probable que se encontrase aquí. Hace ya casi tres semanas que no le vemos el pelo.

—A lo mejor es porque esa noche significó para él más de lo que pensaba. Porque despertó cosas que no sabía que sentía. En los últimos tiempos habéis tenido mucha complicidad.

—No lo creo. Es porque se arrepiente y no sabe cómo afrontarlo.

—¡Hombres! Unos cobardes, todos.



—No generalices. ¿O lo dices por alguien especial, además de Scott?

—Lo digo por alguien especial. Mi ex está tratando de quedar conmigo después de cuatro años.

—¿Y tú quieres verlo?

—Yo lo he mandado a la mierda, por supuesto. No tuvo agallas para llevar a cabo el compromiso de matrimonio que teníamos cuando su mamá frunció el ceño porque yo era negra. Por desgracia le sigo queriendo, no es algo que pueda evitar, pero me decepcionó. Cuando alguien te decepciona es para siempre. Nunca volverá a ser el mismo hombre para mí.

—¡Vaya dos que estamos hechas! Suspirando por tíos que no se lo merecen.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que les den! Mi ex puede mandarme todos los mensajes que quiera para quedar, que los seguiré ignorando. Y Scott... pues si está tan acojonado que no vuelve a aparecer por aquí, él se lo pierde. Nosotras vamos a disfrutar de una copa de vino y de nuestra película.

—Por supuesto. ¿Quién necesita hombres mientras haya vino y películas? —sentenció Olivia levantándose para preparar las copas.

## Capítulo 19

El domingo Olivia apenas podía contener los nervios mientras conducía hacia casa de los padres de Scott. Todos se reunirían a comer para celebrar la jubilación de Conrad. Esperaba encontrarlo allí, aunque la estuviera evitando, porque él jamás faltaría a una celebración importante en la vida de su padre.

No habían tenido ningún contacto en las tres semanas transcurridas desde que se despidieran al amanecer, después de la experiencia más maravillosa de su vida.

Cuando entró en el amplio salón se encontró con que todos los invitados estaban allí, incluida Sue, con su perspicaz mirada de águila posada en ella. Cuando la suya se cruzó con la de Scott encontró cierta cautela en los ojos castaños, pero no se arredró. Lo saludó como a todos los demás, con un cálido beso en la mejilla que despertó en ella el recuerdo de los muchos que habían compartido la última vez que se vieron. Él respondió a la caricia, de forma breve, pero los labios se posaron con calidez en su piel apenas maquillada.

—¿Cómo estás? —le preguntó con naturalidad. Tenía que convencerlo de que lo sucedido entre ambos no había supuesto ningún cambio en su amistad—. Hace mucho que no te vemos por casa.

Él dio un trago a la cerveza que estaba tomando, pero no enfrentó su mirada.

—Tengo mucho trabajo estos días. Llego a casa agotado, con ganas solo de meterme en la ducha y en la cama a continuación.

—Claro. Cuando quieras, sabes que serás bien recibido. Echamos de menos tus espaguetis —sonrió.

—Volveré a prepararlos pronto, cuando pase este pico de trabajo. Aunque el martes llega Stefany y me tocará hacer de anfitrión.

—¿Va a venir? —preguntó Diane con alegría, deseosa de ver a su antigua vecina, a la que quería también como una hija—. ¿Se quedará en su casa?

—Espero que no, lleva un año cerrada y necesitará una buena limpieza. Trataré de convencerla para que se aloje en la mía.

A pesar de que Scott le había asegurado que entre su vecina y él solo existía una buena amistad, sintió de nuevo la garra de los celos. Aunque solo fuera porque pasaría con él las veladas, y dormirían bajo el mismo techo.

—Quizás a su novio no le parezca bien. Ya no es como antes.

—Manuel sabe que no corre ningún peligro en mi casa. —Clavó los ojos en Olivia mientras añadía—: No hay ningún sentimiento amoroso ni sexual entre nosotros. Hemos dormido muchas veces bajo el mismo techo e incluso en la misma cama sin que haya pasado nada.

—No he dicho lo contrario, hijo —comentó su madre.

—Pero eso no significa que el hombre no se sienta celoso —intervino Sue—. Entre Stefany y tú hay una relación especial y eso debe molestar a su chico. ¿No opinas lo mismo, Olivia? Si tuvieras pareja, ¿te gustaría que su mejor amiga durmiera en su casa, sin que tú estuvieses presente?

—No lo sé, abuela. Puesto que no tengo pareja, nunca me lo he planteado. Supongo que dependería del grado de confianza que tuviera en el hombre en cuestión.

—¡Bah! Un hombre es un hombre y pocos se resisten a un revolcón si surge un momento íntimo. La carne es débil, nena, y no siempre tiene en cuenta los sentimientos.

Por el rabillo del ojo Olivia pudo percibir el nerviosismo de Scott y cómo apuraba la cerveza de un trago. Decidió echarle un cable.

—No es justo echarle la culpa siempre al hombre. El sexo es cosa de dos, y la mujer también tiene su parte en ello.

—Claro que sí. En el supuesto caso de que pasara algo entre Scott y Stefany sería ella quien estaría siendo infiel, no él. Que yo sepa, no tiene pareja.

Él no pudo aguantar más y soltó la botella con brusquedad sobre la mesa.

—¿Queréis dejar todos de decir idioteces? ¡No me voy a acostar con Stefany, joder! Por mucho momento íntimo que pueda surgir. Es mi amiga, y yo... no siento por ella ese tipo de atracción. ¿Podemos dejar esta conversación, por favor? Stefany se alojará donde ella considere conveniente.

—Perdona, hijo —se disculpó Sue con aire contrito, aunque sus ojos brillaban maliciosos—. A veces a los viejos se nos va un poco la cabeza. No pretendía molestarte.

—Cambiemos de tema —propuso Andrew conciliador.

Salió de la habitación notando que un leve sonrojo empezaba a teñirle las mejillas, antes de que nadie más se percatara. Maldita Sue y su perspicacia. Maldito Scott y sus escrúpulos. Y maldita Stefany por aparecer justo en aquel momento.

Se sirvió un vaso de agua en la cocina, para calmarse antes de entrar de nuevo en el comedor.

Escuchó los leves pasos de su madre a su espalda y se recompuso al instante. Se volvió con una sonrisa en los labios.

—¿Está todo bien? —preguntó ahondando en la mirada de la chica.

—Sí, mamá. Todo bien. Solo quería beber un poco de agua.

—Creo que esta vez la abuela ha ido demasiado lejos.

—No parará hasta que nos ponga en evidencia. Si sigue así dejaré de venir a las comidas familiares. Scott y yo empezamos a llevarnos bien, a ser amigos, y aunque sé que nunca podré competir con Stefany, disfrutamos de buenos ratos de camaradería. No quiero que comentarios de

este tipo lo hagan huir despavorido. Bastante...

—¿Qué?

Sacudió la cabeza, pesarosa.

—Nada. Que tiene mucho trabajo y hace semanas que no lo veo. Lo echo de menos.

Melissa asintió, pero Olivia tuvo la seguridad de que su madre intuía que entre Scott y ella había ocurrido algo que no deseaban contar. Y tuvo el buen criterio de no hacer preguntas.

—Vuelve al salón, tu precipitada salida ha llamado la atención. No le demos más carnaza a la abuela.

Regresó con el vaso de agua en la mano, como excusa de su ausencia. La conversación giraba sobre el trabajo de Andrew y las ganas que este tenía de jubilarse como su amigo Conrad, unos años mayor que él y que empezaba a disfrutar de la libertad laboral necesaria para viajar sin límite de tiempo.

Se sentó en el brazo del sofá, lo más alejada de Scott que le fue posible, aunque él mantuvo los ojos apartados de ella el resto de la comida.

Apenas terminada esta, él se apresuró a despedirse y, tras besar a todos, salió de la casa como alma que lleva el diablo. Viendo desaparecer toda posibilidad de aclarar las cosas, cogió el móvil del bolso y, regresando a la cocina, le envió un mensaje.

«Necesito que hablemos. No te vayas aún, espera un momento y me reúno contigo en el coche. Aparca a la vuelta de la esquina para que no nos vean. Sé que tienes prisa, pero no te entretendré mucho».

Regresando al salón, murmuró una excusa a su vez y se despidió. Ignoró la mirada socarrona de Sue y la preocupada de su madre, pero no quería desperdiciar la oportunidad de hablar con Scott. Y sabía que, si no aprovechaba el momento, tardaría mucho en producirse otro.

Salió rápida y con paso apresurado. La furgoneta ya había desaparecido de la puerta principal, pero tal como le había indicado, la encontró al girar la esquina.

Resuelta, abrió la portezuela y se sentó en el asiento del copiloto. Los ojos castaños indagaron en los suyos, invitándola a hablar.

—Lamento si mi abuela te ha hecho sentir incómodo.

—Ya se ha disculpado por ello. No es culpa tuya.

—Aun así, me siento mal. Está muy mayor, y suelta lo primero que se le ocurre.

—No pasa nada, tranquila. ¿Es eso lo que me querías decir?

—No. Es... sobre Stefany.

Él abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Cuando venga, me gustaría saludarla —dijo de un tirón. No es que tuviera especial interés, pero no sabía cómo abordar el tema que quería tratar con él—. Puedes traerla a casa un día, a fin de cuentas, su empresa ha decorado el dormitorio de Patty.

—Te confieso que es lo último que esperaba oír. —Miraba al frente, evitando sus ojos, y ella era consciente. También de la respiración ligeramente agitada que Scott pretendía disimular.

—Deseo enterrar el pasado. No voy a negarte que me ha caído mal durante años, pero quiero tener la oportunidad de conocerla. Tal vez me pase como contigo, que cambie de opinión.

—Se lo propondré, pero no estoy seguro de que acepte. Tú tampoco le caes muy bien, y a Stefany no le ha pasado como a mí que he llegado a conocerte bien, ella todavía ve en ti a la Olivia de antes, la borde. No creo que sea buena idea.

—De todas formas, me gustaría que se lo dijeras.

—En ese caso, lo haré.

Él permaneció en silencio con las manos apoyadas en el volante, y la vista clavada en el asfalto. Se dijo que era entonces o nunca, y se decidió a hablar al fin de lo que realmente deseaba.

—Scott... —La voz suave hizo que él volviera la cara y la mirase—. No tienes tanto trabajo como dices, ¿verdad? No has venido a casa estas semanas por lo que pasó entre nosotros.

—No me siento cómodo con ello, la verdad.

—¿Por qué?

—Porque no debió haber pasado, pero no me arrepiento de nada. No sé cómo gestionarlo. Tengo sentimientos contradictorios de esa noche.

—¿Por qué no debió de haber pasado?

—Porque eres la hija de Andrew, por eso.

—No es tu tío, y por lo tanto no somos parientes. Además, soy adoptada.

—No se trata de eso... ya sé que no hay ningún lazo sanguíneo entre nosotros. No sé cómo explicártelo, pero no lo puedo evitar. Hoy no me atrevía a mirar a tu padre a los ojos sabiendo lo que pasó. Él confía en mí, y yo... me he acostado con su hija.

—Parece que olvidas lo que he dicho antes a mi abuela. Para que eso suceda se necesitan dos. No te echas la culpa, yo también quería. Me ofreciste parar y te dije que no. Esto es entre nosotros, deja a nuestros padres al margen. Y te puedo asegurar que fue algo especial. No querría habérmelo perdido por nada en el mundo.

Él asintió, parecía que le costaba tragar y hasta respirar.

—¿De veras fue especial?

—Sí, mucho.

Él exhaló el aire con fuerza antes de admitir a su vez.

—También para mí. Tal vez si no lo hubiera sido no tendría estas dudas ahora.

—¿Dudas sobre qué? ¿Sobre si debía haber sucedido?

—Sí.

Se giró hacia él y le atrapó la cara entre las manos.

—Mírame, Scott, por favor —dijo obligándolo a enfrentar sus ojos cargados de emoción—. Te conozco desde hace veinticinco años, pero nunca te he tenido hasta ahora. No quiero perderte por un polvo. Por favor, no me hagas esto. Deja de ser un hombre honorable y sé simplemente un hombre que se dejó llevar por la pasión, del mismo modo que yo. No te alejes, quiero que sigas animándome a hacer cosas que nunca hice; tenemos una acampada por realizar. Tal vez no te

sientas cómodo ahora, pero la realizaremos algún día. Dime que vendrás de nuevo a casa a cenar, a ver películas, que volveremos a ser los mismos de antes. Por favor...

Scott sabía que no volvería a ser el mismo de antes, pero asintió. Había tanto dolor en los ojos grises que se sintió un miserable por no haberla llamado en tres semanas. Antes de que se diera cuenta de que lo hacía, la había envuelto en sus brazos.

—Volveré, claro que sí —susurró contra su pelo. Que olía a limón, un olor que no olvidaría jamás—. No sé si Stefany querrá acompañarme y mientras esté aquí deberé hacer de anfitrión, pero te prometo que cuando se vaya me tendréis allí preparando los espaguetis más exquisitos que hayáis probado nunca.

—Gracias.

La estrechó con más fuerza. Hundió la cara en el hueco entre el cuello y el hombro y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no besarla, para no dejarse llevar y acariciar con los labios la piel suave que rozaba su boca. Miles de recuerdos de la noche que pasaron juntos acudieron a su memoria, a su piel y a sus sentidos. Pero no iba a fallarle de nuevo. Estaba seguro de que, si Olivia sospechaba que el verdadero motivo de su huida eran los sentimientos que estaba comenzando a desarrollar, sería ella la que pusiera distancia. No, no iba a hacerle eso, decidió. Sería Scott, el amigo que ella deseaba y que nunca había tenido antes. Aunque se muriera en el intento.

Levantó la cabeza y observó la piel arrebolada de la cara femenina. La soltó y respiró hondo.

—Haremos esa acampada, pero ahora es verdad que tengo mucho trabajo. En unos meses iré a España a la boda de Stefany y no quiero hacer una visita relámpago, sino tomarme mi tiempo para ver un poco el país. Me gustaría pasar allí un mes, y para ello debo terminar antes algunos encargos grandes y complicados.

—Me basta con saber que lo haremos algún día.

—Por supuesto que sí.

Olivia se recompuso la ropa, que se había torcido con el abrazo, ante su atenta mirada. Después, le dedicó una sonrisa radiante que lo dejó sin aliento.

—Ahora me voy, no te molesto más; sé que tienes prisa.

—Tengo que acondicionar el cuarto de invitados para mi visita. Mañana lo más seguro es que llegue tarde y cansado.

—Dale recuerdos de mi parte. Adiós, Scott.

—Adiós.

La vio bajar del coche y alejarse en la calle en dirección al suyo. Sintió deseos de correr tras ella y proponerle tomar un café. Sintió deseos también de proponerle muchas más cosas, pero en lugar de hacerlo, arrancó el vehículo y se perdió en la distancia. Con una sensación agri dulce de felicidad y temor. Felicidad de haber aclarado las cosas y de haberla recuperado, y temor porque sabía que le iba a costar mucho trabajo volver a ser el Scott que ella deseaba.

## Capítulo 20

Scott recogió a Stefany cuando llegó al aeropuerto cargada con una gran maleta llena de ropa y regalos y dispuesta a pasar quince días en su ciudad natal. Cuando se reunieron, se fundieron en un sentido abrazo que arrancó lágrimas de emoción en los ojos de ambos. Nadie que los hubiera visto pensaría que se trataba de dos amigos, sino de unos enamorados que llevaban tiempo sin verse.

Cuando pudieron separarse se contemplaron a placer, con las manos agarradas, asimilando los cambios producidos en el otro durante los meses que llevaban separados.

—Estás más delgada... ¿No te da de comer ese maldito español?

—Como de manera diferente. Manuel tiene que mantenerse en forma por su profesión, de modo que hacemos una dieta saludable, y salgo a correr con él varias veces por semana.

—Y por lo demás, ¿todo bien? ¿La convivencia? —preguntó apenas se instalaron en el coche para dirigirse a la ciudad. Aunque sabía la respuesta, la expresión luminosa de la cara de Stefany lo decía todo, se sentía extraño de no ser él quien velase por el bienestar de su amiga.

—Tuvimos que adaptarnos el uno al otro, por supuesto, y yo al país. Diferencia de horarios, de clima, de rutinas; allí almuerzan y cenan tardísimo. Pero nada que no hayamos superado con amor y buena voluntad.

—No voy a poder romperle la cara, entonces.

—Me temo que no. Soy muy feliz.

—Me alegre, cariño.

—¿Y qué es eso de que te has enamorado de tu prima Olivia?

—No es mi prima. Y esta conversación no es la más adecuada para mantener mientras conduzco. Me altera.

—De acuerdo. Pero no pienses que te vas a librar de contármelo todo con detalle.

—Ni por un momento. Has cruzado todo un océano para oír en vivo y en directo esos detalles —afirmó.

—No, tonto, esa ha sido la excusa. He venido porque ya te echaba de menos y me moría de ganas de darte un abrazo. Y de paso, comer uno de tus desayunos especiales cargado de calorías y cosas ricas.

—¿Qué te dan de desayunar en España? —preguntó suspicaz.

—Tostadas con aceite de oliva y tomate, muy buenas y sanas, pero aburridas. Y zumo de naranja.

—Ten por seguro que mañana tomarás uno de los desayunos *made in Scott*.

—¡No veo el momento!

Cuando llegaron a la urbanización donde habían sido vecinos toda la vida, le preguntó:

—¿Dónde llevo tu equipaje?

—Me encantaría quedarme en mi casa, pero temo que estará hecha unos zorros. ¿Te importa acogerme un par de días mientras encargo que la limpien?

—Yo contaba con que te quedases las dos semanas.

—Sé que lo dices de corazón, pero es mi casa y la echo de menos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Pero las comidas las haré aquí —advirtió.

—Por supuesto.

Entraron y llevaron el equipaje a la habitación de invitados. Desde la ventana, Stefany contempló su casa y él adivinó que estaba deseando de ir a echar un vistazo. Hacía un año que había salido de ella para empezar una nueva vida con Manuel, un militar español que le robó el corazón cuando la rescató de un hospital mexicano tras el terrible terremoto que devastó la ciudad. Manuel cuidó de ella y la llevó a casa, enamorándola en el camino.

Le dejó un rato de privacidad para que recorriera su vivienda, mientras él se encargaba de avisar a la empresa de limpieza que utilizaban para dejar a punto las casas decoradas y restauradas.

Cuando la chica regresó con los ojos impregnados de nostalgia, la abrazó de nuevo, con ternura, con amor. Pero el cuerpo de Stefany no le alteró el pulso, ni le hizo arder la sangre.

—¿Echas de menos esto?

—Hay cosas que siempre echaré de menos: mi casa, a ti... Pero, por otro lado, me gusta mi piso en Valencia, cerca del mar, y dormir cada noche con un morenazo que me vuelve loca.

—Puedes tener las dos cosas. Ven más a menudo, no creo que Manuel te ponga ningún impedimento.

—Lo haré. Este primer año ha sido complicado, con muchos cambios en la vida de los dos. Pero te prometo que a partir de ahora te veré con más frecuencia. Recuerda que en dos meses tienes que venir a Sevilla, a mi boda.

La soltó al fin.

—Con traje y cuarenta grados de temperatura.

—Cosas peores has hecho por mí.

—Lo dudo.

—Bueno, basta ya de hablar de mi vida. —Se sentó a la mesa de la cocina, donde tantas comidas habían compartido, y, agarrándole la mano, lo hizo acomodarse junto a ella—. ¡Desembucha! ¿Cómo es eso de que crees estar enamorado de Olivia?



—No lo creo, lo estoy.

—Cuando hablamos me dijiste que no estabas seguro.

—De eso hace más de una semana.

—¿Qué ha pasado en estos días? Te pedí que no hicieras nada hasta que hablásemos.

—Me he mantenido alejado... y ha sido un infierno. Coincidimos el domingo en casa de mis padres y no podía apartar los ojos de ella. Parecía un idiota embobado y en lo único que pensaba era en arrastrarla a otra habitación para besarla.

—¿Cómo ha sucedido? Cuando me fui, si no recuerdo mal, no te apetecía nada asistir a una merienda donde ella estaría.

—No sé cómo, solo que sucedió. Descubrí que Olivia no es la mujer que siempre hemos pensado. Es sensible y divertida, su faceta de mujer seria y desagradable es solo una fachada.

—Me cuesta creerlo, Scott.

—A mí también, al principio. Pero poco a poco, a raíz de su mudanza, empecé a conocerla y a ver que dentro de esa capa de frialdad que muestra al mundo hay una mujer muy diferente. Y si no te lo crees, mira.

Cogió el móvil y buscó en la galería de imágenes hasta encontrar la fotografía que les tomó Patty en la cabaña cubiertos de agua y barro. La sorpresa de Stefany fue mayúscula y se reflejó en su cara.

—¿Qué os había pasado? Estáis enfangados y... ¿sonríe?

—Nos revolcamos en el barro, bajo la lluvia, por placer —rio evocando el momento.

—¿Por placer? ¿Olivia?

—Sí. Es esa mujer la que me ha enamorado, no la de antes.

—Ya veo. ¿Y ella? ¿Te corresponde?

—Temo que no.

—¿No? Me dijiste que os acostasteis, si no entendí mal.

—Entendiste bien, pero fue solo una vez y bajo circunstancias especiales. Su avión fue secuestrado y la tomaron de rehén. Yo pasé la noche con ella para que no se quedara sola porque estaba muy nerviosa y... bueno, sucedió. La besé y después —respiró hondo— no podía parar. No me había dado cuenta de que la deseaba, de que para mí había dejado de ser la hija de Andrew para convertirse en una mujer preciosa. Después he sido muy consciente de todo eso.

—¿Y ella?

—Se dejó llevar, se dejó consolar, pero no le da más importancia a lo que pasó. A mí me dejó devastado —admitió con la cara entre las manos—, como si la realidad, una que no había visto antes, me hubiera golpeado de repente. Desde aquella noche no puedo dejar de pensar en ella, de deseársela. De soñar con cosas que nunca había querido antes. Estoy bien jodido. Porque, además, es la hija de Andrew y siento que he traicionado su confianza acostándome con ella. Olivia me dijo que lo que pasó es algo entre nosotros, que no afecta a su padre para nada, pero no puedo evitarlo. Porque no es como si ella sintiera algo por mí. Entonces yo le pediría su mano,

simbólicamente, claro, y podríamos tener una relación oficial. No es lo mismo que echarle un polvo y olvidarlo luego.

—Pero no lo has olvidado.

—No. Y lo más terrible es que me muero por repetirlo, tanto que no he vuelto a aparecer por su casa para no correr el riesgo de que Patty no esté y no sea capaz de controlarme.

—Claro que te controlarías, bastaría con que ella te dijera que no. Y ya sé que dices que Olivia no es la mujer que pienso, pero si hay una cosa de la que estoy segura es de que tuvo que alentarte de alguna forma para que te dejaras llevar.

—Estaba destrozada, necesitaba consuelo.

—Cuando yo necesito consuelo me basta con un abrazo. No voy más lejos. ¿Recuerdas las veces que Manuel y yo lo dejamos? Estaba hecha polvo, pero no pasamos de un abrazo, alguna borrachera y muchas llantinas sobre tu hombro.

—Es diferente.

—No lo es; quizás deberías preguntarle si te corresponde.

—No puedo hacer eso. No me ha dado indicios de que sea así, y no puedo fallarle de nuevo. Ya lo hice demasiadas veces en el pasado. Tengo que controlar lo que siento y comportarme como el amigo que siempre deseó y nunca fui. El domingo me pidió que no permitiera que un polvo nos separase de nuevo. También me dijo que le gustaría saludarte —añadió recordando la petición que le hizo.

—Estupendo. Yo también estoy deseando descubrir a la nueva Olivia —dijo sin poder evitar que el sarcasmo impregnara su voz.

—Ya descubrirás que tengo razón.

—Es posible, pero recuerda que yo no tengo pene y le costará más trabajo convencerme.

—Si no me prometes que te comportarás, no propiciaré un encuentro.

—Te lo prometo, claro que sí. Ahora, dame algo de cenar y me voy a la cama, que el *jet lag* me está matando.

—Ahora mismo.

\*\*\*

Stefany se integró en la rutina de la vida de Scott como si nunca se hubiera marchado. Al día siguiente de su llegada se instaló en su casa, ya limpia, y comenzó a revisar la documentación de su empresa con la persona que había contratado para que la gestionara en su ausencia. Hacía todas las comidas en casa de Scott y disfrutaban como en el pasado de largas y animadas charlas.

Hasta el tercer día de su estancia en Richmond este no pudo concertar un encuentro con Olivia, debido a los turnos de esta. La invitó a merendar en su casa, y ella aguardaba en momento con expectación. Tenía ganas de ver el cambio anunciado, y también el comportamiento de la pareja juntos. Le resultaba tan extraña la idea de su amigo enamorado de la mujer a la que había

aborrecido durante años, que necesitaba verlo para creerlo.

Olivia llegó puntual, vestida como era habitual en ella, con una falda en tono malva y una blusa blanca. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo y se asemejaba más a la mujer de antaño que a la que Scott le había descrito, pero no dijo nada. Observó cómo se besaban con afecto, su amigo algo rígido por la cercanía, y después, la recién llegada se acercó hasta ella y la saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—Hola, Stefany. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—También.

La situación era tensa. Ninguno de los presentes encontraba nada más que decir y Scott recurrió al tópico de los tópicos.

—¿Qué os apetece tomar?

—Un té, por favor —pidió Olivia.

—Café —solicitó ella.

Mientras el anfitrión se dedicaba a preparar las bebidas, ellas, acomodadas en el sofá, se miraban con cautela. Dejó que Olivia iniciara una conversación, poco dispuesta a ponérselo fácil. Scott era su amigo del alma y hasta que no averiguase qué pretendía la mujer que tenía delante, no le daría un voto de confianza.

—Me ha dicho Scott que te vas a casar.

—Sí, en unos meses.

—Enhorabuena. Espero que seas muy feliz.

—Gracias, en eso confío. A mí me comentó que ya no vives con tus padres.

—He alquilado un piso con una compañera cerca del aeropuerto. Tu hermana se ocupó de decorar alguna de las habitaciones.

—Sí, lo sé —admitió—. A partir de cierta edad se necesita un poco de intimidad e independencia.

A pesar de los evidentes esfuerzos por mantener una conversación, Olivia estaba tensa, y decidió suavizar un poco su postura.

—Así es. Por muy bien que te lleves con tus padres todo el mundo quiere tener su propia casa.

—¿Te ha costado mucho acostumbrarte a vivir sola? Yo tuve mucha suerte, cuando mis padres murieron conté con la ayuda de Scott en todo momento.

La cara de Olivia se crispó por un instante, pero en seguida recuperó el control.

—También yo. Está siendo un gran amigo y a menudo viene a casa y cocina para Patty y para mí.

—¿Patty es tu compañera de apartamento?

—Sí.

—Scott es un gran amigo de sus amigos.

—Lo sé. Yo... le pedí que organizara un encuentro entre nosotras.

—¿Por algún motivo especial? —Dejó salir la suspicacia que le había producido la petición—. Nunca tuvimos mucha afinidad.

—Porque... —su interlocutora respiró hondo— siempre he estado equivocada respecto a él y pensé que tal vez me sucediera lo mismo contigo.

Se sintió desarmada ante la franqueza de la mujer.

—También afirma que nosotros, los dos, lo estábamos sobre ti. Pero reconoce que has sido bastante borde durante años.

—Yo podría reprocharos también algunas cosas, pero... el pasado es el pasado y no quiero mantener rencores antiguos. Sobre todo, ahora que él y yo... nos llevamos bien.

Entrecerró los ojos y analizó el rostro de Olivia, en el que había aparecido un leve sonrojo.

El aludido apareció con una bandeja en la que portaba servicios de café y té, y un plato de galletas de jengibre, su debilidad. Mostró su entusiasmo palmeando como si fuera una cría, sin dejar de observar la reacción de la otra mujer.

—¿Son mis galletas de jengibre favoritas?

—Por supuesto. ¿Pensabas que no te las iba a hacer?

Olivia tensó el rostro y la espalda se le puso rígida.

—¿Tú tienes algún plato preferido, Olivia? —preguntó maliciosa.

—No. Scott suele hacernos espaguetis, aunque... me encanta el flan de caramelo. Hace... muchos años que no lo tomo. —Hubo un ligero temblor en los labios pintados de rosa. En su vestuario, así como en su maquillaje, predominaba este color

—Buscaré la receta —prometió Scott sentándose a su lado y sirviéndose una taza de café y una cálida sonrisa iluminó la cara de Olivia.

—Gracias.

—Nunca me has dicho que tuvieras un plato favorito —comentó él.

—Lo había olvidado.

—Espero que cuando yo te lo prepare lo recuerdes.

—De eso puedes estar seguro.

Una leve sonrisa curvó la boca de la chica. Nunca la había visto sonreír. Y menos sonreírle a Scott.

Tomaron la merienda en medio de una conversación animada, como nunca la habían mantenido. La tensión inicial se fue relajando y Stefany decidió darle un voto de confianza. Cuando las tazas y platos estuvieron vacíos, las ganas de Scott de quedarse a solas con su invitada eran tan evidentes que decidió darles un poco de intimidad. Se levantó del sofá y murmuró una excusa.

—Disculpadme un minuto. Voy a casa un momento, tengo que hacer una llamada que requiere intimidad.

—¡Ay, el amor! —murmuró Scott mientras ella desaparecía por la puerta de la cocina en dirección a su vivienda.

Olivia y Scott se quedaron solos, y él la interrogó con la mirada.

—¿Qué te ha parecido? ¿Te has sentido cómoda?

Olivia se encogió de hombros.

—Sí, pero sigo sin gustarle, lo noto. Supongo que necesitaremos tiempo.

—No sabes cuánto te agradezco que quieras conocerla mejor. Para mí es importante que os llevéis bien.

—Lo sé; por eso estoy aquí.

Por un momento se quedaron prendidas las miradas. Hacía mucho que no estaban a solas. Unas semanas de tiempo, pero a los dos les parecía mucho más.

—Gracias. Te prometo que te prepararé ese flan que es tu preferido, y tú me tendrás que contar por qué has olvidado que lo es. Y dónde lo comías.

—Mejor no.

Alargó la mano y le agarró la barbilla para que alzara la mirada hasta enfrentar sus ojos.

—Algún día conseguiré que me cuentes todos tus secretos.

Olivia giró la cara, evitándolos.

—Yo no tengo secretos.

—Lo conseguiré.

La respiración agitada de la chica le alteró el pulso. Alzó la mirada hacia la casa de enfrente y vio a Stefany con el teléfono en el oído, observarlos desde la ventana. Bajó la mano y se separó.

—¿Te quedas a cenar?

—No, mejor no. Con Stefany prefiero ir poco a poco. Además, solo tenéis unos días para estar juntos, y mucho que contaros. Eso sí, espero verte por casa cuando se vaya.

—¡Cuenta con ello!

Consciente de que su amiga les seguía observando se sirvió una nueva taza de café y se entretuvo en beberla a pequeños sorbos. Cuando Stefany regresó diez minutos después, Olivia se despidió y se marchó, y ellos se volvieron a quedar a solas en la cocina.

—¿Y bien? —preguntó con mirada anhelante. Necesitaba que Stefany entendiera su amor por Olivia, el cambio producido en ella y el motivo de sus sentimientos.

—No puedo negar que se ha esforzado. Lo que no entiendo es porqué lo ha hecho, por qué ahora desea congraciarse conmigo.

—Porque quiere enterrar el pasado.

—¿Para qué? Yo vivo ahora a miles de kilómetros, y si me vuelve a ver será dentro de muchos meses. ¿Qué más da si seguimos cayéndonos mal? Para mí los cambios de actitud deben tener un motivo, y no veo los de Olivia. A no ser que...

—¿Qué?

—Que ella también sienta algo por ti y quiera un futuro contigo. Entonces tendría que lidiar con mi persona aunque fuera en la distancia.

—No vayas por ahí, no hay nada de eso. Tampoco es necesario un motivo para remediar actitudes del pasado. No le des más vueltas, Stefany.

—De acuerdo, aceptaré que ha cambiado y esa amistad, o al menos pipa de la paz, que me ofrece porque sé que es importante para ti que estemos en buenos términos. Pero para ganarse mi amistad me tendrá que demostrar muchas cosas en el futuro.

—Gracias.

Stefany alargó la mano y cogió dos galletas más del plato. Olivia apenas las había probado.

—Si comes más, no cenarás.

—Me da igual. Ya volveré a la vida sana cuando regrese; de momento me dejo mimar por mi cocinero favorito. ¿Ponemos una peli?

—Ahora mismo.

Se sentaron en el sofá con el plato de galletas y un cuenco de palomitas dulces, como habían hecho tantas veces en el pasado, dispuestos a aprovechar los pocos días que les quedaban de estar juntos.

## Capítulo 21

Olivia se levantó tarde aquella mañana. Había llegado cansada la noche anterior, y con dolor de cabeza después de varios vuelos cortos y muy seguidos, y los continuos cambios de presión entre la cabina y las estancias en tierra le estaban pasando factura. También las noches que llevaba durmiendo mal porque Scott continuaba sin dar señales de vida desde la tarde que merendó con él y con Stefany. Aunque sabía que no había una relación amorosa entre ellos, la amistad que se profesaban y que ella nunca llegaría a igualar provocaba sus celos. Le echaba de menos, se había acostumbrado a su presencia, a sus detalles y a su sonrisa. No sabía cuántos días se quedaría su invitada, ni tampoco cuánto tardaría él en cumplir su promesa de pasar por el apartamento.

Aquella mañana, después de una noche agitada, se preparó un café que acompañó con un analgésico, con la esperanza de encontrarse mejor para afrontar el turno de tarde.

Se dio una ducha y trataba de relajarse cuando sonó el timbre de la puerta. No era una hora habitual de visitas y el corazón le empezó a latir con fuerza ante la posibilidad de un encuentro inmediato con el hombre que había poblado sus sueños.

—¿Quién es?

—Stefany.

Decepcionada, abrió de inmediato a pesar de no estar muy presentable para recibir a nadie. Ni siquiera se había vestido más allá de una bata sobre la ropa interior.

—Hola —saludó con curiosidad. Scott no la acompañaba y se preguntó a qué se debería el dudoso honor de la visita. No obstante, preguntó—: ¿Vienes sola?

—Sí. Scott no sabe que estoy aquí. Me voy mañana y me gustaría hablar contigo antes de marcharme.

Le franqueó la entrada y la acompañó hasta el sofá. La visitante miró a su alrededor antes de sentarse.

—Es bonito el salón. ¿Obra de Scott?

—Él colgó los cuadros y demás, pero la decoración la elegimos entre Patty y yo. Del cuarto de ella sí se ocupó vuestra empresa, tu hermana en concreto.

—Sí, Alice lleva la decoración de interiores, y yo los diseños informáticos.

—Y Scott las instalaciones.

—Así es. —Se acomodó en el sofá y comentó—: Te preguntarás a qué he venido.

—Imagino que a despedirte, ¿no?

—También a eso, pero en realidad quería hablar contigo de un par de cosas sin que él esté delante.

No imaginaba de qué querría hablar su visitante a espaldas de Scott, puesto que él era el único lazo de unión que tenían. No obstante, se mostró cortés.

—Tú dirás.

—La otra tarde hiciste un esfuerzo para tratar de resolver el mutuo rechazo que tuvimos en el pasado. Sé que yo no puse mucho de mi parte, pero quiero ser sincera contigo, es por eso por lo que he venido. Me cuesta creer que hayas cambiado, que te hayas convertido en la chica dulce de la que Scott habla. Durante años te he visto tratarle tan mal que llegaba a temer encontrarse contigo en un acontecimiento familiar. Siempre pensé que lo hacías porque eras así de borde, pero después de que me haya confesado que os habéis hecho amigos, y de tu intento de ser amable conmigo, sospecho que puede haber otro motivo. ¿Lo hay?

—No entiendo qué pretendes insinuar. Yo no tengo ningún motivo oculto para buscar la amistad de Scott; de hecho, no la he propiciado yo sino él. Si quieres aceptar mi oferta de reconciliación bien, y si no, yo lo he intentado —respondió mientras sentía aflorar de nuevo a la Olivia del pasado. Stefany la había ofendido con su suspicacia.

—Lo haces por Scott, ¿verdad?

—Por supuesto. No tengo especial interés en llevarme bien contigo. Pero sé que a él le gustaría que las dos tuviéramos una buena relación, aunque no podamos ser amigas.

—Es posible que podamos, si las dos ponemos de nuestra parte. ¿O tienes algo contra mí?

Se estudiaron desafiantes una a la otra. Su cara tensa, los ojos grises enfadados y tormentosos, y los de Stefany, inquisidores.

—No tengo nada contra ti —afirmó con tono cortante—; he dado el primer paso.

—Y yo estoy aquí.

Se hizo un breve silencio. Olivia escrutó los ojos de su visitante y por primera vez encontró buena voluntad en ellos.

—Os vi la otra tarde —confesó Stefany conciliadora—, desde mi ventana. Había mucha intimidad entre vosotros. Me dio la impresión de que sentíais algo más que amistad el uno por el otro.

Desvió la mirada, poco dispuesta a admitir nada.

—No es así. Quizás te lo parece porque ya no discutimos a cada momento, pero solo somos buenos amigos. Aunque no tanto como vosotros, desde luego —añadió con una pizca de decepción.

—Entiendo. Estás celosa, ¿no es así? ¿Es eso lo que has tenido todos estos años contra mí?

—No. Sé que nunca llegaré a ser tan amiga suya como lo eres tú.

—No estoy hablando de amistad, Olivia.

—Yo sí.



—De acuerdo. Solo he venido a explicarte mi comportamiento de la otra tarde, y a invitarte a mi boda, si te apetece asistir.

—Gracias. No creo que pueda, es muy lejos y mi trabajo tiene turnos muy irregulares.

—De todas formas, considérate invitada. Tal vez a Scott y a ti os venga bien unos días lejos de Richmond y de la familia.

Sintió que la mirada de su visitante la taladraba queriendo decirle algo.

—Veré si lo puedo arreglar —dijo sin mucho convencimiento.

Stefany miró el reloj y se levantó.

—Tengo que irme, aún debo hacer el equipaje y cerrar mi casa para otra larga temporada.

Aliviada la imitó y la acompañó a la puerta. Su visitante le tendió la mano.

—¿Amigas? Por Scott...

—De acuerdo. Por él —respondió estrechándola.

Vio cómo se perdía en el ascensor y mientras cerraba la puerta se preguntó si habría logrado esconder su secreto a la sagaz mirada de Stefany. Porque estaba segura de que, si lo había averiguado, correría a decírselo a Scott. Y entonces él se alejaría por temor a hacerle daño. No podía ir a esa boda, por mucho que deseara pasar unos días con él, alejados de todo, porque Stefany sospechaba y se daría cuenta cuando los viera juntos.

\*\*\*

La última noche que Stefany pasó en Richmond, Scott y ella trataron de aprovechar el tiempo al máximo. El avión saldría al alba, por lo que ni siquiera se acostaron. Se encontrarían de nuevo después de dos meses en Sevilla, pero la despedida les costaba y siempre les costaría.

—Se me va a hacer raro verte como a una señora casada.

—No más que a mí verte enamorado. Y de Olivia, además.

—No terminas de aceptarla, ¿eh? —preguntó suspicaz.

—También a ti te costó Manuel. Pero la acepto, claro que sí, si te hace feliz. De hecho, esta mañana he ido a verla y la he invitado a mi boda.

—¿Solo para invitarla a la boda? ¿Qué tramas?

—Quería mirarla a los ojos y averiguar una cosa.

—¿Qué cosa? ¡No le habrás dicho que sabes que nos acostamos juntos...! —La alarma se hizo patente en la voz de Scott.

—Claro que no. Me habría despellejado viva.

—No; me habría despellejado a mí.

—No lo creo. Le importas.

—Para eso no necesitabas ir, te lo hubiera dicho yo. ¿Ha aceptado la invitación?

—No, se ha excusado con el trabajo, pero tal vez si la invitaras tú...

—Sería muy descarado, ¿no te parece? Además, quizás me venga bien estar lejos unos días

para calmar mis hormonas revueltas.

—¿Hormonas revueltas? —Rio con ganas—. Eso es para quinceañeros. Tú estás pillado hasta la médula, y eso no se te va a pasar con unos días y unos kilómetros de distancia. ¿Por qué no lo intentas?

—¿Intentar qué?

—Conquistarla, seducirla...

—¿Me imaginas seduciendo a alguien? No sabría, Stefany. Yo no soy ningún conquistador, sino un hombre sencillo que ofrece el corazón. No sé de seducciones ni conquistas. Ya tengo asumido que las mujeres me quieren para un polvo, para llorar en mi hombro o para que les cocine, pero ninguna se ha interesado jamás en mantener una relación conmigo. Y Olivia no es una excepción. Estoy condenado a ser el eterno amigo.

—Al menos dime que no te vas a rendir.

—No puedo rendirme, no quiero hacerle daño. Seguiré cocinando para ella y ofreciéndole mi hombro, porque el polvo ya lo tuvimos.

—¡Ven aquí! Yo te ofrezco el mío...

Scott abrazó a su amiga y apoyó la cara en el hueco del hombro.

—Gracias... voy a echarte de menos otra vez.

—Creo que será mejor que pongamos una película o algo hasta la hora de ir al aeropuerto, o nos vamos a poner *moñas*.

—Sí, mejor.

Durante un par de horas dormitaron en el sofá con las escenas que mostraba la televisión, acurrucados uno con el otro, como siempre habían hecho.

\*\*\*

Stefany se marchó al amanecer y Scott, tras dejarla en el aeropuerto, debería haberse ido a supervisar un trabajo, pero no lo hizo. Desde la terminal, mientras esperaba que su amiga confirmase el embarque, se conectó a Internet para buscar recetas de flan de caramelo, porque cuando le preguntó a Melissa esta le confesó que jamás le había preparado ese postre a su hija.

No sabía el turno de las chicas, pero se arriesgaría a visitarlas. Prefería que estuvieran las dos, porque las ganas de ver a Olivia eran tan intensas que temía delatarse, pero se sentía incapaz de esperar ni un día más.

Regresó a su casa y, tras tomarse dos tazas de café bien cargado, se puso a preparar el postre. No sentía el cansancio, mientras imaginaba los ojos grises iluminados por la sorpresa, ilusionado como un niño pequeño que prepara un regalo a los mayores. Solo que en esa ocasión el mayor era él.

Sentía el tiempo que llevaba alejado, pero había sido necesario para asimilar la noche que pasaron juntos y el terremoto emocional que había supuesto para él descubrir que había mucho

más que amistad en lo que sentía por Olivia. No sabía cómo, pero aquella mujer seria, controlada y preciosa se le había ido metiendo en la piel y en el corazón sin que se diera cuenta. El hecho de que fuera hija de Andrew había dejado de ser un problema en las últimas semanas, el problema era que ella no sentía lo mismo.

Sabía que debería alejarse, porque tenerla cerca y no poder mostrarle la verdadera naturaleza de sus sentimientos le iba a costar mucho, pero no se encontraba capaz. Y mucho menos después de que le pidiera, con los ojos cargados de emoción, que no se apartara. No le fallaría de nuevo, aunque le fuera la vida en ello.

Terminó el flan, esperaba que la receta que había elegido se pareciera a la que recordaba, y lo dejó enfriando. Solo entonces se fue al trabajo. Ser tu propio jefe tenía sus ventajas.

Estuvo todo el día nervioso como un colegial, apenas paró para comer un bocadillo tomado de pie y acompañado de una botella de agua y varios cafés para combatir el sueño. y después de terminar la jornada laboral se marchó a su casa. Desde el garaje llamó a Patty, y esta le confirmó que, en un par de horas, ambas estarían en el piso.

## Capítulo 22

Olivia se encontraba en la cocina cuando llegó su compañera de apartamento. Había estado de guardia, pero no la habían llamado, por lo que pasó el día haciendo la colada y cocinando para la dura semana que le esperaba, llena de turnos cambiantes y caóticos. Ella lo había pedido así, para acumular días de descanso por si Scott le proponía ir de acampada, aprovechando que el buen tiempo se había instaurado con la próxima llegada del verano.

Patty entró más seria que de costumbre, con una expresión enigmática. Le echó una rápida mirada al pantalón de pijama que vestía y musitó:

—Yo de ti me arreglaría un poco; vamos a tener visita.

—¿Scott? —preguntó con cautela mientras echaba un vistazo a la carne que tenía en el horno.

—Ajá. Me ha llamado preguntando si estaremos esta tarde en casa. De modo que ponte guapa y mete su cerveza preferida en el frigorífico.

—Siempre tengo alguna botella, aunque no esperaba verle tan pronto. A pesar de que Stefany se marchaba hoy, no estaba segura de que viniese.

—Pues ya ves que sí. Y no te extrañe que os deje solos en cuanto lo salude.

—No, Patty, por favor. Si te ha llamado a ti es para asegurarse de que estarías presente, porque no quiere quedarse a solas conmigo. Estoy segura de que, si te vas, él lo hará también.

—Está bien; lo haré por ti, aunque no me apetecen las visitas hoy.

Olivia se inquietó. Su amiga era la persona más sociable que conocía y siempre estaba dispuesta a pasar un buen rato en agradable compañía. Y más si se trataba de Scott. Tras mirarla bien, la notó un poco apagada.

—¿Estás enferma?

—No, solo he tenido un mal encuentro.

—¿Qué tipo de mal encuentro?

—Mi ex venía en el avión, con uno de sus mejores amigos. No lo veía desde que cortamos, aunque últimamente me ha mandado algunos mensajes pidiéndome que nos viéramos. No he respondido a ninguno, pero hoy no he podido evitar encontrármelo.

—Aún te afecta. —No era una pregunta.

—Todavía siento algo por él, sí. No podría retomar lo que tuvimos porque me decepcionó mucho, pero... no lo he olvidado. Y hoy ha sido la prueba. Aunque solo hemos intercambiado

unos saludos convencionales la forma en que me ha mirado me ha hecho recordar muchas cosas. Estoy un poco abatida, la verdad.

—Lo siento. Si quieres llamamos a Scott para que venga otro día.

—¡Ni hablar! Llevas semanas esperando verle cruzar esa puerta. Corre a cambiarte de ropa, antes de que llegue.

—Gracias.

Se apresuró a entrar en su habitación y rebuscó en el armario. Escogió un favorecedor vestido en tonos verdes de manga al codo y corte imperio. No lo bastante sexi para que pensase que se había arreglado para impresionarlo, pero tampoco los habituales pantalones vaqueros y camisetas que solía llevar en casa. Dudó si recogerse la melena, pero decidió dejarla suelta sobre la espalda.

—Estás guapísima —comentó Patty al verla—. Tienes que conseguir que te siga viendo como una mujer, ya que ha dado el paso, y no como a la pequeña Olivia de su niñez.

—Tampoco quiero asustarlo. Me conformo con que venga.

El timbre sonó en ese instante.

—Voy a darme una ducha; en seguida salgo.

Se apresuró a abrir el portero electrónico tras comprobar que era Scott y le esperó con la puerta entreabierta.

Él salió del ascensor con un envoltorio en las manos, que llevaba con sumo cuidado. Entró en el apartamento y se saludaron con el habitual beso en la mejilla.

—¡Traigo el postre! —afirmó él levantando un *tupper*, que colocó sobre la encimera de la cocina.

—A ver...

Se inclinó, quitó la tapa y descubrió un alargado y bamboleante flan que le trajo recuerdos muy lejanos. Alzó los ojos y se encontró con la mirada radiante que la contemplaba con expectación.

—¡Gracias! —susurró, y colgándose de su cuello en un impulso, le estampó un sonoro beso en la cara, muy cerca de la boca. Tan cerca que hubiera bastado un leve movimiento para que los labios se unieran.

El cuerpo de Scott se tensó al posar las manos en la cintura femenina para impedir que cayera por el impulso. Las mantuvo allí unos segundos, los suficientes para que se estabilizase, y luego las dejó caer, con un supremo esfuerzo.

La voz de Patty, saliendo de su habitación, terminó de separarlos, con aire culpable.

—¿Interrumpo algo?

—Scott ha traído flan de caramelo, mi favorito —comentó Olivia como si eso pudiera explicar el abrazo.

—Tiene una pinta deliciosa. Deja que te dé las gracias yo también, aunque no sea mi favorito.

—Se acercó y lo abrazó mientras le estampaba dos sonoros besos en las mejillas.

—Creo que lo prepararé más a menudo, si os pone tan cariñosas.

—Lo que nos pone cariñosas es tu larga ausencia. Te hemos echado de menos, ¿verdad, Olivia?

—Sí. A ti y a tus guisos. Nosotras hemos preparado un asado para esta noche, espero que esté a la altura del postre.

—Seguro que sí.

Patty abrió una botella de vino para ellas y Olivia ofreció a Scott una de sus cervezas favoritas, bien fría.

Se sentaron a la mesa dispuestos a disfrutar de una cena agradable. Olivia contemplaba a su amiga participar en la conversación de forma animada, a pesar de no estar en su mejor momento. Pensó que tendría que agradecerle que hubiera normalizado el abrazo que había sorprendido entre Scott y ella con su demostración de bienvenida.

—¿Ya se ha marchado tu amiga? —preguntó Patty mientras comenzaban a comer.

—Sí, esta mañana. Lamento haber estado tan ausente, pero solo tenía quince días para tratar un montón de asuntos con ella, bastantes de trabajo.

—No te estamos reprochando nada, lo entendemos, ¿verdad, Olivia?

—Por supuesto.

—Pero ahora esperamos verte por aquí con la frecuencia de antes. Hay un par de series nuevas que estamos reservando para ver contigo.

—Genial, porque llevo semanas sin ver nada. Stefany y yo nos hemos dedicado a charlar en las sobremesas. Tenía muchas cosas que contarme sobre su nueva vida y sus planes de boda. También me ha acompañado a comprar el traje que me obligará a vestir en ella. Insiste en que debo ser quien la lleve al altar, con lo poco que me gustan esas cosas. ¡Y con traje! Mirad...

Sacó el móvil y les enseñó una foto tomada en el probador de un conocido comercio de ropa masculina de marca, vestido con un elegante traje oscuro que estilizaba su figura corpulenta.

—¿Qué guapo! —exclamó Olivia sin poder contenerse.

—Muy sexi —afirmó Patty.

—Ya veremos lo sexi que estoy cuando empiece a empaparme de sudor con tanta ropa encima. Cuarenta grados suele hacer en Sevilla en julio. Voy a morir por amistad.

Las dos chicas lanzaron una carcajada. El ambiente volvía a ser distendido, como siempre. Como si Scott no hubiera estado ausente más de tres semanas.

Tras la carne, de la que Scott dio buena cuenta, sirvieron el postre. El flan estaba tan delicioso como prometía su aspecto.

—¿Sabe como el de tu niñez?

—Mucho mejor, porque este he podido saborearlo hasta el final.

—Puedes repetir, todavía queda un buen trozo.

—Dejaré algo para mañana, la cena ha sido demasiado copiosa.

—¿Nos sentamos un rato a ver la tele para que la digestión no resulte demasiado pesada? —propuso Scott mientras ayudaba a recoger la cocina—. Si no tenéis que madrugar.

—Yo no —aceptó Olivia—. Mañana entro de tarde y hoy me he levantado a una hora aceptable.

—¿Patty?

—Solo un rato, estoy muy cansada hoy.

Se sentaron los tres en el amplio sofá. Scott en el centro con una chica a cada lado. A su memoria y a la de Olivia acudió el recuerdo de la noche en la cabaña en que ambas mujeres recostaron la cabeza en sus hombros. En esa ocasión, se limitaron a dejarse caer contra el respaldo y a clavar la mirada en la pantalla.

Apenas había pasado un cuarto de hora cuando Patty se levantó y se disculpó.

—Lo siento, chicos, me estoy durmiendo. Vais a tener que terminar el capítulo sin mí. Buenas noches.

—Buenas noches, Patty.

—Que descanses.

Se quedaron solos y un espeso silencio se extendió entre los dos.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Scott más por cortesía que por deseo de irse. En realidad, era lo último que le apetecía.

—Claro que no.

—Me alegro, porque hace días que quiero preguntarte una cosa, que intuyo que no deseas comentar en público.

Olivia inspiró hondo, para aliviar el nudo que acababa de formarse en su estómago. Lo miró con la cautela asomando en los ojos grises, muy claros en aquel momento.

—¿Qué quieres saber?

—Todo lo relacionado con el flan de caramelo —dijo él con un tono de voz tan firme que ella supo que no podría eludir la respuesta y que tendría que abrir la caja de pandora—. Le pregunté a tu madre la receta y me dijo que nunca te lo había preparado, que ni siquiera sabía que te gustaba, así que deduje que lo tomabas antes de que te adoptasen. Sé que prefieres no hablar de aquella etapa de tu vida, pero yo quiero que me lo cuentes; creo que me lo he ganado después de buscar la receta y pasarme buena parte de la mañana preparándolo. Te aseguro que lo que me digas, no saldrá de esta habitación.

—Lo sé. Pero no son recuerdos agradables y prefiero mantenerlos enterrados.

—Yo quiero saberlos. Necesito saberlos para conocer y entender a la verdadera Olivia que durante tanto tiempo ha sido un enigma para mí.

—De acuerdo; si hay alguien que merece conocerlos eres tú. —Suspiró para infundirse valor y comenzó a hablar—: Antes de que mis padres me adoptaran yo vivía en una especie de casa de acogida para niños sin familia. No recuerdo a mis padres biológicos, debieron morir antes de que yo tuviera conciencia de ellos. En mi mente solo aparece aquella casa en la que convivía con otros niños de diferentes edades y dos mujeres que se encargaban de cuidarnos. Los recuerdos que tengo de esa época son de frío y hambre. Y soledad. Era una vivienda oscura y sombría, ni un rayo de sol se colaba por las pequeñas ventanas cubiertas de cortinas oscuras. Las cuidadoras hacían lo necesario para mantenernos alimentados y limpios, pero nunca demostraron un ápice del amor

que necesita un niño. A pesar de todo hubiera sido soportable si no hubieran existido dos niños mayores que nos tenían aterrorizados a los tres más pequeños. Se acercaban a las camas por la noche y nos quitaban las mantas, con lo que amanecíamos ateridos de frío. También la comida. La servían en el comedor y las cuidadoras tomaban la suya en otra estancia. Aquellos dos críos nos obligaban a dejar la mitad de la comida en el plato, que terminaban ellos. Sobre todo, los platos más sabrosos.

—Como el flan de caramelo.

—Sí. Lo tomábamos como algo especial en las ocasiones en que recibíamos alguna visita o en Navidad. Me gustaba tanto que intentaba comer todo lo que pudiera antes de que me lo quitaran.

—¿Nunca te quejaste a las cuidadoras?

—Tenía mucho miedo. Venían por la noche a nuestra cama y nos amenazaban con hacernos cosas terribles si hablábamos. Éramos mucho más pequeños, ellos deberían tener diez o doce años.

—¿Te maltrataron alguna vez?

—No que yo recuerde. Solo nos agarraban del brazo, apretaban un poco y eso bastaba para que hiciéramos lo que decían. Los veíamos tan grandes, tan fuertes y, al menos yo, era tan pequeña... Por eso cuando vinieron mis padres y me sacaron de allí, me llevaron a una casa llena de sol, con una habitación para mí sola, y tuve una cama calentita y vestidos, y sobre todo comida en abundancia, apenas me atrevía a respirar para no enfadarlos y que me devolvieran al lugar del que venía. Mi mente de casi cinco años no entendía que no había vuelta atrás, que aquella sería mi casa para siempre. Empecé a controlar todo lo que hacía, sin permitirme un fallo, una mancha o rechazar un alimento. Tampoco osaba pedir que me preparasen nada especial. Pasaron años hasta que me sentí segura y pude devolverles todo el cariño que ellos me brindaban.

Una profunda emoción impregnaba cada palabra, cada gesto. Y Scott podía imaginar el temor y la inseguridad que habían marcado la infancia de Olivia, convirtiéndola en la mujer controlada y exigente consigo misma que era. La que él intentaba liberar de su coraza.

—¿Y las pesadillas? ¿Son de aquella época?

—Sí. Cuando mis padres se dieron cuenta de que las sufría me llevaron al psicólogo y este consiguió que remitiesen tras un par de años de terapia. Pero no han desaparecido del todo, basta que me sienta amenazada en algún sentido para que aparezcan de nuevo durante un tiempo.

—¿Es un sueño recurrente?

—No son imágenes, sino sensaciones: frío, hambre, miedo... En ellos vuelvo a ser la niña de pocos años aterrorizada, esperando que aquellos monstruos aparecieran junto a mi cama para pedir o exigir algo nuevo, o cumplir sus amenazas si no había dejado suficiente comida en el plato para que ellos la terminasen.

Scott alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Siento que hayas vivido todo eso, y me alegro de que Andrew y Melissa te sacaran de allí. Entiendo tu actitud, tu control, tu forma de ser. Pero eso ha pasado, Olivia, tienes que romper esa



coraza con que te recubres. Deja de controlar tus emociones, suéltalas, déjalas fluir. Nadie quiere hacerte daño ahora.

—Lo estoy haciendo. Tú estás consiguiendo que lo haga. ¿O piensas que antes hubiera saltado a tu cuello, aunque me hubieras traído diez flanes de caramelo?

—No, te habrías limitado a dar las gracias y solo esos ojos tuyos tan especiales habrían reflejado lo que sentías en verdad. Es la única parte de tu cuerpo que escapa a tu control y refleja tus sentimientos.

—¿En serio? ¿Tengo que comprarme unas gafas oscuras para que no me desnudes por dentro? ¿Acaso puedes ver lo que siento ahora?

Scott agarró la barbilla y le alzó la cara hasta perderse en esa mirada que se había oscurecido después de las confidencias que acababa de hacerle. Se le antojaron del mismo tono que la noche en que la sacó de su pesadilla, antes de que hicieran el amor. El pecho femenino subía y bajaba, agitado, y él quiso creer que se debía a los recuerdos dolorosos que acababa de recordar. Trató de calmarse, de controlar las ganas de volver a aliviar sus recuerdos, sus temores, con un beso que probablemente los llevaría mucho más allá. Porque los ojos femeninos pedían algo que no debería repetirse.

—Veo dolor por haber sacado a relucir tus recuerdos escondidos, pero eso es el principio de la curación. ¿Alguna vez se lo has contado a alguien así, como acabas de hacerlo conmigo? ¿Al psicólogo, quizás? ¿No solo los hechos, sino lo que sentías?

—El psicólogo solo me pedía dibujos porque no conseguía hacerme hablar. De todas formas, debió averiguar lo que me atormentaba porque consiguió aliviar las pesadillas.

La mano grande cubrió la mejilla en una caricia lenta.

—Yo también conseguiré que las superes. Pero para eso, necesito que confíes en mí y no te guardes nada, que termines de romper tus barreras y saques a la Olivia real que llevas dentro.

—Lo intento, pero tendrá que ser despacio.

—Lo sé. No hay prisa...

—¿Eso significa que seguirás viniendo por aquí con frecuencia? ¿Que has dejado de sentirte mal por lo que sucedió aquella noche?

—Sí. Vendré con frecuencia.

—¿Y nos iremos de acampada, como me prometiste?

Scott respiró hondo. Sabía que irse de acampada, los dos solos, sería una dura prueba para él porque ya lo estaba siendo tenerla allí delante, mirándolo con esos ojos oscuros y tormentosos, y poner freno a sus sentimientos. A ese deseo de perderse en su boca de nuevo, de sentirla estremecida en su abrazo. Pero no podía negarse, le había prometido llevarla de acampada y no la defraudaría.

—Por supuesto —afirmó con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Tengo libres el sábado y el domingo dentro de dos semanas, si te viene bien —insinuó.

—Me viene genial.

Los ojos grises brillaron con intensidad.

—¡¡Gracias!! —exclamó Olivia con una sonrisa radiante—. Temía que después de que nos acostáramos juntos no quisieras pasar un fin de semana a solas conmigo. Que te limitaras a venir a casa cuando estuviera Patty.

—Eso ya está superado —mintió una vez más—. Lo organizaremos para dentro de quince días y te prometo que vivirás una experiencia inolvidable.

—No tengo ninguna duda. Tienes que enseñarme a vivir la naturaleza, a ver las estrellas, a encender fuego sin cerillas.

—Tampoco te pases, no me pienso llevar horas frotando dos palitos...

La risa que les provocó el comentario aflojó la tensión reinante. Decidió que era hora de marcharse, puesto que hacía ya rato que el capítulo de la serie que comenzaron a ver había terminado sin que fueran conscientes de ello. Y él no había dormido la noche anterior.

—Me marcho; es tarde y mañana debo madrugar. Tengo mucho trabajo que adelantar para irnos de acampada en quince días.

Se levantó y Olivia lo acompañó hasta la puerta. Una vez en ella, volvió a dedicarle una mirada que lo derritió por dentro, y alzándose sobre las puntas de los pies, lo besó de nuevo en la mejilla.

—Gracias por todo.

—Gracias a ti, por confiar en mí y contarme tus secretos. Espero que no te quede ninguno por confesar.

La tenue sonrisa de ella le hizo sospechar que aún guardaba algo que no le había contado. Luchando por controlar las manos que ansiaban rodearle la cintura y devolverle algo más que un beso fraternal, afirmó:

—Conseguiré que me lo cuentes.

—Ya veremos.

A continuación, se perdió en el descansillo apenas iluminado por la luz que salía del apartamento. Olivia cerró la puerta y se dirigió despacio hacia su dormitorio, con el espíritu un poco más ligero. Habían logrado superar la tensión que le ocasionaba a Scott el haberse acostado juntos. Habían fijado fecha para un fin de semana solos en medio de la naturaleza. Y le había hecho partícipe de los acontecimientos que generaban sus terrores nocturnos. Ya solo le faltaba confesarle el amor sin esperanzas que siempre había sentido por él, pero dudaba que eso se lo contara nunca.

## Capítulo 23

Scott se sentía inquieto. El hecho de haber aceptado ir de acampada con Olivia, solos los dos en medio de la naturaleza le producía sensaciones encontradas. Por una parte, la idea de pasar con ella todo un fin de semana le resultaba tentadora; el problema surgía cuando no podía dejar de pensar en la noche que pasaron juntos, en el tacto sedoso de su piel ni en el sabor de sus besos. El deseo que sentía por ella era cada vez más intenso, más acuciante, y se disparaba cuando la tenía cerca. Cuando alzaba hacia él esos maravillosos ojos grises pidiéndole amistad, cariño, comprensión, y él deseaba darle algo muy diferente.

Cuando le recordó su promesa de llevarla de acampada, no pudo rehusar, a pesar de que lo había descartado por completo. Pero la mirada cargada de ilusión le había hecho imposible negarse. Lo iba a pasar mal, lo sabía, para controlar sus sentimientos. Tenía treinta y dos años, nunca se había enamorado antes, y el destino le había jugado la mala pasada de que lo hiciera de una mujer a la que no deseaba dañar bajo ningún concepto. No era un crío, ni tampoco un hombre que huyera de sus sentimientos, pero no podía expresarlos sin arriesgarse a que Olivia se alejara de él.

Stefany, cuando lo llamó varios días después, notó a través de la línea telefónica su malestar y su desasosiego.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó tras los saludos iniciales—. ¿Estás nervioso por algo? ¿No será por mi boda!

—No.

—Se trata de Olivia, entonces.

—Eres muy sagaz para estar a miles de kilómetros de distancia.

—Te conozco mejor que tu madre, a ti y a cada inflexión de tu voz. ¿Qué ocurre?

—Le prometí hace semanas llevarla de acampada; ya sabes, el tipo de excursión que hacíamos nosotros en el pasado.

—Y no quiere ir.

—Sí que quiere, pero hablamos de ello antes de que nos acostáramos juntos. No es buena idea después de eso.

—Entonces, explícaselo.

Un hondo suspiro precedió a sus palabras.

—No puedo. Me lo recordó la última vez que nos vimos, hace unos días, y estaba tan ilusionada, tan... No fui capaz de decirle que no. Iremos este fin de semana.

—En ese caso, tienes dos opciones. Le dices lo que sientes por ella y le pides que olvide el asunto porque no te consideras capaz de comportarte como un caballero, o te dejas llevar y que sea lo que tenga que ser. A lo mejor ella quiere lo mismo que tú.

—No creo, Stefany.

—Se acostó contigo —afirmó.

—Y ya te expliqué las circunstancias.

—Scott, no seas cabezota. Olivia es una mujer hecha y derecha, y sabe que irse de acampada, lejos del mundanal ruido, con un hombre con el que ha tenido una noche de sexo, implica el riesgo de que vuelva a suceder. Estoy segura de que ha contemplado esa posibilidad, así que relájate.

—No puedo.

—¡Cómo me gustaría estar ahí para darte un pescozón! En fin, pues tú mismo. Haz lo que creas conveniente, pero si lo que temes es que suceda algo más entre vosotros y eso estropee la amistad que empezáis a tener, recuerda que nosotros perdimos la virginidad juntos, y que después de unas semanas decidimos dejarlo para continuar siendo los mejores amigos del mundo.

—Es cierto —admitió, aunque la situación era muy diferente. Él nunca había sentido por Stefany lo que sentía por Olivia.

—Si no puedes controlar tus sentimientos, y ya veo que no, debes decirle la verdad, y que ella decida.

—Tienes razón. Gracias.

—Ahora, para que te relajes, voy a contarte mi despedida de soltera, que ha sido alucinante. Alice, la cuñada de Manuel, su prima y las mujeres de sus primos se presentaron en mi casa, en Valencia cuando él estaba en el trabajo, me dijeron que iban a llevarme a cenar como despedida de soltera, y cuando me di cuenta estábamos en el aeropuerto... para cenar en París. Hemos pasado un fin de semana de chicas increíble. Hemos visto el París diurno y el nocturno.

—¿En serio? ¿Y Manuel?

—Cómplice total. Tenía preparada una maleta con mi ropa, escondida en su despacho.

—Me alegro de que hayas tenido una despedida memorable.

—La boda también lo será, porque estarás tú —dijo emocionada. Él y su hermana Alice serían los únicos invitados por su parte.

—Por supuesto que estaré, eso ni lo dudes.

—Tendrás que decir unas palabras.

—¿No te basta con vestirme de traje con cuarenta grados a la sombra?

—Por supuesto que no. La amistad incondicional hay que demostrarla.

—Eres una tirana.

—Y tú me adoras.

—Por supuesto. Ahora te dejo, que tengo trabajo por hacer. Un beso enorme.

—Otro para ti. Y déjate llevar, que lo que te pasa no es el fin del mundo.

Cortó la comunicación, y se sirvió un whisky. Tal vez Stefany tuviera razón y estuviera haciendo una montaña de algo que no lo era. Lo único que sabía era que no servía para fingir, siempre había ido en la vida con la verdad por delante y ocultar lo que sentía por Olivia le estaba resultando muy difícil. Le haría caso a Stefany, trataría de ir a la acampada relajado y con la intención de tratarla como a una amiga, y si no lo conseguía debía decirle la verdad. De todas formas, en algún momento tendría que confesárselo. No se merecía que le mintiera, pero prefería hacerlo más adelante, cuando su amistad estuviera más consolidada.

\*\*\*

Olivia comenzó a preparar la mochila con dos días de antelación. La calmada, controlada y eficiente mujer que era había dado paso a otra, insegura y nerviosa. Cuando por tercera vez en una tarde había cambiado el contenido de la mochila, Patty la cogió del brazo y la sacó al salón.

—¿Quieres hacer el favor de dejar eso de una vez? Cuando te des cuenta, te habrás dejado algo importante.

—Nunca he ido de viaje sola con un hombre, y menos con el amor de mi vida.

—E imagino que tienes planeado hacer algo más que contemplar las estrellas.

—Eso depende de si él me da pie o no.

—Si no te da pie, se lo coges tú. Y la mano, y todo lo que pilles de camino. Los hombres no son muy hábiles captando indirectas, pero cuando les metes mano lo entienden a la perfección.

—No puedo hacer eso, Patty, sin correr el riesgo de alejarlo. Ya sabes que después de la noche que pasamos juntos estuvo semanas sin aparecer por aquí. No, no daré ningún paso si él no lo hace primero.

—¡Qué difícil lo hacéis todo, con lo sencillo que es hablar las cosas cara a cara!

—¿Y eso lo dices tú, que ignoras las llamadas y mensajes de tu ex, en vez de responderle y mandarlo al diablo? O decirle que venga, que le das otra oportunidad.

—No le voy a dar otra oportunidad.

—Tal vez haya cambiado de opinión acerca de casarse contigo.

—Es muy probable que lo haya hecho, o no estaría buscando un acercamiento, pero para mí ya no es lo mismo. He comprendido que su familia estaría siempre ocasionando problemas y no estoy dispuesta a ello. No, Robert es un capítulo cerrado en mi vida, y no voy a abrirlo de nuevo. Acabaré por olvidarlo, antes o después.

—Deberías salir con alguien, un amor borra otro amor.

—Lo intenté con Scott, pero no surgió la chispa, y después de saber tus sentimientos por él, me alegro.

—Yo también me alegro. Durante un tiempo estuve aterrada de vivir de nuevo la pesadilla de verle con otra. Ahora sé que entre él y Stefany no había nada, pero lo pasé muy mal en el pasado

cuando creía que sí.

—Ahora que has averiguado la verdad, y que sabes que no hay ninguna mujer en su vida, ¿por qué no haces algo? Antes de que se le cruce otra y tengas que revivir todo eso.

—No soy ninguna seductora, Patty, lo único que puedo hacer es estar ahí y confiar en que me vea como mujer. Que recuerde lo que pasó aquella noche como algo especial y quiera más. Estoy segura de que, si volviéramos a acostarnos, sería un paso importante para conseguirlo. Te aseguro que si hay una posibilidad de que suceda este fin de semana, no la desaprovecharé, pero tampoco tomaré la iniciativa.

—Está bien, cabezota. Pero si quieres mi opinión, después de aquella noche te mira diferente.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ilusionada.

—Sí, de verdad. ¿Quieres que le pregunte? O le insinúe...

—No, no... mejor esperemos a ver cómo se desarrolla la acampada.

—Como quieras.

—Y tú, si tan claro lo tienes con tu ex, mándalo a la mierda y que te deje en paz. Me duele ver tu cara de sufrimiento cada vez que te suena el móvil.

—Todo llegará. Ahora mismo no puedo hacer más que ignorarlo.

—Me alegraré mucho cuando llegue ese día. Y, ¿sabes qué me apetece? Salir a comer a la pizzería de la esquina. Si me quedo aquí volveré a cambiar el contenido de la mochila otra vez.

—Me parece una idea genial. ¿Llamamos a Scott?

—No, solo nosotras. Hoy no quiero quebrarme más la cabeza con él.

—De acuerdo. ¡En qué maravilloso momento se me ocurrió proponerte que compartieras piso conmigo!

—Opino lo mismo.

## Capítulo 24

Olivia no se había sentido tan nerviosa en su vida. Ni siquiera el día que sus padres, cogiéndola de la mano, la sacaron de la casa donde vivía, la subieron a un avión y la llevaron a otro país y otra vida. En aquella ocasión estaba más asustada que nerviosa, pero mientras esperaba que Scott la recogiera para realizar la tan esperada excursión para acampar, el corazón le latía a mil por hora.

En la mochila llevaba todo lo que él había sugerido: ropa cómoda y de abrigo, calzado adecuado para caminar por terreno accidentado, y un montón de mariposas en el estómago que se habían colado sin permiso.

Scott llegó puntual al amanecer del sábado y la saludó con una sonrisa. Subió al coche y emprendieron el camino.

—¿Puedo saber dónde me llevas, o es una sorpresa?

—Al Parque Shenandoah, un sitio precioso. A unas tres horas en coche, de modo que ponte cómoda y disfruta del viaje. El camino se volverá espectacular a medida que nos acerquemos.

—¿Dormiremos al raso?

—No mujer, en una tienda de campaña.

—¿Tendremos que montarla? Nunca lo he hecho, y me parece difícilísimo.

—Esta no, es de las que se montan prácticamente sola y solo hay que fijarla al suelo. Es más bien pequeña, pero para nosotros dos no necesitamos más espacio. Además, solo estaremos fuera una noche.

—Tampoco he dormido antes en un sitio que no fuera una cama, o como mucho, un sofá.

—Los sacos son muy cómodos y traigo una colchoneta para amortiguar la dureza del suelo.

La idea de dormir muy cerca de él volvió a agitar las mariposas en su interior. Giró la cabeza y observó el perfil del hombre, atento a la carretera. Había cierta tensión en la mandíbula al pronunciar las últimas palabras.

—¿Has estado allí antes?

—Un par de veces.

—¿Con Stefany?

—Sí, y algunos compañeros de un campamento al que asistimos. Decidimos hacer algo más libre y la experiencia fue impresionante. —Se volvió hacia ella y afirmó—: Te gustará.

—Estoy segura de ello.

Se recostó en el asiento dispuesta a disfrutar de cada segundo del viaje, de la compañía y de cualquier experiencia que pudiera surgir. En la mochila, oculta en un bolsillo interior, llevaba una caja de preservativos, solo por si acaso.

Al cabo de tres horas, en las que realizaron una breve parada para desayunar, llegaron a un paraje de ensueño. Scott bajó del coche y ella lo siguió de cerca. Se adentraron un poco en el interior buscando una zona alejada de la carretera donde instalar la tienda. Encontraron un pequeño claro rodeado de rocas y árboles.

—¿Te parece bien que nos instalemos aquí? —preguntó.

—Tú eres el experto, yo me dejo llevar por tu veteranía.

—Bien, en ese caso acercaré el coche y montaremos al campamento.

Durante un rato, lo ayudó a instalar la tienda modelo Quechua de dos plazas que llevaba en el maletero. Colocaron una colchoneta de unos seis centímetros de grosor en el suelo, y en una esquina, las dos mochilas con el equipaje.

Cuando vio el exiguo espacio interior sintió de nuevo que los nervios se apoderaban de ella.

Después de terminar el montaje, se sentaron a comer en el suelo, sobre una manta. Dio buena cuenta de un sándwich y una lata de refresco con gran apetito, ante la mirada divertida de Scott.

—¿De qué te ríes? —preguntó con el ceño fruncido.

—De que poco queda de la princesita de los trajes de chaqueta color pastel.

—Los he dejado en casa para otra ocasión, no he renunciado a ellos. Me gusta vestir de forma adecuada a cada momento. Si me hubiera traído ese tipo de ropa, no sería yo.

Él observó las botas de montaña impermeables que habían sustituido a los zapatos de tacón cuadrado del uniforme o a los otros más estilizados que solía usar.

—Te vendrán bien las botas, para cuando vayamos a las cascadas.

—¿Hay unas cascadas cerca?

—Sí, a una hora de camino, más o menos. No son muy grandes, pero están en un paraje precioso.

—¿Podemos ir ahora después de comer?

—Si quieres y no estás muy cansada...

—Por supuesto que quiero, no he venido a sentarme durante toda la tarde.

—En ese caso, termina de comer y nos ponemos en marcha. Podemos pescar algo para la cena.

—¿Pescar? —Levantó las cejas sorprendida—. ¿No has traído comida? Podías haberlo dicho y me hubiera encargado yo.

—Dijiste que querías una práctica de supervivencia en la naturaleza, y la vas a tener.

—¿Y tendré que destripar el pescado? —La idea le repugnaba, pero se moriría antes que decirlo.

—Si prefieres comerlo con tripas... Yo pesco y tú lo limpias, es la ley de la acampada.

—De acuerdo. Me da mucho asco, siempre compro el pescado en filetes, pero lo haré.



Scott estuvo a punto de decir que era otra cosa que Stefany no creería. Y a él le costaba, porque en realidad no pretendía que lo hiciera, solo bromeaba esperando ver una expresión horrorizada y una negativa rotunda. Pero Olivia le había sorprendido una vez más.

Terminaron de comer y, tras guardar los envoltorios de los sándwiches para tirarlos al reciclaje a la vuelta, se dirigieron a las cascadas.

—Coge algo de ropa impermeable, o terminarás empapada, y aquí no tenemos una ducha de agua caliente como en la cabaña.

Comenzaron a caminar uno junto al otro por un sendero estrecho e intrincado que ascendía ligeramente. No era una ruta fatigosa, a pesar de lo irregular del terreno, y conversaban de forma agradable mientras lo recorrían.

—¿Les has advertido a tus padres de que estarías de acampada en un sitio sin cobertura durante dos días?

—Sí, y no se han preocupado porque venía contigo.

Sintió de nuevo una punzada de culpabilidad ante la confianza que Andrew y Melissa depositaban en él, pero la desechó al instante. Recordar la noche que pasaron juntos no era una buena idea encontrándose solos y alejados de la civilización. Hasta el momento había logrado controlar su pasión manteniendo la mente ocupada.

—¿Les has dicho que veníamos juntos?

—A mis padres sí. ¿Acaso era un secreto?

—Por supuesto que no.

—Sin embargo, no se lo he comentado a mi abuela y quería pedirte que tampoco lo hicieras tú.

—Ni media palabra. Sue está un poco intensa en los últimos tiempos, supongo que será la edad.

—Sí, eso debe de ser.

A medida que se acercaban hasta las cascadas, el terreno se volvía más abrupto y cubierto de espesa vegetación. Desembocaron en un salto de agua de considerable altura, que producía un sonido refrescante y tranquilizador. Antes de acercarse se pusieron los chubasqueros y caminaron despacio para no resbalar en el terreno húmedo.

Olivia se aferró al brazo fuerte de su acompañante para mantener el equilibrio sobre las resbaladizas piedras y él le aferró la mano para ofrecerle más sujeción. Gotas de agua fría les salpicaron las caras y la ropa, mientras contemplaban aquella maravilla de la naturaleza. Miraba extasiada la belleza salvaje del entorno, sentía que estaba viviendo un momento mágico e irreplicable. Para que fuera del todo perfecto, para hacerlo inolvidable, solo necesitaba que Scott la besara.

Lo miró a los ojos esperando que leyera en ellos, quizás fuera verdad que sus ojos reflejaban sus emociones y deseos, pero él se limitó a desviar la vista hacia la superficie del agua, tragando saliva y evidentemente incómodo.

—¿Cómo piensas pescar la cena? —preguntó para relajar un poco la tensión del momento y señalando lo escarpado del entorno—. Tendrás que meterte en el agua.

La sonora carcajada de él resonó como un eco a su alrededor.

—¡Era broma! He traído comida. Solo quería ver tu cara cuando te dije que deberías limpiar el pescado.

—No es mi ocupación favorita, pero lo hubiera hecho, como tantas otras cosas que estás consiguiendo de mí. La más difícil de todas ha sido hablarte de mi pasado en la casa de acogida.

La voz de Olivia se tornó apagada, y los esfuerzos de Scott por mantener un poco de distancia se hicieron añicos. Si había algo que no podía soportar era verla triste. Le rodeó la cintura con el brazo y la pegó a su cuerpo sobre la roca húmeda. Apoyó la frente contra la de ella, musitando con voz ronca.

—No te acuerdes de eso ahora. Debes borrar esos malos momentos con otros maravillosos como este. Te haré flan de caramelo a menudo para que cuando pienses en él sea porque yo te lo preparo. Lo conseguiremos juntos, ya lo verás.

—El flan de caramelo es el único recuerdo bueno que guardo de aquella época, a pesar de que apenas podía disfrutarlo. Cuando conseguía tomar unas cucharadas soñaba con que algún día podría darme un atracón. Y me lo di el otro día, gracias a ti.

La respiración de ambos se volvía agitada por momentos, allí abrazados sobre una peña húmeda y resbaladiza.

—Jamás podré pagarte lo que estás haciendo por mí —continuó hablando.

—Yo no hago nada, eres tú la que estás rompiendo tus barreras y tus límites.

—Porque tú me lo pides —confesó—. Haría cualquier cosa que me pidieras.

«¡Bésame!», rogaban los ojos grises.

«No la beses», respondía la mente de Scott. «Si lo haces estás perdido».

Solo pudo resistir la tentación a medias. Se inclinó sobre la rubia cabeza y posó los labios en la coronilla, dejándolos allí unos minutos. La respiración de Olivia se alteró aún más y le rodeó los costados con los brazos sintiendo el corazón errático del hombre. Se apretó con fuerza contra él y uno de los pies resbaló sobre la piedra húmeda. Scott reaccionó al instante con agilidad y la sujetó por los brazos. Los cuerpos dejaron de estar en contacto.

—¡Cuidado!

Bajó con agilidad y la agarró por la cintura, para ayudarla a descender de la piedra.

—¿Quieres seguir un poco más lejos o prefieres volver? —preguntó ignorando el momento tenso que acababan de vivir.

Olivia se sacudió las gotas de agua que le habían salpicado el rostro con la palma de la mano.

—Prefiero volver. No quiero arriesgarme a que se nos haga de noche por este camino tan accidentado.

—Hay tiempo, pero si regresamos podemos descansar un rato antes de la cena.

—¿Cuál es el menú, si no se trata de pescado fresco?

—Pastel de carne. Y me temo que no lo he preparado yo; puesto que no tenemos forma de mantenerlo refrigerado lo he comprado de una marca que no necesita frío para conservarse.

—Cuando regresemos te invitaré a comer el mejor pastel de carne que has probado en tu vida. Mi receta es para chuparse los dedos.

—Te tomo la palabra.

El camino con una ligera pendiente en descenso resultó más fácil que la ida, y lo recorrieron en silencio y con cuidado. Olivia notaba el desasosiego de su acompañante, que parecía aumentar a medida que se acercaban al campamento. Sus intentos de entablar una charla distendida tenían apenas una escueta frase por respuesta. Estaba segura de que lo sucedido minutos antes había marcado un cambio drástico en la camaradería con que iniciaron el viaje y se propuso recuperarla como fuera. Tenía que dejar de lado sus sentimientos, y no lanzarle miradas invitadoras, porque estaba claro que Scott no tenía intención de repetir lo sucedido la noche de la pesadilla y su muda invitación solo podía estropear el fin de semana.

Llegaron al campamento y Scott recogió unas ramas de los alrededores y se arrodilló para encender un buen fuego. A pesar de encontrarse en verano, en la montaña y por la noche se hacía necesario. Pusieron los chubasqueros húmedos a secar sobre unas ramas altas y se sentaron ante las llamas sobre la manta que él había extendido. Apenas eran las siete de la tarde, el sol tardaría aún al menos una hora en ocultarse y tenían que matar el tiempo hasta la hora de la cena.

—¿Quieres jugar a las cartas? —propuso, deseando tener algo en que ocupar la mente para alejar los pensamientos que lo asaltaban desde que la había abrazado.

—No, prefiero contemplar el fuego. Me encanta: podría pasarme horas mirándolo y no tengo muchas ocasiones de hacerlo.

Asintió sin hacer ningún comentario. A su mente acudió la frase que ella dijera en su excursión a la cabaña sobre hacer el amor en una alfombra frente a una chimenea. Se maldijo por permitirse esos pensamientos, no era el mejor momento para tenerlos.

Olivia estaba sentada a pocos pasos de él con la vista clavada en las llamas, la expresión embelesada, y él solo podía pensar en que nunca la había visto tan bonita, ni con esa mirada tan soñadora. Tuvo que levantarse y entrar en la tienda para no besarla, aunque se hundiera el mundo después. Se entretuvo un rato reordenando la ropa de la mochila, más tiempo del necesario, y volvió a salir dispuesto a iniciar una conversación intrascendente sobre lo que fuera. Cualquier cosa menos aquel silencio. Pero la mirada de Olivia le impidió hablar. Lo observaba con atención, como si adivinara su estado de ánimo. Se sentó de nuevo junto a ella, pero no demasiado cerca.

—Estás incómodo, ¿verdad?

—El suelo no es el mejor de los asientos. —Trató de bromear sin conseguirlo. La voz le salió ronca e intensa.

—No me refiero a eso, sino a mí. Estás incómodo conmigo. Quizás no he debido aceptar tu oferta para venir de acampada, pero me dijiste que solías hacerlo con Stefany y ahora ella está lejos.

Cogió una ramita del suelo y comenzó a dibujar sobre la tierra.

—Tú no eres Stefany.

—Ya lo sé —susurró abatida—. Sé que nunca podré alcanzar el grado de amistad que tienes con ella, pero pensé que podría acompañarte a una excursión en su lugar. Ya veo que no. Si quieres, mañana cuando amanezca levantamos la tienda y regresamos a Richmond.

Había tanta tristeza en la voz femenina que Scott se giró y buscó sus ojos. Estaban brillantes, demasiado brillantes, y se dijo que aquella situación no podía continuar. No debía permitir que Olivia se sintiera menospreciada.

—No se trata de eso, Olivia. Tú no puedes llegar al grado de amistad que tengo con ella porque... —guardó silencio unos segundos antes de proseguir, volviendo a mirar al fuego—, porque no es amistad lo que siento por ti. He tratado de ocultarlo, de que no te dieras cuenta porque no quiero incomodarte ni que te alejes, pero... estoy enamorado de ti. Lo supe con certeza la noche que pasamos juntos. No fue un polvo, fue mucho más para mí. Aquello tambaleó mi mundo hasta los cimientos, por eso tuve que apartarme unas semanas, para recomponerme y tratar de verte de nuevo como a una amiga, la hija de Andrew, y no como a la mujer que ha logrado hacerme sentir lo que ninguna antes. Sí, me siento incómodo, porque estamos solos en medio de la nada y desde hace un rato yo solo puedo pensar en besarte... y no solo en besarte.

Giró al fin la cabeza y contempló la cara pálida de Olivia cubierta de lágrimas. Se dijo que era un egoísta por haberla hecho llorar sacando de su interior lo que lo estaba corroyendo desde hacía semanas. No se atrevió a alargar la mano para consolarla, temía la reacción de ella.

—No va a pasar nada, por supuesto —continuó—, puedes estar tranquila. Soy un hombre adulto y sé controlar mis impulsos. Dormiré aquí, fuera de la tienda; no es la primera vez. Lo siento, no pretendía incomodarte ni hacerte llorar. Esto... no tiene que cambiar nada entre nosotros, no vas a perderme como amigo.

Una leve sonrisa se abrió paso entre las lágrimas de Olivia.

—No lloro por eso, sino porque... ¿Tienes idea del tiempo que llevo deseando oír esas palabras? Y no pensé que las escucharía jamás. Para ti ha sido un descubrimiento reciente, pero yo llevo queriéndote toda la vida. Desde que tenía catorce años y te vi besarte con Stefany. Sentí que se me rompía el corazón, y sigue roto muchos años después. ¿Por qué piensas que te trataba tan mal? Quería convencerme a mí misma y a los demás de que te odiaba, hice más robusta mi coraza para soportarlo. Me repetía, y a ti, que estabas gordo, que eras desagradable, bruto, y mil cosas más que no sentía. De vez en cuando, a solas, me decía que si un día me besaras yo sería la mujer más feliz del universo. Me besaste aquella noche, y mucho más, y me hiciste muy feliz. Pero no tanto como ahora con tus palabras. —Se limpió con calma las mejillas húmedas y sonrió más profundamente—. Ahora ya conoces el secreto que faltaba. Has derrumbado todas mis barreras, y te acabo de mostrar mi corazón, que sigue roto. ¿Vas a repararlo o seguirás ahí como un pasmarote?

Despacio, como si temiera que un movimiento brusco rompiera el momento que estaban viviendo, se acercó y, encerrando la cara de Olivia entre sus manos, la miró a los ojos y susurró:

—Voy a curar cada rasguño que aún pueda quedarte.

Y cubrió la boca femenina con un beso cálido y dulce cargado de sentimientos. Olivia se estremeció en sus brazos y le rodeó el cuello con las manos. Cayeron hacia atrás sobre la manta, a la luz del fuego. Tendidos de costado, mirándose a los ojos que reflejaban el color de las llamas se besaron una y otra vez. Besos dulces y cálidos en los que dejaban aflorar el alma. Besos que se tornaban más apasionados por momentos. Las manos dejaron de estar quietas para buscar debajo de la ropa. Las palmas grandes apresaron los pechos cubiertos por la sudadera. Olivia se incorporó y se la quitó por la cabeza, igual que la camiseta y el sujetador. La visión del cuerpo blanco y los pechos redondos y pequeños iluminados por las llamas fue más de lo que Scott pudo soportar. Los sopesó y bajó la boca hasta uno de los pezones pasando la lengua una y otra vez sobre él. La respuesta femenina fue inmediata, arqueó la espalda pidiendo más y susurró:

—Tú aún estás vestido, no es justo.

Conteniendo una sonrisa, Scott apartó la boca y se deshizo con rapidez de su propia ropa. Olivia también aprovechó para desprenderse de los pantalones y el resto de lo que aún llevaba. Quedaron desnudos uno frente al otro, piel morena contra piel blanca, ojos castaños perdidos en otros grises.

Se tendieron de nuevo, de espaldas ella, cubriendo a medias su cuerpo. La boca volvió a los pechos mientras las manos de Olivia realizaban un recorrido por los hombros y la espalda, para enterrarse en el espeso cabello. Gimió despacio con las caricias apasionadas y exigentes que él iba dejando sobre sus senos. Se mordía los labios hasta que Scott abandonó su presa para mirarla fijamente a los ojos.

—Deja de contenerte... —pidió—. Estamos solos en medio de la montaña, nadie puede oírte excepto yo. Déjate ir, gime, pide, grita... Deja salir la pasión por todos los poros de tu cuerpo, cariño, incluida tu garganta.

Olivia no supo si fue la mirada encendida que le dedicó o la palabra cariño dicha con un tono ronco y en absoluto fraternal la que le hizo agarrarle del pelo y besarlo de forma salvaje. Le hundió la lengua en la boca y buscó la de él, sin reparar en si los dientes magullaban los labios o le faltaba el aliento. Las manos de Scott tomaron las caderas y la apretaron con fuerza contra su cuerpo para que sintiera los efectos de su beso devastador. Ella se restregó contra la erección que se hizo muy dolorosa para Scott, pero trató de contenerse. Quería que aquella vez no fuera un acto de necesidad, por mucho que él necesitara hundirse en ella; quería hacerle el amor lento y despacio, recrearse en el cuerpo tan anhelado. Excitarla poco a poco, llevarla hasta el límite y que perdiera el control.

Entre jadeos ahogados ella abrió las piernas invitándolo a entrar, pero logró resistirse y se apartó. Los ojos grises relampaguearon de deseo.

—Te necesito —suplicó—. Ya.

—Aún no... Quiero que me desees como nunca has deseado a nadie. Ni siquiera a mí.

—Ya lo hago. Me estoy muriendo por tenerte dentro, sabiendo que eres mío.

—Aún no —repitió tenaz.

Bajó la cabeza deslizando los labios desde el cuello femenino con pequeños besos que encendían el fuego más violento a su paso. Los hombros, los pechos y el vientre fueron objeto de su atención. Al fin llegaron a la meta y se detuvieron entre las piernas, buscando el clítoris hinchado. Aplicó la lengua con leves toques que hicieron a Olivia levantar las caderas exigiendo más. Él no se dio por enterado y continuó explorando despacio, tan despacio que podía sentir la excitación femenina crecer en lenta ebullición y las manos de Olivia aferrarse a la manta con gesto desesperado. Cuando la sintió al borde del orgasmo, se incorporó.

—Mierda —masculó.

—¿Qué ocurre?

—Para no caer en la tentación no he traído preservativos.

Una sonrisa traviesa iluminó la cara femenina.

—Yo sí. Una caja entera.

—¿Pensabas que esto podía suceder?

Ella se encogió de hombros.

—Solo por si acaso. Están en mi mochila, en un bolsillo interior.

Se levantó con agilidad y sacó la mochila de la tienda para que Olivia rebuscara en su interior. Esta aguardó impaciente y cuando él se hubo colocado el condón, le tendió los brazos, invitándolo a seguir. No se hizo rogar, se tendió sobre ella y la penetró despacio, abriéndola centímetro a centímetro. Sentía el cuerpo de Olivia bajo el suyo temblando de anticipación, gimiendo con los ojos cerrados.

—Mírame, no te escondas —susurró ronco tratando de controlarse—, quiero ver lo que sientes en esos ojos que son el espejo de tu alma.

Ella lo miró con el amor reflejado en la mirada gris, y él ya no fue capaz de seguir conteniéndose. Se hundió de golpe hasta el fondo arrancándole un fuerte gemido. Y se movió con embestidas largas y pausadas. El cuerpo femenino respondía a cada una de ellas, la pasión enturbiaba sus ojos y las manos aferraban con fuerza su cintura. Cuando la tensión creció, le suplicó en un susurro:

—Por favor, no puedo más...

—Muévete tú entonces, dime lo que quieres, y cómo lo quieres.

Obediente, alzó las caderas con fuerza para salirle al encuentro y él interpretó sus deseos moviéndose de prisa y con fuerza. Olivia tembló, se estremeció y acabó lanzando un grito que rompió el silencio de la noche cuando la sacudió el orgasmo más devastador de su vida. La siguió al instante y juntos estallaron moviéndose frenéticos uno contra el otro. Cuando al fin las sacudidas se convirtieron en leves suspiros, se miraron a los ojos, con la emoción pintada en ellos.

—Ya no puedo decir que las mujeres solo me quieren como amigo.

—Yo nunca te he querido como amigo. Eres el amor de mi vida.

—Repítelo.

—Que te quiero con toda mi alma, Scott Howard. Y que deseo que sigas haciéndome experimentar cosas nuevas. Acabas de cumplir mi sueño de hacer el amor frente al fuego.

—Dijiste chimenea...

—La hoguera es más romántica. Lo importante era hacer el amor, y es lo que hemos hecho, ¿verdad?

—Eso ni lo dudes.

Olivia sintió el vacío cuando Scott salió de ella y tuvo que contenerse para no pedirle que no lo hiciera, sobre todo al verlo levantarse y entrar en la tienda. Salió breves minutos después. Se había librado del preservativo y le tendía la mano.

—He preparado la cama.

—¿Vamos a dormir ya?

—Yo no he dicho eso, pero la hoguera no durará mucho y aquí fuera nos enfriaremos. Además, tenemos que comer algo, aún no hemos cenado.

—Yo no tengo hambre, lo que quiero es que me abracés. Y si nos metemos en los sacos...

Scott esbozó una sonrisa tierna.

—Ven... he arreglado eso. Los sacos individuales se pueden convertir en uno doble, y es lo que he hecho.

—En ese caso...

Se dejó conducir dentro de la tienda, con el corazón jubiloso. Dispuesta a disfrutar de la felicidad que el destino le había deparado después de interminables años de amor en secreto.

\*\*\*

Scott despertó con los primeros rayos de sol sobre la tela. No tenía ni la menor idea de la hora que era. Tarde, a juzgar por el vacío que sentía en el estómago. La noche anterior apenas habían comido unos trozos de empanada, solo tenían ganas de besarse, de tocarse, y algo tan material como la comida había dejado de tener importancia. Tampoco la tenía en aquel momento, con el cuerpo de Olivia acurrucado a medias sobre el suyo, tan agotada como él. Habían dormido poco, y a ratos. Ella se removía sobre el duro suelo, su preciosa chica estaba habituada a dormir en una cama; no obstante, no había proferido ninguna queja. Solo los continuos cambios de postura le indicaban que no se encontraba del todo cómoda. Aun así, se aferraba a él como si pensara que fuera a escaparse. Nada más lejos de la verdad, porque se sentía más feliz que nunca.

La tarde anterior todo se había precipitado, y la pasión había tomado las riendas, pero ahora, al filo del alba, al comprender todo el alcance de lo sucedido, sentía una plenitud que jamás había experimentado. Olivia lo quería, lo había querido siempre, ya no tenía que ocultar sus sentimientos, ni sentirse mal por desearla. Podía abrazarla, besarla y hacer el amor con ella cada vez que los dos lo desearan. Durante la noche se habían buscado de nuevo, se habían saboreado

con besos tiernos unas veces, apasionados otras. Jamás antes había disfrutado de los besos más que como prelude de un polvo, en cambio a Olivia la había besado por placer antes y después de hacer el amor. Sentir el roce de sus labios carnosos le había provocado tal emoción que sospechaba que nunca se cansaría de hacerlo.

Agachó la cabeza y la contempló dormida, la melena rubia descansando sobre el vello de su pecho, las facciones relajadas por el sueño, y se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de la suavidad que ocultaba bajo su coraza de mujer dura.

Como si hubiera adivinado su deseo de besarla otra vez, Olivia se removió y abrió los ojos.

—Buenos días.

—Buenos días, cariño.

Buscó la boca que no le puso resistencia, y se sumergió en ella. Sintió los brazos femeninos rodearle el cuello y las piernas acomodarse alrededor de sus caderas. Cuando se separaron, propuso:

—¿Qué te parece si comemos algo? Me muero de hambre. Luego podemos seguir, si quieres.

—Quiero seguir, por supuesto, pero no ahora. No pienso pasarme el resto del día metida en la tienda, para eso ya tendremos tiempo —respondió ella—. Porque lo tendremos, ¿verdad? Esto no se va a terminar cuando regresemos a Richmond.

—Por supuesto que no. Esto —dijo deslizando una mano por la curva de la espalda y el trasero—, es una relación, no un rollete de fin de semana.

—En ese caso me gustaría dar un paseo, de tu mano a ser posible.

—En cuanto terminemos de desayunar. Voy a sacar el resto de empanada y ver si el café del termo aún se conserva caliente.

—Te ayudo.

Se levantaron remolones, y se vistieron entre besos y caricias. Compartieron el vaso de café templado que les supo a gloria y comieron el resto de empanada. Después salieron a recorrer los alrededores en la dirección contraria al día anterior. Cogidos de la mano, felices y relajados.

—¿Vamos a contarlo en casa? —preguntó Olivia.

—Claro, no es algo que quiera ocultar. ¿Acaso tú sí?

—En absoluto. Me muero de ganas de hacerlo público y de ver la cara de mi abuela cuando se lo digamos. Aunque ella estaba segura de que ocurriría, al parecer se lo vaticinó una vidente.

—¿En serio?

—La primera vez que me lo insinuó aún nos llevábamos mal, y me pareció una locura senil. Pero al final tenía razón.

Scott lanzó una carcajada.

—Ahora entiendo muchas cosas. A mí me pidió que vigilara de cerca tu relación con William y me indispuso contra él. Menuda manipuladora...

—Esa es Sue, sí.

—Pero le daré las gracias. ¿Organizamos una comida para anunciarlo?



—Claro, pero tendrá que ser dentro quince días. No descanso en fin de semana hasta entonces.

—Perfecto. Te tendré para mí solo hasta ese momento.

—Mis turnos son complicados, ya lo sabes.

—Me adaptaré. Y hablando de turnos... Me encantaría que vinieras conmigo a la boda de Stefany ¿Podrás arreglarlo?

—Dudo que pueda tomarme un mes de vacaciones, como has previsto.

—No tiene que ser un mes, quince días, diez, una semana... Lo que sea.

—De acuerdo. Renunciaré a días libres para acumular todos los que pueda. No quisiera perderme verte sudar bajo un traje por nada del mundo.

—Malvada... Pero si tú vienes lo soportaré mejor.

—Será estupendo ir contigo a cualquier sitio, incluida la boda de Stefany. Porque ahora que estamos juntos, ella y yo debemos enterrar el hacha de guerra sí o sí.

—No tengo dudas de que lo haréis.

Olivia se apretó mimosa contra él.

—Por supuesto, porque ambas te queremos.

Caminaban sin prisas, disfrutando de la presencia del otro, del contacto de sus manos unidas. Planeando cómo encajarían sus vidas para verse lo más posible. Hablando del presente y del futuro inmediato.

El paseo se les hizo muy corto, y antes de que se percataran se encontraron al final de la ruta circular que habían tomado.

Llegaron al campamento con hambre otra vez y, después de almorzar los bocadillos que quedaban, Scott propuso:

—¿Quieres que nos echemos «una siesta» o volvemos, llegamos temprano y en vez de siesta me invitas a dormir en tu casa?

—Prefiero esta última opción. Esa colchoneta que has traído parece de papel y tengo la espalda dolorida.

—Al final no te gusta la naturaleza tanto como decías.

—Para ciertas actividades, prefiero la cama. Lo que me atraía de la naturaleza era pasar todo un fin de semana contigo.

—¿Ha merecido la pena entonces? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Por supuesto.

Recogieron con rapidez y volvieron a Richmond con el alma llena de júbilo ante la nueva etapa de sus vidas que comenzaban a vivir. Muy atrás quedaban los años de desavenencias y enfados, incluso los meses de amistad. Mientras conducía de regreso, Scott sentía en cada poro de su cuerpo que había encontrado a la mujer de su vida, con la que, en el futuro, quería formar una familia.

## Capítulo 25

Scott estaba realmente nervioso aquella mañana. Había invitado a toda la familia a almorzar en su casa para contarles su relación con Olivia, y lo que en un principio le había parecido una buena idea, a medida que se acercaba el momento, le inquietaba.

Ella se había quedado a dormir, como ya había hecho en otras ocasiones que su turno lo permitía. De hecho, habían pasado juntos casi todas las noches desde que volvieron de su excursión.

Mientras trajinaba en la cocina, la chica se le acercó por detrás y lo rodeó con los brazos.

—Relájate... Ni que fueran a comerte.

—No sé cómo se lo van a tomar.

Una leve carcajada reverberó en su espalda antes de sentir los labios femeninos posarse en ella.

—¿En serio? Estarán encantados, una vez que superen la sorpresa inicial.

—Quizás debería haber hablado con tu padre antes para prevenirlo.

—¿Y pedirle mi mano? —Tiró de él y lo hizo volverse—. Scott Howard, yo soy la única dueña de mi mano, y te la he dado a ti. —Alargó el brazo y él le besó la palma en señal de aceptación—. Mi padre quiere mi felicidad y tú me la estás dando.

—¿De verdad eres feliz conmigo?

Ella lo abrazó de nuevo y, alzándose sobre la punta de los pies, le rozó los labios en un tibio beso. Que se hizo más profundo cuando lo rodeó la cintura con las manos acercándola a su cuerpo.

—Muy feliz —aseguró cuando se separaron.

El ruido de un coche que se detenía ante la puerta le arrancó un suspiro ante la mirada divertida de su novia. Y se apresuró a abrir a sus padres.

Apenas se habían saludado cuando llegaron Andrew, Melissa y Sue. A nadie pareció extrañarle que Olivia ya estuviese allí, por lo que comenzó a relajarse.

Sirvió unas bebidas, y todos se sentaron en un ambiente relajado. Había llegado el momento y buscó con la mirada la aprobación de su chica, que asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Os preguntaréis el motivo de esta reunión —comenzó mirando a todos los presentes.

—¿Se necesita un motivo para comer en familia? —preguntó Diane.

—Por supuesto que no. Pero en esta ocasión, lo hay.

Miró a Sue que esbozaba una sonrisa cargada de expectativas. Todas las miradas estaban clavadas en él, animándolo a continuar.

—Os he invitado a comer para celebrar algo importante. —Alargó la mano hacia Olivia, que se acercó y le rodeó la cintura con el brazo.

—Scott y yo estamos juntos —añadió ella con una sonrisa radiante— desde hace unas semanas. Queríamos compartirlo con vosotros porque sé que os alegraréis de ello.

En la habitación se hizo un breve silencio antes de que todos empezaran a hablar casi al unísono.

—¿Juntos en qué sentido? —pregunto Conrad tratando de asimilar lo que veía.

La estrechó contra su costado.

—En todos los sentidos —afirmó.

—¡No sabes cuánto me alegro! —El abrazo de Melissa los abarcó a los dos—. Os deseo toda la felicidad del mundo.

—Yo lo sabía, pero todos me tomabais por una vieja chocha. Vieja soy, pero chocha, en absoluto.

Olivia se desprendió del abrazo y se acercó a su abuela.

—Ni siquiera yo te creía, pero al final tenías razón.

—Espero que hayáis empezado ya a... ya sabes. Que la edad fértil de la mujer es corta.

—¡Abuela! Eso es algo que nos incumbe solo a nosotros.

—Yo solo te estoy recordando un hecho.

El ligero sonrojo de la chica le hizo anotar mentalmente que debía preguntarle qué se traía entre manos con su abuela. Porque era indudable que ambas se referían a algo que ignoraba.

Hubo brindis, abrazos y besos por parte de todos los presentes. Después se sentaron a almorzar como la gran familia que eran. Viéndolos a todos a su mesa, no pudo evitar acordarse de las infinitas veces que había deseado rehusar una invitación para no coincidir con la preciosa mujer que ahora se sentaba a su lado. La que le había robado el corazón.

—Olivia está muy cambiada —admitió Diane observando cómo la aludida se servía cantidades razonables de comida, sin reparar en las calorías.

—No está cambiada —respondió su madre—, siempre ha sido así, solo se envaraba cuando Scott estaba presente.

Él sabía el porqué, pero no iba a desvelarlo en una reunión familiar. Eso quedaba para ambos, un recuerdo privado que, sin lugar a dudas, les ocasionaría algunas risas en el futuro.

La mirada de Andrew pasaba con frecuencia de su hija a él, sin hacer comentarios. Su mutismo lo estaba poniendo nervioso, a pesar del cálido abrazo de felicitación que les había dado antes del almuerzo. Durante el mismo, la conversación giró en torno a ellos, a cómo la enemistad había dado paso a sentimientos más profundos.

Apenas se retiraron los platos, Olivia se le acercó y le susurró bajito, para que nadie más la escuchara.

—Yo recojo la cocina; ve a hablar con mi padre o no te quedarás tranquilo. De hombre a hombre, como en el siglo pasado. Pero en el improbable caso de que no te dé su aprobación, recuerda que, en esto, yo tengo la última palabra. No pienso renunciar de por vida a ese exquisito flan de caramelo que has servido de postre. De hecho, el trozo que ha quedado, pienso comerlo esta noche en un plato muy especial.

—¿Qué plato?

—Ya lo averiguarás. Ahora ve.

Salió de la cocina y regresó al salón.

—Tío, me gustaría hablar contigo un momento.

—Claro.

El hombre lo siguió hasta el porche, donde el cálido día de verano hacía muy agradable sentarse en las sillas de madera para disfrutar de la sobremesa.

Una vez instalados, se lanzó de lleno a preguntar lo que lo incomodaba.

—¿Te molesta que mantenga una relación con tu hija?

El ceño del hombre se contrajo.

—¿Molestarme? ¿Qué te hace pensar eso?

—Estás muy callado, apenas has dicho nada durante el almuerzo.

—Porque estoy sorprendido. Muy sorprendido. Jamás, ni en mis mejores sueños me había atrevido a imaginar algo así. Pero te aseguro que, si no hubieseis pasado la mayor parte de vuestra vida discutiendo, yo habría querido esto. Si me estás pidiendo mi aprobación, la tienes. Claro que la tienes, en nadie confiaría más para que fuera la pareja de mi hija.

—Te prometo que cuidaré de ella cada minuto de mi vida.

—Olivia no necesita que la cuiden, es capaz de hacerlo por sí misma. Necesita que la quieran.

—Yo la quiero, de eso puedes estar seguro. No hace mucho que lo descubrí, pero es tan intenso que estoy abrumado.

Una leve risita se dibujó en el rostro del hombre.

—Dicen que los solterones, cuando al fin se enamoran, lo hacen a lo grande.

—No soy ningún solterón, tío; solo tengo treinta y dos años.

—A tu edad yo llevaba años casado.

—Eran otros tiempos. Nosotros tomaremos con calma eso de la boda, salvo que Olivia pille el ramo de Stefany y todo se precipite.

—¿Iréis juntos?

—Sí, y aprovecharemos para hacer un poco de turismo. Alquilarémos un coche y recorreremos Andalucía.

—Me parece estupendo que hagáis planes juntos. El trabajo de Livvy es muy estresante con esos cambios de turnos, y necesita desconectar. Le vendrán bien unas vacaciones.

La puerta de la vivienda se abrió y la aludida se acercó a ellos portando dos tazas de café. Tras entregarle una a cada hombre, se inclinó sobre Andrew para darle un beso.

—Soy muy feliz, papá.

—Lo sé, cariño; lo leo en tus ojos.

—Scott estaba preocupado por tu opinión, pero le dije que estarías encantado.

—Por supuesto que lo estoy. Mi muchachote querido y mi preciosa niña ¿Qué más podría desear?

—Si le preguntas a la abuela, te puede decir algunas cosas más.

—¿Cómo cuáles?

—Hum... más adelante. De momento, no le des alas.

Regresó al salón dejándolos solos de nuevo. No pudo evitar que su mirada se posara en las piernas que dejaba ver el vestido veraniego, esas piernas torneadas y ágiles que tanto le gustaba acariciar. Una débil sonrisa le asomó a los labios.

—Me gusta cómo la miras —comentó Andrew fijando en él unos ojos risueños.

—Perdona, no he podido evitarlo. ¡Es tan bonita! Aún me cuesta creer que corresponda a mis sentimientos. He pasado unas semanas terribles desde que descubrí que era más que una amiga para mí, creyendo que ella no sentía lo mismo.

—Por fortuna, lo hace.

—Sí.

Se hizo un breve silencio, que Andrew rompió tras terminar su café.

—Será mejor que volvamos dentro. No quiero que piensen que te estoy intimidando o algo parecido.

Se levantaron y regresaron al salón, donde reinaba una agradable charla.

## Capítulo 26

Una bofetada de calor les recibió cuando aterrizaron en Sevilla para asistir a la boda de Stefany y Manuel. Al descender del avión por la escalerilla trasera en vez de hacerlo a través del *finger* encontraron sobre sus cabezas el implacable sol del mediodía andaluz. La primera mirada de Olivia fue para Scott, que se encogió ante la abrumadora temperatura reinante.

—Madre mía, voy a morir derretido.

—Si te sirve de consuelo, piensa que el novio también.

—Él está acostumbrado a estas temperaturas y yo no.

Se apresuraron a entrar en el edificio para resguardarse de los ardientes rayos solares y disfrutar del aire acondicionado cuanto antes. Tras un corto recorrido llegaron al control de pasaportes y, después de cumplimentar el trámite, se dirigieron a la salida.

—¡Qué maravilla de aeropuerto! —exclamó Olivia, acostumbrada a los estadounidenses, tan enormes y abarrotados—. Apenas nos ha llevado quince minutos pasar del avión a la salida.

Cuando las puertas correderas se abrieron ante ellos, en primera fila, vieron a Stefany que corrió a refugiarse en los brazos de Scott. Por primera vez en su vida, aquello no le causó malestar a Olivia, sino que la hizo sonreír. Entendía y aceptaba la relación entre su novio y su antigua vecina, porque era ella quien lo tenía en su cama por las noches, eran sus besos los que buscaba y, porque después de la boda, vivirían su propia luna de miel, aunque los novios fueran otros.

Cuando se separaron, Stefany se volvió hacia Olivia y la abrazó también.

—Me alegra muchísimo que estés aquí.

—No me perdería ver a Scott con traje por nada del mundo.

—Cuando te invité no parecías muy animada.

—Las cosas han cambiado desde entonces.

Las cejas de Stefany se alzaron y miró a su amigo con diversión.

—¿En serio? ¿Mucho?

Él rodeó los hombros de su novia y afirmó mientras la besaba en la sien:

—Mucho.

—En ese caso... me alegro el doble. Y tú... —se volvió a Scott con gesto amenazante—, ¿a qué esperabas para contármelo?

—A este momento, para ver tu cara. Además, he estado demasiado ocupado para cotilleos.

Se dirigieron hacia el aparcamiento y, una vez arrancó el coche, Stefany comentó:

—Me hubiera gustado alojarnos en mi casa, pero residí en Valencia. Hemos venido para la boda, y estamos viviendo con los padres de Manuel hasta la ceremonia. Aunque a partir de mañana yo me mudaré a casa de Alice, y saldré desde allí para el enlace. Todas las mujeres de las familias Arroyo y Figueroa se han puesto firmes con la tradición para evitar que Manuel vea mi vestido antes de la ceremonia.

—Hemos reservado en el hotel Monte Triana. Aunque hubieras tenido casa, Olivia y yo tenemos ganas de privacidad.

—Está muy cerca del bar de copas de Hugo e Inés. Él es hermano de Javier, el marido de Alice —aclaró Stefany dirigiéndose a Olivia—. Iremos una noche a tomar unas copas y seguro que parte de la familia se une. Ya los conoceréis; te volverán loca, Olivia, pero son un encanto. Cuando vine de Richmond todos se esforzaron para que me sintiera como en casa.

Llegaron al hotel, situado en el barrio de Triana, que le daba el nombre. A pesar de las ganas que tenía de estar con su amigo, Stefany los dejó para que descansaran y quedó en recogerlos al anochecer, recomendándoles que se pusieran ropa fresca y cómoda.

Serían las nueve de la noche cuando Stefany, Manuel, Javier y Alice se encontraron con ellos en el vestíbulo del hotel. Scott hizo las presentaciones y se encaminaron a cenar.

—¿Habéis reservado en algún restaurante? —preguntó Scott que se moría de hambre.

—Nada de restaurantes. Os vamos a enseñar una forma de comer diferente. De tapeo —anunció Alice, la hermana de Stefany. Ella hacía años que se había trasladado a España con toda la familia, y estaba encantada.

—¿Qué es tapeo? —preguntó Olivia. La conversación se mantenía en inglés, como deferencia a los recién llegados.

—Es tomar pequeñas porciones de muchas cosas diferentes en una misma comida. Algo parecido a una degustación.

—Me encanta eso —comentó Scott tocándose el estómago—. Estoy hambriento.

—Pues os vamos a llevar a un sitio bonito, donde se observa una vista espectacular y única de la ciudad.

Echaron a andar por las calles aún caldeadas por el sol.

—¿Y los niños? —preguntó Scott a Javier.

—Con mi hermana Miriam. Vive cerca de nosotros y sus hijas se llevan muy bien con los nuestros. Prácticamente están creciendo juntos los cuatro.

—¿De qué me suena? —bromeó Manuel, recordando su infancia junto a su hermano y sus primos. Juntos habían formado una gran pandilla que volvía locos a padres y abuelos.

—Imagino que Javi estará muy mayor.

—Es todo un hombrecito de cuatro años y medio —explicó su orgulloso padre—. Y Marga tiene uno. Ya los conocerás en la boda.

—¿Irán niños a la boda? ¿No es por la tarde? —se extrañó Scott.

—Por supuesto —aclaró Alice—. Los Figueroa son una familia bastante atípica, y los niños forman una parte importante de ella. Irán a la boda, pero hay una chica que se encargará de que no se aburran. En cambio, esta noche es para que los mayores podamos charlar. Adoro a mis hijos, pero de vez en cuando se agradece una conversación de adultos.

Tras un corto paseo llegaron a una terraza situada a la orilla del río. De pura casualidad encontraron una mesa libre y se sentaron los seis. Desde la misma tenían una espectacular vista del Guadalquivir y en la orilla opuesta, la Torre del Oro y una imagen parcial de la Giralda.

Degustaron comida típica de Andalucía, Manuel había seleccionado una serie de platos servidos en fuentes para compartir a los que todos hicieron los honores. Después, y al filo ya de la medianoche, regresaron paseando hasta la avenida Ronda de Triana, donde el hermano de Javier y su cuñada tenían su bar de copas. La temperatura seguía siendo cálida a pesar de que hacía mucho que el sol se había ocultado. No obstante, Scott llevaba a Olivia enlazada por la cintura, ante la mirada de regocijo de Stefany, a la que aún le costaba asimilar que la «arpía», como siempre había llamado Scott a su prima, hubiera acabado enamorándolo. Porque solo había que ver la mirada de adoración con que la contemplaba para saber hasta qué punto estaba colado por ella. Y Olivia le correspondía de la misma forma.

Llegaron al bar, llamado Alveares, y tras nuevas presentaciones, se sentaron en una de las mesas situadas fuera del local, en la acera. Era una innovación que habían incorporado al bar original, para aprovechar la agradable temperatura veraniega.

Hugo, el hermano de Javier, no podía ser más diferente a este. Un hombre moreno de piel y de cabello, con una melena que le rozaba los hombros. Tras tomar nota de las consumiciones, las llevó hasta la mesa y se sentó un rato con ellos.

—¿Dónde está Inés? —preguntó Manuel echando de menos a la mujer de Hugo, la propietaria de Alveares y que normalmente trabajaba también en el bar.

—En casa, con el crío.

—¿Ha abandonado la barra? Me cuesta creerlo.

—Ni por asomo. Tenemos una chica que cuida de Alejandro durante el día y por las noches nos turnamos una semana cada uno para venir a trabajar. Yo preferiría hacer las noches y que se quedara en casa, pero no quiere ni oír hablar de ello. Ya sabes que, a pesar de lo menuda que es y de su aspecto modosito, en mi casa manda ella —rió con ganas.

—Como en todas las casas, Hugo —aclaró Javier—. ¿Verdad, Manuel?

—Verdad.

Todos rieron.

Hugo regresó a su trabajo tras tomar una cerveza, y la noche continuó animada hasta que, al filo de las dos de la madrugada, viendo el evidente cansancio provocado por el *jet lag* en Scott y Olivia, pusieron fin a la velada.



\*\*\*

El día de la boda amaneció luminoso y muy muy cálido. A pesar del aire acondicionado, funcionando durante toda la noche, Olivia sentía los rayos de sol calentando sus piernas a través del cristal de la ventana. Buscó a Scott con la mirada, pero no lo halló. El ruido del agua corriendo en la ducha le aclaró dónde se encontraba.

Ella también necesitaba una ducha, la noche había sido movida, como evidenciaba el estado de la cama revuelta. Una de las camas de hotel más cómodas que había probado, aunque quizás se debía a las cosas que habían hecho en ella.

Sentía el cuerpo laso y cansado, sin duda la ducha la revitalizaría. Aguardó a que Scott saliera del cuarto de baño, con una simple toalla anudada a la cintura, para levantarse.

—Buenos días, cariño —la saludó con un beso fugaz en los labios.

Le encantaba que la llamara así, cada vez que lo hacía todo su cuerpo se agitaba de placer y emoción. Si las semanas que llevaban juntos habían sido maravillosas, los dos días transcurridos en Sevilla las superaban con creces. Pasar con Scott las veinticuatro horas, pasear, comer, dormir y amarse, no siempre a través del sexo, la colmaban de felicidad.

—Lo poco que he dormido, sí. Muy bien —admitió con una sonrisa.

—Después nos apuntamos a la siesta, que me parece una costumbre maravillosa. La boda terminará a altas horas de la madrugada.

La ceremonia estaba prevista para las ocho de la tarde, y esperaba que el calor abrasador del día hubiera remitido un poco. Había traído un vestido de tirantes de color violeta, pero Scott debía ponerse el consabido traje y corbata, la novia era inflexible en eso.

Tras darse una reparadora ducha apenas templada, bajaron a desayunar al comedor del hotel. Había decidido olvidarse de las calorías durante ese viaje. Le había prometido a Scott que nada de contención mientras estuvieran en España, aunque cuando regresaran a Richmond tendría que volver a sus costumbres y rutinas. No pensaba dejar de ser ella misma, ni siquiera por amor.

Pasaron el día recorriendo los alrededores del hotel, situado en uno de los barrios más emblemáticos de la ciudad, y después de dormir una pequeña siesta, se arreglaron para la boda.

Javier pasó a recogerlos con el coche y los llevó a su casa, donde Stefany se preparaba rodeada de peluquera, maquilladora, su hermana y sus asombrados sobrinos.

A la hora prevista, Scott acompañó a su amiga en el coche alquilado para la ocasión y conducido por Javier, y ella subió con los niños en el vehículo de Alice.

La ceremonia laica, que se celebró en una hacienda de los alrededores, fue muy emotiva. Manuel se veía espectacular en su traje de gala del Ejército de Tierra, junto a una Stefany que lo miraba como si quisiera devorarlo.

En ella, además de que los contrayentes pronunciaran los votos, hablaron el hermano y los primos del novio, y también Scott les dedicó unas palabras en español, aprendidas para la ocasión y visiblemente emocionado.

No podía apartar la mirada de él, impresionante en su traje gris claro a pesar del calor que hacía. Quizás algún día vistiera así para su propia boda, con ella. Era una idea muy lejana, todavía les quedaba mucho camino por recorrer juntos antes de dar ese paso, pero si la predicción de Sue los había llevado hasta allí, no tenía dudas de que se cumpliría al cien por cien.

El ágape se celebró en la misma hacienda, de manera informal. Un cóctel servido en los jardines en los que cómodos sillones, repartidos por el césped, permitían descansar los magullados pies enfundados en altos tacones de las asistentes. Tuvo ocasión de conocer al resto de la familia del novio, padres, hermano y primos, así como a los críos de las diferentes parejas. Se sorprendió mirando a los niños con ternura, a pesar de que nunca le habían gustado demasiado, y no pudo dejar de pensar en cómo serían las dos hijas que, según Sue, tendría con Scott. ¿Rubias y delicadas como ella, o morenas y fuertes como su padre? Le daba lo mismo, siempre que fueran hijas de ambos y fruto del amor que se profesaban.

Tras la ceremonia, y las habituales felicitaciones a los contrayentes, Scott se reunió con ella portando dos vasos llenos de un líquido rojizo con trozos de fruta dentro.

—Prueba esto, es muy refrescante. Se llama sangría y lo ha preparado Hugo, el hermano de Javier. Los invitados hacen cola para que les sirvan un vaso y me he apresurado a coger dos para probarla antes de que se termine.

Cogió la bebida que le ofrecía y le dio un sorbo. El líquido le llenó el paladar con un sabor afrutado, y tal como Scott le había comentado, muy refrescante.

—Hummm, está delicioso.

—Me han comentado que lo tome despacio, porque contiene bastante alcohol.

Se encogió de hombros. No le importaba achisparse un poco aquella noche. No tenía que conducir, según les había comentado Stefany, había un servicio de autobús que los dejaría muy cerca del hotel. La boda estaba siendo la excusa perfecta para disfrutar de un viaje de pareja inolvidable.

—¿Algún problema si me mareo un poco?

—Ninguno, puedo llevarte en brazos desde el autobús hasta el hotel. Soy un hombre fuerte.

—No llegaré a tanto, pero no tengo ganas de contenerme esta noche. Quiero comer, beber y, sobre todo, disfrutar de ti. Estás guapísimo.

—Pues en breve me quitaré esta chaqueta que me está matando. Me han dicho que puedo hacerlo en cuanto el novio se quite la suya, y por lo que he podido ver, está tan acalorado como yo.

—Pero él es porque espera con impaciencia la noche de bodas. Mira a su mujer como un gato a punto de comerse al ratón.

—Como yo. —El guiño pícaro le hizo revolotear mariposas de anticipación en el estómago—. No sé si te he dicho lo preciosa que estás.

—No, no me lo has dicho.

Scott deslizó la mano por su cuello, que el recogido del pelo dejaba al descubierto. En los ojos

castaños vio el deseo de besarla justo allí donde se posaban sus dedos y se dijo que, en definitiva, tomaría la bebida con calma para no emborracharse. Porque por nada del mundo quería perderse lo que la mirada de Scott le estaba prometiendo.

—Beberé despacio —aseguró.

Con los vasos en la mano, se mezclaron con la numerosa familia del novio. Por parte de Stefany solo estaban ellos y Alice pero sin duda los padres, tíos y demás familiares de Manuel habían adoptado a Stefany como una más de la numerosa familia.

Tras la copiosa cena a base de aperitivos servidos en bandejas por los camareros, dio inicio el baile. Los novios lo abrieron con una balada romántica a la que se unieron las demás parejas, mientras los niños estaban entretenidos con una cuidadora especialmente contratada para mantenerlos a raya.

Se dejó envolver por los brazos de Scott, ya libre de las odiadas chaqueta y corbata, en una experiencia que nunca habían vivido juntos: la del baile.

—Algún día abriremos el baile tu y yo, ¿verdad? —susurró él en su oído.

—¿Eso suena a proposición?

—Suena a lo que tú quieras. Pero mientras estaba ahí delante haciendo el papel de padrino de Stefany solo podía pensar en que un día estuvieras a mi lado dándome el «sí quiero».

—Falta aún mucho para eso. Sigo siendo Olivia, la mujer a la que le gusta tenerlo todo bajo control, y no daré un paso semejante sin estar muy segura. Que a veces lo pierda contigo no significa que para las cosas importantes me deje llevar.

—Yo me encargaré de que lo estés. Y hablando de dejarte llevar... ¿Qué tal si lo haces esta noche? Después, cuando estemos solos...

—Prometido. Esta noche y todas las demás, dejaré a la Olivia controlada fuera de la habitación.

Sintió cómo la abrazaba un poco más fuerte, el olor de la colonia invadió sus fosas nasales, y el resto de la velada solo pudo pensar en lo que vivirían, una vez más, cuando regresaran al hotel.

## Epílogo

*Cinco años después.*

—¡Mami... mamiiii!

La vocecita de su hija atravesó el inquieto sueño de Olivia y la despertó al instante. Sue debía de tener ganas de ir al baño, de modo que se incorporó dispuesta a levantarse. Una nueva oleada de náuseas, como las que llevaba padeciendo desde hacía unos días, la asaltó. Sentada en la cama trató de contenerlas, pero la mano firme de Scott en su brazo impidió que se levantase.

—Yo iré. Querrá hacer pis.

Apenas pudo dar las gracias, antes de tenderse de nuevo para comprobar que su revuelto estómago no iba a calmarse. Respiró hondo varias veces tratando de conseguirlo, pero tuvo que correr al cuarto de baño, situado dentro de los límites de la habitación que compartía con su marido, para vomitar con violencia los restos de la cena. Después, se quedó sentada en el suelo, completamente exhausta, con la cabeza apoyada contra la pared. Así la encontró Scott diez minutos después. Se inclinó ante ella con expresión inquieta.

—¿Has vuelto a vomitar?

Asintió en silencio. Él la agarró por la cintura y la alzó sin esfuerzo. Le acercó un vaso con agua para que se enjuagase la boca y, cogiéndola en brazos, la llevó hasta la cama.

—¿Es posible que hayas pillado algún virus, o crees que puedes estar embarazada de nuevo?

—Más bien lo segundo. Siento los pechos pesados y las emociones a flor de piel. Esta mañana me abracé a la nena y me entró una ternura infinita recordando que se llama como la abuela, que ya no está con nosotros.

Sue había fallecido un año antes, mientras dormía, para gran pesar de todos.

—Llegó a conocerla y eso la llenó de alegría.

—Sí, pero a esta no —dijo colocando la mano sobre el vientre, aún plano.

—O este. Me gustaría un chico, para enseñarle a jugar al fútbol, o al baloncesto. Está claro que Sue es una niña tranquila como su madre. —La besó en el pelo.

—Dale tiempo... o quizás esta sea más aventurera y traviesa.

—Estás muy segura de que será otra niña.

—Lo estoy. Fue predicción de la abuela y ella y su vidente no se han equivocado con respecto a nosotros ni un ápice.

—En ese caso, bienvenida a la familia, pequeña. Ve asimilando estas palabras, que te dice papá: fútbol, baloncesto...

—No le hagas caso, nena. Sé tú misma.

Scott se incorporó sobre los brazos y la miró con intensidad a los ojos grises, brillantes y emocionados.

—Si es tan maravillosa como su madre y su hermana, aceptaré seguir jugando al baloncesto solo en el patio de atrás.

—Sue también tiene cosas de su padre. Es generosa, empática, tranquila... y sobre todo encantadora.

Él alzó una ceja, divertido.

—¿Su padre es todo eso?

—Y mucho más.

—Gordo, seboso, bruto...

—¿Nunca vas a olvidarlo? —gimió con una mueca lastimera.

—No, porque cuando te lo recuerdo te esfuerzas mucho en hacerte perdonar.

—Ay... acabo de vomitar y me siento fatal. No sé si en este momento sería capaz de encontrar las energías necesarias para hacerme perdonar.

—Me basta con que me digas cuánto me quieres.

—Eso siempre... Te quiero, Scott Howard, con toda mi alma.

—Y yo a ti, cariño. Ni te imaginas cuánto.

La rodeó con los brazos y la acercó a su pecho, su lugar favorito donde recostar la cabeza. Donde las pesadillas desaparecían y los sueños anidaban.

FIN

Si te ha gustado  
*Si un día me besaras*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Lo que te conté cuando nadie nos veía*  
de Mavi Tomé



Prólogo

Siempre me han acusado de timidez excesiva. Siempre me han dicho que pienso demasiado antes de actuar y que, en ocasiones, cuando doy el paso de hacer o decir algo, parezco forzada a ello. Algunos parecen confundir el silencio con la ausencia de palabras o de inteligencia. Parecen no entender que no hablo a no ser que tenga algo que decir y, si por el contrario, lo que tengo que decir no es bonito, lo mejor es callarme. Es una máxima universal: «Si lo que tienes que decir no es más bonito que el silencio, mejor cállate».

También dicen que tengo poca personalidad al decir a todo que sí, me guste más o me guste menos. Me acusan de falta de criterio al no querer dar mi opinión sobre determinados planes y no es por falta de ganas. Hace tiempo descubrí que, en ocasiones, no merece la pena iniciar una discusión con aquellos que no van a entender tu postura o tus gustos, con aquellos que actúan más por impulsos y guiándose por sus gustos personales que ni tan siquiera pueden reparar en los ajenos.

Es por eso por lo que hoy me encuentro aquí, en esta oscura ciudad de Southampton, bajo un cielo gris y cargando dos maletas.

No sé por qué demonios he accedido a ello... O mejor, dicho: sí que lo sé.

Formamos un grupo realmente extraño: ellas, con unos cuernos adheridos al pelo por medio de una diadema, sus jerseys de color rojo y sus gritos; yo, vestida de blanco por imperativo categórico, con una especie de banda que me cruza el pecho diagonalmente y con el leterrito de «Novia a la Fuga». No sé a qué viene señalarme como tal... Empiezo a pensar que hubiera sido más fácil la típica despedida de soltera. Esa en la que te llevan a un local indeterminado situado en el polígono o en Torremolinos, donde los pasteles con forma fálica (¡por Dios, qué asco me dan!) y unos machos con abdominales más o menos definidos se acercan por tu mesa para hacerte pasar el mayor ridículo de tu vida. Bien saben que no me gustan esas cosas, lo admito, pero hacer un crucero por los fiordos para decirle adiós a mi soltería es excesivo.

Recuerdo cuando me lo dijeron, hará cosa de dos meses...

Estaba en el piso de alquiler que compartíamos David y yo. Ya hacía tiempo que habíamos comunicado a nuestros amigos y familiares que nos casaríamos en verano y muchos ya hacían cábalas sobre nuestras despedidas. Prometían que ambas serían tan legendarias que se nos quitarían las ganas de casarnos, aunque nosotros nos limitábamos a sonreír quedamente. Ambos somos de naturaleza tranquila y no está en nuestro ánimo el alterarnos.

No obstante, ese día estuve a punto de perder los nervios.

—¡El viaje de tu vida, Sofía! —decía Cecilia, a voz en grito.

Yo alcé la vista para mirarla, mientras le servía un té que había hecho a la bulla, cuando las ocho se presentaron en nuestra casita rompiendo con la monotonía de una tarde que habíamos pensado dedicar a avanzar preparativos.

Junto a ella, las demás estallaban en carcajadas y hablaban entusiasmadas, interrumpiéndose las unas a las otras. No podía enterarme de nada, por lo que intenté llamar su atención con un

«¡chicas!» que me salió del alma.

—Os agradezco las molestias que os tomáis, pero entre la boda y la luna de miel, ya se nos va de las manos el presupuesto. No voy a embarcarme en un crucero de ocho días si no puedo pagarlo.

—Por eso no te preocupes —intervino Gema, muy resuelta—. Tus padres han dicho que ellos te regalan la escapada.

—¿Cómo...?

—Y David también ha puesto algo de su parte —siguió Lucía, aludiendo a mi prometido.

El hombre de mi vida sonrió. Sobre sus mejillas aparecieron un par de hoyuelos bajo una incipiente barba que le daba un aspecto rudamente atractivo. Me encantaba despertar a su lado y acariciar su mejilla con la nariz para sentir su picor. Me hacía cosquillas... Y a él también... Siempre me ha apasionado esa sonrisa en la que se mezclaban la inocencia y la picardía de los pocos años.

Me senté a su lado, en la silla que había dispuesto para mí al otro lado de la mesa. El privilegio de ocupar el sofá lo habíamos otorgado a nuestras inesperadas invitadas, que comían *cupcakes* y galletas caseras a dos carrillos y reían a partes iguales que masticaban.

Él me cogió de la mano y fijó su mirada en mí.

—Sabía que un crucero por los fiordos era uno de los viajes que deseabas hacer y también sé que en la luna de miel declinaste por darme a mí el capricho de visitar Tailandia —dijo David.

—No debes tomarlo como una derrota. En realidad, Tailandia es un destino que me apasiona...

—Sofía —agarró mis manos y se las llevó a la boca—, solo quiero que tengas la mejor despedida de soltera del mundo y que la recuerdes con todo el cariño del mundo.

Sus labios rozaron mis manos. Cada vez que me besaba o me acariciaba, sentía un escalofrío que me recorría de la cabeza a los pies. Una especie de calor que anidaba en mi bajo vientre y me inspiraba pensamientos sucios en la cabeza. Él siempre sabía dónde tocarme, qué decirme para hacerme querer pasar el rato entre las sábanas y aprisionarlo entre mis piernas. Pero allí, delante de mis amigas, no podía dejar que mis sentimientos salieran a la luz. Me limité a tragar saliva, mientras la pandilla nos jaleaba.

—¿Para cuándo queréis que nos vayamos? —pregunté.

—Para principios de junio —contestó Lucía.

—¡¿Junio?! ¡¿Estáis locas?! ¡Eso es solo un mes antes de la boda! Voy a estar liadísima...

—No te preocupes —intervino David, sabedor de que aquello podría ser similar a la erupción del Vesubio—. Solo estarás fuera semana y media, y te prometo que para esas fechas ya tendremos listo prácticamente todo. Tú solo tendrás que ir y divertirte.

Iba a negarme por primera vez en mi vida. Iba a decir que aquello me parecía una locura, que no estaba para nada de acuerdo con marcharme de picos pardos mientras en Málaga se estaba gestando un acontecimiento que deseaba que saliera perfecto. No obstante, mi inicial reticencia mutó al mirar los ojos negros de David. Sabía por qué lo hacía, sabía que quería hacerme el mejor



regalo de toda mi vida, en forma de aquel viaje por mí tantas veces soñados. Ojalá hubiera sido a su lado, pues era el mejor compañero de viaje que nunca hubiera podido soñar. Pero también tenía ganas de pasar aquella última aventura con mis amigas, lejos de ojos conocidos y dedicadas a pasarlo bien.

Lo que no podía sospechar es cómo cambiaría aquel viaje toda mi vida...

## Si un día me besaras...



Scott y Olivia nunca se han caído bien, aunque al ser sus respectivos padres amigos íntimos han debido soportarse en todos los acontecimientos importantes de sus vidas. Él piensa que ella es cuadriculada, rígida y demasiado perfecta para ser real. Ella, que Scott es bruto, grosero y un auténtico patán.

Cuando Olivia se independiza y él debe ocuparse de decorar su nuevo apartamento la empieza a tratar en un entorno diferente y a descubrir a la verdadera mujer que se esconde bajo la arpía borde y desagradable que siempre

ha conocido.

Y a sospechar que, quizás, ella tiene un motivo para ser así.

La ayuda solapada de una persona empeñada en unirlos hará el resto.

**Ana Álvarez** nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.

Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Ana Álvarez

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-46-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Si un día me besaras...

Nota de autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Álvarez

Créditos